

ALEJANDRA RODRÍGUEZ



LEYENDA  
DE  
FUEGO

# LEYENDA DE FUEGO

ALEJANDRA RODRÍGUEZ



Título: Leyenda de fuego.  
© 2019, Alejandra Rodríguez.  
De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para Zeus.*

*Gracias por enseñarme el  
verdadero significado del amor.*





## Prólogo

*Quizá debería advertirte de que en las próximas páginas hay mentiras, engaños, reyes malvados, príncipes guerreros, poderosos hechiceros y ella, la sirena más buscada de todo el océano, pero no lo haré. Será mejor que descubras por ti mismo/a todos y cada uno de los rincones oscuros que alberga esta historia sobre las profundidades marinas y las criaturas que habitan en ellas.*

Los habitantes de la Tierra nada saben del fondo del mar. Nada saben de los seres que habitan bajo las aguas y, sin embargo, en una pequeña y cálida casa de Menzis, todas las noches se escucha cómo una madre le cuenta a su pequeña la historia de una sirena de escamas iridiscentes que era capaz de controlar los cuatro elementos a su antojo.

Mamá, como todas las noches, comienza la historia mientras su hija se acurruca entre las sábanas.

*Es una lástima que ya no sea su voz quien pueda narrarlo, claro que aún es demasiado pronto para hablar de eso.*

La parte que más le gustaba a la niña a la que, a partir de ahora llamaremos Aura, era cuando la madre de la sirena con poderes especiales descubría que su hija era capaz de controlar el agua, el aire, la tierra y el fuego.

Su madre intentó guardarlo en secreto todo lo que pudo, lo diferente era temido en cualquier parte del mundo, no solo en el mar. Así que llevaba a la pequeña sirena a tierra firme para que descargara sus poderes allí. Así la mantenía a salvo.

Aura abría tanto los ojos al escuchar a su madre relatarle todo lo que la sirena hacía con sus poderes que casi se le salían de las cuencas. Ella ya conocía cada palabra de esa antigua historia, claro, pero prefería escuchar la voz de su madre contar cómo la sirena salía de las aguas y su cola de escamas iridiscentes se convertía en un par de piernas.

*El problema de las historias que tienen un poco de verdad es que, tarde o temprano, aparece la parte oscura. En este cuento en concreto, la oscuridad tiene forma de rey.*

Kenai, el rey de Atlenia, obligó a su madre a entregársela para acabar con la vida de la sirena iridiscente y con el peligro en potencia que representaba para la ciudad y para el mundo.

La madre de la pequeña sirena fue asesinada por desobediencia y traición a la corona después de negarse a entregar a su hija.

Aura temblaba debajo de las sábanas cada vez que llegaba a esa parte. Sin embargo, mamá insistía en que era fundamental en la historia y que lo importante de todo eso era que la madre se había sacrificado por la sirena. Que había hecho todo lo posible para que su hija pudiera seguir viviendo en su hogar, aunque hubiera tenido que luchar hasta perder la vida. Aunque al final la pequeña sirena hubiera tenido que abandonar las aguas.

Aura asentía, pero no dejaba de temblar hasta el final del cuento.

Ese final donde la sirena volvía a afianzar sus pies en la arena de esa playa desierta, creaba llamas gemelas en las palmas de sus manos y juraba venganza mirando al océano.

*Quizá lo más prudente sería comenzar a relatar esta historia como es debido y contar absolutamente toda la verdad. Sin medias tintas. Sin medias verdades y sin medias mentiras*

*también.*

*Podría empezar diciendo que la fábula que la madre de Aura contaba cada noche no era un simple cuento de fantasía.*

*Podría seguir diciendo que los Atenios siguen sin tener noticias de la sirena de las escamas iridiscentes, pero que su recuerdo nunca ha llegado a borrarse de la mente de su rey.*

*Esta historia cuenta cómo una simple y delicada niña se convirtió en el arma más letal que ha dado a luz el mar.*

*Pero no corramos ¿de acuerdo?*

*Sé bienvenido a mis entrañas y a todo el caos que habita dentro.*

*Es tu turno de disfrutar (y sufrir) el resto de las páginas de este libro que ahora sostienes entre tus cálidas manos.*

*PD: Esto no es un cuento de princesas, es la crónica de una venganza anunciada. No me hago responsable de los daños ocasionados a los corazones de rotura fácil.*

*Pero, vamos ¡¿a qué esperas?! Prometo no hacerte (demasiado) daño.*

# **PRIMERA PARTE**

**CUANDO LA VERDAD FLORECE**

**EL CAOS ENSORDECE**



# 1



Se dice que la noche de San Juan es mágica y en el pueblo pesquero de Menzis se toman muy en serio las tradiciones. Sobre todo, las que te aseguran comida en abundancia el resto del año.

Como cada año se encienden hogueras a lo largo y ancho de todo el pueblo. Todos salen a la calle. Comen juntos, saltan sobre las llamas y luego, a media noche, se dirigen hacia la playa del Acantilado Gris para llevar a cabo el ritual sagrado.

Todos los habitantes se meten en el agua mientras ruegan a Neptuno una pesca próspera con plegarias al unísono. Todos menos yo, claro.

—¿Aura? ¡Aura, cariño! ¿Ya te vas?

—¡Sí, mamá! Nael y Eva me están esperando fuera y, si no nos vamos ya, nos vamos a perder el encendido de las últimas hogueras.

—Está bien, pero antes ven. Tengo algo para ti.

Yo la sigo hasta su dormitorio. Ella entra antes que yo y saca algo del tercer cajón del mueble de madera donde guarda su ropa.

—¿Qué es?

—Es algo que... es un regalo. Lo guardaba para cuando fueras mayor ¿sabes? Es muy especial, tienes que tener mucho cuidado con él ¿de acuerdo?

—Mamá, cumplo diecinueve años hoy, ya no soy una niña, no voy a perderlo.

Mi madre asiente antes de cogerme la mano y depositar algo cálido en ella. Antes de dejar que lo vea, aprieta mi mano con fuerza y me sonrío de nuevo con esa expresión que no denota en absoluto alegría.

Lo observo, es un collar con un colgante en forma de concha marina. Es precioso. Excesivamente precioso en realidad.

Con dos de mis dedos sujeto la cadena de lo que parece ser plata y dejo que el colgante cuelgue en el aire.

Es como si el cristal, tallado en forma de concha, recubriera algún tipo de sustancia en polvo de color verde que se mueve cuando el collar se balancea.

Mi madre y yo lo observamos, pero no de la misma manera. Ella frunce un poco el ceño, aunque aún intenta sonreír.

Yo no es que quiera mirarlo, es como si una fuerza invisible me obligara a hacerlo. Nunca había sentido esta atracción. Ni siquiera por Nael.

Sin esperar más, me lo coloco alrededor del cuello y mi madre me coge las manos de nuevo mientras yo sigo observando cómo el collar se acomoda encima de mi piel y ejerce un poder tranquilizador y perturbador a la vez.

—Es precioso, mamá ¿de dónde lo has sacado? —pregunto con curiosidad.

—Llevo tiempo guardándolo. Quería que lo tuvieras cuando fueses, bueno... tan mayor como para poder apreciarlo y cuidarlo, hija.

—Me encanta, muchas gracias —la abrazo y ella me corresponde con la misma intensidad.

—Escucha, cariño, no quiero que formes parte de los rituales. El fuego es peligroso, no hay que jugar con él ¿entiendes? Una vez un hombre...

—Saltó la hoguera y no logró llegar al otro lado. Sí, mamá, conozco todas las historias. No saltaré las hogueras, tranquila.

—Ni el baño en el mar a las doce de la noche. Recuerda cuando...

—Cuando casi me ahogo cuando era niña, sí. Tampoco he olvidado eso y dudo que pueda olvidarlo algún día —le doy un beso en la frente.

—Dile a Nael que te cuide y a Eva que tenga cuidado en el mar.

—No necesito que Nael me salve de peligros invisibles, mamá. Me has criado para saber cuidarme sola ¿recuerdas? Y Eva... las dos sabemos que es mitad pez, no necesita tener cuidado —le sonrío, me zafo de su otra mano y voy hacia la puerta.

Cuando salgo, Nael ya está apoyado en el muro de enfrente de mi casa mordiéndose las uñas mientras me espera y Eva está sentada en el suelo con las piernas cruzadas y mirando el cielo.

—¡Ya era hora! —dice Nael.

—Me estaban dando mi regalo de cumpleaños ¿vale? No sean agonías, no los he hecho esperar tanto...

—¡Ha oscurecido mientras esperábamos! —replica Eva levantándose del suelo.

—Qué exagerada eres —le doy un golpe amistoso con mi codo en un costado.

—Qué collar más... original ¿no? —dice Eva mientras lo toca y se aleja de él al instante.

—Hablando de cumpleaños... felicidades, Aura —dice Nael antes de acercarse a mí.

Me da un beso en una mejilla que hace que se me sonrojen las dos a la vez. Luego, saca un pan de naranja que hace su padre en el horno de leña, le coloca una vela encima y la enciende con una cerilla.

Nos conocemos desde niños y siempre ha sido muy detallista conmigo. He de confesar que es guapo. Realmente guapo.

No sé cuánto medirá exactamente, pero mi frente llega solamente a su hombro. Hombros que, por cierto, son tan anchos como un armario.

No sé qué hace este chico para estar así de definido, pero sea lo que sea no debería dejar de hacerlo.

Sus ojos son marrones, simples, no hay nada de especial en ellos y, sin embargo, esa sonrisa enorme, blanca y picarona que tiene, hace que esas dos canicas canelas parezcan brillar más de la cuenta.

Su tez bronceada y su cabello castaño aclarado en mechones rubios por el sol son dignos de cualquier pescador, sin embargo, él no pesca y rara vez toma el sol. Ayuda a su padre con el horno a hacer pan y bollos para vender en el mercado.

Yo, en días como hoy, lo agradezco. No sería muy agradable recibir un pescado crudo con una vela como tarta de cumpleaños.

—Vamos, pide un deseo —dice Eva emocionada.

Yo sonrío antes de cerrar los ojos. Por un instante pienso en que él podría besarme si Eva no estuviese aquí, pero no es probable. No sé si es porque no quiere o porque aún no se atreve a hacerlo.

Pienso en un deseo, aunque no sé muy bien en cual. Tengo todo lo que una chica de mi edad podría desear.

Una madre maravillosa. Unos amigos increíbles. Una casa preciosa y la libertad de hacer lo que me plazca.

Aun así, se me ocurre enseguida algo que me gustaría dejar de tener.

«Quiero dejar de temer al mar».

Abro los ojos y soplo la vela. No ocurre nada trascendental como que un viento inusual me levante unas faldas que no llevo. O que me sienta diferente por el simple hecho de haber pedido un deseo a un bollo.

Nael sonríe mientras me mira y yo no puedo evitar sonreírle a él también.

Quito la vela del bollo, lo parto en tres trozos y le cedo uno a cada uno. El mío me lo meto en la boca enseguida.

—Dale las gracias a tu padre, Nael. Cada vez los hace más buenos.

Él sonríe de nuevo después de haberse metido su parte entera en la boca.

—¿Qué deseo has pedido? —pregunta con la boca llena.

—Si te lo digo no se cumple...

—No seas idiota, cuéntanoslo —dice Eva.

Ella es tan guapa, incluso lo es más cuando no pretende serlo.

No es la típica chica que se arregla para que otros se fijen en ella. Ella es guapa al natural, sin peinarse, sin vestirse con faldas cortas. Ella y sus preciosos ojos azules, tan claros como el mismo océano al que parece pertenecer.

Le encanta nadar. Viviría ahí dentro si pudiese, es algo que Nael y yo sabemos muy bien.

Ella adora lo que yo tanto temo.

Sus cabellos rubios tostados por el sol hacen que sea innegable que se pasa horas y horas bajo él mientras flota en el mar.

Es la más rápida nadando. Nadie es capaz de alcanzarla y, si se lo propone, sería más rápida que los delfines que a veces se avistan desde la costa.

Me encantaría tener un poquito de su amor por el mar, de verdad que sí. Me encantaría ir a nadar con ella en vez de quedarme en lo alto del acantilado a ver cómo ella se funde con el mar.

—¡Claro que no! He pedido un deseo al bollo y me llevaré a la tumba el secreto.

Ellos se echan a reír mientras yo me paro a pensar en que realmente tampoco me hace falta dejar de temer el mar. No es que haya nada ahí dentro que me haga falta. Todo lo que necesito lo tengo justo aquí. En tierra firme.

## 2



Hay catorce hogueras en total que atraviesan el pueblo entero. Hace rato que todas están encendidas y la gente asa carne en las brasas que quedan alrededor conforme el fuego se va apagando. Otros se dedican a sentarse al lado y contar historias. Otros tantos las saltan sin ningún percance, de momento. Aun así, no me atrevo a imitarlos.

Nael y Eva sí. Ellos ya han saltado varias veces mientras yo les aplaudía. Me han animado a hacerlo, pero me he negado. Me gustan demasiado mis cejas y no quiero tropezarme y que acaben incineradas.

Ahora Nael insiste en que haga el ritual de las aguas con él, que le hace mucha ilusión y que sería muy especial hacerlo el día de mi diecinueve cumpleaños. Como si no hubiese sido igual de especial cualquiera de los años anteriores, como si no me diese el mismo terror cada vez que intento acercarme al mar.

Yo levanto una ceja mientras lo miro. Él no se ríe, se encoje de hombros y me hace una mueca con la boca.

—No voy a meterme en el agua.

—Aura, tienes diecinueve años, tuviste un pequeño contratiempo cuando eras pequeña y ¿qué? Tienes que superarlo.

—Repito. No voy a meterme en el agua.

—Pues te meteré yo —vuelve a encogerse de hombros y se ríe antes de salir corriendo y saltar la hoguera de nuevo.

Yo niego con la cabeza. Si se cree que va a obligarme a meter mi bonito cuerpo en esa masa acuosa infernal a la que llama playa lo lleva claro.

Aún recuerdo la sensación de ahogo, el pataleo incesante, la sensación de pérdida de oxígeno y de mí misma. La rabia.

Sobre todo, recuerdo esa rabia tan pura y salvaje que era capaz de adormecerme la garganta. La impotencia hormigueando por el interior de todo mi cuerpo.

Desde ese día no he sido capaz de acercarme siquiera.

A veces me siento en el acantilado y lo observo.

Observo las olas romper en las piedras que hay a cada lado de la playa. Observo la orilla, tan tranquila, pacífica y engañosa. El olor cítrico y salino de las algas. El mecer del mar.

Sería más bonito si no lo odiase con todas mis fuerzas.

Comemos carne, piñas asadas, papas a la brasa y bebemos litros de agua fresca. Con el calor que dan las hogueras es difícil mantenerse hidratado. Eso y que hoy es una de esas noches en la que parece que los dioses se han olvidado de que existimos.

Ausencia total de aire, de frío, ni siquiera haría calor si no fuera por las maderas ardiendo que iluminan el pueblo entero. Por no tener, no tenemos ni luna en el cielo esta noche.

—¡Vamos, Aura! —me gritan Nael y Eva al unísono sacándome de mi ensoñación.

—¿A dónde?

Él viene corriendo hacia mí mientras se quita la camiseta y joder, vaya torso. Quizá es que su rutina en la panadería es “bollo al horno, diez abdominales. Pan al horno, diez abdominales”.

Iré a espiarle algún día de estos.

—Vamos todos a la playa. Venga, levántate de ahí.

—Te he dicho que...

—¡Ya, ya! Tus blablablás de siempre. Prometo no meterte a la fuerza, pero ¡vamos! Acompáñanos —me tiende su mano.

Yo se la cojo y él se echa a reír mientras corre tirando de mí.

Yo rio también, qué remedio. A este chico no hay quien le diga que no.

Me quedaré a una distancia prudencial del agua mientras ellos se dan el chapuzón de rigor y todos tan contentos.

Caminamos, o corremos en realidad, detrás de la masa de gente que se desplaza del pueblo a la playa del acantilado para el ritual de las aguas.

Todos los años, la mayor parte de los habitantes del pueblo, se mete en el mar a medianoche mientras le ruegan al dios del mar que no nos falten peces que pescar en el año que sigue.

La plegaria, yo no me la sé muy bien, pero viene a ser algo así como “*Escúchanos, oh poderoso Neptuno. Provéenos de peces y nosotros te seremos fieles si decides regresar a tierra. Mis plegarias son para ti, mi corazón es del mar y mi alma de las corrientes será siempre*”.

Lo sé porque Nael y Eva, a la que hemos encontrado sonriente y ansiosa a la cabeza del grupo, hacen el ritual todos los años. Ella lo hace sola y Nael con su tío, que es pescador. Yo no he tenido ni el placer ni la curiosidad de hacerlo nunca, pero aquí estoy. Siendo arrastrada por la mano de Nael mientras bajamos el acantilado.

Un escalofrío me recorre de repente y una corriente de aire me abofetea la cara cuando piso la arena de la playa. Mi mano se separa de la suya y él me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Yo miro mis pies. Están cubiertos de la fina arena blanca de la playa. La noto húmeda, como si el agua no fuese a tardar en brotar de ella. Como si algo invisible, pero tremendamente poderoso, me obligase a seguir caminando.

—No lo sé. Nada, supongo —digo a media voz.

No aparto la mirada de la arena. Todo está oscuro y casi no puedo ver más allá de un palmo de mis narices, pero siento cada grano de arena adherirse a mi piel. Siento una energía, o una sensación, ni siquiera sé cómo llamarlo. Ni siquiera sé si es real o me lo estoy imaginando.

Lo único que sé es que tengo la total convicción de que yo no debería estar aquí. De que debo irme cuanto antes. Mi cuerpo, desde luego, no piensa lo mismo.

—Aura... ¿estás bien? —me pregunta Eva mientras posa su mano gélida en mi hombro.

Como si me hubiera despertado de un sueño por su contacto, sacudo la cabeza y la miro directamente a los ojos.

No soy capaz de diferenciar sus facciones, está todo tan oscuro que es difícil ver algo con claridad, pero saber que está aquí, que es ella quien me toca, sentir su familiaridad en mi piel, me calma.

—Creo... creo que voy a irme a casa. No me encuentro demasiado bien.

—Oye... —Nael se acerca a mí y Eva se hace a un lado. La mano de él suple a la de Eva en mi hombro y luego asciende hasta mi cuello con una caricia que me eriza la piel. —Sé que estás asustada, pero solo es agua. No tienes que temerla. Ni siquiera tienes que acercarte si no quieres. Puedes sentarte aquí ¿de acuerdo? Yo volveré enseguida.

Asiento, no sé si me ve, si me siente o si lo intuye, pero me da un beso en la frente y su mano

deja de tocarme.

Me agacho poco a poco hasta quedar sentada en la arena. Hace muchos años que no la toco, que mis manos no se deleitan con la suavidad húmeda de esta playa. Que mi cuerpo no se agarrota por el miedo. Al menos desde arriba del acantilado el mar queda lejos y puedo mirarlo sin temerlo.

Aquí no, aquí me siento... vulnerable.

No me separan más que unos metros del agua y esa sensación de ahogo vuelve a tensarme la garganta.

El mar y yo no somos compatibles, pero el rumor de las plegarias me inunda los oídos de repente. Como si hubiese estado dormida y no hubiera podido escucharlos hasta ahora.

Me abrazo a mí misma e intento fijar la vista en esa masa de agua, oscura y tenebrosa que se extiende delante de mí.

Las voces de todos se unen en una sola y yo, en un acto totalmente involuntario, me sorprendo a mí misma rezando a Neptuno. A ese dios del que renegué el día en el que casi muero en sus aguas.

—Mis plegarias son para ti, mi corazón es del mar y mi alma de las corrientes será siempre.

Es un simple susurro el que sale de mis labios, pero al terminar, como si me hubiese caído un rayo en los pies, me veo yendo hacia el mar.

Lo miro y juraría que él me mira también.

Está sorprendido, casi tanto como lo estoy yo. Como si esto tuviera algún sentido. Como si el mar tuviese ojos o como si Neptuno fuera real.

Vaya sarta de tonterías, pero aquí sigo, dando un paso tras otro. Cada vez más cerca del agua.

Miro el mecer del mar con curiosidad, sin miedo, sin temor, simple y llana curiosidad.

¿Se mantendrá así de calmado porque él, el dios de las aguas, se siente igual? ¿Existirá de verdad ese dios o cualquier otro? Si existe... aquel día, en esta misma playa ¿intentó matarme o fue simple torpeza mía? ¿Estoy hablando en voz alta o es que la voz que hay dentro de mi cabeza se intensifica con cada paso?

He dejado de escuchar a los habitantes de mi pueblo, los aplausos y los cánticos. He dejado de ver la arena, las rocas, la gente... Ahora solo veo el agua, ni siquiera estoy yo, solo ella. Dulce, encantadora, engañosa.

La arena está más húmeda ahora. Algunas olas han muerto aquí, en esta orilla que ahora piso, hará unas horas. Jamás, en quince años, me he acercado tanto al mar. Sin embargo, ahora no sé cómo alejarme.

Si algo no he podido llegar a odiar es el olor de la brisa marina. Este que ahora inhalo mientras cierro los ojos. Cítrico, salino, amargo y dulce a la vez. Y estaré loca, pero siempre me ha parecido oler a azucenas y lima cuando llega hasta mí, cuando se expande en mi interior.

Sonrío. Dios... sonrío mientras me lleno de su perfume, mientras las plantas de mis pies se refrescan, mientras sigo caminando.

Después de quince años de temor, de aversión total a estas aguas, las deseo. Deseo zambullirme en ellas. Nadar hasta tocar el fondo con la palma de la mano. Deseo fluir con el mecer del mar. Deseo tanto el contacto con esta balsa de agua oscura que ni siquiera me planteo el hecho de parar, de no meterme.

Quiero hacerlo, necesito hacerlo y, más que eso, necesito ver cómo lo hago. Cómo venzo mis miedos, cómo me siento fuerte y valiente rodeada de lo que intentó arrebatarme la vida. Cómo he superado ese sentimiento que me hacía empequeñecer y ahora, contra todo pronóstico, me engrandece.

Un paso más, solo uno más y el agua fluirá entre los dedos de mis pies. Solo un paso más.

Levanto el pie y antes de volver a tocar tierra con él, unas manos me agarran los hombros y me obligan a retroceder.

—¿A dónde crees que vas, pececillo? —pregunta la voz de Nael.

Abro los ojos, aunque ya los tenía abiertos. Es como si me hubieran embrujado y su voz hubiese roto el hechizo.

De repente me veo aquí, a los pies del mar y siento que mi estómago desaparece. Siento otra vez el terror, la ansiedad, el deseo incesante de salir corriendo lo más lejos posible, aunque ahora mismo no pueda ni moverme. Él es mi roca. Mi pedazo de tierra firme, así que me aferro a sus manos.

—Saca... saca...

—¿Aura?

—Sácame de aquí. Sácame por favor.

Nael pasa su brazo por encima de mis hombros y me arroja con su piel. Me siento segura ahora. Con los pies en la tierra de nuevo.

—¿Qué te ha pasado? Te veía muy dispuesta a lanzarte de cabeza ¿sabes?

—Ni se te ocurra jamás dejar que me acerque a esa agua ¿me oyes? —digo en un susurro apenas audible.

—No iba a dejar que te metieras ahí de noche, Aura. Podemos probar otro día, poco a poco. Un día los pies, otro día hasta las rodillas. Podemos superarlo juntos.

—No. No quiero meterme ahí ni de día ni de noche. No quiero meterme nunca.

Noto que Nael me aprieta contra sí y lo agradezco. Su piel siempre ha sabido calmar mis miedos.

—¿Qué ha pasado?! —pregunta Eva mientras se escurre su larga melena rubia y nos mira boquiabierta.

—Está bien, está bien. Tranquila, nos vamos a casa. Oye, ¿dónde te habías metido? Te he perdido de vista.

—Ah... he entrado en el agua por detrás de las rocas. Creí habértelo dicho —le contesta Eva.

De repente, un perro pasa por nuestro lado ladrando. Escucho la zambullida y el grito de su dueño para que salga del mar.

Hasta los perros disfrutan con el agua, debo ser la tía más rara del planeta.

—¡Bardo! ¡Bardo, sal de ahí! ¡No pienso meterme a buscarte, muchacho!

Nael se ríe y yo, sin poder evitarlo sonrío cuando el perro vuelve a ladrar en respuesta.

Escucho el chapoteo del animal al salir del agua y sus pisadas huecas en la arena.

—¡Ni se te ocurra! —grita Nael.

Eva se aleja a zancadas justo antes de que Bardo se sacuda el agua salada de su frondoso pelaje y nos moje a Nael y a mí.

Yo me abrazo a Nael mientras me río y él me devuelve el abrazo para intentar cubrirme.

—¡Serás...! ¡Lo siento chicos, es el sustituto de Satán!

Nael y yo reímos mientras caminamos de vuelta al pueblo.

No sé dónde se ha metido Eva. Supongo que habrá vuelto al mar. Nadar de noche es algo que le apasiona.

Tengo las piernas y el pantalón corto mojados. No tanto como Nael, claro, pero a mi madre le va a dar un infarto múltiple cuando llegue y me vea mojada.

Diez minutos después ya estamos frente a mi casa.

—Ha estado... bien —le digo.



—Quitando el pequeño incidente de tu intento fallido de lanzarte a la marea, sí. Ha estado muy bien —se echa la mano a la cabeza mientras se ríe.

—Bueno, vamos a olvidarlo ¿vale? No sé qué me ha pasado.

Y lo digo en serio. No tengo ni la más remota idea de qué me ha pasado.

—Los rituales del agua, Aura. No son solo palabrería. Neptuno nos oye y supongo que, esta vez, tú lo has oído a él.

—No digas estupideces. Los dioses no existen.

—¡Mujer de poca fe!

Me abraza, me besa la frente y vuelve a sonreírme.

—Hasta mañana.

—Descansa. Ha sido una noche... intensa.

«Y podría serlo más si quisieras, Nael».

Pero se va sin intentarlo siquiera.

Quizá es que la única que siente una atracción brutal soy yo. O quizá es que él no quiere estropear esto que tenemos. O quizá es que me estoy volviendo loca y ya escucho llamadas donde no las hay.

Como la del mar. O la de los abdominales de Nael.

### 3



No he parado de dar vueltas en la cama en toda la noche. Entre pesadilla y pesadilla, miro al techo blanco de mi habitación mientras bufo y pienso en lo a gusto que estará durmiendo Nael en su cama.

Yo, sin embargo, no he parado de soñar con olas gigantes, peces rarísimos, espuma de mar y agua roja. Y, por si fuera poco, las piernas no dejan de picarme.

Estoy haciendo esfuerzos sobrehumanos para no rascarme, pero es que es casi imposible resistirse.

Enciendo la luz después de sentarme en la cama. Aún es noche cerrada y sé de sobra que queda mucho para que amanezca un nuevo día.

Mis manos, inconscientemente, comienzan a deslizarse por mis piernas mientras las uñas, como si ya no tuviera control sobre ellas, comienzan a clavarse en mi piel.

Cierro los ojos y, durante un rato, disfruto del placer inmenso que me produce hacerlo. El alivio tan profundo. Del gustito tan rico, tan...

—Pero ¡¿qué...?!

Me quito la sábana de encima y clavo la vista en mis piernas. La piel está rugosa, más seca de lo que ha estado nunca.

Me levanto de la cama lo más rápido que puedo y me observo bien. Mis piernas se han convertido en un conjunto de bolsas, sangre y arañazos.

Me paso las yemas de los dedos por los muslos y desciendo hasta los tobillos mientras algo me abrasa desde dentro.

—Mierda. Seguro que ha sido el agua salada. Seré alérgica o algo por el estilo. ¡Dios, cómo escuece! Y pica... también pica. Y quiero rascarme. Quiero, quiero, quiero... —repito mientras vuelvo a hundir las uñas en la piel de mis muslos.

Cuando me obligo a parar, voy al cuarto de baño, abro la llave del agua fría y me refresco las piernas y el cuerpo entero. Me froto todo lo delicadamente que puedo con una pastilla de jabón y vuelvo a dejar que el agua limpia y dulce se deslice por todo mi cuerpo.

El picor se calma, el dolor no tanto.

Tendré que embadurnarme de algún ungüento milagroso o ir al carnicero a que me corte las piernas y acabe con esta agonía.

Después de salir del cuarto de baño voy a la habitación de mi madre. Duerme como un tronco, qué envidia más grande.

—Mamá... —digo en un susurro mientras me acerco a la cama.

Ella solo bufa y se encoje debajo de las sábanas.

—Oye, mamá, despierta.

Cuando le toco el hombro da un salto y se queda sentada en la cama, desorientada, mirando hacia todos los lados posibles con el corazón en la boca.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Qué pasa?!

—Mamá, mamá. Soy yo, tranquila.

—Me cago en los siete mares, Aura. ¿Qué hora es?

—No tengo ni idea. De noche aún.

—¿Por qué estás despierta entonces? ¿Te ocurre algo?

—En realidad... sí. Mira.

Enciendo la luz de la lamparita de su mesita de noche y le señalo mis piernas.

La cara de mi madre se descompone hasta tal punto que creo que va a vomitar hasta el desayuno, así que me aparto.

—Aura... —dice en apenas un susurro mientras acerca su mano a mi pierna sin llegar a tocarla. —¿Desde cuando tienes la piel así?

Su voz es casi inaudible.

Sigue sin acercarse. No me toca. No aparta la mirada.

—Pues desde hace un rato. He tenido pesadillas, me he despertado y me picaban las piernas. Me he rascado demasiado, creo... Seguro que ha sido por culpa del agua salada. Maldito perro.

—¿Qué agua salada? ¿Te has metido en el mar, Aura?

—No me he bañado. He ido con Nael y Eva al ritual y un perro que se había metido en el agua me ha mojado cuando se ha sacudido a nuestro lado, nada más. Soy alérgica ¿verdad? Al agua salada, a los perros o a la vida, no lo sé, pero haz que este picor pare. —digo mientras vuelvo a rascarme como una posesa.

—¡No! No te rasques. Te harás más daño. Voy a por... no sé. A por algo a ver si conseguimos frenar... eso —señala mis piernas mientras se levanta de la cama y sale de la habitación como un vendaval.

Yo arqueo una ceja con la vista fija en donde ella ya no está.

—¿Eso? —vuelvo a mirar mis piernas. —Tranquilas, chicas. No están tan... mal.

Las ampollas se han multiplicado por trece y el picor no ha hecho más que aumentar. Aun así, aunque lo deseo con todas mis fuerzas. Aunque a mis rodillas les ha salido una boca imaginaria que no deja de repetirme que las rasque, me retengo.

Mi madre aparece poco después con una sartén en la mano y un trapo en la otra.

—Vamos, estira las piernas y ¡por Dios! Aleja las manos de la parte inferior de tu cuerpo todo lo humanamente posible.

—¿Qué demonios vas a hacer con...? —moja el trapo en el aceite y comienza a frotarme las piernas con él. —Oh, joder. Qué guarrada, mamá.

Me dejo caer de espaldas en la cama mientras mi madre me embadurna en aceite usado.

—Será toda la guarrada que quieras, pero te hidratará la piel y te aliviará el picor.

—¿Y no podrías al menos haber usado aceite limpio? ¡Apesto a pescado!

—Oh, vamos. Has olido peor que esto.

—¡Ah, genial! ¡Muchas gracias, mamá! —pongo los ojos en blanco mientras estiro los brazos en la cama.

—Una vez te revolcaste en el estiércol del caballo de Jacinto pensando que era chocolate. No te lo comiste de milagro.

—¡Venga ya! Eso no es cierto.

—Oh, claro que sí. Eras como una gran caca andante, así que ahora no te quejes por oler un poquito a mar.

—La noche perfecta. Mis piernas amenazan con desmembrarse de mi cuerpo, mi madre me llama caca andante y el mar me odia.

Me tapo la cara con los antebrazos mientras mi madre sigue restregando ese trapo por mis

piernas.

—No te haces una idea...

—¿De qué? —digo reincorporándome.

—¿Qué? —repite ella.

—No funciona ¿verdad? Me sigue picando horrores, mamá.

—Oh, joder, sí que funciona sí. ¡Quiero decir que no! Que no funciona.

—Mamá... ¿te están afectando los gases tóxicos de ese aceite refrito o te pasa algo más?

Se sienta en el suelo, como dándose por vencida, deja la sartén a un lado y huele el trapo.

—Esto apesta, Aura.

—Te lo he dicho...

—A ver, tranquilidad. Primer mandamiento, no te acerques al mar, al menos no donde puedas mojar te ¿me oyes? El segundo es que tienes totalmente prohibido rascarte. Ingéniate las como puedas o te meteré esas dos manos en unas bonitas manoplas de cocina y te las ataré para que no puedas quitártelas. Tercero, iré a por un ungüento sanador de esos que hace la madre de Nael. Cuarto... no sé. Ya pensaré en el cuarto cuando vuelva. Tú... tú espérame aquí.

Se levanta sin esperar un segundo más y sale de la habitación.

Yo corro detrás de ella antes de que se le ocurra salir a la calle.

—¡Mamá! No puedes despertar a la madre de Nael a estas horas. No ha amanecido todavía. Iré yo por la mañana y se lo pediré ¿de acuerdo?

—Lo necesitas ya, Aura.

—Sí, pero eso no implica que tengamos que ir a despertar a esa pobre mujer por una simple reacción alérgica ¿no crees?

—Será solo un momento —dice antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

Yo me quedo unos segundos mirando la puerta por donde se ha ido. Seguidamente me agacho, huelo mis piernas que apestan a pescado frito y me encojo de hombros.

—Sí, los gases tóxicos del aceite la han obnubilado.

Vuelvo a mi habitación mientras, conscientemente, me voy restregando rodilla con rodilla, muslo con muslo y tobillo con tobillo.

—Esto no es rascarse. Es... restregarse en términos exactos, así que... —me encojo de hombros.

## 4



Mi madre es la persona más racional que conozco. Es más, creo a pies juntillas que es la persona más racional del mundo entero. Aunque también habría que destacar que yo no he viajado mucho que digamos.

Sin embargo, hoy no parece la misma mujer de ayer. Ni siquiera parece la misma que antes de acostarse.

Yo sigo estirada en el suelo frotándome las piernas entre sí para aliviar el picor. Las ampollas se han tornado de un color extraño. Algunas supuran y es horroroso.

Es una sustancia lechosa, con un olor dulce y que dan ganas de echar los higadillos por la boca.

Asqueroso.

Noto la piel húmeda. No es el sudor. No es sangre. Ojalá. Es esa cosa que sale de mi piel. Que sale de las ampollas que recorren mis piernas.

Mi madre no ha llegado aún. Hace ya un buen rato que se marchó y, en realidad, no he ido a buscarla porque eso significaría que me ataría las piernas a las patas de la cama con tal de dejar que me aliviara.

Pensándolo mejor, quizá debería ir a casa de Nael. Mi madre salió un poco desubicada, por decirlo de alguna manera, y tendría que haber llegado hace mucho.

Bufo antes de levantarme, cojo una chaqueta y las llaves de casa antes de salir.

El cielo sigue oscuro y no hay hueco para más estrellas en él. Brillan. Brillan como lo hacía aquel mar endemoniado que me ha destrozado la piel.

Pienso en la atracción sobrenatural que sentí por él. En esa sensación que casi me obliga a lanzarme de cabeza sin poder pensarlo siquiera.

Me aferro a la chaqueta. El aire es gélido, poco común para esta época del año. La calle está desierta, lo normal a las tantas de la madrugada. A lo largo de la calle solo se escucha el sonido de mis pisadas y de mi respiración.

No voy a negar que poco a poco se me ha hecho un nudo en el estómago. No es que vaya a salir nadie de repente para raptarme. Esas cosas en mi pueblo no pasan, pero una sensación de temor, de inquietud, me envuelve. Las ganas de salir corriendo aumentan.

Un estruendo me hace dar un salto y dar un grito ahogado a la vez que pego la espalda a la pared de la casa más próxima.

Miro en todas direcciones mientras mi corazón se desboca. A él también le apetece salir corriendo y dejar al resto de mi cuerpo aquí tirado como un títere descosido.

Otra vez ese estruendo. Otra vez y otra más.

Logro respirar de nuevo cuando por fin la veo. La maldita ventana de madera a la que la brisa golpea contra la pared.

—Por los siete mares. Maldita ventana —digo a la vez que vuelvo a respirar con normalidad.

Vuelvo a caminar en dirección a la casa de Nael. El plan es llegar, coger a mi madre del

brazo, sacarla de ahí mientras me disculpo con reverencias y en todos los idiomas que conozco con los padres de Nael y volver a casa como si no hubiese pasado nada. Como si ese maldito perro no me hubiera mojado nunca.

—Oye... —susurro a la vez que me miro las piernas. —¿Por qué ya no me pica?

La brisa, como si quisiera contestarme, aumenta de magnitud y envuelve mis piernas en un halo invisible, suave y glacial.

—La brisa... la brisa calma el picor —me rio. —Pues abriré la ventana de mi habitación, dormiré con las piernas por fuera y todos tan contentos.

Y no sé por qué me encuentro agarrando muy fuerte el colgante que me regaló mi madre. No sé en qué momento lo he cogido, mucho menos en qué momento me ha empezado a resultar tremendamente tranquilizador.

—Se me está yendo la cabeza. Se me han aflojado los tornillos o ¡mejor! Estoy soñando. Es eso. Seguro que estaré flipando fuerte en algún sueño o, al menos, eso espero. Porque no hay ningún buen psiquiátrico cerca.

Esta vez echo a correr y no tardo en llegar a donde se supone que debería estar mi madre.

Las luces están apagadas y no tiene pinta de que los que hay dentro hayan sido molestados por nadie desde hace mucho.

—¿Dónde estás, mamá? —susurro. —Y ¿por qué me ha dado por hablar conmigo misma en voz alta? Estás como una maldita cabra, Aura. ¿Quieres callarte de una vez?

Frunzo el ceño antes de darme la vuelta y dar el grito más profundo, sincero y escandaloso que he dado en toda mi vida.

—¡Calma, calma! Solo soy yo, tranquila —se ríe mientras se escurre el pelo.

Eva.

Creo que la mitad de las veces que la veo está haciendo eso. O recién acaba de salir del mar escurriéndose el agua salada de su larga melena de oro o está a punto de meterse dentro.

Es un maldito pez desterrado a la tierra.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí a estas horas? —pregunto mientras intento tragarme el corazón que se me ha escapado de dentro por el susto.

—Pues yo saliendo del mar. Es genial nadar de noche ¿sabes? Los peces se acercan a la orilla. Las criaturas fantásticas también —me guiña un ojo.

Yo arqueo una ceja.

No sé si lo he comentado ya, pero Eva es un poco... especial.

Cuando llegé a Menzis, tenía diecisiete años y lo hizo sola. Recuerdo que el pueblo entero se escandalizó cuando contó que sus padres eran pescadores veteranos, que se pasaban meses y meses en alta mar, así que habían comprado una casita en nuestro pueblo y ella viviría ahí sin más compañía que la suya propia.

Menzis es un pueblo tranquilo, no somos más de trescientos habitantes así que todos nos conocemos y nos ayudamos entre nosotros. A Eva nunca le ha faltado de nada salvo, quizá, la simple y llana presencia de sus padres.

Recuerdo la primera vez que le dije que parecía un pez, todo el día metida en el mar.

—¡Pareces un pez, Eva! O una sirena, sí. Eso es. Ciertamente eres como una de esas sirenas míticas que no puede evitar estar dentro del mar cada minuto del día.

—¡Ojalá fuera una sirena! Me ahorraría el tener que secarme el pelo cada vez que salgo del agua.

Después de ese día, nos hemos sentado juntas incontables veces en el filo del acantilado esperando ver alguna sirena. Hablando hasta el anochecer de ellas, de cómo serán, de dónde

vivirán, de si fantasearán con nosotras tanto como nosotras fantaseamos con ellas.

—¿Algún avistamiento reciente? —sonrío.

Ella fija la vista en mi collar, lo que hace que yo lo agarre instintivamente de nuevo. Se encoge de hombros y vuelve a mirarme a los ojos.

—No vas a creerme, aunque quizá es mejor que no lo hagas —se ríe y se echa el pelo hacia atrás con un movimiento de cabeza.

—¿Vas a decirme que has visto a una sirena? —me paro en seco y la miro con los ojos muy abiertos.

Eva no se inventaría algo así. Jamás miente, por muy dura que sea la verdad, jamás la maquilla siquiera.

—Siempre que me meto en el mar veo una —susurra más para sí que para mí. —Tengo que volver a casa. Oye, a todo esto... ¿qué haces tú aquí a estas horas?

—¿Me estás diciendo de verdad que has visto una sirena? ¿Una de verdad? Con su cola, su aleta, su mitad pez y mitad humana ¿estás diciendo eso, Eva? —pregunto más alto de lo que debería mientras el corazón me late a mil por hora.

Ella sonrío y luego me inunda con ese mar contenido que lleva en la mirada.

—Shh... No hables tan alto ¿quieres?

—¿Vas a responder a mi pregunta? ¿La has visto? —le agarro la muñeca con algo de fuerza y ella mira la unión entre nosotras para luego volver a clavarme su mirada azul.

—Ya te he dicho que sí, eres tú la que no quiere escuchar.

—Dios ¡esto es increíble! ¡increíble! ¿Entiendes qué significa, Eva? ¿Lo entiendes? —digo mientras camino de un lado a otro con la emoción clavada en cada poro de mi piel.

—Entiendo, y tú deberías hacerlo también, que esto es un secreto mío que te he confesado. No puedes contárselo a nadie, ni siquiera a Nael. Ni a tu madre. No es algo que se cuente por ahí, Aura. Es algo que una se guarda hasta la tumba.

—Oh ¡vamos! Es un hallazgo increíble, Eva.

—Lo sé y es mío. Mi hallazgo. Mi sirena. Promete que no vas a decir nada, Aura.

Yo me quedo con la boca entreabierta, navegando entre la emoción y la decepción más absoluta.

—¿Has hablado con ella?

—Promételo —dice con una voz sombría y casi gutural.

—Lo prometo ¿de acuerdo? A la tumba me lo llevaré, pero dime, ¿has hablado con ella? ¿Hablan nuestro idioma?

Ella sonrío, un poco siniestra su sonrisa si soy sincera, pero sonrío.

—Sí, habla nuestro idioma. Tiene una voz tan... dulce.

—Esto es... es ¡Dios, Eva! ¿Puedo verla?

—Le temes al mar ¿recuerdas? —sonríe más ahora.

No niego que da un poco de miedo cómo lo hace, cómo me mira, cómo sonrío y cómo juega con su pelo. Enrollándolo en sus dedos una y otra vez.

—Puedo acercarme a la orilla...

—Quizá esté más cerca de lo que crees. Quizá la conozcas ya ¿quién sabe?

—Eva... —digo retrocediendo un paso.

Ella ríe sin parar y yo estoy a punto de salir corriendo, pero es mi amiga. Nunca se ha comportado así, nunca ha tenido esa mirada tan desconcertante, tan tétrica.

—Oh, vamos. Solo bromeaba, Aura —vuelve a carcajearse como si hubiese vuelto en sí de repente. Como si volviese a ser esa chica tranquila, afable y cariñosa que ha sido desde que la



conozco.

—Me estabas asustando ¿sabes? Joder, casi me lo hago encima.

Ella vuelve a reír y yo río con ella.

—Vamos, anda. Te acompañaré a casa. No quiero que te rapte un hombre lobo —bromea mientras hace gestos con las manos burlándose.

—Eres idiota, me lo había creído por completo.

—Bueno, no te he mentado. Existen las sirenas. Tú lo sabes, yo lo sé. Los demás en cambio... —se encoge de hombros. —Ellos no creen en ellas, gracias a Neptuno...

Yo frunzo el ceño mientras ella pasa su brazo empapado por encima de mis hombros y comienza a caminar a mi lado hacia mi casa.

—¿Gracias a Neptuno? —pregunto extrañada.

—Oh, sí claro. Ellos ni se imaginan lo que hay ahí fuera. Ni siquiera lo que hay a dos palmos de sus narices —se ríe.

Otro golpe que me deja sin respiración.

—¿Quiere alguien hacer el favor de ponerle un gancho a esa maldita ventana?!

—Creo que se ha vuelto a romper... —responde una voz suave más que conocida para mí.

—¡Por el tridente de Neptuno! —replico mientras Eva se ríe. —¿Qué demonios haces despierto a estas horas?

—Voy a trabajar al horno con mi padre. La pregunta más lógica sería ¿qué haces tú despierta a estas horas, Aura? Despierta y aquí. Que esté Eva no me sorprende.

Nael frunce el ceño y se cruza de brazos esperando una respuesta lógica. Yo no tengo ninguna que darle, así que señalo mis piernas y dejo que saque conclusiones él mismo.

Su cara de horror era previsible. La de asco también. La mini arcada no tanto.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Has intentado freírte viva o qué? —dice a una distancia prudencial.

Eva se aleja de mí dos pasos con una mueca indescifrable que antes no estaba ahí.

—Ha sido el agua. Es una reacción alérgica.

—Nos ha jodido, eso no es una reacción alérgica. Es una mutación en toda regla. Es... Dios. Es asqueroso —dice Nael mientras se pone la mano en la boca.

Mis ojos se abren todo lo posible mientras mi boca prepara la metralla.

—¡Muchísimas gracias por el cumplido, amigo! —digo enfatizando esta última palabra.

Me doy la vuelta y me encamino hacia mi casa mientras el humo me sale por las orejas.

—¡Aura, espera! —grita.

—Que te fríen, Nael —le digo a la vez que le hago un gesto no muy cordial con la mano.

Eva se carcajea bastante alto.

—Perdona ¿vale? Me ha pillado por sorpresa y... —otra mini arcada.

—¡Por Dios, Nael! ¡¿Nunca te ha salido una maldita ampolla?!

—Sí, claro que sí. Una. No cinco mil quinientas cuarenta y tres...

La cara se me desencaja mientras mi mente intenta asimilar que, en vez de estar buscando alguna manera de ayudarme, o de hacerme creer con mentiras glamurosas que no estoy tan mal, se comporte de esta manera.

Me doy la vuelta de nuevo y me alejo de ellos mientras Eva sigue riéndose.

Mi madre ya está dentro de casa cuando yo llego. Camina de un lado a otro como si quisiese abrir un surco en el suelo de la cocina.

—He ido a buscarte, pensaba...

—¿No te he dicho que me esperaras aquí?

—Tardabas. Me preocupé y fui a buscarte. Deja el drama, mamá. No estoy tan...

Vuelvo a mirarme las piernas y entiendo perfectamente las arcadas de Nael. Es más, hubiese entendido perfectamente que hubiera vomitado por toda la calle.

Están horribles. Hay más ampollas. Más líquido blanquecino supurando de ellas. Más rojez en la piel que hace un rato parecía sana.

—Vale, tranquila. Siéntate.

Yo lo hago sin mediar una palabra y sin apartar la vista de eso a lo que un día llamé piernas.

—Mamá...

—No sé cuántas veces te he repetido que el mar es traicionero.

La calidez de sus manos sujetando la mía me hacen apartar la mirada de mis heridas y centrarla en sus ojos.

Hay lágrimas en ellos. Hay dolor, incertidumbre y tristeza. Mucha tristeza.

—Pero si solo han sido unas gotas. Unas gotas de nada. No puedo imaginar qué me habría pasado si llego a zambullirme en el agua.

—No puedes imaginarlo, no.

—Voy... voy a sentarme fuera antes de que amanezca. La brisa me alivia y no quiero que nadie me vea así, van a pensar que tengo la lepra o algo por el estilo.

—Está bien, te pondré el ungüento y nos sentaremos fuera ¿de acuerdo?

—No hace falta que vengas, mamá. Acuéstate y descansa.

—Sí claro, —desenrosca la tapa del tarro con la crema de un extraño color marrón. — Después de ver eso estoy yo como para acostarme a dormir. ¿Quieres que tenga pesadillas? —se echa a reír.

—¡Genial! Primero Nael casi vomita al verme, ahora tú te descojonas de mí y te quedas tan ancha. Ya no hay respeto en esta relación, mamá. Esto se va a pique.

Ella vuelve a reír más fuerte.

—Lo siento ¿de acuerdo? ¿Qué te ha dicho Nael?

—Que es asqueroso.

—Ciertamente lo es.

Mi expresión de chica exageradamente escandalizada solo sirve para que mi madre se carcajee aún más fuerte.

Me siento en una de las sillas y mi madre hace lo mismo en la otra antes de cogerme un pie y apoyárselo en su muslo.

—Sí que lo es —repito resignada.



No voy a mentir diciendo que el ungüento era milagroso, que la brisa helada fue santo remedio y que hoy ya puedo hacer el pino puente.

Esa crema viscosa de baba de no sé qué bichejo no hizo nada más que producirme un dolor de cabeza espantoso gracias al olor tan fuerte que emanaba. Tóxico, es la palabra más concreta para definirlo.

La brisa no calmó mucho más el picor, pero sí los ánimos.

Tampoco puedo hacer el pino puente porque corro el riesgo de que las piernas se me desmiembren del todo y, aunque parezcan monstruos sacados de debajo de la cama, no quiero perderlas.

Ahora estoy con la ventana abierta de mi habitación, acostada en la cama y con las piernas en alto llenas de esa masa viscosa.

Mi madre ha salido a comprar y yo tengo la extraña apetencia de salir a pasear también.

Me retengo porque creo que el pueblo en general me quemaría en la hoguera si me viese así. Cualquier enfermedad contagiosa se asemeja bastante a lo que les pasa a mis piernas. Nadie me creería si le dijese que es una simple reacción alérgica. Hasta a mí me cuesta creerlo a veces.

Vuelvo a bostezar. No he parado de hacerlo en toda la mañana. El poco rato que he dormido he vuelto a tener pesadillas. Las olas gigantes, el agua roja, los peces extraños y esa sirena sin rostro de escamas iridiscentes.

Supongo que ha sido por el encuentro nocturno con Eva y por haberme dormido pensando en la historia que me contaba mi madre de la sirena capaz de mover tierra, agua, aire y fuego.

Me levanto de la cama y miro por la ventana. No hay nadie en la calle.

Cojo del armario un pantalón de tela largo. Me cuesta horrores ponérmelo, pero al final lo consigo y, como si fuese un clip de famobil, salgo de mi casa antes de que llegue mi madre. Necesito caminar, respirar aire puro, distraerme.

No me encuentro a nadie de camino al acantilado y lo agradezco. Normalmente todos los del pueblo son muy simpáticos, casi rozando el incordio. Siempre interesándose por cómo estás y a dónde vas.

Yo hoy ni estoy bien ni quiero decirle a nadie dónde voy.

El camino está plagado de piedras, de tierra que se levanta por la brisa y de olor a mar. Mis pasos son cada vez más lentos. Salí muy decidida de casa, pero lo cierto es que, conforme me acerco, la valentía se esfuma. La rabia aumenta.

«Solo es agua. No debo temer al agua. No debo temer nada de lo que hay ahí dentro».

Sin poder evitarlo rememoro el cuento de la sirena mágica.

Hace tiempo que mi madre no la nombra y, ciertamente, extraño el énfasis con el que cada noche narraba su historia.

Jugué a tener sus poderes durante toda mi infancia. Soñé con poseerlos de verdad. Imaginé cómo hubiese sido poder controlar el fuego, el agua a mi antojo, el aire y la tierra. Poder controlarlo todo y usarlo y vengar a la madre de la sirena como siempre juró ella.

Nunca supe si llegó a hacerlo. El cuento terminaba aquí, en esta playa que ahora tengo yo delante. Terminaba con ella irradiando furia por cada poro de su piel.

Qué pena no saber qué pasó al final.

Si yo hubiese sido mi madre me hubiese inventado un final mejor. Uno donde la madre de la sirena en realidad no estuviese muerta. Uno donde la niña luchaba por la vida de su madre y por su derecho de nacimiento a seguir viviendo en Atlenia. Uno donde el final fuese feliz, pero no. Mi madre siempre terminaba la historia donde la sirena iridiscente dejaba atrás su cola, afianzaba sus pies en la arena y creaba esas llamas gemelas en las palmas de sus manos. Esas que usaría para reducir al rey a ceniza sin dudarle un segundo.

Venganza.

La palabra retumba en mis oídos, en mi mente, en cada esquina de mi cuerpo. Venganza.

Siento cómo el collar que me regaló mi madre se calienta encima de mi pecho. Es una sensación agradable y a la vez extraña.

Miro mis piernas y, aunque las cubren la tela del pantalón, soy capaz de ver perfectamente cómo ese mar, que parece inofensivo ahora, las destrozó.

Enfilo la vereda de tierra que desciende atravesando el acantilado hasta llegar a la playa mientras el cielo se va encapotando por momentos y el aire se vuelve más gélido a mi alrededor.

La brisa se intensifica, el calor que irradia mi cuerpo, también. La cólera me desborda.

Casi me veo corriendo camino abajo mientras siento la tierra hundirse debajo de mis pies descalzos. Mientras escucho el golpeteo sordo de mis pasos.

El camino es ancho, no hay ningún tipo de peligro, aun así, lo siento hostil. Como si el mismo acantilado no quisiese que lo descendiera. Como si quisiera que sintiese miedo a llegar ahí abajo.

Miedo.

Tanto tiempo me mantuvo alejada de este sitio el miedo que no estoy dispuesta a dejar que me gobierne nunca más.

Es agua, maldita sea. Es solo agua. No tiene ningún poder sobre mí.

—No te tengo miedo —susurro.

La tierra se desliza debajo de mí y resbalo hasta caerme. Un golpe sonoro y un dolor punzante me atraviesa.

—Oh no. No vas a hacerme retroceder, maldita sea.

Me sacudo la tierra de la parte trasera del pantalón y sigo caminando hasta tocar, por fin, la arena blanca de la playa.

Mi mente me obliga a detenerme. No quiero hacerlo, pero por alguna extraña razón me veo atrapada aquí. Como si alguien me hubiese encadenado las piernas al suelo.

Me agacho lentamente y cojo un puñado de arena. Está caliente, no hay rastro de agua en ella y, sin embargo, no sé por qué noto el mar debajo de mí.

Noto el frescor que lo caracteriza. Noto cómo fluye despacio. Sin prisa. Sin pausa.

Noto cómo se mueve a mi alrededor, cómo me... ¡cómo me quema el maldito colgante en el pecho!

No puedo evitar soltar un quejido a la vez que suelto la arena que había en mi mano. Cojo el colgante con los dedos y noto cómo arde. Supongo que el sol debe haber calentado el cristal.

Sacudo la cabeza e intento concentrarme en esa sensación tan extraña. En esa de sentir que las cadenas que, hasta hace un segundo, parecían retener mis pies, se sueltan con delicadeza. Me

centro en sentir cómo la brisa parece empujarme hacia delante ahora.

—Esto es alucinante —susurro. —No, increíble. Esto es increíble.

Me dejo llevar. No porque quiera, sino porque algo ahí delante brilla con una intensidad sobrenatural.

Ese brillo necesita que yo vaya o soy yo la que necesita ir hacia él. No lo sé, pero la ira da paso a la intriga, a la curiosidad. Al deseo.

Doy pasos cortos y, con cada uno de ellos, noto cada grano de arena incrustarse en la planta de mis pies. Noto la energía que deambula por esta playa, por todo lo que me rodea. Noto la fuerza, noto la necesidad de fundirme con ella.

No sé a qué se debe y, en realidad, no me preocupa saber cómo, por qué o qué está pasándome.

Me limito a sentirlo. A sentir cada paso que doy como si fuera lo más importante que he hecho en mi vida. Como si ahí delante me aguardara algo extraordinario. Algo imposible.

No miento si digo que siempre me he sentido incompleta. Algo dentro de mí estaba vacío, algo que parece llenarse con la espuma que juega encima de la cresta de las olas que, pacíficamente, se extienden hasta llegar a la orilla que tengo justo delante.

Ni siquiera sé cómo he llegado aquí tan rápido si mis pasos eran tan lentos.

De repente, esa brisa que me animaba a seguir parece querer ahora todo lo contrario.

Me empuja hacia atrás, me obliga a retroceder, aunque la verdad es que yo no quiero hacerlo.

Es como si dos personas completamente distintas se estuviesen disputando el derecho a lanzarme al mar o a apartarme de él.

La cuestión es que soy yo la que estoy en medio de esta discusión de brisas marinas. La cuestión es que yo no quiero seguir temiendo. No quiero estar lejos de esto.

—¡Basta! ¡Basta de una vez! No te tengo miedo ¡No te tengo miedo! Voy a meterme ahí dentro quieras tú, seas quien seas, o no quieras. Aunque muera convertida en una maldita ampolla gigante ¿me oyes? ¡Deja de empujarme hacia atrás, maldito viento! —grito como si de verdad alguien estuviese intentando evitar que me meta en el mar.

La ira vuelve a apoderarse de mí. Me posee como si ahora yo fuese solo eso. Solo ira.

Grito más fuerte. Grito tanto que el pueblo entero sería capaz de oírme, que todos los peces serían capaces de escucharme.

Echo a correr cuando la brisa se disipa hasta que el agua del mar me cubre los tobillos. Entonces paro. No yo, sino mi cuerpo.

Frena en seco mientras mi mente se da un chapuzón mental lo más adentro posible. Lo más profundo posible.

La sensación es inefable. Ni siquiera podría explicarlo, aunque me pidiesen que lo escribiera.

Es algo indescriptible. Imposible de decir. Imposible de expresar.

Es como si de algún modo un puzle incompleto desde tiempos inmemorables hubiese encontrado esa última pieza que le faltaba.

Como si el cielo hubiese entendido por fin que las nubes que ahora se ciernen sobre mí son parte de él y que no quiere echarlas que, todo lo contrario, le reconforta que estén ahí. Acompañándolo.

Como si una niña con terror genuino al mar hubiese mojado sus pies en él y se hubiese dado cuenta de que no era miedo al agua, sino miedo a lo que era capaz de sentir dentro de ella.

Ni siquiera sé en qué momento se ha desatado la tormenta que ahora azota el mar. No sé cuándo ha empezado el oleaje, ni cuándo la brisa ha mutado en bebé de huracán.

—Si te crees por un mísero segundo... —digo mientras me adentro más aún —que este

despliegue de efectos especiales va a hacer que me dé la vuelta es que no tienes ni la más remota idea de con quién estás tratando.

Inspiro profundo sin cerrar los ojos. No quiero perderme esto. Me merezco ser plenamente consciente de lo que voy a hacer.

Doy pasos firmes hacia delante mientras cada una de las ampollas de mis piernas me abrasan aún más la piel. Las ignoro o al menos intento hacerlo. No voy a detenerme ni por el dolor, ni por el tiempo, ni por nada en absoluto.

Ha llegado el día en el que voy a ser valiente de una vez por todas.

El dolor es insoportable cuando el agua me llega por las rodillas. El oleaje despiadado. El frío gélido. El viento demoledor. El problema es que cuando se me mete una idea en la cabeza es más fácil decapitarme que frenarme, así que me lanzo al mar sin pensar siquiera si recordaré cómo nadar o si me iré al fondo como un peso muerto.

Me meto por debajo de una de las olas y sacudo los pies y doy brazadas mientras estoy debajo del agua.

Fluyo. Por primera vez en toda mi maldita existencia fluyo con algo. Con la vida, conmigo misma, con el mar. Todo fluye. Todo es armonía. Todo es endemoniadamente caótico aquí abajo, pero tremendamente embriagador. Sin querer sonrío y cierro los ojos para disfrutarlo. Para sentirlo más dentro. Para interiorizar toda la energía que ahora me desborda.

Cuando intento salir a la superficie para respirar, un mareo se apodera de mí. La cabeza y todo lo que me rodea da vueltas. El dolor de mis piernas se intensifica y casi parecen arder. Casi parecen doblarse hasta partirse en mil y un pedazos.

Braceo para intentar llegar arriba, allí donde creo que está el cielo, donde creo que hay aire, pero me resulta imposible.

No soy capaz de ascender ni un solo milímetro. La desesperación me ahoga, el agua también, pero no quiero dejar de luchar. No quiero rendirme. No quiero morir aquí abajo.

Pataleo con todas las fuerzas que poseo hasta que un crujido me inunda los oídos y el dolor me despedaza. Grito. Lo hago con todas las fuerzas que me quedan mientras el agua empieza a introducirse en mi cuerpo a través de la boca. Grito mientras mis manos, en un acto reflejo, llegan a mis piernas. Otro crujido y otro más hacen que la desesperación se multiplique, que el terror me haga perder la consciencia mientras mis piernas siguen rompiéndose como si algo tirase bruscamente de ellas. Como si fueran del mismo cristal del colgante que ahora choca con mi pecho ardiendo más aún.

No hay nada más que oscuridad después.

## 6



Todo lo que me rodea ondula como si fuese un sueño o como si aún estuviese debajo del mar.

Sé que no lo estoy porque puedo respirar con cierta normalidad. Sé que no estoy muerta porque las piernas me arden como si fueran dos antorchas y, al otro lado de la vida, no hay dolor. O al menos eso dicen. Si lo hay y realmente estoy muerta que al menos me corten las piernas y acaben con este sufrimiento.

Muevo los dedos y noto que lo que tengo debajo es arena. Arena de la playa. Húmeda, ligera, tranquilizadora.

Intento enfocar la vista, pero lo único que veo es una gran sombra oscura delante de mí. Una sombra que se mueve, que ¿me toca?

Me llevo la mano a la cabeza mientras cierro los ojos para intentar disipar el mareo y recuerdo el dolor que sentí. Ese dolor desgarrador.

Me levanto de súbito para tocarme las piernas, pero algo o alguien me lo impide.

—Tranquila, estás a salvo —dice la sombra.

Su voz es suave y ronca a la vez. Como si proviniese de una persona ruda, tosca y, al mismo tiempo, de un ángel caído del mismísimo cielo.

—¿Qué ha pasado? No veo bien ¿dónde estoy? ¿Quién eres tú?

—Estabas en la orilla, has perdido el conocimiento.

—Sí, sí. Mis piernas, se me rompían las piernas —me llevo las manos a ellas.

Por extraño que parezca están en su sitio y el dolor se ha ido disipando.

—Tus piernas están bien. Habrá sido una alucinación, creo que has tragado mucha agua.

Cuando por fin consigo enfocar la vista la sombra deja de ser una sombra y se convierte en un sueño.

Su rostro parece sacado de una fantasía irreal y bastante húmeda, en todos los sentidos. Su sonrisa me tranquiliza y a la vez me pone nerviosa. Es una sensación rara la que se siente al mirarlo, la que siento yo ahora.

Su cuerpo parece hecho a cincel por los dioses más experimentados. Su torso desprende una belleza tan salvaje así, perfecto e imperfecto a la vez. Con todas y cada una de esas cicatrices que decoran su piel y por donde las gotas de agua se deslizan hasta evaporarse por el calor que irradia. Su cuello sería el lugar perfecto para quedarse a vivir. Mandíbula ancha, labios perfectamente definidos, nariz discreta y ojos...

Retrocedo ayudándome con las manos sin levantarme del suelo siquiera.

—¿Qué... quién eres?

—Me llamo Az. Azariel, en realidad, pero mis amigos me llaman Az —sonríe mientras se sienta en la arena.

Apoya los codos en las rodillas y entrelaza sus manos. Yo frunzo el ceño mientras vuelvo a fijar mi vista en sus ojos.



—Juraría... juraría que tus ojos...

—¿Qué les pasa? —vuelve a sonreír a medio lado mientras su vista se clava en mí tan intensamente que escuece.

—Nada, supongo. Estoy atontada aún —me llevo la mano a la cabeza, cierro los ojos un instante y cuando los abro él sigue ahí, con la vista clavada en mí.

Sus ojos son negros. Tan negros como lo es su pelo. No sé por qué he creído ver algo distinto hace un momento.

—¿Cómo te llamas?

Su voz sigue siendo atrayente, intensa, exquisita. Me acaricia los oídos con una delicadeza y ferocidad terribles.

Si no hubiese estado a punto de morir ahogada ahí dentro ahora mismo estaría roja como un tomate.

—Aura. Ni se te ocurra llamarme Au.

Se ríe a la vez que echa la cabeza hacia atrás y juro por mis ancestros que no he oído una risa más dulce en toda mi vida. Dulce y sensual.

Sinceramente ni siquiera sé cómo puede ser una risa sensual, pero la de él lo es.

—Está bien, Aura. Te has metido en el mar con este temporal ¿se te ha ido la cabeza?

Su sonrisa sigue a medio lado, no se borra, no se minimiza. Yo no podría dejar de mirarlo, aunque quisieran arrancarme de esta arena a empujones.

—Es una larga historia... Larga y estúpida. Gracias por sacarme.

Él arquea una ceja y luego sonrío.

—Oh... yo no te he sacado. Te he encontrado en la orilla mientras paseaba.

Frunzo el ceño mientras pienso cómo es posible que haya llegado hasta la orilla yo sola. Lo último que recuerdo es el dolor y luego la oscuridad.

—Bueno, ya que el destino ha querido que nos crucemos en estas circunstancias tan... curiosas. Dime, Aura, ¿vives por aquí cerca?

—Sí, al otro lado del acantilado. En Menzis y ¿tú? No te he visto nunca por aquí.

Se echa la mano a la barbilla y entorna los ojos, como si buscara una explicación sencilla.

—Vengo aquí a pescar.

—Y ¿dónde está tu barco, pescador? —arquea una ceja.

Vuelve a reírse y a atravesarme con su mirada después.

—Pesca submarina —se encoje de hombros.

—¿Te has guardado el fusil en los pantalones o pescas con las manos? —él comienza a carcajearse. —Y todas esas cicatrices tan profundas ¿te has batido en duelo con un pez espada?

—Haces muchas preguntas ¿sabes?

Vuelve a sonreír de esa manera tan endemoniadamente sexy mientras mi vista se desliza por su cuerpo. La suya sigue fija en mis ojos.

La verdad es que es digno de observar. Ni siquiera sé cuántos años puede tener, ni siquiera me importa. Es tan jodidamente atractivo que cuesta apartar la vista de su cuerpo. Que cuesta no recorrer cada milímetro una y otra vez.

Tiene algo magnético que hace que no pueda levantarme y salir huyendo. Que hace que no pueda moverme siquiera. Qué digo algo... lo tiene todo.

Centro mi vista en sus tatuajes. Esos negros que adornan sus piernas en forma de espirales. Esos que, al llegar a sus tobillos, se transforman en brazaletes que hacen que sus piernas tengan un aspecto aún más fuerte, más firme.

Me llama la atención la mano que se desliza por su pelo, como si él quisiera hipnotizarme con

cada movimiento, como si supiera que no puedo dejar de mirarlo.

—¿De dónde has salido? —pregunto mientras intento levantarme.

—Creo que no deberías hacer eso —dice sin moverse.

—Oh, ya lo creo que sí.

Cuando consigo ponerme de pie me fallan las piernas y vuelvo a caer de rodillas al suelo.

—Te lo he dicho... —se burla.

—Oh, vete al infierno.

—Vengo de allí, bonita.

Después de que yo lo fulmine con la mirada él se echa a reír, se levanta y me tiende la mano.

—Puedo sola, no necesito tu ayuda —replico.

—Bueno, supongo que crees eso, pero apuesto a que solo me rechazas por orgullo. Solo intento ayudarte, Aura.

Vuelve a tenderme la mano y, esta vez, yo la agarro sin pensarlo dos veces. Su otra mano se apoya en mi cintura y me ayuda a ponerme de pie. Su tacto es cálido, suave y firme, aunque hace un frío de mil demonios.

Lo extraño es que siento la necesidad de poner mis manos encima de las suyas. O mis manos encima de cualquier parte de su cuerpo.

Me retengo todo lo posible, pero las piernas se me vuelven a doblar. No sé si involuntariamente o por petición exclusiva de la parte sucia de mi mente, pero lo hacen.

Me agarro a sus brazos y él se tensa.

—Demasiado calor —susurro.

—He de decir que suelo causar esta sensación en la gente, pero creo que, que tú ardas, no es culpa mía.

—Yo no ardo.

—Oh, ya lo creo que sí —dice mientras sus manos se aferran a mi cintura y las mías a sus brazos.

Sus ojos y los míos se devoran mutuamente durante unos segundos hasta que él aparta la mirada.

—Debería irme. Gracias por todo ehm... no recuerdo tu nombre, lo siento.

—Azariel —dice con la voz ronca.

—Nunca había oído ese nombre.

—Significa *el que domina las aguas*.

—Sin duda tu padre también debe ser pescador.

Él sonrío un segundo y vuelve a mirarme de esa manera tan extraña que aún no consigo descifrar.

—Sí... algo así.

—Debería volver a casa. A mi madre ya le habrá dado un infarto y tendré que socorrerla.

Juro que quiero irme, mi cabeza sabe que he de hacerlo, pero mis manos siguen en sus brazos y no tienen intención de moverse de ahí.

—¿Podrás llegar sola a casa? Puedo acompañarte si quieres.

—¡No! Quiero decir... que no hace falta. Ya me encuentro mejor.

—Sí, tu piel ha recuperado algo de color —dice mientras una de sus manos se desliza suavemente por mi brazo.

Inconscientemente cierro los ojos un segundo. Ni siquiera sé por qué me siento cómoda con él. Ni siquiera sé por qué dejo que me toque, por qué sigo aquí, en la comodidad de su piel, pero lo cierto es que su tacto ardiente me equilibra.

Abro los ojos deseando que no se haya dado cuenta de mi pequeño lapsus mental.

—Deja de hacer eso —susurro.

—Lo siento. No sé qué... yo también debería irme.

Y por extraño que parezca me inquieta no volver a verle.

—¿Vives cerca de aquí?

—Bueno, no vivo lejos.

—¿Sueles... sueles venir a esta playa?

—Si tu intención es preguntarme si vamos a volver a vernos puedes hacerlo directamente — me ofrece una sonrisa chulesca y sus ojos centellean con un brillo peculiar.

—No era mi intención preguntar eso. Que tengas un cuerpo de infarto, una mirada brillante y una sonrisa hipnótica no significa que... —me quedo muda.

Ni siquiera sé por qué he dicho todo eso en voz alta. Me separo de su cuerpo y retrocedo unos pasos. Él suelta una risita estúpida.

Por suerte no me caigo ni mis piernas amenazan con volver a jugarme una mala pasada. En realidad, ya no me escuecen y me siento bastante ligera, como si el mar hubiese eliminado una coraza de hierro de mi cuerpo.

Él se cruza de brazos y sonríe abiertamente mientras intenta traspasarme con esa mirada oscura y penetrante. Yo suelto un pequeño gruñido, me doy la vuelta y me encamino hacia el acantilado.

—¡Estaré aquí mañana, por si quieres volver a ver mi cuerpo de infarto! —grita.

Yo ni siquiera me vuelvo a mirarlo. Aprieto los puños y sigo mi camino con toda la firmeza de la que dispongo, mientras en mi mente baila la imagen de su maldita sonrisa.



Al llegar a casa, como era previsible, mi madre estaba fuera de sí. Me preguntó chillando que qué demonios se me había pasado por la cabeza para salir a la calle, como si fuese yo una prisionera del hogar. Me tocó y dio pasos atrás mientras los ojos se le salían de las cuencas y cavilaba que, eso que me cubría, era agua de mar y que me había metido con ropa y todo en él. Luego todo fue preocupación, abrazos y besos por toda la cara.

Lo que viene siendo el modus operandi de una madre histérica.

—Voy a darme un baño de agua caliente porque creo que voy a pillar una hipotermia.

—Pero ¿te encuentras bien, Aura? ¿Todo está en su sitio? ¿Tus piernas...?

—Siguen aquí, mamá. ¿Las ves? —se las señalo. —Sé que ha sido una estupidez lo que he hecho, pero estoy bien.

—Gracias a Dios...

—No, gracias a Azariel, aunque no vas muy desencaminada —le digo riéndome.

Creo que no podré volver a olvidar su nombre, aunque todos mis esfuerzos sean esos.

—¿Quién es Azariel? —pregunta con el ceño fruncido y llevándose las manos al pecho.

—El chico que me encontró varada en la orilla. No te haces una idea de lo guapo y estúpido que es.

—¿Un chico?

—Sí, mamá —digo mientras me encamino hacia el baño. —Un chico con sus dos brazos llenos de músculos, sus dos ojos negros, sus pectorales, su tableta de chocolate y sus dos piernas.

Juro que la oí suspirar de alivio.

Cierro la puerta del baño y enseguida abro la llave del agua caliente. El deseo de meterme dentro se asemeja bastante al deseo de volver a ver a Az. Supongo que no es tan estúpido. Al fin y al cabo, fui yo la que le dijo todas esas cosas sobre su cuerpo como si mi boca estuviese cargada de metralla y se hubiese disparado sola.

Tengo la camiseta tan mojada y pegada a la piel que me cuesta un disgusto quitármela, pesa una barbaridad.

Lo mismo me pasa con los pantalones, parece que sea plomo en vez de tela. Los dejo caer al suelo y estiro todo mi cuerpo. Varios huesos me suenan. Supongo que es normal después de toda la tensión de hoy.

Lo extraño es que pienso en el mar y no lo temo. No siento esa aversión que tenía antes. No miento tampoco si digo que me apetecería meterme otra vez. No cuando el cielo parezca querer caerse encima de la tierra, pero sí cuando esté en calma. Volver a sentir que fluyo sin esfuerzo en algún lugar. Que todo se equilibra, como cuando sus manos acariciaron mi piel.

Metó un pie en la bañera. Un calor abrasador me hace sacarlo enseguida. Me había olvidado por completo de mis ampollas.

Lo más extraño es que mi piel también se ha olvidado de ellas porque no están.

—¿Por qué demonios no están?! —me asusto. El terror me corroe por dentro. —¡¡Mamá!!

¡¡Mamá ven aquí!! ¿Pero qué demonios es esto?

Apoyo el pie en el borde de la bañera y acerco la mano al tobillo. Una especie de sombra lo cubre. Lo rodea.

Paso los dedos por encima y no es una sombra. Es rugoso, como si me hubiesen pasado un rallador por la piel.

—¡¡Mamá!!! —grito con todo el aire que le quedan a mis pulmones.

Escucho las pisadas rápidas y ruidosas de mi madre y luego abre la puerta de un tirón con la cara desencajada.

—Pero ¿qué pa...? Dios mío. Dios mío no... —se lleva las manos a la boca y las lágrimas le corren por las mejillas.

—Mamá, son como... como escamas, mamá. Tengo escamas en los tobillos. ¿Cómo puedo tener escamas? ¿Cómo? Dime que es lepra, por favor dime que es la maldita lepra —repito una y otra vez mientras las lágrimas me inundan la cara.

—Aura... Aura, cariño —se acerca a mí y yo retrocedo.

—No. No me toques ¿qué es esto? ¿Por qué? No entiendo... —digo mientras doy pasos atrás hasta pegar mi espalda contra el azulejo más lejano.

—Lo siento. Lo siento tanto...

—¿Qué sientes? Tú sabes qué me pasa. Tú... tú... ¿qué pasa, mamá? ¡¿Qué me pasa?! —grito desesperada.

Mi pecho asciende y desciende a una velocidad de vértigo. Siento la sangre corriendo a mil kilómetros hora a través de mis venas. Siento cómo se extingue el aire del ambiente, cómo mis pulmones son incapaces de llenarse. Siento la cabeza dando vueltas de campana sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

Imágenes en forma de diapositiva hacen un desfile dentro de mi mente. Grandes olas, peces extraños, agua roja, calma, terror, rabia, alegría. Todo se mezcla. Nada tiene sentido. Absolutamente nada lo tiene.

—Te has metido en el mar, eso es lo que pasa.

—¿Y qué? Todo el maldito mundo se mete en el mar y no le salen escamas en las piernas ¡ronchas, golpes, vale! ¿pero escamas? ¡Escamas!

—Te he mantenido alejada y a salvo todo lo que he podido, cariño. Todo lo que he podido... —las lágrimas le caen sin descanso por las mejillas, pero no aparta la vista de mí.

—Esto es una broma ¿verdad? —me río. —¡Un chiste! Vamos, mamá, deja de llorar y empieza a reírte porque me estás poniendo muy nerviosa.

—Es tu naturaleza, Aura. Esas escamas forman parte de ti.

La voz le tiembla tanto que entiendo que hace un esfuerzo sobrehumano para que yo entienda las palabras que salen de su boca.

—¿Mi naturaleza? No entien... no. No puede ser. Eso es imposible. Es una locura.

—Quiero contártelo. Explicártelo todo. Si me dejas yo...

—Me falta el aire. No... no puedo respirar aquí —digo casi sin aliento antes de salir corriendo del cuarto de baño.

Mi madre se queda con un brazo extendido y con su otra mano tapándose la boca.

Mi cabeza da vueltas. No puede ser cierto. Sencillamente no puede.

Son cuentos. Cuentos de viejas. Mitos. Mentiras.

Yo no puedo ser... No puedo serlo.

Llego a mi habitación para coger un pantalón largo y seco que no deje a la vista ni un milímetro de piel. Una camiseta cualquiera y un jersey ancho. Necesito salir a tragar todo el aire

posible. Necesito que mi cabeza pare de hilar información que no tengo. Necesito... necesito despertarme de este maldito sueño. De esta maldita pesadilla.

—¡Aura! —grita mi madre antes de que mi mano se pose en el pomo de la puerta de salida.

—Necesito... aire.

—¿Volverás? —dice con un nudo en la garganta.

Yo me giro y la veo abrazándose a sí misma. Deshecha. Rota.

—Claro que sí ¿a dónde voy a ir si no?

Pregunto sin pensar que esa pregunta tiene más de una respuesta.

Ella se limita a asentir y yo me muerdo fuertemente el labio para reprimir las lágrimas que amenazan con ahogarme.

Abro la puerta y echo a correr sin una dirección concreta. Sin un destino. Sin entender realmente nada de lo que me pasa.

Dejo salir las lágrimas mientras mis pulmones se van quedando sin aire. Mientras mis pies descalzos se aferran a la arena que pisan. Mientras escucho gritar mi nombre más de una vez. Ignoro todo el ruido exterior y solo puedo escuchar la palabra que resuena en mi cabeza una y otra vez. Cada vez más alto. Cada vez más intensa. Cada vez más demoledora.

«Sirena».

Pero es imposible. Esas cosas no existen, esas cosas no... Yo no puedo ser una.

Comienzo a correr como si mi vida dependiera de ello. Como si una especie de masa deforme y terrorífica me persiguiera. Como si esa masa fuese a devorarme entera y a hacer que desapareciera. Que desapareciera yo y todo lo que me rodea. Me detengo justo después de pensar que eso sería perfecto.

Desaparecer sería perfecto.

Sin saber cómo me veo de nuevo en el acantilado. Me veo allí encima con el mar a mis pies y pienso en el dolor que sentí cuando estaba dentro. En lo mal que se puso mi piel cuando solo unas gotas me mojaron.

¿Y si no eran ampollas sino escamas? ¿Y si sentí que se me rompían las piernas porque me estaba transformando? ¿Y si soy realmente una... una...? No. No puedo serlo.

Me siento con la mirada fija en el mar. Cierro los ojos y me los aprieto con las manos, como si eso fuese a disipar las dudas. Como si eso arreglase algo.

Y, aunque sé que tampoco solucionará nada, grito. Grito como si me estuviesen cortando el alma en pedazos. Como si me estuviesen drenando la sangre. Como si quisieran arrancarme la vida sin anestesia.

Grito hasta que no me queda ni una brizna de aire en los pulmones. Grito hasta que la garganta me sabe a sangre. Hasta que no me sale la voz.

El calor abrasador que siento dentro es descomunal. La furia, la rabia, la incertidumbre y el miedo se mezclan entre sí en una masa uniforme que se extiende por mi cuerpo arrasándolo todo.

Luego sin más, me quedo en silencio. Apoyo la frente en las rodillas y me las abrazo. Siento más calor aún. En mis piernas, ahora.

«Sirena».

Ni siquiera sé si seré capaz de decir esa palabra en voz alta.

Tengo tantas preguntas, tanto terror, tanta impotencia.

¿Qué hago en tierra? ¿Cómo me lo ha ocultado mi madre tanto tiempo? ¿Hay más como yo aquí? Inmediatamente pienso en Eva. Ella dijo que había visto una, que cada vez que se metía en el mar veía una ¿se referiría a ella misma? ¿Será ella como yo? ¿Habría en serio?

Desde luego la única respuesta que tengo es que no puedo decírselo a nadie. Nadie puede

enterarse. Nadie lo entendería. Ni siquiera lo hago yo.

Cierro los ojos y pienso en el cuento que me contaba mi madre. Ese de la sirena con la cola iridiscente, pero no podía ser. Mi madre seguía viva y mi cola...

Dios, mi cola. Solo de pensarlo, solo nombrar mentalmente esa palabra me eriza todo el vello del cuerpo.

Levanto la cabeza y me miro las piernas. Mis piernas. Pequeñas, ágiles, maravillosas...

Las estiro y acerco la mano a la parte baja de la tela. La subo poco a poco y descubro que las escamas que rodean mi tobillo se acoplan perfectamente a mi piel, pero que siguen aquí. Suelto la tela del pantalón y vuelvo a gritar todo lo fuerte que puedo.

—¿Se puede saber qué haces?

El grito de rabia se ve interrumpido por uno de susto.

—¡Joder! ¿Qué demonios haces aquí?

—No sé, déjame pensar... —se sienta a mi lado. —Estoy tranquilamente en la playa y escucho a una chica gritar como si la estuvieran descuartizando. Miro arriba y te veo aquí desquiciada. Pues, como el caballero que soy, me acerco a ver qué pasa. Si es que intentas ahuyentar a toda la fauna marina creo que lo estas consiguiendo, quizá solo un tono más alto y ya lo tienes.

—¿Eres así de idiota todo el tiempo?

—La palabra que buscas es encantador —me guiña uno de sus espectaculares ojos negros.

—Oye... quiero estar sola ¿vale?

—Pensé que habías vuelto para ver mi sonrisa hipnótica y te habías puesto a gritar porque no me encontrabas.

—No estoy para tus chistes, Azariel. Si no te importa, quiero gritar a gusto.

—Ah, tranquila. Por mí no hay problema. Adelante.

Yo arqueo una ceja y él hace un gesto con la mano para animarme.

—Esto sí que es surrealista —me levanto y me sacudo el pantalón.

—Oh, vamos. Gritar acompañado es más agradable, créeme. Ven aquí, no seas aguafiestas.

—Se me está desmoronando la vida ¿sabes? ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz para que pueda intentar recoger los pedazos del suelo?

—¡Pues deja que se desmorone! Si se está cayendo a pedazos es que no tenía buenos cimientos, así que mejor que se caiga todo y que construyas algo nuevo ¿no crees?

Ladeo la cabeza y lo miro con el ceño fruncido mientras él se muerde la uña del dedo índice.

Como ve que no le contesto, sonrío y me acerca su mano. Yo no tengo ni la más remota idea de por qué, pero la cojo.

Él tira de mí para que me sienta a su lado y yo lo dejo. Nada peor puede pasarme ya.

—No sé qué hacer. No entiendo nada —digo en voz alta sin esperar que él me entienda.

—Raramente sabemos qué hacer o entendemos del todo lo que pasa.

—Pero es que tú no sabes... es que no te haces una maldita idea y no sé por qué demonios hablo de mis dramas existenciales contigo.

—Porque no me conoces y tu mente asimila que da igual decirme lo que sea porque te importa bien poco lo que piense de ti, si te juzgo o no. Es más fácil contarle algo importante a un desconocido que a alguien que aprecias ¿sabes?

Lo miro con la boca entreabierta y con la extraña convicción de que lo que dice es cierto.

—Uf —apoyo la frente en las rodillas y me echo las manos a la cabeza.

Segundos después noto su tacto en mi espalda, de nuevo más cálido de lo normal. Su mano acaricia mi cuerpo sin miedo, como si ya lo conociera. Como si supiera que ese simple gesto va a hacer que vuelva a poner los pies en la tierra. Esta tierra a la que ya no sé si pertenezco.



Levanto la mirada y su sonrisa, ahora más familiar, más bonita, ejerce un efecto sedante en mí.

—Tranquila. Todo tiene solución, aunque ahora no se la veas.

Su voz es la mezcla perfecta de ronquez y suavidad. De infierno y cielo. De locura y sosiego.

—Ojalá tengas razón.

—Claro que sí. Siempre la tengo.

Esta vez la que me rio soy yo. Él sonríe mientras me mira y su mano sigue acariciando mi espalda.

—Tengo la extraña sensación de...

—Te transmito confianza. Es eso —termina de decir él.

—Sí ¿por qué? —pregunto con el ceño fruncido mientras sus ojos y los míos se abrazan.

—Será este magnetismo animal que me caracteriza.

Rompo a reír como si fuera el mejor chiste que me hubieran contado nunca. Como si mi vida no se hubiese roto en pedazos imposibles de volver a unir. Como un vaso de cristal haciéndose añicos contra el suelo.

Que no es que no sea verdad eso que dice, en realidad es totalmente cierto, pero su manera de decirlo, el tono de su voz, la sonrisa ladeada y las cejas medio alzadas... me hace reír.

—¿Aura?

Me giro súbitamente y Azariel lo hace también, pero a una velocidad normal. Sin sobresaltarse.

—Nael —me levanto de un salto antes de recordar mis tobillos.

Enseguida me bajo la tela para asegurarme de que no se me vea nada.

Él está a una distancia prudencial, con una expresión confusa y temblorosa mezclada con desconcierto y cierta rabia.

—¿Qué haces aquí? Te he visto salir corriendo y... ¿quién es este?

—Esa no es manera de preguntar el nombre de alguien, muchacho —le contesta Azariel mientras se levanta y se pone a mi lado. Es tan alto y fuerte que Nael se ve minúsculo en su presencia.

Yo lo miro de reojo y clavo mi vista en Nael, que lo observa con una ceja arqueada.

Con sus ojos color chocolate no puede compararse con Azariel. Él es guapo, claro que sí, pero la belleza de Az es sobrenatural y creo que eso le intimida. Lo cabrea incluso.

—¿Muchacho? Pero qué...

—Debo irme ¿estarás bien? —me pregunta Az cortando a Nael.

—Sí, supongo que sí.

—Bien, si necesitas cualquier cosa o... —se acerca a mi oído —si quieres ver mis ojos brillantes —se aleja de nuevo —solo tienes que gritar —me guiña un ojo.

—Eres idiota —digo sin poder evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios.

—Supongo, —se encoge de hombros —pero a mí sí que me gustaría volver a ver los tuyos.

Sonríe y se encamina vereda abajo.

Nael no sale de su asombro. No se ha movido un milímetro y sigue con la mirada iracunda a Azariel mientras desaparece de nuestra vista.

—¿Quieres explicarme esto? —me pregunta visiblemente cabreado.

—La verdad es que lo que quiero es irme a casa.

Nael, por más que yo me he insinuado siempre, nunca se ha lanzado a besarme. Ni siquiera a acariciarme indecentemente. Ni siquiera creo que me haya visto nunca como algo más que una amiga, cosa que me cabrea sobremanera. Por eso mismo no entiendo su actitud ahora. No entiendo por qué me mira con esta rabia incontrolable.

—Así que sales corriendo de tu casa. Te encuentro aquí con ese... ese... capullo y no vas a explicarme nada ¿no?

—Primero, no es un capullo. Un poco idiota tal vez, pero no un capullo. Y segundo ¿qué quieres que te explique, Nael?

Se lleva las manos a la cabeza y se acerca dos pasos. No los suficientes como para llegar a mí, pero algo es algo.

—Quiero saber que estás bien, eso es lo que quiero.

—Estoy bien —miento.

—Si te pasara algo me lo contarías ¿no? Sabes que puedes confiar en mí, Aura.

«Claro, Nael. Mira, después de casi ahogarme en el mar y de conocer a un ángel caído del cielo al despertarme varada en la orilla, me han salido escamas en los tobillos y he descubierto que soy una sirena. Sí, sí. ¡Una sirena! Pero no te preocupes, me tiraré al océano y cantaré con los cangrejos aquello de “bajo del mar” y todos tan contentos».

—Claro.

Me encamino hacia mi casa sin pensar mucho en lo que me espera allí. Simplemente sintiendo la arena cálida debajo de mis pies. Sintiendo cada piedrecita, cada paso, cada soplo de aire que me envuelve y me abraza. Supongo que es la última vez que voy a hacer el camino a casa sin saber quién o qué soy realmente, así que disfrutaré de la Aura que he creído ser hasta hoy. De esta que estaba incompleta, pero que jamás creyó que la última pieza de su puzle era una cola de pez.



Me despedí de Nael de la manera más fría y distante hasta la fecha. Él aún me miraba con el ceño fruncido y supuse que su vista, más que en mí, aún estaba en Azariel. Aunque él no estuviera ya cerca, aunque Az no hubiese posado su mirada más de dos segundos en él.

Yo, para no engañar a nadie, también pensaba en él cuando entré en casa. Aparecer por sorpresa en el momento justo parecía ser su fuerte y, la verdad, es algo que no me desagrada en absoluto.

Claro que todo eso se esfumó en cuanto entré en casa y la mirada más destrozada del mundo se posó en la mía.

Mi madre estaba sentada en la cocina fumando. Hacía muchísimo tiempo que no fumaba y, por el aspecto del cenicero, lo había estado haciendo desde que me fui de casa.

Yo me senté justo en frente de ella. No cruzamos palabra durante bastante rato. Ella porque las lágrimas le impedían hablar y yo porque no sabía por cuál de las mil preguntas que azotaban mi mente empezar.

Cuando se acabó el cigarrillo, dejó la colilla en el cenicero ya abarrotado y cogió una de mis manos con las dos suyas. La envolvió como si fuese una sábana cálida y maternal y se mordió el labio tan fuerte que juraría que vi sangre emanando de él hacia dentro de su boca. Sentí la mía tan amarga como la hiel.

—No quiero que me mientas, —digo al fin con un tenue hilo de voz —no sé si podré asimilarlo, pero prefiero que me atormente la verdad a vivir el resto de mi vida en una bonita mentira.

Mi voz es dura. No querría que fuera así, pero era esto o sentarme a llorar en un rincón hasta secarme por dentro.

Mi madre asiente, suelta mis manos y apoya su espalda en la silla.

—Había una vez una sirena especial, su cola era iridiscente y reflejaba todos los colores del arcoíris... —comienza a relatar mi madre antes de atragantarse con su propia voz. —Vivía en Atlenia, la ciudad más grande bajo el mar, con su madre, Meliria. Ella ocultó al resto de los sirénidos los poderes de su hija cuanto ésta empezó a desarrollarlos.

Volví a sentirme como una niña escuchando esta historia de la boca de mi madre. Subí los talones al asiento, abracé mis piernas que ahora estaban decoradas por dos brazaletes alrededor de los tobillos y apoyé mi barbilla en las rodillas.

—Meliria llevaba todos los días a su pequeña hija a tierra para que jugara con sus poderes. Para que creara fuego en sus manos, moviera el agua a su antojo, manejara la brisa a placer y levantara la tierra del mismísimo suelo —por extraño que pudiera parecer, mi madre contaba la historia como tantas otras veces lo había hecho, con la más absoluta tranquilidad y decisión. —Un día una mujer las descubrió por casualidad. Después de que ella intentara huir despavorida por lo que había visto hacer a esa niña, Meliria la retuvo, habló con ella e intentó explicarle la situación.

Ella volvió a huir, tropezó con sus propios pies y cayó de bruces al suelo. Cuando se despertó seguía asombrada por los poderes de esa niña, pero ya no tenía miedo. Hoy en día sigue sin comprender cómo pudo pasar del terror más absoluto a la admiración más sincera.

Meliria y la mujer se hicieron buenas amigas, pues era con quien podía hablar de los poderes sobrenaturales que tenía su hija sin que ella intentara hacerle daño. La mujer frecuentaba la playa a diario y se sentaba con la madre de la sirena mágica a ver cómo su hija hacía cosas impensables.

» Un día Meliria apareció en casa de la mujer y le contó que habían descubierto los poderes de su hija y necesitaba esconderla, que la matarían si no la sacaba del agua a tiempo.

La mujer abrazó a Meliria y le prometió que cuidaría de su hija el tiempo que fuera necesario. Ella nunca pensó que ese tiempo sería para siempre. Ella nunca pensó que tendría que alejar a la niña del mar para protegerla. Tampoco pensó en que se convertiría en una joven tan decidida, tan valiente, tan fuerte, tan cabezota... —sonríe amargamente.

—Espera... ¿quieres decir que yo soy la sirena mágica? Pero eso es imposible. Tú, tú... ¿tú no eres mi madre? Recordaría algo así, recordaría cosas. El agua, por ejemplo. Vivir bajo ella. ¡Los poderes! Yo no tengo poderes —me levanto de la silla bruscamente. —No entiendo nada de lo que dices, mamá. No... no sé...

—Aura. Intento explicarte tu historia, no sé de qué otra manera hacerlo.

—Pues mirándome a la cara y diciéndome si realmente mi madre de verdad está muerta. Si tú eras aquella mujer que se sentaba con ella a verme quemar cosas o a hacer levitar el agua o... ¡Dios! Esto es totalmente surrealista. ¡Que alguien me despierte de una maldita vez! —grito fuera de mí.

—No lo entiendes...

—¡Intento hacerlo mientras tú me cuentas una vieja historia de sirenas, mamá!

—Aura, tuve que apartarte del mar para que no descubrieran que sigues viva. Si lo supieran, si alguno de ellos llega a enterarse, te matarán. Mientras te mantengas fuera de él no sabrán que sigues viva ¿entiendes? Si pones un pie dentro lo sabrán y vendrán a buscarte.

La rabia, el odio, la incertidumbre y la impotencia se mezclan dentro de mí, inundándolo todo. No puedo creer nada de lo que dice. Es imposible, inviable, del todo ilógico.

Cierro los ojos y me pongo las manos encima de la cara, como si eso me hiciera despertar de esta pesadilla.

—¿Por qué querían matarme? ¡Yo no tengo poderes!

—Al estar tanto tiempo sin tener contacto con el mar tus poderes se han dormido, por decirlo de alguna manera. Meliria conocía a un hechicero...

—¿Un brujo? ¿Sireno y brujo? ¡Lo tiene todo! —rio nerviosa.

Mi madre se muerde el labio en señal de desesperación y se echa el pelo hacia atrás.

—En realidad el término correcto es sirénido.

—¡Ah, claro! Y eso es lo más importante, si el protocolo dice que puedo llamarlos sirenos o sirénidos ¡perfecto! Todo solucionado —digo haciendo aspavientos con los brazos.

—Nemsis, hizo algo. No sé muy bien el qué, pero cuando despertaste en la orilla de la playa del acantilado, sentiste como si todo lo anterior hubiese sido un sueño. Cuando te saqué del agua tú creíste que ibas a ahogarte, aproveché ese miedo al mar para mantenerte lejos de él todo el tiempo posible. Creciste tan rápido... tan rápido —dice en forma de susurro.

Yo vuelvo a dejarme caer en la silla, derrotada. Demasiada información sobrenatural para digerirla de una sola vez.

—Tu historia tiene lagunas. ¿Cómo iba yo a pensar que tú eras mi madre?

—Meliria y yo teníamos cierto parecido. Los ojos marrones, más o menos la misma edad, ella era tres años mayor. Su pelo era castaño, como el tuyo. El mío era rubio, pero comencé a teñírmelo desde aquel día. Te pareces tanto a ella...

—No digas eso, por favor, no digas eso —digo con las lágrimas llenándome las mejillas.

—Debes saberlo, Aura. Eras lo más importante para tu madre. Ella dio la vida por ti, para que tú pudieras crecer, vivir, ser feliz quizá. Ella te amaba más que a nada en el mundo.

—¡No quiero oírlo! Tú eres mi madre y yo soy una chica corriente. Esto es simplemente un sueño o una conmoción cerebral, un coma inducido tal vez.

—El collar... —lo toco instintivamente con los dedos sin dejar de mirarla. —Era de tu madre. Me lo dio antes de zambullirse de nuevo en el agua. Quería que lo tuvieras. Que al menos pudieras tocar una parte de ella. Sentirla contigo.

—Está caliente... siempre está caliente —susurro.

Mi madre asiente y sonrío.

—Magia...

—No puedo asimilar nada de esto, ma... mamá.

Ella sonrío de nuevo y se acerca a mí. Pone sus manos en mis hombros y, después de mirarme unos segundos, me abraza.

—Siento haberte mentido todo este tiempo, siento que hayas tenido que vivir una vida que no te pertenecía. Siento que tu madre... que tu madre ya no esté contigo, pero lo que nunca voy a sentir es haberte criado como mi hija. Los años que hemos pasado juntas han sido los más felices que hubiera podido imaginar y, sé que no es real, pero siempre serás mi hija, Aura.

Yo la abrazo tan fuerte que creo que si aprieto un poco más nos haremos añicos las dos.

La mente me va a mil por hora. Pienso en colas de colores, en el agua del mar, en el fuego, el aire, la tierra, los brujos, en la ciudad bajo el mar, en si la veré alguna vez, en si ellos...

—Me he metido... me he metido en el agua.

—¿Qué? —pregunta mi madre.

—Que me he metido en el agua. Has dicho que ellos sabrían que estoy viva si me metía en el agua. Lo he hecho, me he metido.

—¿Te ha visto alguien? ¿Alguien ha visto tu cola?

—No la he visto ni yo misma, mamá. Me desmayé por el dolor, pero antes de eso sentí cómo fluía por primera vez. Sentí calma, tranquilidad, nada de miedo, ningún terror.

—Te estabas transformando. Al estar en contacto con el agua del mar tus piernas se convierten en una cola. Cuando sales del agua, cuando estás en tierra, vuelves a tener tus piernas. El proceso es doloroso, sí, pero te permite habitar en ambos medios.

—Más que una sirena parezco un transformer, mamá.

Mi madre no se ríe, aunque sinceramente yo tampoco tengo ganas de hacerlo.

—Has dicho que un chico te vio en la orilla ¿te vio él transformada?

—No, claro que no. No creo que me hubiera tocado ni con un palo si así fuese. Y si me vio es muy bueno disimulando el haber visto a un ser supuestamente mitológico.

—Bien, pero tenemos poco tiempo.

—¿Poco tiempo para qué?

—¿Sientes la llamada del mar, Aura? ¿Sientes cómo si la brisa te empujara a entrar en él? ¿Cómo una energía se apodera de tus piernas y tira de ti hacia el océano?

—Sí... exactamente eso ¿cómo... cómo lo sabes?

Ella suspira mientras yo la miro con el ceño fruncido. Me asombra que haya sido capaz de explicar con tanta exactitud todo lo que experimentó mi cuerpo al estar tan cerca del mar.

—Es tu naturaleza, el océano te llama y tú no vas a poder evitar contestar. Ninguno de los de tu especie está demasiado tiempo sin estar en contacto con el mar, algo más poderoso que ellos mismos los ata a las aguas, Aura. No sé qué demonios te habrá hecho Nemsis, pero gracias a eso he conseguido mantenerte a ti lejos, pero ahora...

—¿Ahora qué, mamá?

Y por primera vez esa palabra se me atraganta en la boca.

—Ahora que tus lazos con el océano vuelven a estar activos, necesitarás volver a tu hábitat natural y él te encontrará.

—¡Por Neptuno, habla claro de una maldita vez!

—¡Kenai, Aura! El rey de Atlenia, el sirénido que...

Su silencio es como una cuchilla que me atraviesa el pecho sin piedad.

—El que mató a Meliria.

—La mató porque temía tus poderes, Aura y si te encuentra...

Vuelve a callar y a clavar su mirada en mí. Sus ojos dicen más que su boca. Su expresión delata el terror que siente y yo tengo que agarrar la silla para no caerme redonda al suelo.

—Vale, tranquilidad. Yo no tengo poderes. No soy una amenaza, no necesita eliminarme —digo en un susurro apenas audible.

—Claro que los tienes, es solo que no recuerdas cómo usarlos. Ahora que has vuelto a tener contacto con el mar volverás a desarrollarlos y, créeme, eras poderosa cuando eras una niña, Aura, no quiero imaginar tu poder en versión adulta. Te vi hacer cosas... cosas realmente increíbles.

—¿Más increíbles que el hecho de que me salga una cola al contacto con el mar?

—Mucho más que eso... No lo entiendes, aún no, pero lo harás. Te vi crear fuego en las palmas de las manos. Te vi alzar las olas a tu antojo, mover las corrientes del mar y las terrestres a placer. Te vi levantar rocas, Aura, rocas gigantes y lanzarlas por los aires y solo eras una niña.

—Yo no recuerdo nada de eso.

—Nemsis lo hizo bien.

—Recuérdame enviarle un *christmas* por navidad —digo mientras me froto las sienes.

—No bromees, Aura. Esto es serio.

—Bromear es solo mi mecanismo de autodefensa, al menos el único que creía poseer hasta ahora. Resulta que esta mañana me despierto tan tranquilamente y me voy a acostar por la noche siendo "*Sirenidus prime*" con poderes mágicos. Esto se cuenta y no se cree...

—Por tu bien espero que así sea. Que nadie lo crea. No podemos dejar que nadie se entere en el pueblo ¿de acuerdo? —dice mi madre firmemente mientras camina de adelante atrás por la cocina.

—Créeme, esto no es algo que me apetezca ir contando por ahí, además ¿qué iba a decirles a mis amigos? ¡Nael, Eva, que soy una sirena con poderes mágicos que no sé usar! Se descojonarían de mí o, en el caso de que llegaran a creerlo, les daría un infarto de miocardio.

—Tenemos que entrenarte.

—¿Perdona? ¿Entrenarme? ¿He escuchado bien? —arqueo la ceja y me levanto de la silla rápidamente.

Mi madre pone los brazos en jarras y me mira fijamente a una distancia prudencial. Como a unas cuatro losas de distancia.

—Tienes que estar preparada por lo que pueda pasar. Iremos a la playa y...

—¡No! A la playa no —mi madre me mira sin entender nada. —Conocí a Azariel allí ¿recuerdas? Creo que se dedica a pescar por allí cerca y no sería buena idea que me viera ¿no?

Además, resulta insólito que no haya creado ni una leve llama en todos estos años y vaya a convertirme en una antorcha andante de un día para otro. Además, sigo sin creer que realmente estemos hablando en serio, no te creería si no... —me levanto la tela del pantalón y señalo mis tobillos —si no tuviera estos adornos tan originales anclados a mi piel.

Me quedo mirándolos mientras muevo el pie de un lado al otro. Es increíble que siga ahí. Que esa hilera de escamas sea real.

—Quieras o no esto es real. No te haces una idea de lo que me gustaría decirte que es solo un cuento, que es una invención, pero no lo es. Tenemos que ser rápidas, tienes que recuperar fuerzas y...

—Mis fuerzas están bien, gracias.

—La fuerza del mar es a la que me refiero. Necesitas nadar, volver a sentirte parte de él. Necesitas agua de mar para cargar tus poderes, Aura. Llevas demasiado fuera de tu hábitat natural, debes regresar a ella con precaución. No puedes ser vista, pero necesitas volver a formar parte del océano para que él vuelva a formar parte de ti.

—Pero si has dicho hace un momento que no debía meterme en el mar porque ese rey...

—¡Sé lo que he dicho! —grita. Yo me sobresalto y ella suspira antes de suavizar su tono de voz. —Pero también sé que si no te metes ahí tus poderes seguirán dormidos y no podrás defenderte. Necesitas saber cómo hacerlo, necesitas.... Necesitas correr ese riesgo para evitar otros mucho mayores, Aura.

—Explicame porqué querría volver a un lugar que intentó destruirme.

—Porque es tu hogar.

—Pero...

—Mira, esa gente piensa que tú puedes destruirlos a ellos y, créeme, si quieres sobrevivir necesitas que esa posibilidad sea real, aunque no vayas a usarla.

## 9



No he pegado ojo en toda la noche, aún me da vueltas la cabeza a una velocidad de vértigo.

No hago más que pensar en colas de escamas de colores, en el mar, en una ciudad perdida y olvidada, en un rey que intenta matarme, en mi madre, en las dos...

Sigo sin creer que nada de esto esté pasando en realidad, pero si es cierto, si mañana no me despierto con mis piernas intactas y sigo teniendo estos brazaletes inamovibles, necesitaré afrontarlo lo más rápido que me permita mi mente.

Nunca he sido una muchacha desvalida. Aprendí a escalar el acantilado gris yo sola sin usar el camino habitual. Sé cuidarme, soy hábil y ágil y tengo... tengo poderes, aunque no sé muy bien dónde están ahora.

Me miro las manos por centésima vez y no veo nada diferente. Son pequeñas, los dedos son finos, las uñas decentemente cortas, nada especial en ellas. Exceptuando, claro, el hecho de que se supone que soy capaz de hacerlas arder.

He hecho fuerza innumerables veces desde que entré en mi habitación intentando, tal vez, crear una simple chispa, pero no ha pasado nada y no me extraña. Ni siquiera sé cómo debería hacerlo. Ni siquiera sé si soy capaz de hacerlo.

Quizá lo más fácil sería ir a buscar al rey de Atlenia y decirle que ya no tengo poderes ni ningún interés en vivir bajo el mar. Que me gusta la tierra y que es altamente improbable que me convierta en un fósforo andante o que me apetezca levantar el océano hasta que roce el cielo. Aunque también, hasta hace unas horas, era altamente improbable que existiesen las sirenas y, mucho menos, que yo fuese una de ellas.

Luego pienso en cómo el rey de esa ciudad submarina mató a mi madre y el instinto asesino que aflora de mí se vuelve incontrolable.

Cierro los ojos y doy otra vuelta en la cama. Pienso en lo que podría haber ahí abajo, en toda la gente que podría haber como yo y en cómo soy realmente. En cómo será mi cola, en si sabré nadar con ella, en si lo haré deprisa o con calma. Pienso en cómo era mi madre, pero no la recuerdo. No recuerdo nada. Absolutamente nada.

Ni su cara, ni su voz, ni sus manos, ni su sonrisa. Tampoco recuerdo dónde está esa ciudad, si está lejos o cerca de la playa. Si los sirénidos se pasean normalmente por la tierra o mi madre incumplió mil normas para mantenerme a salvo. Pienso en si Atlenia será bonita, en si me gustaba vivir allí. Pienso en tantas cosas a la vez que me dan ganas de vomitar.

«Nemsis». Debo recordar su nombre. Debo hacerlo porque necesito que me devuelva todo lo que me arrebató.

Necesito mis recuerdos.

Me quito la manta de encima y me dispongo a salir a la calle.

Me pongo una cazadora negra encima del pijama y salgo descalza de casa. Rara vez uso zapatos para ir al acantilado. El camino es de tierra y me gusta sentirla bajo mis pies.



Supongo que eso dice mucho de a qué lugar pertenezco en realidad.

El recorrido lo hago lo más lentamente que puedo, al fin y al cabo, no tengo prisa por llegar.

Miro mis pies cada vez que doy un paso, sé que no voy a perderlos, al menos no del todo, pero aun así me cuesta creer que estas dos piernas firmes puedan hacerse pedazos con el simple contacto del mar.

Lo más curioso de todo es que no tengo miedo. Ni rastro de temor en realidad. Es como si todo encajara ahora.

Los sueños de las olas gigantes, los peces extraños, esa llamada muda que solo suena en mi cabeza como una leve brisa de verano, el no sentirme completa, aunque tuviese todo lo que una chica normal de mi edad pudiese necesitar.

Al llegar al acantilado, fijo mi vista en el horizonte. Allá donde no se distingue dónde acaba el cielo y comienza el que un día fue mi hogar.

La luna brilla más que cualquier otra noche, ilumina una estela infinita en el agua, como señalándome el camino de regreso a casa, como incitándome a que lo haga, a que me zambulla dentro.

Es tan clara, tan nítida, tan tremendamente tentadora que, cuando me doy cuenta, ya estoy descendiendo el camino hacia la playa.

Y no me retengo, aunque quizá debería hacerlo.

Sigo caminando sin quitar la vista del agua. Escucho el sonido del mar, no en mis oídos, sino dentro de mí. En mi mente, como si me lo supiera de memoria. Como si fuera la banda sonora de una vida que nunca tuve.

Lo escucho en las plantas de mis pies que siguen andando inexorablemente hacia él. En mis tobillos, en mis... escamas. También lo notan ellas.

Lo noto en mis rodillas, que me piden a gritos que lo intente, que me deje llevar, que me transforme si es que realmente puedo hacerlo.

Lo escucho en mis tripas, muy, muy dentro. Como si todos los nudos del tiempo, de las preguntas sin respuesta, de los puzzles incompletos, se hubieran desatado tan solo con oírlo. Como si se me hubiesen caído esas cadenas que rodeaban mi cuerpo y que ni siquiera sabía que estaban ahí.

En mi pecho escucho esas olas que mueren en la orilla y que, sin embargo, a mí me dan la vida. Lo escucho en mi corazón. En cada latido. En cada vena. Como si en vez de sangre, lo que corriera por ellas fuera el agua del mar.

Lo escucho en mi garganta y sé, aunque no sé por qué ni cómo explicarlo, que el mar también me escucha atentamente. Que la arena húmeda siente mis pisadas tanto como yo las siento en la planta de mis pies. Que esta agua que ahora piso, que ahora me rodea, que ahora me grita con todas sus fuerzas, me siente a mí también.

Me quito toda la ropa instintivamente y la echo a un lado. Cuando el agua me toca el resto del mundo deja de importar.

Mis rodillas se refrescan. El vaivén del mar me mece, me tranquiliza. Es tan armónico su sonido que no puedo evitar recordar una vieja nana, no cantada, sino tarareada.

El mar me la tararea ahora y yo sonrío.

Como si no tuviera que preocuparme por nada, como si esto que ahora toco con las palmas de mis manos, lo que fluye entre mis dedos, fuese la respuesta a todo.

«Magia» dijo mi madre en la tierra. Vuelvo a sonreír mientras lo pienso.

Un susurro rebota en mi mente. Es vago, apenas audible, pero está ahí. Lo noto. Mi piel lo nota hasta el punto de erizarse por completo.

Intento escuchar más atentamente. Intento oír qué dice, pero no lo consigo.

El agua ya me cubre la cintura y ese zumbido con forma de voz sigue en mi mente.

Ni siquiera sé si va a funcionar, pero debo intentarlo.

Cierro los ojos y me dejo caer. Me dejo llevar. Me dejo fluir.

Cuando el agua me cubre por completo soy capaz de oírlo como si fuese alguien que lo ha gritado a pleno pulmón todo este tiempo. Tan claro, tan nítido que no entiendo cómo no lo oí antes. Muchísimo antes.

«Arde» grita mi madre del mar.

Abro los ojos de par en par y nado hacia un horizonte que no puedo ver aún.

El dolor llega de repente, intenso y casi agónico, mientras mis piernas se contorsionan de una manera imposible. Aun así, yo no aparto la vista. Llevo demasiado tiempo con los ojos cerrados.

Uno las rodillas y me llevo las manos a ellas para intentar aplacar el dolor mientras estoy debajo del agua.

No me agobia el hecho de no poder respirar. Lo hace el intenso dolor que siente todo mi cuerpo.

Es agudo. Rozando lo insoportable.

No aguanto más, abro la boca, que al instante se llena de agua, y grito con todas mis fuerzas. Con todas las que me quedan al menos.

Creo ver unas ondas que se mueven alejándose de mí y llevando mis gritos y súplicas a cualquier otra parte.

El dolor es tan intenso y se propaga por todo mi cuerpo tan rápido que casi estoy a punto de perder la conciencia. Miro a mi alrededor y no hay nada. Nadie. La oscuridad y yo nos fundimos en un solo ser. En algo violento y caótico.

Mis manos comienzan a dar brazadas intentando escapar hacia la superficie hasta que soy consciente de que no me hace falta subir ahí arriba. Que no me hace falta respirar aire, que lo hago ya aquí abajo.

Me toco el cuello instintivamente y noto tres finas aberturas a cada lado. Aletean a cada respiración que doy.

«Branquias».

Mis manos viajan veloces hasta mis piernas, pero no están. Ya no.

En vez de eso hay un conjunto de escamas increíblemente bonitas desde mi cadera hasta lo que hace un rato eran las puntas de mis pies.

Las miro con la boca totalmente abierta. No importa, no voy a ahogarme. Ahora lo sé.

Las toco con las yemas de los dedos y siento un escalofrío en mi espalda, demasiado placentero para ser real.

Intento recrear en mi mente el movimiento de la cola de un pez. Entender cómo funciona, cómo puedo controlar la mía, cómo puedo nadar con ella, pero no hace falta.

Es como si todo estuviese ya preinstalado en mi mente. Como si nunca hubiese olvidado cómo usarla o el simple hecho de que estaba aquí. Todo el tiempo ha estado aquí y yo no la he visto. O no he querido verla.

El collar de mi madre, ese de cristal tallado en forma de concha, me calienta el pecho. Brilla como si dentro tuviese luz propia. La verdad es que lo que tiene dentro es magia. Todo esto lo es.

Sonríó al mover la parte inferior de mi cuerpo como si lo llevase haciendo toda la vida. Como si nunca hubiese olvidado.

Con un leve movimiento ya me encuentro nadando en la oscuridad. Fluyendo tan rápido, tan excesivamente rápido, que no soy consciente de la velocidad que soy capaz de alcanzar.

Rio. Rio tan alto que creo que pueden oírme desde la tierra.

—¡Esto es increíble! —grito y me sorprendo a mí misma haciéndolo.

Puedo hablar, gritar y hasta cantar si me apetece.

Lo pruebo todo, claro.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —digo en un tono de voz normal mientras doy vueltas y vueltas como si fuese una peonza marina.

—¡Soy una maldita sirena! —grito después mientras nado mucho más rápido.

Incluso mucho más de lo que ya lo hacía antes.

No sé a dónde voy, pero desde luego ahora tengo más claro que nunca de dónde vengo.

## 10



Respiro profundo mientras estoy sentado en esta playa. Apoyo los codos en la arena y me recuesto mientras miro el mar. Mi mar.

Lo que daría por estar ahí dentro ahora. No es que desprecie estar en tierra, a la mayor parte de los sirénidos no se les permite cruzar los límites de la orilla. A mí sí, claro.

Es interesante caminar por aquí y descubrir cosas nuevas que no hay donde yo vivo, pero me he criado dentro del agua y este pedazo de roca no tiene nada especial para mí. Nada que me atraiga, nada que me interese.

La luna es creciente hoy y las corrientes fluyen más intensas ahora. Yo podría estar entrenando con mi equipo y, en vez de eso, estoy aquí mirando a la nada.

Porque, aunque mi padre esté obsesionado con que hay un poder oculto en alguna parte que emergerá algún día y nos destruirá a todos si antes no lo destruimos nosotros, aquí no hay nada.

Absolutamente nada.

Y yo estoy perdiendo el tiempo en esta maldita playa desierta.

Me froto las sienes y algunos granos de arena se adhieren a mi piel. No es problema, me encanta la arena, pero sinceramente preferiría mantener mi atractivo intacto por si...

—Ya estoy desvariando —me levanto molesto y camino a lo largo de la playa muy cerca de la orilla, pero sin rozar el agua.

—Con lo valioso que es mi tiempo y estoy perdiéndolo aquí... —aguzo el oído sin saber muy bien en qué dirección mirar. —¿Qué es eso?

Miro hacia el acantilado, lo único que lo ilumina son las estrellas y un pedazo de luna, pero ahí no hay nadie. Al menos no alguien que yo vea y, dado que tengo una visión sobrenatural, que haya alguien ahí es casi imposible.

Otra vez ese sonido. Ese que hace que me tiemblen los oídos. Un leve eco, pero tan dulce, tan hipnótico, tan... interesante.

Me giro en todas las direcciones y no veo nada.

Cierro los ojos. Intento agudizar aún más mi sentido auditivo para descubrir de donde proviene esa voz, pero ya no oigo absolutamente nada.

—Me estaré volviendo loco, no es de extrañar tampoco. Nadie cuerdo habla en voz alta ¿o era al contrario?

Sacudo la cabeza mientras deambulo por la playa.

—Los humanos son tan sumamente descuidados... —digo mientras hago una mueca mirando un bulto que arrastra el mar.

Cojo con una mano ese trozo de tela negra como si fuera corrosivo y lo lanzo a unos metros de la orilla.

—Bah, a la mierda.

Metó los pies en el agua y al sentir su roce en mi piel sonrío. Claro que lo hago, al fin y al

cabo, es mi hogar.

Doy algunos pasos hasta que el agua me cubre el ombligo.

Luego me lanzo y, cuando vuelvo a ser yo mismo, nado con toda la energía que dispongo hasta perder de vista la orilla.



Juraría que llevo horas nadando de un lado a otro. Horas girando sobre mí misma. Horas haciendo piruetas, rozando la punta de mi aleta, volviendo a sentir esa sensación extraña y placentera a lo largo de mi espalda, admirando la oscuridad que me rodea y sintiendo la paz de flotar. De simplemente flotar.

La negrura no me asusta, todo lo contrario, me tranquiliza. Me siento protegida aquí abajo. Me siento a salvo. Me siento... feliz.

Cosa extraña si me paro a pensar en que lo que intentan los habitantes de este medio es asesinarme.

Nado hacia la superficie y miro a mi alrededor, a lo lejos diviso la orilla y el acantilado gris.

Sonrí con añoranza y pienso si podría acostumbrarme a estar aquí dentro. Si podría vivir en el mar, olvidar la tierra, mi pueblo, mi madre... No. Definitivamente no.

Aun así, miro hacia abajo y veo el brillo de mi cola mientras ésta se agita suavemente para mantener mis hombros fuera del agua.

Es preciosa. Jamás pensé que pudiera decir algo así de unas escamas, pero son realmente preciosas.

Plateadas si solo las miras de reojo, pero iridiscentes si las observas bien. Si las miras de frente, sin miedo, sin pudor, sin aversión por algo nuevo, extraño y mágico.

Mi ombligo sigue al aire, pero dos hileras de escamas del mismo color que las de mi cola ascienden por mi espalda, se cruzan en ella y siguen su camino por mi estómago hasta convertirse en un remolino que cubre mis pechos.

Sonrí al verme. Supongo que cualquier otra persona, al verse así, llena de escamas, con aberturas a cada lado del cuello, con una sensación de fuerza interior brutal, se asustaría hasta tal punto de desmayarse, pero yo no. Yo estoy extasiada, tanto que podría impulsarme fuera del agua, hacer un giro con doble tirabuzón y volver a zambullirme dentro del mar de cabeza.

—Oye... ¿podré hacer eso? —susurro para mí misma.

Y qué no iba a poder hacer si acababa de convertirme en un ser supuestamente mitológico. Un ser extinto o, mejor dicho, un ser que el resto no sabe que ha existido nunca. Una historia contada al calor de una hoguera. Una leyenda.

Claro que evito hacerlo porque las palabras de mi madre vuelven a resonar en el fondo de mi cabeza.

No debo llamar la atención.

Aunque eso, después de haber nadado a no sé cuántos kilómetros por hora. Después de haber gritado y girado por toda la extensión que se expande delante del acantilado gris, no tiene mucho sentido.

Supongo que por eso mismo decido volver a tierra. Ya habré alertado a más de la mitad de la fauna marina y es necesario que vuelva a pisar tierra firme antes de que alguien me encuentre.

Con un poco de desgana, vuelvo a introducirme en el agua y a nadar hacia la orilla.

No sé lo que me espera al salir, no sé cómo voy a transformarme. Si he de secarme para que mis piernas vuelvan a aparecer, si tengo que hacer algo concreto o si todo esto es automático. Quizá debí preguntar primero antes de meterme al mar como si alguien me atara una soga a la cintura y me obligase a hacerlo.

Al llegar a la orilla me arrastro por la arena y, cuando llego a un lugar seco, me rindo y me estiro boca arriba.

Respiro entrecortadamente. Estoy exhausta.

Probablemente lo más lógico sería ocultarme hasta que mi cuerpo vuelva a su estado terrestre, pero ni siquiera tengo fuerza para eso y aún es de madrugada, así que no creo que nadie vaya a estar por aquí cerca.

Cuando mi respiración vuelve a ser medianamente normal, apoyo los codos en la arena y me deleito mirándome.

Los remolinos de escamas en el pecho de los que salen dos hileras que rodean mi figura y se pierden en el bajo de mi espalda. Sonríe mirando mi cola mientras agito la aleta en la que se han transformado mis pies. Es tan suave al tacto, tan delicada que cuesta creer que tenga la fuerza de impulsarme a través del océano a tanta velocidad.

A los pocos minutos vuelvo a notar el dolor intenso y no puedo evitar encogerme hasta hacerme un ovillo.

Esta vez intento no gritar, pero de mi boca se escapa un grito ahogado e incontrolable.

Cierro los ojos con tanta fuerza que pienso que no podré abrirlos jamás.

Hasta que sin previo aviso el dolor se disipa completamente. Se esfuma.

Sin abrir los ojos vuelvo a palparme los muslos y descubro que ese tacto tan suave y tremendamente delicioso que tenía hasta hace poco ha dado paso a una piel sencilla, corriente y nada especial.

Mis piernas.

Abro los ojos despacio y me descubro totalmente desnuda, ni siquiera sé a dónde ha ido a parar mi ropa, pero no puedo pasearme por ahí con las carnes al viento.

Me incorporo ignorando completamente una punzada aguda en las piernas, tengo que encontrar algo con lo que cubrirme para poder llegar a casa.

Miro a mi alrededor y no veo nada. Ni rastro de mis pantalones, ni de mi camiseta ni de mi... ¡Mi cazadora!

Intento correr, pero eso sí que me es imposible. Las punzadas en las rodillas me recuerdan que hace un rato ni siquiera ellas estaban ahí y que deben acostumbrarse a transformarse.

Camino despacio hasta llegar a donde está tirada. Al cogerla descubro que está totalmente empapada, pero es menos que nada, así que la escurro lo mejor que puedo y me la pongo.

Debe hacer un frío de mil demonios, pero yo no...

—Qué estilismo más interesante —dice una voz a mi espalda.

—¡La madre que me parió! —grito asustada y me doy la vuelta.

Su sonrisa me da una bofetada en la cara y esa ceja arqueada que espera, supongo, ver más allá de mi cazadora negra, me da una punzada en el estómago aún más aguda que la que siento en las rodillas. Por suerte la tela me cubre la totalidad del trasero, que ya es bastante.

—Siento haberte asustado.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí a estas horas? Es de noche y...

—Y yo podría hacerte exactamente la misma pregunta —se ríe.

—Soy sonámbula. Me despierto aquí a veces —me encojo de hombros.

—¿Y sueles caminar desnuda por ahí? Eso sí que es realmente curioso.

—¡No! Quiero decir... ¿sí? Mira no sé, la mente es extraña e igual me despierto aquí desnuda que hago tarta de nueces, ya sabes.

—No, en realidad no tengo ni la más mínima idea —vuelve a carcajearse.

—Ni falta que hace. Debo irme, mi madre estará preocupada —digo mientras doy unos pasos hacia atrás.

—Oh, vamos. Quédate. Esto es bastante aburrido ¿sabes? Tu compañía me vendría de perlas.

El tono de su voz es tan melódico que casi pierdo el hilo de sus palabras. Me centro en el cosquilleo que sienten mis oídos cada vez que las ondas que produce cuando habla me penetran dentro.

Me ruborizo enseguida, claro, pero no puedo evitar fijarme en su torso desnudo. Tan perfectamente definido que casi parece hecho a conciencia por un grupo de escultores expertos. En sus bermudas negras, en esos tatuajes que recorren sus piernas y las decoran con fuertes espirales oscuras que hacen que mi cabeza dé más vueltas de las que debería.

Inevitablemente pienso en las mías y los ojos se me abren de par en par.

Él lo nota, claro. No ha dejado de mirarme ni un solo segundo.

Yo, aparentando toda la normalidad posible, me miro los tobillos. Lo interesante es que las escamas toman el color exacto de mi piel. Se nota la zona rugosa si sabes dónde mirar, pero no se interpretarían como escamas si no sabes que están ahí.

—Me estoy muriendo de frío.

—No es cierto, ni siquiera tiritas. Si quieres irte vete, pero inténtalo con una mentira mejor la próxima vez.

No deja de sonreír de manera chulesca y tremendamente tentadora.

Y lo cierto es que tiene razón. Ni siquiera tiritito.

—¿Vas a contarme qué haces aquí a estas horas? Es un poco siniestro.

Se echa la mano a la cabeza y los músculos se le tensan. Yo lucho por no dejar escapar un suspiro y una sonrisa tonta mientras él clava su mirada en mis ojos. Esa mirada negra, penetrante y, de repente, veo ese brillo otra vez. Ese extraño brillo que inquieta e hipnotiza a partes iguales.

—Se pesca mejor por la noche ¿sabes? La fauna marina se confía y se acerca a la orilla.

Yo asiento y él se acerca un paso.

—¿Dónde vives? —pregunto mientras frunzo un poco el ceño y él sonrío más abiertamente.

—Cerca de tu pueblo.

—¡Ah! Bedris es muy bonito. He estado muchas veces allí. No suelen haber pescadores en Bedris.

—Supongo que no soy un chico corriente.

—Ya te digo —él alza las cejas gratamente sorprendido y yo me echo la mano a la cara. —No quería decir...

—Sí, sí querías. Sin embargo, hay más cosas que querías decir y te reprimes ¿por qué?

—¿Cómo puedes saber algo así? —pregunto a la vez que doy un paso atrás.

—Sé, por si te interesa, que te sientes atraída por mí y que te asusto. No tienes nada que temer de mí, en realidad. La cuestión es que no puedo ver más allá de eso y esto sí que es extraño —frunce delicadamente el ceño y se muerde el labio inferior mientras sus ojos no se apartan de los míos.

—Ahora sí que me estás asustando —otro paso atrás.

—Oh, vamos, tranquila —relaja los hombros y se ríe. —Es simple intuición.

—Pues deja de hacer eso. Da repelús.

—Está bien, está bien. No intentaré leerte más, lo prometo, pero a cambio tienes que hacer algo por mí.

—Olvidalo —digo tajante.

—Es una petición pequeñita, casi minúscula.

—Mira, por muy extrañamente atrayente que seas no vas a conseguir nada de mí, así que deja de intentarlo.

—Apuesto a que solo la primera mitad de esa frase es cierta —sonríe a medio lado y se aleja caminando muy despacio. —Solo iba a pedirte que vieras amanecer conmigo. Era una petición tan sencilla.

Yo me quedo inmóvil mientras él se aleja. Aunque he de reconocer que parece que un hilo invisible tira de mí en su dirección con la misma intensidad que lo hizo hacia el mar hace un rato.

—¡Azariel, espera! —grito sin intención de hacerlo.

Él se detiene. Intuyo que sonríe. Me tapo lo mejor que puedo y me encamino hacia él.



# 11



Sentir esta necesidad indómita de encontrar algo que te hace sentir extraño sin saber siquiera qué buscas es terriblemente irritante.

Siempre he tenido muy claras mis metas. Entrenar, ser letal, ser el mejor en combate cuerpo a cuerpo, eliminar cualquier peligro que se acerque a mi ciudad o que aceche el mar y, cuando no soy un torbellino salvaje y mortal, actuar con modales porque soy el sucesor al trono de Atlenia.

Por norma general no hay nada que me desconcierte, nada que me distraiga, nada que me altere.

Mi padre nunca me ha dado tregua. Llevo entrenando desde que era un niño en el lugar más oscuro y mortífero de todo el océano y, cuando escapé y tuve la edad suficiente para ser comandante de la guardia, seguí luchando.

Llevo toda mi vida sin conocer nada más allá de las espadas, de la sangre, de la disciplina y del dolor.

Hasta hoy, claro.

Sé de sobra que los sirénidos tenemos ese encanto natural y ese timbre de voz que atrae a cualquier humano, pero esta vez, esa voz, ese eco lejano y extraño, me atrae a mí.

En realidad, es muy fácil engatusar a un humano simplemente hablando porque nuestro tono de voz es tan melódico, tan sumamente irresistible, que con pocas palabras ya se sienten atraídos por nosotros. Lo que no es tan fácil, y en realidad es excesivamente complicado, es que un sirénido se sienta atraído por la voz de una simple humana. Más aun por una tan lejana y casi inaudible.

Por un cuerpo tal vez. Por una cola exuberante y majestuosa, también, o ¿por qué no decirlo? Por unas buenas piernas. Por unos labios carnosos, por las ansias... pero no por un simple sonido lejano.

Quizá me estoy volviendo loco o quizá estoy más cuerdo que nunca, pero mi instinto y todas y cada una de mis escamas me dicen que tengo que encontrar de dónde proviene. Quién es la dueña de esa voz que ni siquiera sé cómo seguir, que ni siquiera sé cómo encontrar.



Sentarme a su lado y mirar al horizonte me proporciona una armonía casi equiparable a flotar en el mar.

Es extraño, porque no lo conozco de nada y, sin embargo, siento como si hubiese estado siempre cerca.

Supongo que no iba tan desencaminado en eso de que posee un magnetismo animal o de que yo pensaba muchas más cosas de él que las que decía en voz alta. Por suerte, él no puede leerme la

mente y yo puedo morderme la lengua.

—Quedan unas dos horas para que amanezca, ponte cómoda.

—Así que este era el truco ¿no?

Él me mira con una ceja arqueada y una sonrisa divertida, yo intento mantenerme seria.

—¿Truco? No necesito trucos para pasar un rato contigo en realidad.

—¿Estás siempre tan seguro de ti mismo?

—Por norma general sí.

Se echa hacia atrás, apoya los codos en la arena y todo su torso queda visible para mí.

Supongo que sabe que lo miro, pero ni puedo evitarlo ni me importa siquiera.

—Ya veo. Te sumará muchas compañías femeninas y te restará muchas amistades masculinas ¿no?

Él se carcajea bastante alto mientras yo vuelvo a darle un tirón hacia abajo a mi cazadora para no enseñar más de lo que ya hago.

—¡Vamos! Puedes hablar conmigo de cualquier cosa y solo se te ocurre decir que soy un mujeriego solitario —yo me quedo muda un instante, perdida en su sonrisa. —Está bien, empezaré yo.

Se incorpora hasta quedar sentado a mi lado, se rodea las piernas con los brazos y entrelaza las manos.

Yo tengo las piernas estiradas y medio cubiertas por la arena, no quiero que se entretenga en mirarme los tobillos. Sería algo incómodo de explicar, si es que la palabra incomodidad contempla el hecho de explicarle a alguien que eres un ser salido de un cuento de hadas.

La única explicación lógica que podría darle es que tengo principios de lepra y eso solo serviría para que echara a correr y no quiero eso.

—¿Quién era ese chico que vino a buscarte? —me pregunta.

—O sea que puedes preguntarme cualquier cosa y lo único que se te ocurre es quién era ese otro chico que no eras tú ¿eh? Qué original.

Se ríe y yo también.

—Bien, bien, me has pillado. Siguiendo pregunta ¿Te gusta el mar?

Yo sonrío sin poder evitarlo. No es una sonrisa amplia, en realidad es una sonrisa comedida. Más para mi adentro que para los que me ven desde fuera.

—Casi me ahogo cuando era pequeña. Era la única experiencia que había tenido con el mar hasta ahora. Al menos que yo recuerde, claro. Le tenía tanto terror, tantísimo terror, que me he pasado toda mi vida lejos de él. A veces lo miraba desde allí arriba —señalo el acantilado gris. —Pero nunca me acercaba lo suficiente.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —me pregunta interesado.

—Una vieja historia —lo miro a los ojos y los suyos vuelven a encandilarme con ese brillo inusual.

«Plateados. Sus ojos son plateados».

—Me encantan las historias ¿me la cuentas?

—Bah, es una tontería. La cuestión es que me metí dentro del mar. Era como si algo me llamara ¿sabes? algo sobrenatural en realidad. Era como si me susurraran que no tuviera miedo y tiraba de mí —susurro mientras miro la arena. —Tiraba de mí tan fuerte... ¿Te ha pasado algo así alguna vez? —su mirada es de asombro y su boca está ligeramente entreabierta. Yo sonrío. —Olvidalo, pensarás que estoy loca.

—No... —su mano se posa en la mía y su tacto es tan cálido —Te entiendo perfectamente.

Nos miramos intensamente. Callados. Ni una palabra más sale de su boca y yo no soy capaz de

articular ni un suspiro.

Atracción intensa, descontrolada, inexplicable.

—Tus ojos tienen un brillo... extraño.

Él sonrío inconscientemente quizá. No es una sonrisa chulesca, ni siquiera creo que quiera esbozarla, pero sonrío.

—Los tuyos también —susurra sin apartar la vista.

Su boca se queda ligeramente entreabierta y yo lucho con todas mis fuerzas por no acercarme. Por no pensar en cómo serán sus labios. Si serán suaves, cálidos y si saciarán esta sed que no sabía que tenía.

—Oye, sé que sonará extraño, pero ¿tienes calor? Noto como si...

—Ardieras —termina la frase por mí. —Siempre ardes.

Mis ojos instintivamente se desvían hacia mis tobillos.

Sin llamar mucho la atención, froto mis pies contra la arena intentando que ésta se adhiera aún más a mi piel para disimular los brazaletes.

Cuando lo consigo, zafo mi mano de la suya y me levanto lo más aprisa posible.

«Tengo que irme de aquí, lejos de él».

—Tengo que... —mis muslos quedan a la altura de su rostro y él comienza a bajar la mirada hacia mis piernas. Yo alzo su barbilla con mi mano y lo obligo a mirarme a los ojos.

Él se muerde el labio unos segundos y luego sonrío a medio lado.

—Tienes una forma muy sugerente de captar mi atención, Aura.

Y maldigo a mis piernas por flojear cuando mi nombre sale de su boca porque ahora lo único que necesito es la suficiente fuerza en ellas para salir corriendo sin que él vea mis tobillos.

—Debo irme, no puedo llegar a casa tan tarde y tan ligera de ropa.

—Quédate entonces. Eso no es un problema para mí ¿sabes? Estás con la cantidad perfecta de ropa.

—Apuesto a que incluso te satisfaría que llevase un poco menos.

Se ríe mientras se pone en pie y yo lo agradezco a todos los dioses que existan o que existiesen en otro tiempo.

—Tal vez en un futuro podamos comprobar eso ¿no crees?

—Para el carro, vaquero. Seguro que tienes una fila de chicas enloquecidas y totalmente dispuestas para eso. Yo solo soy...

—Diferente. Tú eres diferente.

—¿Quieres dejar de acabar mis frases?

Cuanto más tiempo paso con él, cuanto más se acerca, más calor siento. Más ardo.

No sería buena idea que mis dones, sobre todo ese que implica llamas capaces de quemar todo lo que toque, se manifieste ahora.

Miro mis piernas y veo cómo las escamas que se enroscan alrededor de mis tobillos son más visibles ahora. El pánico me atenaza la garganta.

Debo irme ya, no puedo esperar ni un segundo más y arriesgarme a que me vea incendiar algo. Antes de quemarlo a él.

—Estaré aquí el resto del día, por si quieres...

—Me lo pensaré.

Él sonrío y su mano se acerca a mí, pero yo soy más rápida y retrocedo. No quiero que note lo ardiente que está mi piel por culpa del mar o por la suya, no lo tengo claro.

—Es más divertido no pensar demasiado —me guiña un ojo. —Te esperaré.

Yo sonrío mientras retrocedo esperando a que él, en algún momento, se dé la vuelta y me

permítame irme corriendo sin levantar sospechas.

Me estiro la cazadora hacia abajo para intentar cubrirme un poco más, pero es imposible. No da más de sí.

—Oh, entiendo. Necesitas intimidad, perdona. Me gusta mirarte y no sé cuándo parar.

Se da la vuelta mientras me hace una seña con la mano para que me vaya.

Yo sonrío mientras echo a correr hacia mi casa.

Solo dos pensamientos se intercalan en mi mente mientras asciendo por el camino del acantilado.

El primero es que mis poderes empiezan a manifestarse mínimamente y eso no sé si es bueno o es malo.

El segundo es la capacidad de Azariel para hacerme olvidar el resto del mundo con su voz, con el brillo plateado de sus ojos y con esa sonrisa hipnótica.

Y eso sí que es malo. Muy malo.

## 12



Siempre he pensado que no es posible que exista una ciudad más bella que Atlenia. Llena de corales, de energía, de edificaciones forjadas en piedra. Siempre que vuelvo aquí me paro a mirar Los Arcos. Tres grandes construcciones de coral marino rojo que dan la entrada a mi hogar. Medirán más de veinte metros de altura cada uno y son tan rígidos, tan fuertes, que llevan ahí milenios sin deteriorarse.

Mi padre piensa que no hay nada mejor para dar la bienvenida a los viajeros que una entrada gloriosa para una ciudad aún más gloriosa.

Atlenia está justo en el centro del océano. Es la ciudad más rica, poblada y poderosa de todo el reino submarino y mi padre, el gran rey Kenai, es el que se encarga de mantener la paz en todo el mar.

Yo pienso que cualquiera que nade bajo Los Arcos ha de sentirse afortunado por el simple hecho de admirar la belleza y el poder de lo que el mar es capaz de construir por sí solo.

La ciudad es increíble, claro. Ha ido modificándose a petición real durante todos los años que mi padre lleva en el trono. Hace tantos ya que ni siquiera me acuerdo cuántos. Apuesto a que los habitantes más antiguos de Atlenia sí.

Si tuviera que ser sincero admitiría que no quiero verme sentado en ese trono. Me han criado para combatir, no para reinar. Eso fue lo que mi padre quiso desde que nací, una máquina, no un hijo. No un heredero.

Mi madre murió cuando me trajo al mundo. La única mujer que recuerdo dándome cariño era una sirena con el cabello castaño, grandes ojos marrones, la sonrisa más tierna que he visto en mi vida y una cola de escamas naranjas preciosa, pero hace muchísimos años que desapareció de la ciudad. Nadie supo nunca qué fue de ella. Nos abandonó, dijo mi padre. Ella se fue y no dijo a dónde.

Siempre he creído que mi padre la quería más de lo que se digna a admitir.

Ella me trató con cariño cuando nadie más lo hizo. Me cuidó, me cantó con aquella voz tan dulce que tenía y me enseñó el lado bonito y amable de las cosas.

La terquedad de mi padre, en cambio, se limitó a obligarme a aprender a luchar contra lo que quiera que se avecinara. Aquella mujer sin embargo...

—Buenas noches, Alteza —dice Merk con una sonrisa a medio lado a la vez que inclina ligeramente la cabeza.

Él y otros seis sirénidos y sirenas que imitan su gesto, vigilan día y noche Los Arcos. Están a cargo de informar a mi padre de quién entra y quién sale de la ciudad.

El rey cada año que pasa se vuelve más estricto, más ermitaño, más siniestro.

Esa vieja leyenda lleva atormentándolo desde que yo era un niño y cada año que pasa sin noticias de que la amenaza por fin es real, se encierra más en sí mismo.

«Tiene que estar en alguna parte. En alguna parte». Repite sin parar.

Su estado mental llega a ser preocupante y cada vez que traigo noticias negativas sobre el paradero de su sirena imaginaria, más violento se pone. Más paga con las gentes de Atlenia su locura.

Hace casi un año que no sale del castillo. Siempre está en el ala oeste. A penas sale de ahí. A penas come. A penas habla de algo más que no sea su maldita paranoia.

La gente de Atlenia lleva pagando caro su locura muchos años. Los niños y niñas, cuando cumplen dieciséis años, se los envía a entrenarse para combate cuerpo a cuerpo. Los que superan el programa de adiestramiento que él mismo implantó se consagran como soldados Atlenienses y pasan a formar parte de mi escuadrón. Los que no logran superarlo, perecen en el intento o vuelven a empezar el entrenamiento hasta cumplir los dieciocho. Si para entonces aún no son aptos para el manejo de las armas, ni tienen la mentalidad fría de un soldado, se los descarta y se los envía a hacer otro tipo de trabajos para los que sí estén cualificados.

Intenté pararlo, juro que lo intenté con todas mis fuerzas y a punto estuve de morir por ello, pero todo era menos complicado si yo seguía con vida, si yo me hacía cargo del campo de entrenamiento. Si era yo quien supervisaba los entrenamientos, los combates y las pruebas finales.

Nadie había vuelto a morir desde entonces, pero eso el rey no lo sabe ni tiene porqué saberlo.

—Te he dicho mil veces que no me llames Alteza, Merk —él se ríe y se acerca a mí.

Nos chocamos el puño antes de que me susurre al oído.

—Tu padre ha salido hoy. Ha ido a La Quinta Cueva. He intentado que llevase a un par de hombres al menos para vigilarle las espaldas, pero no he podido convencerle.

Merklon es mi segundo al mando. Está a cargo de la seguridad de la ciudad y de informarme de los desvaríos de mi padre cuando yo estoy fuera.

—¿Para qué ha ido a La Quinta Cueva?

—No tengo ni la más remota idea. He enviado a Luke para que me informe. No me gusta espiar a tu padre, Az, pero si me das una orden he de cumplirla. Te sirvo a ti.

Vuelve a inclinar la cabeza y yo le doy un golpe en el hombro.

—La próxima vez que vuelvas a inclinar esa cabezota tuya delante de mí, te la partiré en dos —nos reímos. —Te lo agradezco, Merk. En cuanto llegue Luke quiero verlos a los dos. Quiero saber en qué anda metido mi padre. No puede ser nada bueno.

—Odio mentar sus nombres Az, pero los únicos que habitan La Quinta Cueva son Los tres Hermanos.

Me hace una seña con la cabeza para que nos alejemos de los guardias de la puerta.

Nadamos unos metros y él suspira antes de dirigirme de nuevo la palabra.

—Sabes algo que yo ignoro ¿es eso?

—Me han llegado rumores de la frontera de que un grupo de hechiceros vuelve a estar en activo en La Quinta Cueva. No he podido confirmarlo aún.

—Oh, joder. Cuando vuelva mi padre, envía a un grupo de hombres a la frontera. Quiero que la examinen en busca de evidencias de brujería o lo que quiera que estén haciendo allí. Que inspeccionen los alrededores también.

Merk asiente y se pone firme.

Obediencia de soldado. Fuerza de soldado. Actitud de soldado.

Yo imito su gesto e inmediatamente después nado hacia el edificio estrafalariamente grande que a mi padre se le ocurrió nombrar “La perla del mar”.

«Todo rey que se precie necesita un castillo a su medida», decía.

Mandó a construirlo en un material tan grotescamente visible que serían capaz de verlo a más de doscientos kilómetros de distancia.

Blanco nacarado, como un lucero en medio del mar. Como un recordatorio de que allí vive alguien grande, poderoso y casi celestial. Aunque sé bien que él se hubiese ahorrado el casi en esa frase.

Antes de construir aquella monstruosidad, en otro tiempo fue un rey espléndido, eso me contaron. Yo solo llegué a conocer a este conjunto de demencias, crueldad y soledad autoinfligida que es ahora.

El rey del pueblo, lo llamaban.

Cuando llegó al trono, mi padre mandó a construir casas para los que vivían en las calles. Acogió a sirénidos de todas partes mientras lo necesitaran y escuchaba. Sobre todo, escuchaba a su pueblo.

Era un rey bondadoso. Un buen rey. El mejor que ha ocupado el Trono de Coral.

Todo eso cambió después de que aquella niña naciera con la capacidad de controlar los cuatro elementos a placer.

Se obsesionó con ella. La observaba día y noche. Vigilaba todos sus movimientos y los de su madre.

Se olvidó del pueblo y centró todas sus atenciones en ella.

Se olvidó de que yo era su hijo, no su sirviente y me desterró al Arrecife Blanco.

Se me erizan las escamas solo de pensar en los años que pasé allí. Los años que me obligaron a luchar y matar a los que fueron mis amigos. Me hirieron tantísimas veces, tantas cicatrices me recorren y recuerdan a aquel tiempo...

Recuerdo cada piel en la que se hundieron mis espadas. Cada grito, los de ellos y los míos. Recuerdo cada vez que estuve a punto de morir y cada vez que arrebaté una vida para no perder la mía. Cada castigo como si lo hubiese vivido hoy mismo. Recuerdo las veces que me revelé. Las veces que intenté parar aquello y todas las veces que fracasé.

Recuerdo también el tiempo en el que pasé de la agonía a la indiferencia. Cada frase de aquel que nos entrenaba para que solo quedasen los mejores. Los más fuertes. Los más válidos. Los más letales.

«Mata o muere» es la frase que resuena aún en mi cabeza mientras danzan todos esos cuerpos que separé de sus almas con las hojas de mis espadas.

Al final, cuando solo quedamos un grupo reducido de sirénidos, cuando ya no había débiles, cuando solo quedaron los inmortales, como a él le gustaba llamarnos, y se le ocurrió la estúpida idea de quitarme las cadenas que llevaba desde que nos desterraron allí, le rebané el cuello. A él y a sus lacayos.

Rompí las cadenas de los que sobrevivimos. Solo recorrimos el camino de vuelta diez hombres de cien e hicimos un juramento de sangre cuando abandonamos el Arrecife Blanco, uno que el resto del mundo ignora. Uno que ni siquiera mi padre sabe que existe.

Esos hombres forman parte de mi guardia ahora. Solo me sirven a mí, como dice Merk, no a mi padre.

La mitad de la población me saluda abiertamente, la otra mitad inclina la cabeza. Yo les respondo con igualdad. Nunca me he sentido superior a nadie por ser el hijo del rey, ni siquiera me he planteado ser rey en un futuro, en realidad.

Cuando llego a La Perla entro sin que nadie me frene el paso. Los guardias de las puertas se apartan, los sirvientes hacen una sutil reverencia y yo saludo educadamente mientras no paro de darle vueltas a porqué demonios habrá ido mi padre a esa cueva. A qué clase de ayuda habrá acudido para encontrar a esa dichosa sirena.

Avanzo hasta la sala del trono mientras la voz que escuché cerca de aquella playa sigue

resonando como un eco en el fondo de mi subconsciente. Uno sutil, melódico y suave, tan suave como la espuma del mar.



El picaporte de la puerta de entrada me quema como si hubiese estado calentándose a fuego lento todas las horas que he estado fuera. No soy yo, no son mis manos, no es por culpa de mi supuesto poder. Es mi madre. Ella y la furia que la envuelve y que desata implacablemente sobre mí es como una ola de fuego abrasador.

Yo aguanto el chaparrón como puedo. Sin hablar demasiado. Sin revelar demasiados detalles sobre mi paradero y, por supuesto, sin mencionar a Azariel.

Llegar semi desnuda ha sido prueba suficiente de que me he metido en el mar sin ninguna preparación, sin pensar en las consecuencias y, sobre todo, sin decírselo a ella. Exponiéndome así a innumerables peligros.

Mi madre ha ido enumerándolos, claro. He perdido la cuenta en el peligro número treinta y cinco.

—¡De acuerdo! ¡Sí! Soy una sirena mala, castígame y pasemos ya a la parte donde me explicas cómo demonios voy a controlar todo esto. Cómo vamos a ocultarlo. Cómo vamos a...

—Pues, teniendo en cuenta que te has pasado por el forro de la cola todo lo que te he dicho que podía pasarte si te metías ahí dentro sola y llamabas la atención, ocultárselo al mar va a ser complicadito ¿no crees?

—Me refería a ocultárselo a Nael, a sus padres, a Eva, al pueblo ¡Al mundo si es que se corre la voz! Además, para tu información, tampoco he sido tan descuidada. Solamente he chillado un poco y nadado a una velocidad que... ¿sabes a cuántos kilómetros por hora puedo nadar, mamá? En realidad, yo tampoco, pero han de ser muchos ¡muchísimos! —digo eufórica.

—Has... ¿hablado? Has hablado debajo del mar ¿estás diciendo eso?

—Bueno sí. He hablado yo sola, pero vamos, que no le he roto los tímpanos a nadie. Al menos eso creo... —me cruzo de brazos.

Mi madre se deja caer en la silla y se echa las manos a la cabeza mientras niega enérgicamente.

Yo cojo una silla y me siento enfrente suya. Parece que ha entrado en un estado de shock postraumático o algo así.

Yo pongo mi mano encima de su hombro y ella se sobresalta instintivamente.

—Aura...

—Tranquila, mamá. Estoy bien. Sana, salva y en casa.

Ella sonrío tristemente y me abraza sin darme tiempo a reaccionar. Yo la estrecho también entre mis brazos y aspiro su olor.

Huele a canela, siempre huele a canela.

—Escúchame, cariño —se separa de mí y me coge las manos. —Hay muchísimas cosas que no sabes sobre el funcionamiento del mar. Yo desconozco la mayor parte también. A Meliria... a tu madre, no le dio tiempo de explicarme todos los entresijos del mundo marino, de las leyes de Atenia ni de muchas otras cosas, pero sí me contó algunas.

—¿Puedo saber cuáles?



—Debes saberlo y me encargaré de contactar con Nemsis para que te explique el resto.

—¿Podrá devolverme mis recuerdos?

«Me gustaría recordar su cara... la de mi madre», pienso, pero no lo digo en voz alta.

—No lo sé, Aura. Por el bien de todos espero que sí —asiento y ella suspira antes de continuar. —Meliria me contó cómo se enamoraron tu padre y ella. Los sirénidos tienen una cualidad bastante interesante y es que poseen un timbre de voz que cautiva a la raza humana. No podemos resistirnos, en cuanto un sirénido te habla, te susurra o te canta, es como si te hipnotizara. Yo podía pasarme horas escuchando historias del mar de los labios de tu madre. Todos ellos poseen esa cualidad. Algunos pueden usarla en su beneficio y otros simplemente no tienen intención de hacer nada malo con ese poder.

—¿Quieres decir que es como si te enamoraras de ellos cuando te hablan? Pues allí abajo tiene que haber una orgía constante...

—¡Claro que no! —se ríe justo después de escandalizarse. —Es como si no pudieras dejar de escucharlos, es tan melódico el timbre de su voz que no lo olvidas nunca. No es amor, claro, aunque sí que se han dado casos en los que un sirénido se enamora de una humana, por supuesto, pero lo que quiero decir es que cuando ellos te hablan tu subconsciente se ata a su voz. Eso solo ocurre cuando un sirénido le habla a un humano. Entre ellos es diferente. Es como cuando yo hablo con el vecino, no hay nada especial en su voz ni en la mía. No hay atracción vocal.

—Creo que lo entiendo, pero si eso fuera así yo tendría hipnotizado a todo el pueblo y soy más bien invisible.

—Tú eres diferente. Siempre fuiste diferente al resto.

—Y lo diferente asusta ¿no? Por eso me temen —asiente.

—¿Sabes cómo se enamoran ellos? —yo niego con la cabeza y ella sonríe mientras me acaricia la mano. —Se atraen con las colas, por supuesto. Es físico, como nosotros nos atraemos por nuestros cuerpos. Pero el amor es diferente en el mundo marino. El amor de verdad solo se da una vez en la vida para cada sirénido y es el timbre de voz de otro de su especie lo que los une.

—Pero me has dicho que entre ellos la voz no era nada fuera de lo común, ellos no se hipnotizan con la voz.

—Cierto, pero no es de hipnotizar o de atraer de lo que hablamos. Hablamos de amor, Aura. Cada sirénido nace atado a la voz de otro sirénido, aunque eso no lo saben hasta que la escuchan, claro. Cuando tu madre cantaba y el resto de la ciudad la escuchaba no pasaba nada, pero cuando tu padre la escuchó, cuando la voz de tu madre llegó por primera vez a sus oídos, aún sin verla, ya estaba perdidamente enamorado de ella. Ella también lo hizo de él cuando escuchó su voz.

—¿Almas gemelas vocales?

—Algo así. Cada sirénido tiene un alma gemela. Puede pasar toda una vida y no encontrarse con ella ¿sabes? Si es así no se casa jamás, pero si se encuentran no se dejarán escapar pase lo que pase. Es una fuerza superior a ellos, superior a todo lo que creas conocer. Se amarán toda la vida y no se aparearán con nadie más excepto con su *Yua*.

—¿Con su qué?

—*Yua*. Significa unión, empatía, afecto y amor. Lo que tú llamas alma gemela.

—¿Quiere decir eso que yo también tengo un *Yua*?

Mi madre asiente mientras una lágrima desciende por su mejilla.

—Vaya... —sonríe sin profundizar en todo lo que eso conlleva.

—Has hablado dentro del mar, lo que me preocupa es que él o ella haya podido escucharte. Si es así, Aura, no parará hasta encontrarte. Cuando los *Yua* se escuchan por primera vez, ese vínculo con el que nacen deja de estar dormido y se convierte en una fuerza imparable. Es imposible

ignorar su llamada. No podrá evitar buscarte, encontrarte y quedarse contigo pase lo que pase ¿entiendes? Te protegerá y te amará para siempre hasta que su vida se acabe y tú lo protegerás y lo amarás hasta que se acabe la tuya.

—Espera, eso es fascinante, pero ¿has dicho ella? ¿él o ella? A mí no me gustan las chicas, mamá.

Mi madre se echa a reír y yo arqueo una ceja.

—Aura, hablamos de amor, de un vínculo descomunal con una fuerza sobrehumana. No puedes hacer nada en su contra. El vínculo puede darse entre sirénidos del mismo sexo y, créeme, cuando lo encuentres no va a importarte que sea hombre o mujer. Será amor y eso es lo único importante.

—Vaya... tengo curiosidad ¿sabes? Sobre todo, tengo curiosidad por conocer a otros como yo. Aunque supongo que a los demás no les hará mucha ilusión ver que sigo viva.

—Enviaremos un mensaje a Nemsis esta misma noche. Confíemos en que lo reciba, venga y nos ayude.

—¿A qué exactamente?

—Te explicará cómo funciona el mar y cómo recuperar y controlar tus dones.

Yo asiento y mi mente regresa automáticamente a mi madre. No puedo recordar su cara. Por mucho que me esfuerce sigue pareciéndome irreal que la mujer que me ha criado y que ahora me mira con tanta ternura no sea mi madre de verdad.

—Mi padre... ¿te dijo ella cómo era?

—¡Oh, claro que sí! Sus escamas eran... azules, como el mar. Meliria hablaba muchísimo de él. De lo orgulloso que estaría si te hubiese visto en aquella playa. De lo que él las amaba a ambas.

Sonríó mientras el nudo que poco a poco se me ha ido haciendo en la garganta se me desata por completo y las lágrimas, ahora libres, corren por mis mejillas sin impedimento.

—¿Cómo se llamaba? ¿Qué le paso?

—Ella solo hablaba de cuando estaba vivo y de lo buen hombre que era —asiento sin poder decir nada más. —Quería a tu madre más que a cualquier otra cosa en el mundo —me dice mientras coge mi barbilla con sus dedos y me alza la cabeza para que la mire.

—¿Te dijo si... si me parecía en algo a él?

Ella asiente y luego recoge un mechón mojado de mi pelo y lo coloca detrás de mi oreja mientras sonrío.

—Ella decía que tu sonrisa la enamoraba tanto como lo había hecho la suya. ¿Quieres oír algo curioso? —asiento enseguida. —Ellos se encontraron a orillas de la playa del Acantilado Gris.

—¿De verdad?

Mi madre asiente mientras sonrío, yo hago lo mismo mientras las lágrimas me corren por las mejillas.

—A veces, cuando te miro a los ojos, veo a Meliria ¿sabes? No sé si te has parado a mirarlos alguna vez, pero son muy especiales.

—¿Mis ojos? Son marrones, no tienen nada de especial. Supongo que depende de la luz se ven más claros u oscuros, pero son simples ojos marrones.

Ella me sonrío y se levanta dejándome sola en la cocina. Yo uso ese momento para repetir en mi mente su nombre «Meliria» y para preguntarme si su rostro sería tan bonito como él.

—Mírate —me dice mientras me cede un espejo pequeño y redondo.

Yo lo cojo y me miro. Lo hago sin mucho interés al principio y luego más fijamente. Al ver un brillo extraño en ellos, me doy la vuelta para ver desde donde procede esa luz. Si es que la que se filtra por la ventana hace que mis ojos parezcan más intensos ahora. Marrones si se miran sin

fijarse, ámbar si centras tu mirada fijamente en ellos.

—Ámbar.

—Y completamente dorados cuando tus poderes se apoderan de tu cuerpo. Te he visto usarlos y te he mirado directamente a los ojos mientras lo hacías. Incluso después de hacerlo, cuando todavía te inunda esa fuerza sobrenatural que posees. Son dorados, Aura. Dorados como un lingote de oro pulido.

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? Es... imposible.

—Bueno, supongo que nos fijamos más en el resto que en nosotros mismos. Tú no eres diferente en eso. Apuesto a que sabes cuántas pecas tiene Nael en la cara y ni siquiera te has fijado en que tus ojos no son demasiado normales. Además, nunca te has visto a ti misma en un espejo mientras usas tus poderes, por lo que no los has visto del color del oro. Ah, apuesto a que Nael sí que se ha fijado demasiado en ellos y no ha visto a nadie jamás con unos ojos como los tuyos.

—Bah, perderías esa apuesta con Nael. Él no se fija así en mí.

—Oh, cariño, ya lo creo que sí —se echa a reír. —Vamos, tenemos cosas más importantes que hacer esta noche que hablar del amor que siente Nael por ti —reprime otra risa antes de coger una botella de cristal vacía de uno de los armarios de la cocina.

—Siente más amor por su horno de leña que por mí, eso puedo asegurártelo.

—¡Ay, juventud! Tan ciegos y tan tontos. Tan mudos y ansiosos.

Mientras se ríe escribe algo en un papel, lo mete dentro de una bolsita de plástico y luego lo introduce en la botella.

—¿Nos has llamado tontos?

—Tontos, ciegos y mudos. Ah, y ansiosos —me guiña un ojo.

Saca una botellita del armario más alto de la cocina que contiene un polvo verde. Lo destapa y vierte el contenido dentro de la botella que tiene el mensaje. Yo la miro atentamente mientras intento averiguar qué demonios está haciendo.

—¿Para qué es eso?

—Vamos, tenemos un brujo al que llamar.

Mete la botella en una bolsa de tela, me coge la mano y tira de mí hasta que salimos de casa. Sin duda es la noche más surrealista de mi vida.

## 13



Por suerte para nuestro propósito, no nos encontramos a nadie de camino a la playa del acantilado y damos las gracias por ello mentalmente.

Vamos casi corriendo, debemos ser rápidas y discretas. Invisibles a ser posible.

Mis pies caminan confiados, los de mi madre van dos pasos por delante. Sus pisadas son firmes, seguras y tremendamente ágiles. Las mías flojean cuando recuerdo a Azariel. Él estará allí, al menos ha dicho que estaría y eso no es nada bueno para nuestra misión.

La cuestión es que no le conté a mi madre que no estaba sola en la playa antes de ir a casa y que se abriera el infierno desde sus entrañas hasta las de la tierra misma.

Por suerte, cuando descendemos por el acantilado y llegamos a la arena blanca de la playa, no lo veo por ninguna parte.

—¿Qué buscas? —me pregunta.

—¡Nada! Me aseguro de que no hay nadie por los alrededores.

Mi madre frunce ligeramente el ceño antes de continuar. Yo la sigo, pero mis ojos se centran en el resto de la playa.

Intento fijar la vista donde hace un rato estuvimos los dos sentados frente al mar, pero él ya no está ahí.

Mejor, supongo.

—Bien, solo falta un poco de esto —dice mi madre mientras se agacha, coge un puñado de arena y lo introduce dentro de la botella. La tapona después y se levanta. —Tengo que tirarla al mar. Voy a meterme dentro para evitar que se quede varada en la orilla y no le llegue a Nemsis ¿de acuerdo? No te muevas de aquí y, por lo que más quieras, no toques el agua.

—De acuerdo. Me sentaré aquí mismo ¿ves? —digo mientras lo hago.

Ella asiente antes de encaminarse hasta la orilla. Yo la sigo con la mirada hasta que se quita las sandalias y las deja a un lado.

Suspiro sonoramente mientras me dejo caer hacia atrás. Pongo las manos detrás de la cabeza a modo de almohada y centro mi vista en el cielo.

Cuántas vueltas de campana ha dado mi vida en un día y, sin embargo, el cielo sigue en el mismo sitio. No ha variado en absoluto.

Mi mundo se ha inmolado por completo y la vida sigue su curso sin inmutarse siquiera.

Y es extraño, porque me siento tan insignificante y gigante a la vez. Tan insegura y firme. Tan asustada y decidida.

Cierro los ojos un segundo y me deleito con la brisa marina que acaricia mi piel.

Me hace cosquillas en las plantas de los pies, como si quisiera que me levantara. Como si ese hilo extraño y poderoso volviera a tirar de mí para que fuese hasta el mar, para que me funda con él, para que vuelva a sentirme libre. Libre y completa.

Entierro mis pies en la arena sin abrir los ojos para librarme de esta sensación. De las ganas, del ansia.

Sin darme cuenta mis manos se han puesto a jugar con la arena. Los dedos se introducen en ella haciendo pequeños agujeros, como si buscaran algo ahí abajo. Como si quisieran sentir la humedad de un mar que la empapó hace ya demasiadas horas. Como si quisieran impregnarse de ella. Yo las dejo hacer, la necesidad de estar en contacto con el mar es superior a mí y, aunque lo que mis dedos se empeñan en encontrar no sea el mar en sí, la humedad de la arena valdrá para saciar las ganas de zambullirme en el océano hasta perder el sentido del tiempo.

—Ya está hecho. Confiemos en que Nemsis responda cuanto antes y acceda a venir a vernos.

Me levanto de un salto y veo a mi madre totalmente empapada escurriéndose su largo pelo castaño.

—¿Te dejarás el pelo rubio ahora? —pregunto como si eso tuviera importancia.

—Supongo que sí —sonríe. —Volvamos a casa, casi va a amanecer y tendrás que dormir algo si quieres estar al cien por cien cuando Nemsis venga.

—¿Sabrá a dónde debe ir? Quiero decir... si accede a ayudarnos ¿sabrá cómo llegar a casa?

—Me apuesto una torre de brownies a que nunca te ha perdido la pista. Sabrá dónde encontrarte —me pasa el brazo por encima de los hombros y comenzamos a caminar de vuelta a casa.

—¿Quieres decir que un señor me ha estado vigilando? Eso no es muy alentador ¿sabes?

Mi madre se echa a reír y me abraza más fuerte.

—En el fondo me alegro de que por fin hayas descubierto quién eres en realidad. Me gustaría tanto cumplir la promesa que le hice a tu madre.

—¿Qué promesa?

—Fueron muchas en realidad. Que te mantendría a salvo, que te querría como si fueras mi propia hija, que te hablaría de ella y de tu mundo cuando fuera el momento y esas ya las he cumplido todas.

—¿Cuál es la promesa que te falta por cumplir?

—Que algún día regresarías a tu hogar, a donde perteneces en realidad. Que algún día volverías a vivir en el mar.



El Trono de Coral es lo más auténtico de todo el palacio, de toda Atlenia en realidad. Lo curioso es que estaba aquí antes de que se construyera la mayor parte de la ciudad. Aún más curioso es el hecho de que estaba aquí antes de que mi padre fuera rey. Antes de que su padre lo fuera. Antes de que su abuelo heredase la corona de su padre e incluso estaba antes de que éste fuese rey. Puede ser que haya estado aquí antes de que se fundase la misma ciudad, puede que el mar lo crease desde tiempos inmemoriales. Nadie lo sabe y parece que a nadie le importa demasiado su historia. Lo único que parece ser de vital importancia es quién se sienta en él y no cómo llegó el trono aquí o cómo llegamos nosotros hasta él.

Yo nunca me he sentado, no lo he tocado siquiera, siempre me mantengo a una distancia prudencial de ese asiento en el que mi padre se hunde cada vez que tenemos una reunión aquí.

Antes era diferente. Antes se recibía al pueblo en esta misma sala. El Trono de Coral se exhibía como un trofeo que él había ganado. A mí me impresiona más la clase de rey que fue su padre, o su abuelo, o los reyes anteriores que se sentaron en el mismo trono sin la necesidad de

enfrascarlo en un palacio. Que se sentaron en el trono sin un techo sobre su cabeza. En la calle, junto a todos los demás habitantes de la ciudad.

Mi padre había encerrado nuestro legado, el de toda Atlenia, entre cuatro paredes como si fuese únicamente suyo. Como si no perteneciera a todos los Atlenios.

El Trono de Coral es del color del fuego. Tan rojo, tan impactante a la vista, que impone respeto, por lo que yo siempre he preferido observarlo en la distancia. Seguir con mis ojos cada espiral, cada recoveco, cada curva imposible creada por la naturaleza.

—No deberías estar de vuelta tan pronto.

Aparto la vista del trono y me doy la vuelta lentamente para seguir la voz grave y ronca de mi padre.

Está cruzado de brazos debajo del marco de las puertas doradas de hierro forjado que dan la entrada a su sala favorita.

—Solo he venido para informarte de cómo va la búsqueda. Sigue sin haber apariciones de nuevos sirénidos, nada extraño en los alrededores y nada mágico en la costa. Como siempre... —susurro esto último.

—Deberías emplear tu tiempo en hacer mejor tu trabajo y menos en quedarte embobado mirando al trono. Algún día será tuyo, no desesperes.

Aprieto los puños con rabia y los dientes casi me chirrían en la boca. Sabe de sobra que no quiero sentarme en ese maldito trono. Que no quiero ser rey. Que mataría por deshacerme de esa responsabilidad y tener una vida normal. Al menos todo lo normal que él me ha permitido tener dada mi educación. Sin embargo, siempre tiene una frase para mí de este tipo. Alguna que implique mi deseo de heredar su corona, aunque le haya repetido hasta la saciedad que no la quiero.

—Y tú deberías emplear tu tiempo en la ciudad en vez de estar persiguiendo humo.

Gruñe a la vez que nada rápidamente, pasa por mi lado dándome un golpe en el hombro y se sienta en el trono.

Su cola es la más poderosa que he visto en mi vida, supongo que viene con el kit de rey de los mares. Oscura, pero con un tono azulado. Como el cielo nocturno. La mía, sin embargo, es negra, como la cueva más oscura de todas. Después de él soy el sirénido más fuerte de todos los que habitan en esta ciudad y en todas las demás.

Él se encargó de exhibir su máquina de guerra en una fiesta que celebraba mi triunfal regreso del Arrecife Blanco. Lo que él no sabe es que, dentro de mi cabeza, en un rincón aislado, guardo todo lo que fui antes de esto. Todo lo bueno, todo lo realmente valioso. El resto es una coraza de hierro irrompible que está custodiada por las espadas gemelas que llevo siempre a la espalda.

—¿Vas a encarar a tu rey?

—Voy a discutir con mi padre la larga lista de motivos por los que debería dejar de malgastar los recursos del reino y de toda la ciudad por perseguir algo que ni siquiera está ahí fuera.

—¡¡Está ahí fuera!! —grita. —Esperando en algún lugar. Escondida. Tramando su venganza contra nosotros... —susurra.

—Si estuviera ahí fuera. Si realmente existiera esa maldita sirena mágica ¿qué tendría contra nosotros? No hay ningún motivo por el que quiera venganza contra Atlenia. Ninguno.

—¡Yo! ¡Yo soy el blanco de su venganza! Yo...

—¿Tú? ¿Por qué ibas a ser tú? Ella se fue. Así lo quiso. Tú no...

—¡Yo sí! Yo... no importa —gruñe y aparta la mirada de mí.

Me acerco, mientras él tamborilea los dedos sobre el coral de sus reposabrazos.

—¿Qué hiciste, padre? —me atrevo a preguntar después de tanto tiempo.

Me mira de súbito, como si ahora fuese realmente consciente de que estoy aquí, de que yo sí soy real.

Nunca me ha permitido pedirle explicaciones de nada, pero ya estoy cansado. Muchos años pesan sobre mi espalda de sumisión y lealtad a este rey que poco a poco se pudre por dentro. Que deja pudrir a la ciudad entera por el capricho y el temor a esa maldita sirena que llevo buscando años sin éxito.

—Maté a su madre.

Tiembla. Tiembla como nunca lo había visto temblar.

Los ojos se me abren escandalizados y mis puños, hasta ahora cerrados con toda la fuerza de la que dispongo, se abren y mis brazos quedan laxos a ambos lados de mi cuerpo.

—Mataste a su madre...

—Obligué a esa mujer a que entregara a su hija a la corona. Debíamos resguardar a la ciudad de la amenaza en potencia que significaba que ella anduviera por ahí con todos esos... poderes. Podría habernos destruido, Azariel. Podría haber acabado con Atlenia. Podría haberla derruido hasta los cimientos si hubiese querido. ¿Y qué la hubiese detenido si se le hubiera antojado destruir toda la civilización de nuestro océano?

—Mataste a su madre porque pensaste que era una amenaza. Ni siquiera te planteaste que pudiera ser una guerrera de Atlenia. ¿No se te ocurrió, por un mísero segundo, que probablemente esa niña no quería destruir su maldito hogar? ¿Cómo pudiste? ¡¡¿Cómo pudiste?!! —grito fuera de control.

Se levanta lentamente del trono hasta llegar a mí. Mis puños vuelven a estar cerrados con tanta fuerza que las uñas se me clavan en las palmas abriendo heridas. Mi ceño fruncido, mis ojos llenos de rabia, mis escamas alerta.

—He cometido errores, pero todos han sido por preservar esta ciudad. Por mantenerla a salvo.

—Era una niña. Una niña pequeña. No le diste ninguna opción.

—¡Era una aberración! ¡Un peligro para nosotros! ¡Para el mundo entero!

—¡¡Era una maldita niña!! ¡¡Tú eres la aberración!! Esta ciudad no se merece un rey como tú.

La palma de su mano se dispara contra mi cara tan rápido que no me da tiempo siquiera a esquivarla. Impacta tan fuerte que el sonido sin duda ha atravesado el palacio sin esfuerzo.

Yo no me inmuta. No me quejo. No aparto mi mirada de él hasta que la suya se convierte en una mueca de asco.

—Obligué a su madre a entregármela. Quería encerrarla. Matarla quizá, no estaba seguro de qué hacer con ella. Su madre se negó, claro. La escondió de mí antes de entregarse a los guardias. Recuerdo sus gritos cada noche. Recuerdo sus súplicas. Su rostro... —dice abatido mientras me da la espalda. —No hay segundo de mi existencia en el que no me arrepienta de haber dado la orden de matarla, Azariel. Ni un maldito segundo. Pero debía morir.

—Después de tantos años, ¿por qué me cuentas esto ahora?

—Eras demasiado joven y no necesitabas saberlo. Ahora, como comandante de la guardia real, es diferente.

—¿Por qué insistes en dar caza a su hija? Si tan arrepentido estás ¿no deberías dejarla en paz esté donde esté?

—Querrá destruirme. A mí y a toda la ciudad por lo que hice. No puedo permitir que destruya Atlenia. Debo acabar con lo que empecé hace quince años.

—Pero...

—Y antes de que digas nada, me debes sumisión, respeto y obediencia. Harás lo que yo te

ordene y tus órdenes, hijo mío, son encontrar a esa sirena y acabar con su vida. No admito negociaciones al respecto así que ya puedes salir por donde has venido y comenzar a hacer tu trabajo, comandante.

Un gruñido gutural intenta aflorar de mi garganta. Mis manos, deseosas de desenvainar las espadas gemelas de mi espalda. Mi mente en esa niña desvalida y asustada. Sola e indefensa. Mi rabia en aumento.

—¿Y si me niego?

—Entonces te estarás condenando a ti mismo.





Me acuesto en la cama nada más llegar a casa. Mi madre no dormirá, la conozco demasiado bien. El olor a café ya lo inunda todo y ella no tardará en engullir litros y litros para mantenerse en pie, aunque sé que sin tomar nada tampoco podría dormir.

Supongo que lleva preparándose toda la vida para este momento, preparándose inconscientemente a mí. Si no, no tendría sentido que me hubiese enseñado a escalar el acantilado, que me hubiese acompañado a correr descalza, que me hubiese dejado caminar por el techo como si lo hiciera por una cuerda floja. Recuerdo todo eso y mucho más de mi infancia.

El tiro con arco de aquellos veranos. El juego de habilidad de saltar de una roca a otra sin caerme. El de orientación con los ojos vendados.

Nos reíamos tanto jugando juntas, que ni siquiera se me pasó por la cabeza pensar que todo eso era algo más. Que no eran juegos en realidad.

Ella no estaba dejando que yo me comportase como una niña cualquiera. Me estaba entrenando. Al menos en la medida de lo posible sin que yo me diera cuenta.

Por eso soy ágil, rápida, atrevida y gracias a ella, no temo lo que venga. No me temo a mí. No me da miedo lo que soy, todo lo contrario, me fascina.

Es como si una novela fantástica se hubiera apoderado de mi vida.

Cierro los ojos intentando dejar la mente en blanco, pero tengo tantísimas cosas en las que pensar que es casi imposible dejarme arrastrar al mundo de los sueños.

Yo ya estoy viviendo uno.

La luz ya se filtra por la ventana y baña todo el espacio de mi habitación. Me miro las palmas de las manos y cierro los ojos después de memorizar cada línea.

Pienso en el ardor que sentí en la playa e, inevitablemente, Azariel se materializa en mi mente.

Sus piernas llenas de espirales negras. Su torso compacto, trabajado y decorado por todas esas cicatrices. Sus brazos fornidos. Su sonrisa tan sumamente atrayente. Veo claramente la manera en la que se mueven sus labios cuando habla. Sus ojos. Esos negros como si al otro lado de sus cuencas se abriera el fin del mundo. Disfruto del brillo inusual que poseen. Ese plateado que se refleja en sus pupilas cuando los miras directamente. Ese que te obliga a seguir mirando, a no apartar la vista ni un solo segundo, a morir ahí si fuera necesario.

Pienso en la muerte ahora. En si todo esto es un sendero hacia ella. En si mi vida está abocada finalmente a acabar prematuramente haga lo que haga. Me pregunto si el rey logrará su propósito. En si hará conmigo lo mismo que hizo con mi madre. ¿Dolerá morir? ¿Podré ver la ciudad antes de hacerlo? Ver el lugar donde nací, mi verdadero hogar... Me pregunto cómo será hallarme allí. Observar todo lo que un día consideré mío, todo lo que vi de la mano de mi madre. Pienso en la rabia que debió sentir mi yo joven. En el dolor, en la pérdida, en la impotencia. En cómo habrá sido para mi madre dejarme en manos de otra mujer y marchar consciente hacia su propia muerte. Pienso en el valor de ella, en su fuerza, en su amor por mí y mis dientes rechinan mientras lo hago.

Mis palmas han dejado de estar abiertas para cerrarse en forma de puño hasta tal punto en el que noto cómo las uñas se me clavan en las palmas. Noto el dolor, el ardor de la carne al abrirse. Noto la rabia hirviendo en mis venas. Podría palpar la ira si quisiera.

Aspiro inconscientemente el olor a quemado, inhalo el calor, el humo y, al abrir los ojos, grito.

Doy un salto de la cama y descubro que se han creado dos círculos en el colchón con la forma de mis puños. Como si los hubiese marcado con un sello de hierro candente.

Mi madre no tarda en abrir la puerta, yo intento sofocar los círculos que amenazan con arder en llamas dándole golpes con la almohada.

Ella llega hasta mí, me coge las manos y las suelta al instante mientras su boca emite un quejido casi mudo. La almohada también queda marcada por mis manos y yo, navegando entre el miedo y la rabia me alejo hasta una esquina, sin tocar nada más. Mi madre sale corriendo fuera de mi habitación y, cuando vuelve, después de lo que a mí me parece una eternidad, vacía un cubo lleno de agua sobre mi cama.

El fuego se extingue, la imagen de él en mi cerebro no.

—Aura...

Mi respiración es entrecortada e irregular. Mi vientre se mueve tan deprisa debido a ella que creo que de un momento a otro hiperventilaré y me desmayaré, pero eso no sucede.

No puedo apartar la vista de mi cama, ni siquiera he conseguido mirarme las manos aún.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con un hilo de voz apenas audible.

—No lo sé. Pensaba en mi madre, en el dolor, en la impotencia de no haber podido hacer nada para salvarla. La rabia... la rabia ha hecho esto —digo abriendo los puños y enseñándoselos, sabiendo lo que mi madre iba a ver incluso antes de haberlo visto yo misma.

Una llama, pequeña y en apariencia inofensiva, se crea en el centro de mis dos palmas. Se mueve lenta e hipnóticamente.

Como si me recorriera una capa ignífuga, no me quema la piel de las manos. Simplemente se limita a bailar sobre ellas. Una danza suave y bella y a la vez letal y furiosa.

—Tranquila, puedes controlarlo. No va a hacerte daño. El fuego es parte de ti, Aura.

—¿No va a hacerme daño? ¡Mira lo que he hecho! He quemado la cama y te he quemado a ti. ¿Cómo voy a evitar hacerme daño a mí o a otra persona?

—Con entrenamiento —dice una voz áspera desde la puerta.

Mi madre se gira con rapidez y yo dirijo mi vista al hombre con el pelo corto rubio, casi blanco, y los ojos más azules que he visto en mi vida. Son tan cristalinos que casi parecen transparentes. Es bello. De una belleza dolorosa y atrayente. Su porte es duro, atlético. Sus brazos cruzados sobre su pecho y decorados con tatuajes de tinta verde lo hacen aún más inquietante, pero extrañamente tiene un halo de amabilidad oscura y tenebrosa detrás de esa sonrisa a medio lado que ahora nos ofrece.

—Nemsis... —susurra mi madre. —Has... has venido.

—No te haces una idea, Patricia, de lo largos que se me han hecho todos estos años. Ya casi había perdido totalmente la esperanza de recibir un mensaje tuyo ¿sabes? —dice mientras descruza uno de sus brazos para mirarse las uñas.

Pone más atención a ellas que a nosotras en realidad.

Mi asombro es tal que las llamas desaparecen sin que pueda evitarlo. Doy las gracias por ello. No sería buena idea que esto se descontrolase justo antes de empezar.

—No ha sido necesario hasta ahora.

—Oh, vamos. Sí que lo ha sido, pero has preferido guardarte a la pequeña Aura para ti sola.

—Era una niña, Nemsis. Necesitaba seguir siéndolo.

—Era mucho más que eso y tú lo sabes —dice clavando esos ojos, ahora más oscuros y amenazantes, en los tímidos ojos de mi madre.

—Meliria me encomendó...

—¡Lo sé, lo sé! Protección y amor, como la buena madre que era, pero ahora me toca a mí enseñarla a jugar ¿no es cierto? Ahora es toda mía... —sonríe de una manera tan tétrica que se me pone la piel de gallina.

—Oh vamos, deja de ser tan imbécil por una vez en tu vida y dale a Aura la ayuda que necesita. Es la primera vez que se manifiestan sus poderes desde que te vio por última vez. Necesita...

—Necesita saber que nada de lo que le ocurre es malo, todo lo contrario, querida. Es un don. Una bendición de los dioses.

—Pues la bendición de los dioses casi reduce mi colchón a ceniza y no es algo que me agrade en absoluto.

—¡Oh! Me encanta, conservas la fina ironía de tu madre, querida. Esto va a ser tan divertido...

—No la recuerdo, gracias a ti, supongo.

—Hice un buen trabajo con eso, pero puedo devolvértelo todo, si lo deseas —se acerca dos pasos a mí mientras su mirada vuelve a ser cristalina e hipnótica.

—Aura... —susurra mi madre.

—Quiero —digo tajantemente.

—Debes saber que eso implica que también volverá todo lo malo. Toda la rabia por perder a tu madre, la rabia de verdad, querida —dice con una voz profunda y rota a la vez que sonrío siniestramente. —No la rabia insignificante que crees poseer ahora. Llegará como una oleada de furia incommensurable. No podrás pararla, ni siquiera minimizarla. Te envolverá y te cegará hasta tal punto en el que...

—He dicho que quiero hacerlo —corto su discurso tajantemente.

—¡Que empiece la fiesta, pues! —da dos palmadas sonoras mientras sonrío ampliamente, como un depredador cuando su presa se rinde ante sus ojos.

—¿Ya está? No recuerdo nada.

—No seas insensata, niña. No soy de la clase de brujo que tiene poderes sobrenaturales y con dos palmadas te devuelvo la vida que guardé en algún lugar para cuando tu madre postiza decidiera devolverte al mundo del que procedes. Soy hechicero, trabajo con pociones, como la que Patricia usó para enviarme el mensaje.

—El polvo verde.

—Arena imantada. Cualquier objeto o persona que use ese polvo se sentirá atraído por la persona que lo fabricó.

—Y ¿cómo vas a devolverme mis recuerdos? ¿Con otro mejunje?

Se ríe a carcajadas mientras mi madre y yo lo miramos con el ceño fruncido. Que todo esto le divierta no es un buen precedente y me saca de quicio.

—Tendrás que venir conmigo. En este pueblo no tardarán en saber lo que eres. Estarás más segura si...

—No vas a llevártela.

—Oh, claro que sí y tú no vas a impedírmelo porque es lo que Meliria quería —se dirige a mi madre con aspecto triunfal. —Aunque tú nunca lo hayas hecho, ella confiaba en mí, Patricia. Y si me has llamado es porque esto ya escapa a tu control. Ella necesita preparación para lo que se avecina. Necesita entrenamiento, conocer sus poderes y el mar. Necesita conocerse a sí misma

antes de que... Bueno, ya lo sabes —se encoge de hombros y hace un gesto de desprecio con la mano como si lo que fuera a pasarme fuese insignificante para él.

Mi madre agacha la cabeza y suspira sonoramente antes de fijar la vista en mí.

—Tiene razón, Aura. Él puede ayudarte más que yo. Supongo que ya he hecho todo lo que podía hacer por ti.

—Pero yo no quiero dejarte.

—Ah, podemos llevárnosla.

—¿Sí? —pregunto esperanzada.

—Claro, solo vamos al fondo del mar ¿qué mal podría hacerle? Ah, espera... se ahogaría. Se me olvidaba ese pequeño, minúsculo e insignificante detalle —sonríe.

—¿Eres siempre tan idiota? O viene en el kit de entrada triunfal de hechicero pedante, odioso y gili...

—Basta —me corta mi madre. —Prométeme, aquí y ahora que la protegerás pase lo que pase. Que vas a entrenarla bien, que vas a hacer todo lo que esté en tu mano para que pueda valerse por sí misma ahí abajo.

—Ha sido un juramento lo que me ha traído hasta aquí, Patricia ¿de verdad crees que es necesario toda esta puesta en escena de madre dolida y excesivamente protectora?

—Completamente necesario —extiende el brazo en su dirección con la palma abierta.

—Oh, ¡está bien! Juro por los siete mares que la entrenaré, la cuidaré y la protegeré hasta que ella sepa salvarse las escamas sola —Nemesis le estrecha la mano y yo me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo sin respirar.

El tiempo parece detenerse a nuestro alrededor. Solo queda la sonrisa triunfal de Nemesis, el ceño fruncido de mi madre y esta sensación mía de que todo lo que venga después de este día acabará conmigo tal y como me conozco.

—¿A dónde iremos exactamente? —pregunto con un hilo de voz que a penas escucho yo misma.

—Al fin del mundo, querida. Ese lugar que los sirénidos llaman El Arrecife Blanco.

—¿Al Arrecife Blanco? No puedes llevarla allí, Nemesis. Es un maldito campo de concentración para soldados.

—Ah, ¿no recibiste esa notificación marina, Patricia? Oh, claro, que eres una simple humana, perdona, siempre olvido eso —se ríe. —El Arrecife Blanco fue destruido por el príncipe de Atlenia. Está completamente desierto, ningún sirénido se atreve a cruzar esa frontera. Es, por lo tanto, el lugar más seguro del océano. Absolutamente nadie nos buscará allí.

—¿El príncipe? —pregunto con curiosidad.

—Ahora el rey Kenai prefiere que lo llamemos comandante de la guardia real.

—¿Comandante? No es posible...

—Kenai lo desterró al Arrecife Blanco cuando la bella Meliria escondió a Aura. Se entrenó allí durante años hasta que mató a todos los que estaban al mando de ese lugar dejado de la mano de Neptuno.

—Si solo era un niño por entonces ¿en qué demonios estaba pensando Kenai para hacer eso?

—En ella, por supuesto —dice señalándome a mí.



Nadar de vuelta a la costa se me hace más corto de lo que pensaba. Las palabras de mi padre siguen retumbando en mi cabeza, el dolor del golpe que me dio no. Hace ya demasiado tiempo que el dolor físico es algo secundario. Algo que ya ni siquiera noto. Algo que no me importa lo más mínimo.

Lo que sí me escuece es la mentira. La traición. Que él me ocultase esa parte de la historia lo cambia todo.

¿Cómo voy a ser capaz de matar a alguien a quien le arrebataron a su madre sin ningún motivo real?

Las paranoias de ese viejo han conseguido que la vuelta de esa sirena a la ciudad sí que pueda ser una amenaza real.

Ahora entiendo la prisa, el desquiciamiento, su locura. Entiendo por qué ha acudido a La Quinta Cueva para pedir ayuda a los hechiceros del mar.

Necesita encontrarla y liquidarla antes de que ella lo liquide a él.

La cuestión es que ella sí tiene un motivo para acabar con su vida. La cuestión es que no sé si mi padre se merece que yo lo proteja después de eso.

Por primera vez desde hace muchísimo tiempo, las espadas me pesan en la espalda. De la misma forma que lo hacían cuando tuve que quitar la vida a sirénidos inocentes para conservar la mía. Pesan tanto como cada día sufrido en el Arrecife Blanco. Como cuando hundía las hojas en la piel de mis amigos viendo cómo la vida abandonaba poco a poco sus ojos.

Ella también es inocente. Al menos hasta antes de que decida desatar su furia contra mi padre y, aun cuando lo haga, solo estará equilibrando la balanza.

Su venganza está completamente justificada.

Salgo de la costa por la parte menos visible. Justo detrás de unas grandes rocas. Me arrastro por la arena unos metros hasta que toco arena seca. En unos segundos desaparecerá mi gran cola de escamas negras adornada con un brazalete dorado en el extremo inferior. Cada vez que me transformo ese brazalete pasa a estar en uno de mis tobillos.

Las espirales de escamas negras que me recorren las piernas se acoplan a mi piel como si fuese tinta. Cada sirénido es diferente en la tierra. Cada cola se manifiesta de manera personal en el cuerpo que se nos otorga cuando salimos del mar.

La habilidad para transformarme tan rápidamente es algo que se logra con el tiempo, práctica y fuerza mental.

Después de ponerme la bermuda negra que guardo entre dos rocas y de guardar mis espadas en su lugar, me veo sentado en esta playa de arena blanca. Con los codos apoyados en las rodillas y mirando pensativo al mar.

Aquella voz sigue latiendo con fuerza en mi cabeza. Tanto como si la estuviese escuchando en este mismo instante. No me había sucedido nada igual antes. Ni siquiera nada ínfimamente parecido.

Su voz se mezcla con la de mi padre en mi cabeza hasta tal punto que tengo que presionarme las sienes con ambas manos para intentar que pare.

Necesito silencio. Necesito pensar. Necesito saber qué demonios voy a hacer ahora.

«Sumisión, respeto y obediencia».

El susurro de una voz corriente y lejana me saca de mis pensamientos.

—Debo aprovechar este día, así que me voy a sentar ahí abajo ¿de acuerdo? Solo quiero tranquilidad, armonía y paz. Mucha paz. Nada de historias, nada de futuro, nada de pasado. Solamente un presente tranquilo mirando al mar.

—Está bien. Ve, te esperaré en casa —dice otra voz femenina que no he escuchado nunca.

Suena abatida y triste. Resignada, a decir verdad.

—Gracias, mamá. De verdad, por todo. Gracias.

—No tienes que dárme las, Aura. Ve, yo me encargaré de él, lo entenderá.

—Solo pido un día.

La otra voz suspira.

—Ve. No pierdas más tiempo.

Escucho unas pisadas acercarse ansiosas, rápidas, ágiles.

—¡Aura! Te quiero, hija.

—Y yo, mamá.

Las pisadas, que se habían parado en seco, vuelven a sonar mientras se acercan. Puedo oírlas como si estuviesen a escasos centímetros de mis oídos. Otro par de piernas se marcha.

Yo observo desde detrás de las rocas cómo ella desciende con una maestría increíble. Corre camino abajo como si volase, como si flotase en vez de hundir los pies en la tierra.

No tarda en llegar a la arena y, al hacerlo, se detiene.

Duda antes de dar otro paso. Veo cómo mira con desconfianza la superficie que se extiende delante.

Finalmente apoya un pie en ella y luego el otro. Así, despacio, se adentra en la playa sin mirar atrás.

Su vista está clavada en la arena que pisa, como si fuera la primera vez que lo hace o la última que va a hacerlo.

La mira con devoción, con nostalgia, con algo más que no sé identificar. En ella siempre hay algo que escapa a mi comprensión.

Al llegar cerca de la orilla se sienta y suspira.

Abraza sus piernas y apoya la frente en sus rodillas.

Escucho cómo inspira profundamente. No está nerviosa. No está intranquila. Parece realmente en paz, aunque su rostro no dijera lo mismo hace unos instantes.

De repente me veo caminando hacia ella inconscientemente.

No tardo en llegar a sus rizos castaños. A esa piel morena que la cubre. Sedosa, como ya he comprobado antes. Su olor me inunda enseguida. Marino y azahar, quizá. No estoy seguro, pero lo que sí sé es que huele bien. Muy bien.

Me siento a su lado y ella ni se inmuta por mi presencia.

No sé si es que sabe que soy yo y no le importa o es que ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy aquí.

—Tú, otra vez —susurra.

—¿Tienes ojos en la nuca?

—Tu olor, hueles a océano. Cítrico y dulce a la vez. Reconocería ese olor en cualquier esquina del mundo. No es algo... común —dice esto último clavando sus ojos casi amarillos en los míos. —Aunque nada en ti parece serlo.

—Vaya... —susurro casi sin respiración.

Pocas personas en el mundo me han dejado sin palabras y no me gusta admitir que ella, sin

saberlo siquiera, tiene ese efecto en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin que le tiemble la voz.

Reconozco que no debo causarle ahora mismo ni un atisbo de esa atracción que creí que sentía por mí.

Imperturbable.

—Te dije que te esperaría.

—Pues disfruta de mi presencia dos segundos más y vete. Necesito estar sola.

—No estamos muy amables ¿cierto?

—Me queda un día para disfrutar de esta playa tal y como la conozco, así que, si no te importa... —me hace un gesto vago con la mano para que me vaya.

—¿Te vas? —pregunto aturdido.

—¿Te importa?

Implacable.

—Eras una compañía agradable hasta hace unas horas.

—Pues la Aura agradable ha cerrado sus puertas.

—Está bien, te dejaré sola. Es una pena, por supuesto. Espero que te vaya bien allá donde vayas.

—Gracias... —susurra volviendo a apoyar la frente en sus rodillas.

Y debería irme. Joder, claro que debería largarme, pero no sé por qué me intriga esta muchacha.

—Oye, estaré allí...

No levanta la cabeza, así que me arrodillo a su lado y le acaricio el pelo para que la alce. Ella tarda más de lo que hubiese cabido esperar, pero al final me inunda su mirada cálida y ambarina.

—Justo al otro lado de esas rocas —las señalo. —Si en algún momento prefieres estar acompañada, aunque sea en silencio, búscame.

Sonríó mientras mis dedos juegan por última vez con uno de sus rizos. Ella me mira intensamente, no gesticula. No sé si graba mi rostro en su memoria o si en realidad ni siquiera me ve, pero me deleito una vez más con esa mirada misteriosa e intensa que tiene antes de irme lejos de ella.

Regreso lentamente con una extraña sensación de vacío. Claro está que no me gusta que alguien que me causa un mínimo interés me ignore de esta manera, pero ella es tan atrayente, tan curiosa. Y bonita, es demasiado bonita para ser una simple humana.

Escalo las rocas y salto hacia el otro lado. Quizá, de donde nunca debí salir.

Tengo que dejar de tontear con terrestres y centrarme en lo realmente importante. La búsqueda de esa sirena, sin embargo, me siento en la arena a una distancia prudencial de la orilla y miro al mar. Está tan en calma, tan pacífico, tan plano y azul que es una pena no aprovecharlo.

Después de un buen rato, sonrío, me levanto sin pensarlo un segundo más y doy tres pasos hasta que la humedad me acaricia las plantas de los pies.

—Vaya... así que tu “búscame” era solo por decir ¿eh?

Me sobresalta escuchar su voz tan cerca.

Me giro hacia ella y la veo sentada encima de la roca más alta. No sé cómo demonios ha llegado ahí, no sé por qué no la he escuchado acercarse.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Bueno... —dice balanceando sus piernas que cuelgan desde la roca hacia los cuatro metros de vacío que hay debajo. —La verdad es que preferiría no estar sola, pero adelante, si vas a bañarte, te espero aquí.

Las escamas, dispuestas en espirales a lo largo de mis piernas, se me erizan sin querer.

No puedo imaginar la expresión de su cara si el agua del mar llega a tocarme y a convertirme en algo por lo que probablemente ella sienta terror.

—Estaba... observando el mar, nada más.

—Tranquilo, ve. Si tu intención era bañarte desnudo me giraré para que puedas hacerlo con más intimidad —se ríe.

Esa risa sutil y melódica que posee y que es igual que la de otros mil humanos como ella. La diferencia es que la de ella me gusta.

—No creo que pudieras apartar la mirada si me desnudo aquí mismo ¿sabes? Además, prefiero mantener la intriga un poco más.

—Pues se te acaba el tiempo, vaquero. Me iré cuando vuelva a amanecer.

Sigue balanceando sus piernas de atrás adelante y yo no puedo evitar mirarlas. ¿Cómo algo tan sumamente corriente puede llamar tanto mi atención?

Siempre he sido más de colas que de piernas, claro, pero un par como las tuyas no pasan desapercibidas.

—¿Por mucho tiempo?

—Más del que me gustaría, sí.

—¿Vas a contarme a dónde? —pregunto mientras me alejo discretamente de la orilla.

—A un lugar húmedo y lejano.

—Eso me recuerda bastante a mi hogar —sonrío mientras me acerco más a ella.

—¿A Bedris? Bedris no es nada húmedo, ni siquiera es lejano.

—Yo nunca dije que fuera de Bedris —le guiño un ojo mientras me posiciono a unos pocos pasos de donde está sentada.

—¿De dónde eres en realidad? —frunce el ceño y deja de mover las piernas.

—De un lugar húmedo y lejano —le sonrío.

—Nos veremos por allí entonces —se ríe.

—Sería una grata e increíble sorpresa.

—No te haces una idea —me dice mientras se carcajea.

Apoya sus manos en la roca y se deja caer los metros que la separan de la arena. Aterrizo flexionando las piernas y en menos de lo que soy capaz de asimilar está de pie frente a mí, mirándome demasiado cerca. Demasiado cerca.

—Eres bastante ágil para ser una...

—¿Chica? —pregunta.

«Humana corriente» pienso.

—No era eso en lo que pensaba.

Se ríe.

—Bueno y —pasa por mi lado, casi rozándome, y sigue caminando hasta darme la espalda — ¿cuál es el plan? Necesito que mi último día aquí sea lo más placentero posible.

Frase que resuena en mi cabeza más veces de las que puedo contabilizar. Más veces incluso de las que sería lógico. Más de las que mi cuerpo puede soportar.

Mil maneras de entretenerla se dibujan en mi cabeza a mil por hora. Miles, millones de maneras de hacer de su día algo placentero.

—No me tientes.

Se echa a reír otra vez y yo me acerco a ella despacio.

Sus ojos y los míos se enzarzan en una ardua batalla. Gana ella, por supuesto. El color y la intensidad de sus ojos me abruman.



Y no, desde luego no es una humana corriente.

—Dime, ¿qué haces realmente aquí? —me pregunta mientras se sienta en la arena y apoya la espalda en la roca tras la que se esconden mis espadas.

—Inspeccionar la zona. Quiero asegurarme de que no haya ningún peligro a la vista.

—Eso suena importante y tremendamente tedioso.

Me acerco a ella y me siento a su lado. Intento, con mi cuerpo, tapar el hueco que deja a la vista las empuñaduras doradas con el sello de la familia real. Ella no puede verlas. No puedo dejar que las vea.

—Y tú ¿te obligan a irte o te vas por tu cuenta?

—*Fifty fifty.*

Yo asiento, es obvio que no quiere hablar de ello y no me parece buen plan perder el tiempo intentando sonsacarle algo que no quiere contarme. Aunque sé que con unas simples notas musicales que adhiera a mi voz podría hacer que me contara hasta sus secretos más escabrosos.

Una criaturita tan bonita no debe tener nada oscuro que ocultar.

—Se me ocurren varias cosas que podríamos hacer para pasar el rato ¿sabes? —no puedo evitar sonreír de manera seductora.

—No quiero pasar el rato, quiero vivirlo —dice antes de lanzarse encima de mí y besarme como si la vida se le fuera a acabar después.

Me pilla por sorpresa, tanto, que tardo unos segundos más de la cuenta en notar que su piel arde encima de la mía.

Sus labios son tan suaves tan carnosos y sus rizos me acarician la cara con tanta delicadeza que no puedo evitar enredar mis dedos en ellos.

Noto sus ansias, son tantas que podrían materializarse o ya lo hacen y me abrazan, no lo sé, pero quiero más.

Rodea mi cuello con sus brazos, yo separo mi espalda de la roca, la apoyo en la arena hasta quedar totalmente estirado y ella se posiciona por completo encima de mí.

Noto su cadera contra mi vientre. Noto sus piernas enredándose en las mías, suaves. Tan suaves como debe ser el resto de su cuerpo.

Muerde mi labio y sonrío, como si yo no pudiera verla, como si no estuviese atento a cada fracción de segundo que nos sucede, como si yo no estuviera atento a cada movimiento suyo, a cada respiración, o como si ella supiera que estoy atento a todo y, aun así, quisiera enseñarme que ella disfruta.

No puedo evitar sonreír yo también y es entonces cuando ella intensifica aún más el beso, cuando pega más su cuerpo al mío.

Mis manos descienden por su cuello, acarician sus brazos y luego se pierden en su espalda hasta llegar a su cadera. Mi cuerpo me ordena que roce su piel, que introduzca las manos por dentro de su camiseta y que la sienta. Que la sienta a ella.

Lo hago y para mi sorpresa ella no me lo impide. Un pequeño gemido sale de sus labios cuando las yemas de mis dedos entran en contacto con la piel de su espalda por fin.

—¡Aura! ¡Aura! ¡¿Dónde estás?! —grita una voz masculina demasiado lejos como para que ella pueda oírlo, pero no tanto como para que yo no la escuche.

El la busca, pero a mí no me apetece que la encuentre en este momento.

No reacciono a su voz, solo al contacto de las manos de ella que ahora se mueven libres por mis brazos hasta llegar a mis muñecas, acariciando cada milímetro a su paso.

Se me eriza la piel sin poder evitarlo.

Sus manos se apoderan de mis costados, asciende por ellos hasta llegar a mi pecho y es ahí

donde sus uñas se hunden hasta dejar marca. Las siento, siento el ardor de su cuerpo contra el mío y siento las ganas. Las mías, las tuyas, las de los dos y también siento los gritos de ese maldito chico acercándose.

Le muerdo el labio inferior y ella sonrío antes de devorar mi boca de nuevo.

—¡Aura! ¡Aura, por favor! —grita más cerca.

Ella se separa de mí al oírlo. Mira en todas direcciones buscándolo hasta que se da cuenta de que debe estar al otro lado de las rocas.

Vuelve a fijar la vista en mí mientras sus uñas siguen clavadas en mi piel, mientras yo sigo aquí, deseoso de ella.

—Lo siento... —susurra antes de levantarse, sacudirse la arena de encima y escalar las rocas como si lo llevase haciendo toda la vida.

Yo hundo los codos en la arena y me incorporo mientras veo cómo salta al otro lado y grita el nombre del chico.

Me dejo caer hacia atrás y me tapo la cara con las manos cuando ella ya ha desaparecido.

—Joder...



La voz de Nael impacta en mis oídos con tanta fuerza como lo ha hecho Azariel en mi piel.

Corro a su encuentro, no sé si por ganas o por la necesidad de escapar de los brazos de Az a los que yo misma me lancé.

Hubiese perdido el conocimiento en menos de dos minutos si seguía besándome así y lo hubiese perdido feliz, que conste.

Sus brazos, tan fuertes, tan firmes. Sus labios, carnosos, suaves, húmedos... Su piel ardiente adhiriéndose a la mía. El tiempo parándose a nuestro alrededor. El resto del mundo dejando de importar.

—¡Aura! —grita Nael.

Miro atrás y no hay rastro de Az. Supongo que ya habrá escuchado a Nael llamándome y no tiene el más mínimo interés en salir a su encuentro.

Lo que yo me pregunto es si seguiré ahí cuando termine de hablar con Nael. Me pregunto qué hubiera pasado si él no llega a aparecer, si no llega a interrumpir el arrebato de pasión y locura que me poseyó en el instante en el que me lancé de cabeza a la piscina más profunda e hipnótica que ha tomado nunca aspecto de hombre.

—¡Estoy aquí! —le grito mientras alzo las manos.

Él está dándome la espalda a unos metros y se gira rápidamente al escucharme.

—¡Ahí estás! —corre a mi encuentro y me abraza.

—¡Vaya! Qué euforia.

—Dios ¿a qué hueles? —dice separándose de mí con una mueca en la cara. —Es como si te hubieses revolcado en una montaña de algas.

Yo arqueo una ceja y pienso en que a Az no le haría ninguna gracia escuchar eso del olor que desprende. Por otro lado, a mí no me parece que huelo a eso. Él más bien huele a poder, a masculinidad, a océano azul, a pasión, a...

—¿Aura? ¿Sigues aquí? Tierra llamando a Aura.

—¡Sí, sí! ¿Qué haces aquí? —pregunto saliendo de mi ensoñación.

—Tu madre me ha dicho que te marchas ¿cuándo pensabas decírmelo? Pensabas largarte sin más dejando una nota en el buzón ¿o qué?

—Pensaba ir a tu casa más tarde, estaba... —suspiro sonoramente. —Reflexionando.

—Tú sola, en la playa, reflexionando.

—Sí ¿algún problema?

—Mi problema es que te largas de un día para otro con un tío al que nunca he tenido el gusto de ver ¿se puede saber por qué te vas con él? Ni siquiera sabía que tu madre tenía hermanos.

—¿Mi tío? —Nael arquea una ceja y yo recuerdo a Nemsis —¡Mi tío, claro! Verás... mi madre y él no estaban muy unidos, pero de un tiempo para acá se escriben y... ha venido de visita. Dice que le gustaría llevarme a navegar en su barco. Nos iremos una temporada. Sabes que siempre he querido viajar.

Que alguien me felicite por mi capacidad automática para mentir o que alguien me guillotine por ello, pero las palabras salen de mí como si estuvieran en una catapulta, sin pensarlas, sin sentir las siquiera.

—¿Por mar? Si hace dos días te aterraba el mar.

Parece enfadado, muy enfadado, a decir verdad.

—¿Por qué te enfadas? —me cruzo de brazos.

—Pues porque... porque... ¡porque te vas sin mí! Me dejas aquí tirado, no me cuentas tus planes y pretendes decirme adiós y ya está ¿no? Ya nos veremos algún día cuando vuelva que, por cierto ¡ni siquiera sé cuándo vuelves!

—Nael, tranquilo.

—¿Tranquilo? —dice haciendo aspavientos.

—Mira, a mí tampoco me hace especial ilusión dejarte atrás. Hemos estado juntos desde que tengo uso de razón, pero tengo que hacer esto. Algún día espero poder explicarte enteramente los motivos, pero ese día no es hoy.

—No confías en mí ¿es eso?

—Claro que confío en ti y te quiero y es por eso mismo que...

Se acerca rápidamente a mí y sus manos se posan delicadamente a cada lado de mi rostro. Sus labios rozan los míos casi sin que me dé cuenta y me besa. Después de tantísimos años esperándolo, me besa.

Es tan suave y delicado conmigo que apenas noto nada. Mis manos imitan a las suyas y me doy cuenta de que él sí me besa con todas las ganas que lleva dentro, que yo le respondo también, pero que no siento absolutamente nada.

Nada más allá de cariño y un amor fraternal por él. Nada romántico, nada de lo que esperé sentir cuando llegase este maldito momento.

Se separa de mí despacio y yo, en el fondo, lo agradezco.

Mi mente no puede dejar de dar vueltas, de comparar este beso con el de Az.

Mi cuerpo y mi cabeza saben que no hay color entre uno y otro, que no existe comparación posible.

—Tenía que... lo siento, tenía que hacerlo —me dice en un susurro.

—No pasa nada.

Y ese es el problema, que no ha pasado nada. Ni un cosquilleo fugaz en el estómago. Ni una ínfima parte del deseo, de las ganas, que sentí hace un rato en otros labios.

—¿Puedo hacer algo para que te quedes? Dime que sí, por favor.

Él no ha separado sus manos de mi rostro y yo tampoco del suyo. Nuestras frentes se apoyan la

una en la otra y sus ojos acarician suavemente los míos con esa mirada tan dulce que siempre ha tenido.

—Lo siento.

Él asiente, se separa de mí, no antes de besarme la frente. Yo no puedo evitar sentirme mal por todo. Por dejarlo aquí, por haberme entregado a alguien al que ni siquiera conozco con más ganas que a él, que siempre ha estado a mi lado, que creía que siempre iba a estarlo.

—¿Querrás pasar tu último día conmigo al menos? —me tiende una mano y sonrío amargamente.

—Necesito estar un rato a solas. Despedirme de este lugar. Respirar un poco.

—Entiendo —mete la mano que hace un segundo me invitaba a marcharme con él en el bolsillo.

—Podemos cenar juntos, si quieres.

Una sonrisa le ilumina el rostro y a mí me contagia tanto esa sensación como la tristeza que lo envuelve.

—Eso sería perfecto.

Asiento y él, después de observarme detenidamente unos instantes más, se da la vuelta y se encamina hacia el acantilado.

Yo no dejo de mirarlo hasta que ha desaparecido por completo. Después me dejo caer en la arena, abrazo mis piernas y apoyo la frente en las rodillas.

Paso unos instantes así antes de bufar, levantar la cabeza y presionarme las sienes con una mano.

Necesito que este torbellino de emociones y de sentimientos pare. Necesito estar tranquila. Necesito toda la paz de la que dispongo para hacer frente a todo lo que ocurre a mi alrededor.

Inspiro profundo, echo la cabeza hacia atrás y sin abrir aún los ojos sé que está sentado a mi lado. Aunque sus pisadas no hagan ningún ruido. Aunque su respiración parezca inexistente ahora.

—Creo que debo ponerte una campanilla al cuello para que me avise cuando te acerques —digo sin abrir los ojos.

—Oh bueno, creo recordar que eso ya lo hacía mi olor ¿no es así?

—Según Nael hueles como una montaña de algas.

—Y cómo sabe ese chaval a qué huelo, si puede saberse.

—Porque ahora yo huelo a ti —clavo mis ojos turbios en los suyos.

—Oh, por supuesto —se acerca a mí e inspira, después hace una mueca. —Él huele a quemado —se encoge de hombros. —Vaya día más movidito llevas ¿no?

«No, Az, la que huele a quemado soy yo».

—Y lo que queda... —susurro.

—Ajá, así que esperas tener una noche movidita con tu amigo especial ¿eh?

—En realidad... —digo antes de cerrar la boca.

No tengo porqué contarle a él la sensación de vacío que he sentido al no sentir absolutamente nada con el beso de Nael. Supongo que eso debo guardármelo para mí. Supongo que...

—Vale, sé que mis besos son una pasada, pero no ha podido ir tan mal ¿no?

Yo lo miro con extrañeza mientras él se ríe.

—Ha sido una soberana mierda. Llevo toda la vida con ese chico ¿sabes? Toda la vida. He deseado que me besara desde que tengo uso de razón y ahora va y...

—Y te da un beso de mierda.

—¡Y me da un beso de mierda! —alzo la voz a la vez que los brazos.

Azariel se ríe y yo no puedo evitar hacerlo también.

—Quizá lo habías idealizado demasiado. Quizá te gustaba porque no conocías a otro que te despertase más que él. Piénsalo, llevan juntos desde niños ¿no? Igual el amor que creías sentir por él era más fraternal que pasional.

—Lo tuyo es pasional, sin duda —digo sin pensar.

—Sí, lo he notado. Aunque permíteme decirte que no sé si es porque realmente te apetecía o porque era tu último día aquí y has decidido jugar todas las cartas que te quedaban.

—Supongo que ambas afirmaciones son correctas —me encojo de hombros. —Mírate, eres... bah, eres un maldito Adonis playero y yo tengo que irme en unas horas. Mi obligación moral era no retenerme ¿vale?

—Pues ahora es mi turno —dice antes de que su mano se cuele entre mi pelo y me atraiga hacia él.

Me besa despacio, como si no tuviéramos prisa por llegar a ningún lugar. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante.

Su beso es suave, pero también intenso. Como si quisiera empaparse de mí antes de despedirse. Como si, desde que me vio, hubiese estado tan ansioso por descubrir a qué sabía yo que no ha podido contenerse más.

Yo siento como algo explota dentro de mí. Las mariposas, esas que dicen que han de sentirse en el estómago cuando algo te emociona de verdad, han mutado en dragones gigantes que escupen fuego.

Dragones que sobrevuelan mis tripas haciéndome volar a mí también.

Mis manos aprietan la arena tan fuerte que creo que va a convertirse en polvo, quizá yo lo haga también.

Noto que aspira, no sé si mi olor o este momento en el que hasta las olas del mar se detienen, en el que las horas han dejado de pasar, en el que la vida deja de tener importancia para que todo se concentre en nosotros. En este beso. En esta corriente magnética que viaja de su boca a la mía.

Noto ahora cómo se detiene. Cómo sus labios reposan en los míos, cómo me roza con ellos, cómo sonrío. Cómo lo hago inconscientemente yo.

—¿Mejor? —pregunta en un susurro.

—No te haces una idea.

Sonríe más ampliamente y yo lo hago también.

Es todo lo que soñé que sentiría cuando Nael me besara.

Vuelve a apoyar sus dos manos en la arena y yo a relajar las mías. A intentar relajar todo mi cuerpo en realidad, pero no lo consigo. Si él está a mi lado todo mi cuerpo está alerta.

Me miro los tobillos, pero las escamas se adhieren tanto a mi piel que son casi invisibles a la vista.

—Al menos tu último día aquí no será tan deprimente, aunque he de reconocer que esta playa perderá todo su interés —se encoje de hombros.

—Vaya, qué honor.

—Debo estar aquí, pero no voy a mentirte, tú haces muchísimo más amena mi estancia.

—Bueno, tú también has hecho más ameno mi último día aquí.

Doy un suave golpe con mi hombro en el suyo.

—Intenta no pensar en mí cuando él intente... bueno, ya sabes.

—¿Perdona? —digo escandalizada.

—Oh, vamos. Está locamente enamorado de ti ¿realmente crees que no intentará... bueno, acostarse contigo esta noche? Está deseándolo.

Mi cuerpo se pone totalmente rígido. No puedo imaginar cómo sería acostarme con Nael

después de este beso insípido.

Tanto tiempo esperando para sentir su cuerpo unirse al mío y ahora se me pone la piel de gallina solo de pensarlo. Y no en el buen sentido, no.

—Oh, mierda... —susurro.

Az se echa a reír y esta vez es él quien me golpea el hombro con el suyo.

—Tranquila, se enfadará, pero acabará aceptando que tú no sientes lo mismo.

—Lo sentía hasta que... —me callo justo antes de que él clave sus ojos en los míos.

Son tan oscuros que da la sensación de que hay todo un precipicio detrás, pero ese brillo plateado, ese tan genuino, tan único, hace que no pueda apartarle la mirada. Aunque quisiera no podría hacerlo y, la verdad, es que no quiero hacerlo tampoco.

—¿Hasta que...?

—Hasta que cierta montaña de algas apareció varada en esta playa.

Me echo a reír y él lo hace conmigo.

Su risa es tan sumamente melódica, tan hipnótica que podría escucharla el resto de mi vida. Podría incluso dejar de escuchar el sonido del mar, el de los pájaros, el de la brisa, las voces del resto del mundo, solo para escuchar su risa.

—Deja de reírte, vas a conseguir que te esconda detrás de las rocas y no te deje marchar a donde quiera que vayas a irte —dice mientras yo dejo de hacerlo para recrearme en cada una de sus palabras.

—Eso suena genial.

—Vamos, dime a dónde vas —dice con un tono de voz tan suave que me hace cosquillas en los oídos.

Me sostiene la mirada mientras coge una de mis manos con las dos suyas.

—No podría decírtelo, aunque quisiera.

«Y quiero, claro que quiero».

Mis ojos por fin se apartan lentamente de los suyos, entristecidos, aunque no logro explicarme porqué tanto.

Su mirada es inconclusa. Algo cercano al ansia y a la pérdida de lo ansiado, supongo.

—Entiendo...

No sabía, hasta ahora, que un silencio pudiera ser tan amargo. Que pudiese envolverlo todo, frenar cada latido de mi corazón hasta convertirlo en un trozo de cristal y destruirlo en pedazos después.

Si me siento así ahora, no sé lo que va a experimentar el resto de mí cuando me despida de la que ha sido mi madre durante todos estos años. De mis amigos, de mi vida en general. Justo en ese instante, todo lo que he sido hasta hoy, se derruirá sin remedio.

—Me ha gustado mucho conocerte, Azariel, de verdad —le pongo una mano en el hombro y me impulso para levantarme segundos después.

Él no se mueve, sigue mirando la arena mientras yo me sacudo la ropa.

—Aura... —se levanta. Yo sigo pensando que mi nombre suena excesivamente bien salido de sus labios. —Toma, es una tontería, pero me gustaría que lo tuvieras.

Me cede un brazalete dorado y yo lo cojo sin pensar. Es fino y sencillo.

Al mirarlo más detenidamente me doy cuenta de que parece tener un grabado por dentro, uno que no alcanzo a leer del todo.

—No puedo quedarme esto, ni siquiera nos conocemos.

—Es una baratija, tranquila. Quizá cuando pases un mal momento, si lo miras, pueda recordarte a algo agradable —sonríe.

Yo vuelvo a mirarlo, lo alzo por encima de mi cabeza e intento leer el grabado del interior.

—El corazón, la fuerza y el alma del mar.

Acompañado de un símbolo. Una estrella encima de lo que parece ser un tridente.

—Ahora irán contigo —sonríe antes de darme un beso fugaz en los labios.

—¿Por qué me regalas esto? —pregunto mientras sigo observándolo.

—Si te digo la verdad, no tengo ni la más remota idea —me sonrío a medio lado. No de manera chulesca, sino como algo tierno, amable. —Llamémoslo impulso.

Me lo coloco en la muñeca derecha y extendiendo el brazo para que él lo vea.

—Creo que es el impulso más bonito que ha tenido nadie conmigo, gracias —se encoge de hombros. —No tengo nada para ti.

—Dame una grata sorpresa y procura que volvamos a vernos —me guiña un ojo sin dejar de sonreír.

—Hecho —respondo firmemente.

Como si eso fuera a suceder de verdad. Como si realmente existiera la mínima posibilidad de que su vida y la mía pudieran cruzarse de nuevo. Como si yo fuese a poner todo mi empeño en volver a verlo, aún sea en los confines del universo, una vez más.



—Por los siete mares, el tridente de Neptuno y la madre que nos parió a todos —dice Nemsis mientras se sienta en el sofá y se echa las manos a la cabeza.

Sus brazos son tan musculosos, y aún lo parecen más con esos tatuajes, que mi sofá parece ridículo debajo suya.

—No es para tanto ¿verdad? —miro a mi madre, pero no obtengo ninguna respuesta.

Ella está mirando a Nemsis mientras se muerde el labio inferior con desespero.

—¿Qué no es para tanto? Vamos a ver, niñita mía, —se levanta y la casa parece temblar incluso —te escapabas de casa cuando ya deberíamos estar en el mar. Te reúnes con un chico al que no conoces y que te regala esto —dice sosteniendo el brazalete entre sus dedos, —cuando deberíamos estar en el mar. Te he dado doce horas cuando se supone que ya deberíamos estar...

—¿En el mar? —me cruzo de brazos.

—En. El. Mar. —Puntualiza cada palabra mientras se acerca demasiado a mí. —¿Entiendes el peligro que corres tú y el que corremos todos los que te ayudemos? No, claro que no. Ni siquiera te has parado a pensar en que esto no es un cuento de hadas. Que no es una novela fantástica donde todo es de luz, color y que, cuando todo parece oscurecerse, aparece el salvador o salvadora de turno y lo arregla todo. Pues bien, así no va la vida real, muchacha. Lo que pasa en la vida real es que tú estás en peligro por ser quien eres, por poseer los dones que posees y porque el rey de Atenia está como una maldita cabra. Patricia corre peligro porque te ha estado ocultando durante quince años cuando debería haberte devuelto al mar, que es a donde perteneces y yo corro peligro porque voy a arreglar la que probablemente sea el arma más mortífera que haya pisado el mundo jamás.

—¿Arma?

—¡Tú eres esa arma! Es sorda ¿verdad? —dice mirando a Patricia con un tono de voz exasperante. —Dios, es sorda o estúpida y no sé qué es peor... —vuelve a sentarse en el sofá a la vez que se frota la cara con ambas manos.

—Aura... Nemsis tiene razón. Sé que todo esto es un poco traumático y que puede que aún estés en shock. Ni siquiera te has planteado que no es divertido ser una sirena, mucho menos la sirena que eres tú. Es peligroso. Tu camino de aquí en adelante estará lleno de trampas mortales y todo un reino irá a por ti —se acerca a mí y pone ambas manos en mis hombros. —Cariño, todo lo que está pasando es real, no es un juego. Tendrás que hacer todo lo que Nemsis te diga, aunque a veces sea un poco capullo —él pone expresión escandalizada. —Debes obedecerle, es tu única posibilidad de sobrevivir.

—Si tan peligroso es el mar para mí ¿por qué no me quedo aquí contigo? Estaré a salvo aquí.

—Nadie está a salvo ahora —susurra Nemsis mientras mira el brazalete.

—Vendrán a por ti y no estarás preparada para combatirlos, Aura. Necesitas el entrenamiento que Nemsis te ofrece.



—Nunca ofrezco nada gratis, que conste en acta.

—Oh ¡cállate de una vez, viejo amargado! —le grita mi madre.

—No es que no entienda la situación. La entiendo perfectamente. Lo diferente es temido. Ni siquiera se esforzarán en entender que no quiero hacer daño a nadie, que yo no pedí esto, pero que, si es lo que soy, lo seré con orgullo. Y sí, dominaré mis poderes, porque confío en mi buena fe con los habitantes de la ciudad que me vio nacer, pero no confío en la suya.

«Y haré pagar al rey por la muerte de mi madre» pienso, pero no lo digo en voz alta.

—Me alegra escuchar eso —dice Nemsis levantándose del sofá y poniéndose a mi lado.

—Y ahora ¿me devuelves mi brazalete?

—Oh, claro, ¿qué daño podría hacernos un simple brazalete?

—¿Es otra de tus preguntas con trampa?

Se echa a reír y mi madre se frota las sienes con una mano. Está nerviosa. Es obvio.

—Bien. Nos vamos.

—¿Cómo? No, no, no. Nuestro acuerdo era que nos iríamos mañana al amanecer. Esta noche he quedado con Nael. Es nuestra cena de despedida. Y ni siquiera he visto a Eva.

—Ah, claro, que cenar con tu amigo es mucho más importante que llegar a un lugar seguro, donde nadie te esté buscando, y empezar con un entrenamiento que debiste tener hace unos quince años. Cierto, qué tonto soy a veces... —me mira con una ceja arqueada.

—Dios ¿en serio voy a tener que pasar mucho tiempo solo con tu agradable compañía? Estoy deseando que nos vayamos —ironizo.

—Basta. Aura, yo le diré a Nael que has tenido que adelantar tu viaje y que has pataleado y llorado por no poder despedirte de él. Me despediré de Eva en tu nombre también. Nemsis, cógela y sácala de aquí cuanto antes.

—¡Pero, mamá...!

Ella se acerca a mí de nuevo, me coge firmemente por los hombros y clava sus ojos en los míos. Yo la miro atónita sin poder articular una palabra. Sus dedos se clavan con fuerza en mi piel, pero más lo hace esa expresión en mi interior.

Está asustada. Tanto que ni siquiera va a dejar que pase unas horas más con ella. Teme lo que pueda pasarme si me encuentran aquí. Si lo hacen antes de que sepa defenderme.

—Aura, debes irte. Es la última cosa que voy a pedirte que hagas. Por favor, hazme caso y vete. Márchate ya y ponte a salvo.

Las lágrimas la inundan, aunque sé que lucha por no dejarlas salir. Yo asiento despacio y su expresión se relaja un poco antes de abrazarme con toda la fuerza de la que dispone.

Yo aspiro una vez más su olor a canela. Me empapo de lo suave que siempre ha sido su piel. Del calor, del cariño que me ha regalado durante años, aunque yo no fuera realmente su hija. Aunque yo no perteneciera realmente a este lugar.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. Muchísimo.

El abrazo dura más de lo que a Nemsis le hubiese gustado, claro, pero por primera vez desde que lo conozco, mantiene la boca cerrada.

Mi madre, a la que no sé si debo empezar a llamar Patricia, me besa infinitas veces antes de que salgamos por la puerta y nos encaminemos al acantilado gris. Yo, que me conozco el camino tan de memoria que podría hacerlo con los ojos cerrados, camino de espaldas para poder seguir viendo a mi madre mientras nos alejamos. Ella no se ha apartado de la puerta hasta que hemos dejado de vernos en la lejanía, aunque supongo que seguirá allí durante un buen rato.

—¿Podremos comunicarnos con ella? —le pregunto a un Nemsis extrañamente callado.

Él bufa antes de llevarse la mano a la nuca.

—No debemos hacer nada que delate nuestra posición. Si fuera por mí, ni siquiera te metería los tobillos en el mar, pero tus dones se intensificarán ahí abajo y podremos trabajar mejor y más deprisa. Aunque eso signifique que vas a estar en un medio donde todo el mundo intenta matarte y donde son más ágiles que tú.

—Alentador...

Cuando llegamos, por fin, al filo del acantilado, Nemsis hace que me detenga de una manera tan brusca que casi me caigo de culo al suelo.

—¿Qué pasa?

—Nada... —dice en un susurro mientras recorre la playa con la mirada. —Escúchame, —se gira y me mira, yo me siento la mar de pequeña —voy a bajar a inspeccionar que la zona sea segura. Quédate aquí hasta que te haga una señal ¿entendido?

Yo asiento y él, sin decir nada más, desciende el acantilado con una rapidez increíble.

Me siento en el filo a esperar que él compruebe que la playa está completamente vacía.

Pienso en Eva, en la cara que pondría si llega a enterarse de que la sirena que tanto ansía ver la ha tenido delante durante años sin saberlo. Imagino su emoción. Ella no me tendría miedo. Creo sinceramente que es la única persona que no temería mi naturaleza. Pienso también en Nael, en cómo se tomará que me haya ido realmente sin decir adiós. En cómo estará mi madre ahora que sabe que no va a verme en muchísimo tiempo. En cómo se sentirá sabiendo que es posible que no vuelva a verme nunca.

Y lloro. Lloro todas las lágrimas contenidas hasta el momento. Lloro la pérdida, el nerviosismo, la incertidumbre. Lo lloro todo hasta quedarme sin lágrimas y sin fuerzas.

Me abrazo a mí misma para sentir algo de calor y, por suerte, así es como lo siento.

Hasta el momento he vivido esta situación como si fuera ajena. Como si pudiera ver todo lo que me está pasando en perspectiva, como si me sobrevolara y pudiera ver mi cuerpo experimentando todo esto. Como si me hubiera partido en dos y mi parte consciente se hubiese quedado bastante lejos de mi cuerpo.

La diferencia es que ahora se han unido por una patada verbal de Nemsis y no me queda más remedio que respirar profundo y ser fuerte.

Tan fuerte como lo fue mi madre, como lo fue Meliria, al dejarme a salvo y nadar hacia su muerte tan solo por salvarme a mí.

Un silbido se escucha a lo lejos y yo agudizo la vista para encontrar a Nemsis. Está metido en el mar y me hace una seña para que baje. Intuyo que he de hacerlo deprisa.

Corro camino abajo sin resbalarme ni una sola vez. Mis pies ya están acostumbrados a agarrarse a la arena, ahora toca entrenar a mi cola para que sea tan ágil como mis piernas.

Ni siquiera me acostumbro a eso de decir “mi cola”, no sé cómo será el día en el que realmente asimile por completo que mi vida como persona normal se ha acabado y ha dado paso a mi vida como sirena.

Ni siquiera sé cómo decir sirena en alto sin que suene absurdo.

Miro a mi alrededor antes de meter un pie en el agua. Inspiro todo lo que puedo antes de dar otro paso y luego otro más.

Cuando el agua cubre mi cadera dejo de caminar y me lanzo de cabeza a la que probablemente sea mi condena de muerte.



Nadar para relajarme es lo único que puedo hacer después de que se me haya ocurrido la estúpida idea de regalarle mi brazalete a esa humana. Dios... ¿en qué demonios estaría pensando?

Intensifico la fuerza y nado aún más rápido. No quiero ir a ningún lugar en concreto, solo nadar por el placer de hacerlo, por el placer de olvidarlo todo mientras floto, mientras me impulso con toda la rapidez de la que dispongo a través del mar.

Inspiro profundo, el agua está más cálida que de costumbre y eso no ayuda para calmar mis ánimos, aunque todo va medianamente bien hasta que siento un escalofrío nada común que nace en la punta de mi aleta para morir alrededor de mi cuello.

Otra vez esa voz. Lejana, dulce, melódica y atrayente hasta tal punto que pierdo la consciencia de mí mismo.

No logro saber qué dice, solo escucho el tono de su voz a través del agua. Un tono increíblemente hipnótico ahora. Tan suave que me acaricia de arriba abajo como si su voz pudiera tomar forma y rozar cada una de mis escamas, cada poro de mi piel.

Me quedo tan quieto que mi cola casi podría parecer una columna de coral negro.

Intento agudizar el oído al máximo, necesito escuchar alguna palabra que salga de su boca. No sé si estoy desvariando o si esto es un sueño o si es tan real como lo siento en mi interior, pero necesito saber de dónde mares proviene esa voz.

—Espera, por favor —escucho decir en la lejanía.

Mi corazón parece deshacerse como lo hace el agua entre mis manos cuando estoy en tierra firme.

La voz de esa garganta tan delicada y preciosa y apacible y tierna y... me estoy volviendo completamente loco. Cuestión que a mi cuerpo no parece importarle porque en seguida me veo nadando en todas las direcciones intentando averiguar de dónde proviene el cuerpo desde donde se expande el motivo de mi locura.

Necesito saber quién es. Necesito encontrarla.

—¿Qué pasa? ¿Qué...? —su voz tiembla justo antes de desaparecer.

Sin saber por qué, mi corazón se desboca y late a mil por hora. Nado aún más rápido al norte y luego retrocedo para después buscar al oeste y más tarde al este, pero su voz ya no está. Ha desaparecido otra vez y, por extraño que parezca, la furia me controla ahora.

Un grito gutural e inconsciente se crea desde el fondo de mis entrañas y se expande por los siete mares.

Ni siquiera sé por qué estoy tan furioso, ni siquiera sé por qué tengo esta sensación de vacío que antes no estaba aquí. Que antes de descubrir esa voz no estaba aquí.

Es como si me faltara un pedazo de alma ahora, o como si por fin estuviera completo. Ni siquiera sé lo que me digo, ni siquiera sé qué hacer ahora.

Me siento... extraño.

Jamás había estado tan aturdido antes, jamás había sentido la necesidad sobrehumana de nadar en busca de alguien, de sentir que necesito llegar hasta esa voz, que necesito saber de quién se trata y que se quede conmigo.

Y es tan mágico y a la vez tan aterrador que, con lo grande que es el océano, con los misterios

que entraña, con las millas por las que se extiende, yo haya encontrado, sin buscarla, a mi *Yua*.

Ella tiene que ser eso. Tiene que ser mi *Yua*, no se puede explicar de otra manera esta necesidad imperiosa de encontrarla, de escuchar el eco de su voz desde tan lejos y que me embelese y no pueda pensar o hacer otra cosa que no sea llegar hasta ella.

Pero ya no está.

Sé que cuando el lazo de unión se despierta, los unidos, los *Yua*, pueden sentirse el uno al otro sin estar cerca.

Mi caso ha de ser grave porque el lazo solo está despierto en mí, ella no me ha oído aún, el lazo no está completo y, sin embargo, soy capaz de sentirla. De sentir el miedo y la decisión que poblaba su cuerpo mientras desaparecía.

Y es tan bonita, tan exquisita su voz... no he escuchado jamás algo parecido. Quizá sea un efecto de la unión, pero yo no he oído en toda mi vida algo como ese sonido. Sería capaz de reconocerlo en cualquier parte del mundo y juro, aquí y ahora, por mis escamas que daré con ella cueste lo que cueste.

Al llegar a la ciudad vuelvo a encontrarme con Merk en Los Arcos. Ya casi estará a punto de terminar su turno y volverá a casa. Yo mataría por tener una casa como la suya. Discreta, acogedora, donde puedes estar solo contigo mismo cuando te apetezca.

Mi vida es demasiado diferente a eso cuando estoy en la que se supone que debería llamar casa. Hay sirvientes por todas partes, nunca se está solo allí.

—Oye, Merk —lo saludo con la mano antes de acercarme. —Necesito hablar contigo un segundo.

—¿Qué pasa, Az? ¿Algún problema con...?

—Con todo. Hay problemas con todo.

—Me lo temía. He ido a buscarte cuando Luke ha vuelto de La Quinta, pero no te he encontrado por ninguna parte.

—Estaba en tierra.

—Pasas más tiempo en tierra que en el agua últimamente, ¿los soldados destinados allí tienen novedades? —dice mientras nos alejamos unos metros de los demás.

—Ninguna novedad, como siempre. ¿Qué ha averiguado Luke?

—Uno de los Tres Hermanos, dicen de él que es capaz de ver el futuro, pensamos que tu padre ha podido ir allí para hablar con él.

Son muchas las historias que hablan de los Tres Hermanos. Algunas cuentan que son trillizos que nacieron de una madre con dones espirituales. Se dice que ella podía ver el futuro de cualquier sirénido que se atreviera a visitarla. Vivía en un foso entre La Quinta y La Sexta cueva. En un total de diez, la Quinta es la más temida desde entonces porque la madre de Los Tres Hermanos hizo sacrificios de sirénidos allí. Llenó la cueva de hechizos malignos y ahuyentó a todos los supersticiosos e, incluso, a los creyentes.

Era temida y llamada por todos La Madre del Mar.

Los Tres Hermanos tomaron el relevo al morir ella y solo se acude a ellos cuando la desesperación del sirénido llega a límites insospechados.

Otras historias cuentan que existe una raza de sirénidos hechiceros que existe desde tiempos inmemoriales. Que han pasado desapercibidos entre el resto de nosotros, pero que poseen dones increíbles. Algunos, incluso, capaces de cambiar de forma.

Esta historia en concreto relata que Los Tres Hermanos son la descendencia más poderosa que existe ahora mismo en todo el océano y que no los liga ningún lazo de sangre a la Madre del mar.

Lo único en lo que coinciden todos los seres que habitan bajo las aguas es en una regla que no

hay que olvidar jamás.

Nunca confíes en un hechicero. Nunca.

—Por todos los mares, ese hombre va a conseguir matarnos a todos. Como si no hubiera hecho suficiente ya.

Merk me mira con el ceño fruncido esperando una explicación más extendida, pero yo solo puedo pensar en el conflicto en el que nos ha metido mi padre y en la guerra que puede desatar si continúa con sus ansias de destruir a esa sirena.

Si sus poderes son reales, si es verdad que puede controlar los elementos a su antojo, ningún arma será comparable a la hecatombe que puede desatar ella.

—¿Pasa algo más, Az? Puedes confiar en mí, lo sabes de sobra.

Yo suspiro antes de ponerle la mano en el hombro. Él me mira expectante.

—Tengo que contarte dos cosas. Una es mala, muy mala, y la otra es, dependiendo del prisma con el que se mire, malísima o muy buena.

—Oh, genial. Eso suena genial —ironiza.

Todos los guardianes de Los Arcos se enderezan, sacan sus espadas y las chocan con el relevo.

Es el cambio de guardia. Nuevos sirénidos y sirenas ocupan sus lugares. Lo que significa que Merk puede irse a casa porque estará a punto de aparecer...

—Terrance, viejo rufián, llegas un minuto tarde —le dice Merk.

Yo me doy la vuelta para ver la sonrisa más amplia de toda la guardia real.

Terrance combatió con nosotros en el Arrecife. Es uno de los soldados más letales que he tenido el gusto o la desgracia de conocer. Varias cicatrices de mi costado llevan el nombre de su espada.

—Oh, alteza, mucho gusto de verle. No pensé que los vigilantes de Los Arcos tuviésemos ese honor —dice haciendo una reverencia y aguantando una risa.

Merk se pone la mano en la boca para aguantarla también y yo le doy un codazo a Terrance en el brazo.

—No sabía que ansiabas tanto que te cortara el cuello, Ter. Pensé que apreciabas más tu vida.

—Calla, muchacho, pude matarte en aquel lugar dejado de la mano de Neptuno, pero me apiadé de ti ¿recuerdas?

—Juraría que más de una vez rocé tu cuello con mis espadas.

—Tenía que darte ventaja, eras el principito. Hubiese sido de mala educación no darte un poco de esperanza.

Los tres nos carcajamos.

Supongo que somos lo más parecido a una familia de verdad que tenemos. Amigos creados por la necesidad de sobrevivir. Amigos que aún, hoy en día, siguen sobreviviendo. Pero esta vez juntos.

—Bueno, intuyo que Az tiene planeadas para mí algunas horas extras, así que, Ter, que te sea leve el turno. No parece haber monstruos a la vista.

Terrance asiente y nos da una palmada en la espalda a ambos.

Él es el mayor de los tres, pero tanto en el campo de batalla como en la vida diaria, nuestras edades hace mucho que dejaron de importar.

Cuando un sirénido llega a la edad adulta, no importa si tienes veinte o cincuenta años. Todos somos adultos a los que tratar con respeto. Todos somos una misma generación.

Un mismo equipo.

—Vamos a mi casa, podremos hablar con tranquilidad allí.

Sigo a Merk todo el camino mientras nos apartamos de la que antiguamente era la zona más concurrida de Atlenia.

El centro siempre estaba lleno de gente. Siempre había música, festejos, sirénidos felices bailando, bebiendo, comiendo o hablando entre ellos.

El centro de Atlenia era vida. Me encantaba ir allí de pequeño. Ver los grupos que tocaban y bailar a su lado como si no hubiera nada aterrador en el mundo. Como si lo único que existiera fuera la música y ese momento. Ese en el que yo era feliz siendo un niño. Sin obligaciones. Sin esa sombra oscura en mi interior. Sin asesinatos a mi espalda. Sin preocupaciones más allá de no llegar tarde a casa y de procurar que mi padre no descubriera que me había atiborrado de dulce de alga blanca.

Sin embargo, ahora las calles de Atlenia están desiertas. Ningún sirénido canta, ninguna sirena baila, ningún niño ríe ya.

La austeridad, la tristeza y la decadencia que deja el rey a su paso se encarga de poblar ahora la ciudad.

Y sin quererlo vuelvo a sentir el cosquilleo de aquella voz misteriosa en el interior de mi pecho. Mi estómago se encoge y mi garganta tiritita al sentir las vibraciones otra vez como si volviera a revivir ese momento.

*«Espera, por favor».*

Y no sé a quién se lo diría ella, pero yo no puedo esperar más. Yo necesito encontrarla ya. Algo dentro de mí tira en todas direcciones. Como si me hubiesen atado las extremidades, el corazón y el alma a distintos tiburones y estos tirasen de mí cada uno en una dirección diferente.

Necesito unir todas las piezas. Unirme con ella. Sentirme completo ahora que me siento tan vacío.

La casa de Merk está alejada de la ciudad. Él lo quiso así y yo mandé a construirle una pequeña choza de piedra por la que él me propinó un puñetazo en el hombro cuando nadie nos veía.

Supongo que, en realidad, no sabe dar simplemente las gracias.

Alrededor no hay nadie, solo la inmensidad del océano, peces nadando libremente, columnas de corales naranjas adornando la entrada y la paz más absoluta y embriagadora.

Entro detrás de él y lo sigo hasta la sala de estar.

No es muy grande, en realidad. Solo tiene una habitación en la que no duerme a no ser que sea acompañado de una de mis soldados con la que, para mi sorpresa y la suya propia, se ha encaprichado más de la cuenta. El salón está excesivamente desordenado. El sofá hace de cama algunas noches y, las demás, usa el suelo para dormir.

No ha podido quitarse esa costumbre desde el Arrecife, me confesó.

Ni esa ni despertarse por las noches aterrorizado con ese sudor frío recorriéndole la espalda.

Todos seguimos teniendo pesadillas con aquel lugar. Por muchos años que hayan pasado jamás desaparecerán de nuestra mente.

—Bueno, sorpréndeme, ¿qué pasa ahora?

Él se sienta en uno de los bancos de roca y coral tan rojo como Los Arcos y yo ocupo el otro.

Me froto las sienes antes de sonreír como un idiota.

—Mi padre quiere destruir a la sirena que controla los elementos porque, cuando ella era tan solo una niña, obligó a su madre a entregársela y, como no lo hizo, la asesinó. No sabe dónde fue a parar la pequeña sirena y cree que ha estado todos estos años planeando su venganza. Puede aparecer hoy, mañana o dentro de cinco años. No lo sabemos, pero de lo que sí estoy seguro ahora es de que la amenaza es real y de que tenemos que ser nosotros quienes demos con ella antes de

que a su reloj vengativo le suene la alarma y se persone aquí para destruirnos a todos.

—Tu padre mató a su madre cuando ella era una niña —susurra. —Tu padre mató a su madre. A la madre de una sirena con poderes que podrían arrasar el mundo si le diese la gana y tú... tú sonríes ¿por qué demonios sonríes? —me pregunta escandalizado.

—Esa es otra historia.

—Ah, bien. Esta era la noticia mala, entiendo. ¡En el momento en el que tú lo creas conveniente puedes decirme la buena para equilibrar la balanza porque, ahora mismo, el infierno se está abriendo paso en medio del océano y tú estás sonriendo como un maldito idiota en vez de estar planeando cómo detener el apocalipsis marino que va a acabar con todos nosotros!

—La he encontrado. Bueno, no encontrarla como el término encontrar indica, pero sé que existe. La he escuchado, he estado tan cerca... tan cerca —digo mirando al suelo arenoso que se extiende bajo nuestros pies.

—¡Eso es una noticia estupenda! Iremos a por ella e intentaremos rogarle que no nos aniquile a todos por la maldita estupidez de tu padre —dice mientras nada de un lado al otro sin parar.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir que he encontrado a mi compañera.

Se detiene en seco antes de que sus ojos se claven directamente en los míos. Casi es capaz de atravesarlos con su sorpresa. Su ceja arqueada y su boca entreabierta dejan ver que no es una buena noticia la que le estoy dando, es obvio que no lo es, pero yo no puedo dejar de sonreír.

—Vamos, no me jodas. Eso es sin duda lo peor que podía pasarnos dada la situación.

—Lo sé —sigo sonriendo.

—¿Dónde está? Dime que no está aquí, por favor, por favor.

—No tengo ni la más mínima idea. La escuché ¿sabes? Fue tan... intenso. Nadé en todas direcciones, pero desapareció sin más—sigo sonriendo.

—Gracias a los mares. ¿Te ha oído ella? —yo niego con la cabeza y él suspira sonoramente.

—Bien, Az, escucha. Sé que el lazo es más fuerte que tú, que todos nosotros juntos. Que vas a estar atontado hasta que des con ella y luego el resto de tu vida y que necesitas por todos los medios encontrarla, pero tenemos otras prioridades ahora mismo. Has de luchar contra el lazo ¿me oyes? Sé que es algo casi imposible lo que te estoy pidiendo, pero, por favor, centra tu cabeza en lo que nos atañe. Encontrar a esa sirena e intentar por todos los medios que no nos arrase con sus poderes.

—Sí, tenemos que encontrarla.

—A la sirena —repite con una voz hueca.

—Sí, a la sirena —sigo sonriendo.

—¡A la hechicera, Az!

Yo sacudo la cabeza instintivamente y me enderezo.

—No sabía que esto fuese tan...

—¿Incontrolable, profundo, salvaje?

—Sí —susurro.

Merk me pone ambas manos en mis hombros y me obliga a mirar a esos dos pozos sin fondo que tiene por ojos.

—Escucha, Az —suspira de nuevo. —Yo pasé por eso una vez, sé lo que se siente. Sé que cuando despierta el lazo nada en todo el océano hace que se vuelva a dormir, ni siquiera que se apacigüe un poco. Sigue latente día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Es una necesidad palpable encontrarla, protegerla, amarla y quedarte con ella hasta que se acabe el mundo. Pero si no encontramos a esa hechicera y la convencemos para que no se vengue y liquide todo a su paso hasta conseguir su objetivo, el mundo se acabará mucho antes de lo previsto —yo asiento

totalmente convencido de lo que dice. —Y después, cuando todo haya acabado, yo mismo te acompañaré a buscar a la afortunada sirena que está ligada al tío con el mayor corazón que ha habitado los mares.





No sé cómo hemos llegado hasta aquí. Hasta esta inmensidad oceánica que se expande más allá de lo que alcanza la vista. Miro a mi alrededor mientras Nemsis reparte unas conchas negras y con forma extraña por todo el lugar.

Nado despacio. Me he mareado un poco de nadar tan deprisa y luego... desaparecimos. Sin más.

Un segundo estábamos cerca de la playa, cerca de mi casa y al siguiente nos encontramos aquí.

En esta llanura de arena blanquecina, la más blanca que he visto nunca y a la que rodean corales del mismo color, pero aún más brillantes creando un círculo infernal.

Se respira tensión. Como si algo malo hubiese pasado, como si algo malo estuviese pasando ahora mismo.

Quizá esa sensación maligna soy yo. Quizá todo lo malo que pueda pasar es que yo esté aquí. Bajo el mar.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunto a Nemsis sin mirarlo.

Él sigue lanzando conchas a nuestro alrededor. Ni siquiera sé de dónde las ha sacado. No es que lleve un maletín a cuestas ni nada parecido.

—Soy hechicero ¿recuerdas eso?

—Sí, pero... ¿cómo?

Mis ojos intentan enfocar la superficie ahora, pero es imposible siquiera intuirlo. Estamos demasiado profundo. Demasiado para que mi cabeza, acostumbrada al oxígeno limpio de la tierra, de mi pueblo, pueda asimilarlo.

—Hay una parte de la hechicería que se llama *Magnetirismo*. Es lo que usó Patricia para llamarme.

—El polvo verde... —contesto antes de apoyar mi espalda en la barrera de coral más cercana.

Lo siento como si fuera cristal introduciéndose lentamente en la piel de mi espalda, pero necesito algo que me mantenga erguida. Algo que me mantenga en pie, o en cola. No sé qué términos se utilizan aquí abajo.

—El *Magnetirismo* consiste en usar unas hierbas imantadas que solo crecen en un lugar que nadie sabe encontrar, exceptuando, claro, a los que habitan allí. Yo soy uno de los pocos afortunados. No es por echarme algas, pero soy el que mejor sabe utilizarlas.

—En tierra se dice echarse flores.

—Pero ya no estamos en tierra ¿cierto? —sonríe maliciosamente antes de seguir con sus labores. —En esencia, el *Magnetirismo* consiste en preparar el producto con esa hierba, dejar una parte en un lugar y llevar otra contigo para poder volver a él siempre que sea necesario. Justo detrás de la columna de coral que tienes al lado encontrarás una concha nacarada con parte de esa sustancia.

—¿Y dónde está la otra?

Él se yergue aún más, se acerca a mí con una expresión que no sé descifrar. Algo que navega entre la superioridad más absoluta y la exasperación extrema.

Coge mi colgante con el dedo índice y el pulgar. Entrecierra sus ojos al mirarlo a la vez que sonrío y luego lo frota contra su otro brazo. Justo sobre una de las espirales que lleva tatuadas.

La superficie del colgante se tiñe de verde y una luz cegadora nace del colgante.

Segundos después nos desplazamos unos metros sin yo entender aún cómo.

—El colgante que Meliria dio a Patricia para que te lo diera el día de tu décimo cumpleaños lleva en su interior esa sustancia. Ella me pidió que lo fabricara para ti. Para que yo pudiera encontrarte cuando fuese necesario.

—Tus tatuajes...

—Ya te he dicho que soy el mejor en *Magnetirismo*, querida. He conseguido inyectarlas en mi piel sin que mi cuerpo las rechace. He de reconocer que me costó muchos intentos y que casi muero en la mayoría de ellos, pero ha merecido la pena. El único incordio es este calor —dice mientras se sacude una pelusa invisible de uno de sus brazos.

—¿El calor?

—¿No lo notas? —sonríe y presiona el colgante contra mi pecho hasta que yo me alejo de él con una mueca de dolor.

Quema.

—Siempre está demasiado caliente.

—A mí me lo vas a contar... —dice extendiendo sus brazos para que me fije en cada una de las espirales verdes que rodean sus brazos y su torso.

—Has dicho mi décimo cumpleaños ¿verdad? Décimo.

Comienza a reírse mientras se aleja de mí nadando. Su cola se agita tan delicadamente a través del agua que casi parece un mecanismo automático, no algo que pueda controlar. Su risa es como un eco lejano y a la vez demasiado cercano a mis tímpanos. Resuena su voz tan dentro de mi cabeza que comienza a dolerme todavía más.

—Sí, he dicho décimo. Hace nueve años que Patricia tendría que haberte devuelto al mar tal y como le prometió a Meliria. Supongo que no le apeteció cumplir su parte del trato —se encoge de hombros.

La cabeza me da vueltas tan rápido que intento agarrar el coral para intentar que mi consciencia se ate a mi cuerpo y éste a algo sólido. Todo para no desmayarme.

Al hacerlo, siento cómo desgarrar la piel, cómo mi sangre flota desde la palma de mi mano hacia la inmensidad que nos rodea. Ni siquiera siento el dolor, solo sé que está ahí. Latente, pero no dañino.

—¿Cómo?

—Hay algo que debes aprender y esto es tan cierto en el fondo del mar como en tierra firme, muchacha. Todos, absolutamente todos, mienten. Todos ocultan. Todos ansían algo y todos y repito, absolutamente todos, harán cualquier cosa para conseguirlo. Incluso tú.

Su voz es oscura y tenebrosa. Me da la espalda, pero creo ver cómo sus músculos se tensan, cómo todo su cuerpo lo hace. Lo extraño es que, al girarse, al mirarme con esos ojos tan cristalinos que casi se puede ver a través de ellos, sonrío.

Sonríe como si todo esto fuese un juego que él estaba deseoso de empezar. Un juego que acaba conmigo triunfante o muerta y enterrada en una tumba en el fondo del mar.

Lo último que alcanzo a ver es la sonrisa más amplia y sombría que he visto jamás.

Todo es oscuridad después.



El reclutamiento para la búsqueda oficial de la hechicera del mar duró una semana. Sirenas y sirénidos de mi confianza se ofrecieron sin tan siquiera pedirlo. El problema es que eran los mejores soldados de todo el reino y que, si me los llevaba de Atlenia, la ciudad, el centro de todo el imperio que se extiende en el fondo del océano, sería vulnerable.

Tuve que prescindir de algunos en los que más confianza he depositado para que mantuvieran Atlenia segura.

Las órdenes de mi padre eran que dejara a la mitad de los recién ordenados soldados custodiando la ciudad y la otra mitad los llevara conmigo, pero ¿de verdad iba a llevarme a niños de diecisiete años a una batalla que, casi con total seguridad, no podríamos ganar?

A él poco o nada le importaba que una panda de niños muriera ahí fuera siempre y cuando la amenaza no llegara a rozar la ciudad y, mucho menos, sus propias escamas. Arriesgaría las vidas que hicieran falta para sobrevivir a la amenaza que él mismo creó.

La conciencia me atormentó día y noche mientras escogía de entre todos los guerreros atlenienses los más válidos para ir conmigo más allá de la frontera de la ciudad y organizaba todos los que se iban a quedar aquí.

Desobedecí y obedecí órdenes a medias. Coloqué en los lugares menos conflictivos a los soldados jóvenes o los envié como mensajeros a las otras ciudades. Una tanda de los más experimentados estaría al frente y la otra vendría conmigo.

Sería un viaje largo y, si ella es tan letal como dice mi padre, no todos volveremos a casa con vida.

Dejé a cargo de Los Arcos y de la guardia a Terrance, mi tercero al mando, porque tiene mujer y tres pequeñas sirenas maravillosas que necesitan que su padre siga meneando la aleta.

Drake y Rost, hermanos de distinta madre, pero padre común, coordinarán a los soldados que han sido enviados desde otras partes del reino submarino.

Debo destacar que aún no se les ha advertido la razón real de porqué deben trasladarse a Atlenia, simplemente se les ha pedido a los regentes de las otras seis ciudades que necesitamos refuerzos y que ellos también deben doblar las guardias hasta que lleguen nuestros hombres a sus ciudades.

Dyton lleva diez sirénidos Atlenienses consigo y se encargará de cubrir el territorio que rodea a nuestra ciudad. Clade nadará hasta Berin, Ganhor y Nahín, las tres ciudades más próximas, se pondrá al frente de su guardia y coordinará partidas de búsqueda. Yaico, recién ordenado en su última oportunidad para poder ejercer de soldado, viajará hasta las tres más lejanas y hará lo mismo que Clade.

Merk nada ahora conmigo en dirección a la frontera. Necesitamos abarcar todo el territorio posible para lograr encontrarla cuanto antes.

—¿Se te ha ocurrido pensar en qué haremos si la encontramos? Sigo diciendo que haber venido nosotros dos solos es una auténtica estupidez, Az. Si quieres morir dímelo y te daré una muerte digna, pero nos estás echando la soga al cuello deliberadamente.

—No puedo arriesgarme a que el resto sepa el verdadero motivo por el que esa sirena podría aniquilar Atlenia y a todo lo que vive en ella. ¿De verdad crees que, si le confesara al resto del

equipo de soldados que tenemos que mi padre mató a la madre de la sirena, que según cuentan, posee los dones más increíbles del mundo, seguirían queriendo dar su vida por la causa?

—Ni siquiera sé si yo quiero darla.

—Pues por eso esta misión es únicamente para intentar localizarla y parlamentar con ella. No quiero hacerle daño, no quiero que se sienta amenazada por un pelotón de soldados armados hasta los dientes. Quiero que nos vea a nosotros, dos sirénidos tranquilos y dispuestos a socializar con ella.

—Por el tridente de Neptuno, vamos a morir de verdad... —se echa las manos a la cabeza.

—¿Cuándo te ha aterrorizado tanto la diversión, Merk? ¿Dónde está el intrépido sirénido que se lanzaba a pelear cuerpo a cuerpo con los tiburones?

—Un tiburón blanco es una cosa y una sirena que puede lanzarme una roca gigantesca a la cabeza sin moverse es otra cosa muy distinta. No sé si sabes realmente a qué nos enfrentamos, Az. ¿No has oído las historias?

—Son solo eso, Merk. Historias. Nadie nos asegura que realmente pueda controlar los elementos. Nadie nos asegura que, en el caso de que así sea, quiera usarlos contra nosotros.

—¡Tu padre mató a su madre! —grita haciendo aspavientos con los brazos. —¿Realmente crees que va a quedarse toda la vida de brazos cruzados como si no hubiera pasado nada?

Yo me detengo y me doy la vuelta para encontrármelo de brazos cruzados y con mirada amenazante.

—Lleva quince años sin manifestarse. No hay razón alguna para que empiece a hacerlo ahora, y quiero dejar esto muy claro antes de continuar, no vamos a hacerle daño si ella no intenta matarnos antes.

—Oh, joder. Debí despedirme de mis algas y de la preciosa sirena que me ha hecho la vida más agradable antes de partir, porque no vamos a regresar con vida.

Yo me echo a reír antes de continuar nadando.

—No sufras, no vamos a morir hoy.

—Claro que no, sufriré terribles torturas cuando ella nos encuentre y juegue a despedarnos con sus poderes. Moriremos cuando se canse de nosotros, idiota.

Me adelanta y, el resto del camino, nada unos metros por delante de mí. Yo no me molesto en sacarle ventaja, aunque él sabe de sobra que podría hacerlo.

Nos queda un largo camino por delante, tendremos que revisar varios lugares a este lado del océano donde podría esconderse ella y no me apetece discutir con la persona que sé que daría su vida por mí. Que ya la está dando por el simple hecho de acompañarme al lugar más oscuro y peligroso de todo el océano.

Al lugar que nos unió y se encargó de separar la cordura de nuestras mentes. A la última parada de nuestro viaje.

Al Arrecife Blanco.



Los dos primeros días fueron una espiral de desmayos y vómitos incontrolables. Momento en el que descubrí que no hay nada más espantoso que vomitar estando rodeada de agua. Aún siento espasmos estomacales al recordarlo.

La profunda risa de Nemsis dio paso a un interminable desfile de blasfemias y quejumbres mientras yo recuperaba y perdía una y otra vez la conciencia.

La presión del mar, por mucho que en algún rincón de mi interior se escondiera una fuerza sobrenatural, me estaba matando y si a algo sabe la muerte es a ácido y a bilis. A aplastante y doloroso terror.

No puedo nadar tan deprisa como me obliga a hacerlo Nemsis. No puedo mover las aguas. No puedo manejar las corrientes. No puedo levantar unos granos de arena del suelo si no es con las manos y ni de lejos puedo crear fuego debajo del mar.

Todo parece inútil aquí abajo. Todo lo que él creía que sería fácil y rápido ha resultado ser tremendamente complicado, rozando lo imposible, y lento. Muy lento.

Una semana llevo sin ver a mi madre, a Patricia. Una semana sin ver a Nael, ni a Eva, ni la arena seca de la playa. Ni la tierra y rocas del acantilado gris.

Una semana lejos de mi hogar, del que hice mío sin siquiera imaginar que aquí abajo, en el frío océano, se ocultaba otro mundo aún más grandioso y voluble.

Movimiento.

Todo está en continuo movimiento en las profundidades del mar. Nada permanece en el mismo lugar durante mucho tiempo. Nada, excepto la barrera coralina más blanca que han divisado jamás unos ojos humanos y yo.

Ni siquiera Nemsis está aquí ahora. Se marchó después de darme una pócima de las suyas que, en teoría, calmaría tanto mi cuerpo como mi mente.

Ahora solo quedo yo, mi inutilidad suprema y este balanceo marino que no termino de disfrutar.

Intento recordar cómo me sentí la primera vez que mi aleta cobró forma y nadé a través de las aguas como si nunca hubiese dejado de hacerlo.

Me sentí libre, en completa armonía con el medio y conmigo misma.

Sacudo la cabeza, que aún me da vueltas a veces, e intento sacar la voz del maldito hechicero que me ha estado maldiciendo la última semana. Intento sacar absolutamente todo de mi mente. El descubrimiento de mi verdadera identidad, la muerte de mi madre, la pérdida de la que creí que lo era en realidad, mis amigos, mi casa, mi pedazo de tierra, el rey que me lo arrebató todo, hasta que solo quedamos el mar y yo.

Solo el balanceo y este sonido que toma forma de arrullo y acaricia mis oídos.

Dejo de estar erguida y me dejo llevar por la corriente mientras cierro los ojos. Floto. Como si no hubiera nada más importante que hacer, como si la vida en sí misma dejara de importar. Ya no hay sirénidos ni humanos. No hay guerra, ni muerte, ni tan siquiera paz. No hay nada y la nada

me reconforta.

La canción de cuna que me susurra el mar es tan suave, dulce y enternecedora que me hace sonreír. Me dejo mecer, me dejo llevar, me dejo fluir.

De mis párpados hacia dentro todo se vuelve blanco, no hay ningún pensamiento que surque mi mente, que me inquiete, que me importe.

Paz.

La más absoluta y penetrante que he sentido jamás.

Escucho la melodía que el mar me ofrece y, sin darme cuenta siquiera, me encuentro tarareando algo que jamás habían pronunciado mis labios, que mi mente ni siquiera sabía que estaba ahí, pero que me equilibra. Que me calma.

Noto que mi cuerpo se mueve lentamente de un lado al otro sin la necesidad de que yo se lo ordene. Noto un cosquilleo leve, pero intenso, desde la punta de mi aleta hasta rodear mi cuello y, entonces, vuelvo a sentir ese espasmo muscular en lo más hondo del estómago, siento que me asfixio y que no puedo abrir los ojos, aunque todos mis esfuerzos sean esos.

Noto como si algo tremendamente afilado se introdujera en mí, como si alguien me hubiera apuñalado múltiples veces a la vez y esos cuchillos ahora estuvieran hurgando en el interior de mi cabeza. El dolor es tan agónico que no puedo soportarlo.

Grito con todas mis fuerzas mientras algo tapa mis ojos. Algo que no sé qué es impide que pueda abrirlos y ver qué pasa a mi alrededor.

El mundo se desvanece cuando eso que removía dentro de mí sale sin darme tiempo a reaccionar.

Instantes después comienzo a ver imágenes a modo de flashes en el fondo de mi cabeza mientras noto una presión titánica alrededor del cuello que me asfixia sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Las imágenes no son recuerdos míos o eso creo. Son como pesadillas puestas a cámara rápida.

Borboteo de agua salada enrojecida. La sonrisa más amplia y blanca que yo haya visto jamás. Ojos castaños, primero tristes y luego rebosantes de vida. Una cola de escamas naranjas que parece haber absorbido por completo la luz solar. Calor. Uno agradable y conmovedor. El sonido de un tambor o de un corazón palpitante. Estrellas rojas, peces de colores, algas infinitas que se elevan más allá de lo que alcanza mi vista. Luego siento el frío. No el corporal, sino el de la pérdida. El de la falta. El del miedo y, sobre todo, el de la rabia.

La rabia más letal e intensa. La sed, pero no del mar. La sed de venganza. El frío glacial de algo que amabas y se te escurre de los dedos para caerse al suelo y hacerse pedazos. O de un témpano de hielo que se erige a partir del rencor más profundo y latente y que termina por rodearlo todo.

Y, de repente, el hielo se derrite y lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Absolutamente todo. La recuerdo a ella.

Recuerdo su voz, su canto, su arrullo. Recuerdo sus ojos castaños, su pelo ondeando a su alrededor y acariciándome cuando sus manos, suaves y firmes, se acercaban a mí. Recuerdo el nadar junto a ella, el reír, el jugar. Recuerdo el amor. El más puro y sincero que se pueda experimentar. El más cálido e intenso que nace desde lo más interno del alma y se expande hacia el exterior sin límites. Recuerdo su aroma a océano, a sal, a brisa. Recuerdo lo maravillada que me sentía al verla, al sentirla conmigo.

Mamá.

Recuerdo navegar con ella kilómetros y kilómetros hasta tocar tierra y ahí... ahí recuerdo lo que yo era capaz de hacer y no solo lo recuerdo. Puedo verlo.

Veó cómo levantaba enormes rocas tan solo con el pensamiento de que podía hacerlas flotar como si no pesaran más que una pluma, más que un grano de arena en el fondo del mar. La brisa me rodeaba y acariciaba cada poro de mi piel. Podía elevar olas y hacerlas inmensas, infinitas si quería y, entonces, aparecía el fuego. Puedo ver perfectamente cómo ardían las palmas de mis manos. Al principio no son más que unas llamas gemelas, pequeñas y danzarinas que se mueven con gracia y a mi antojo. Mi madre aplaude. Pero luego se vuelven llamas que podía manejar y moldear tanto como alcance mi imaginación. Toman forma de aros, de flechas, de peces, incluso de corazón a veces.

Y veo su cara. El orgullo y la lástima de saber que moriría sin verme crecer. Que, si no me sacaba del que por derecho era mi hogar, yo moriría también. Mi madre tiembla, pero no de frío, sino de miedo. De ese miedo genuino que solo siente una madre que va a perder a su hija.

Es entonces cuando noto que mi cuerpo se agita como si quisiera quitarse la ira de encima, como si pudiese sacudirse la rabia que me envenena desde el fondo de mi ser hasta desbordarme a través del alarido más profundo y gutural que ha resonado jamás desde mi garganta.

Grito con todas mis fuerzas mientras mis manos se cierran en forma de puño y las uñas se me clavan en las palmas incrustándose en mi piel y haciéndolas sangrar.

Grito mientras el corazón me golpea el pecho con tanta fuerza que casi podría atravesarlo.

Grito hasta que consigo abrir los ojos de par en par para ver que la barrera de coral que me separa del resto del océano sigue rodeándome, pero ya no está anclada a la arena. Ahora se eleva conmigo a varios metros del suelo.

Mi respiración es acelerada, mi pecho sube y baja a un ritmo incontrolable, mis dientes chirrían con tanta fuerza que siento la posibilidad de que se hagan añicos en mi boca.

Y entonces lo escucho. El sonido de unas palmadas muy por debajo de mí ahora.

Mi vista se clava en Nemsis, que aplaude mientras sonrío de manera triunfal.

—Por fin podemos empezar a jugar.

**SEGUNDA PARTE**  
**CUANDO EL ARMA SE AFILA**  
**EL MAL GERMINA**





—Az, detente —me dice Merk mientras toma posición de alga y no hace el más mínimo ruido. Yo intento averiguar qué hace antes de que se desplome sobre un conjunto de piedras lisas que hay en el fondo.

Se echa las manos a la nuca y suspira.

—¿Qué pasa?

—Esto es inútil. Llevamos una semana nadando sin descanso. Deberíamos ir directamente al Arrecife Blanco y dejarnos de merodear por los alrededores.

—Te recuerdo que fuiste tú quien dijiste que ese debería ser el último lugar donde ella podría esconderse y que, por lo tanto, tendría que ser el último lugar que inspeccionáramos. Yo propuse ir allí desde el principio, pero tú...

—No sé si voy a soportar estar en ese lugar otra vez, Az —dice sin mirarme y con la voz rota.

Nunca lo había visto así de abatido, al menos no desde aquella vez, cuando le arrebataron lo más importante para él y se convirtió en un torbellino letal de muerte y destrucción.

Me acerco y pongo mi mano en su hombro. Intento transmitirle una paz que no tengo. A mí también se me erizan las escamas tan solo con pensar en ese lugar, no sé qué le pasará al resto de mi cuerpo y mucho menos a mi mente cuando lleguemos allí.

—No debí pedirte que hicieras esto. Sé lo que sufriste y...

—No, no te haces una idea de lo que le ocurre a un sirénido cuando destrozan el vínculo. No puedes sentir una ínfima parte de la cólera que se apodera de ti cuando asesinan a tu Yua y te obligan a presenciarlo, Azariel. No te haces una maldita idea de lo que significa para mí volver ahí. Volver a donde Thaison... —se le corta la voz como si un cuchillo se hubiera hundido en su garganta.

Y tiene razón, no lo sé, no lo entiendo. No sé cómo funciona el vínculo porque hasta hace unos días el mío estaba dormido. Ni siquiera está despierto del todo aún, ni siquiera he podido reunirme con ella, pero Merk... Él sí pudo disfrutar de un tiempo con Thaison. Se amaban más que el mar a la tierra misma y tuvo que ver cómo le atravesaban el pecho sin piedad.

—Vuelve a casa —digo firmemente mientras mis dos manos se apoyan en sus hombros. — Siento haberte traído hasta aquí. Vuelve a casa.

Él se yergue mientras me empuja sin quererlo. Se frota la cara con las manos y me mira fijamente después.

—No. Soy tu segundo al mando y mi deber es protegerte y servirte. No voy a dejar que nades hasta allí solo.

—Pues si tu deber es servirme, entonces esto es una orden. Vuelve a casa. Ordena a Dyton que se reúna conmigo y ocupa tú su lugar.

—No.

—¿No? Estás desobedeciendo una orden de tu comandante ¿es eso? —me cruzo de brazos y él me desafía con la mirada.

—Sí, es justo eso lo que estoy haciendo. Te debo la vida, niñato engreído, así que me tendrás pegado a tu espalda hasta en ese maldito lugar dejado del tridente de Neptuno.

—Escucha, Merk —descruzo los brazos y lo miro abatido. —No tienes por qué hacerlo. Agradezco todo lo que has hecho por mí hasta ahora y siento no haber pensado en cuánto podía afectarte volver allí, no debí pedírtelo siquiera.

—Sé que no tienes la cabeza en su sitio. Sé que la mitad está puesta en tu padre y la otra mitad en esa sirena en la que descansa tu vínculo. Sé que ni siquiera piensas en que nadamos hacia una muerte segura. Escucha... —se echa la mano a la nuca antes de suspirar profundamente. —Deberías irte tú. Yo ya no tengo nada que perder. Tú eres el futuro rey de Atenia, ni siquiera deberías ponerte en peligro de esta forma. Iré yo ¿de acuerdo? Inspeccionaré el lugar, intentaré no ser visto si es que realmente hay alguien allí y volveré lo antes posible para reunir a la caballería si es necesario.

Veo lo abatido que está. Veo la rabia y la tristeza en esos ojos que ni siquiera miran a los míos.

—Bien, somos dos sirénidos a los que la vida no se ha cansado de querer destruir. Sin embargo, seguimos aquí. Tú y yo. Haremos esto juntos y si tenemos que morir... bueno, no veo mejor compañía posible que la que tengo delante.

Él sonríe. Recatadamente primero y ampliamente después. Lo abrazo y él me corresponde.

Sé que lo echa de menos. Thaison era un buen tío. Tan bueno que cualquiera de este maldito reino quería ponerse en la piel de Merk.

Merk y yo somos amigos desde niños, aunque no como ahora. Ahora lo siento como mi hermano. Recuerdo cómo despertó su vínculo. Fue antes de que los desterraran al Arrecife y este se encargó de separarlos para siempre.

Su sufrimiento es el mío y viceversa.

—Bueno, creo que ya lo hemos pospuesto bastante. Vayamos a ese maldito lugar de una vez —dice justo antes de palmearme la espalda y lanzarse a nadar delante de mí.



Sinceramente no me gusta esta sensación. Este ardor que siente mi pecho las veinticuatro horas del día. Es como si por dentro ardiera en llamas que no se manifiestan en el exterior, pero que se encargan de arrasar todo lo que un día estuvo en calma. Todo es caos aquí dentro ahora.

El collar de mi madre arde conmigo. El cristal está caliente siempre y eso está bien. El dolor que provoca en mi piel parece centrarme. El dolor parece ser la clave de absolutamente todo ahora.

La rabia es el detonante y el mar es el conductor perfecto. Nemsis tenía razón. Aquí abajo todo es más sencillo. Es como si estos dones nunca hubiesen estado dormidos. Como si llevara toda la vida conviviendo con ellos. Como si mi paso por la tierra hubiese sido un mal sueño del que ya he despertado, aunque la sensación de que alguien hurgaba dentro de mi cabeza sigue sin desaparecer del todo.

La sed de venganza se ha despertado también.

Su sonrisa se ensancha más cada vez. Mis dones se manifiestan con total libertad. Todos menos el fuego que parece que solo arde dentro de mis entrañas.

—Otra vez.

Estoy exhausta, pero Nemsis insiste en que debo saber hasta dónde llegan mis poderes. Cuánto puedo aguantar sin que se debiliten.

Yo me esfuerzo otra vez y otra más y las corrientes se mueven a nuestro alrededor al ritmo de mis manos.

Mi mente traslada todo el poder a ellas y puedo manejar casi cualquier cosa con un simple movimiento.

La espalda me cruje cada vez que cambio la dirección de este tornado submarino que he creado a nuestro alrededor.

Nemsis asiente. Con el paso de los días he conseguido entender que esa es su manera de enorgullecerse de lo que hemos conseguido juntos. Nada de abrazos efusivos, nada de palmaditas en la espalda. Un leve asentimiento con la cabeza le basta y a mí me sobra.

—Tienes unos ojos preciosos ¿te lo han dicho alguna vez? —sonríe a medio lado como si fuese a saltar sobre mí de un momento a otro.

Como si quisiera despedazarme con esos dientes afilados que tiene.

—Por supuesto que sí —le contesto a la vez que dejo caer los brazos y el mar, con un brusco movimiento, vuelve a su sitio original arrastrándonos hasta el fondo con él.

—En primer lugar, —dice Nemsis mientras se recompone —no te he dicho que podías parar. En segundo lugar, nadie ha podido ver cómo son realmente tus ojos, ni siquiera tú. Son todo un espectáculo, como la sirena que los porta.

—¿Intentas ligar conmigo? —me cruzo de brazos.

Él se tensa primero y luego suelta una carcajada profunda antes de nadar los metros que lo separan de mí.

—Apuesto a que eso te encantaría...

En la superficie, en la tierra, no podría haberle mirado cara a cara en este momento. Él es mucho más alto que yo y supongo que mis ojos, cuando él se hubiera acercado tanto como ahora, hubiesen quedado a la altura de su pecho.

No es el caso aquí, en el fondo del océano. Sus ojos tan transparentes que casi puedo ver lo que se pasea por su mente se clavan en los míos intensamente mientras mi sonrisa de superioridad se engrandece.

—Apuesto a que no podrías resistirte si tuvieras, no sé, ¿cincuenta años menos?

Otra risa profunda sacada del mismísimo infierno se abre paso desde su garganta hasta mis oídos.

No ha perdido el halo de oscuridad, todo lo contrario, se intensifica con cada día que pasa, pero su entrenamiento es el que va a salvarme de una muerte segura, así que no puedo permitirme el lujo de prescindir de él.

—No te hagas la lista conmigo, niña.

Se cruza de brazos y su cola de escamas verdes, como el bosque más profundo, y tan fuerte que podría romperme cada uno de los huesos del pecho si la usara en mi contra, está demasiado cerca de la mía y algo demasiado profundo en mí como para tener nombre, me grita que me aleje.

Consigo hacerlo, pero la distancia que nos separa ahora no llega a los dos palmos. Se ríe, pero yo le sonrío hasta que él se queda mudo cuando me ve levantar una mano.

—Oh, puedes seguir riéndote si te apetece. Será más divertido.

Chasqueo los dedos después de llamar a una corriente traviesa e inesperada con un movimiento de mis manos que atrapa su cola y lo eleva varios metros por encima del fondo marino mientras gira sobre sí mismo.

—¡Aura, detente!

—Pensé que te gustaba jugar.

Ahora soy yo la que me rio mientras él blasfema en nombre del mismísimo Neptuno.

—¡He dicho que pares de una maldita vez!

Chasqueo de nuevo los dedos y la corriente sigue su curso dejando a Nemsis unos diez metros por encima de mí.

Nada enfurecido, y un tanto mareado, hasta donde estoy yo de brazos cruzados.

La cara de furia tendría que hacer que yo quisiera nadar lo más lejos posible de él y refugiarme en algún lugar donde no pudiera encontrarme jamás, pero por alguna extraña razón, no siento miedo. Ni el más mínimo atisbo de terror.

Solo hay rabia dentro de mí, solo hay caos burbujeante y deseoso de expandirse arrasando todo a su paso.

—Que sea la última vez que tú y tus pequeños poderes se atreven siquiera a repetir eso si no quieres dejar de existir ¿me has entendido? —dice furioso mientras me señala con el dedo y sus dientes rechinan entre sí.

—Yo que tú apartaría ese dedo de mi cara cuanto antes, si no quieres que lo aparte yo.

Sonríe. A medio lado primero. Luego enseña completamente los dientes en una sonrisa triunfal mientras no aparta los ojos de mí y baja su mano.

—Eres igualita que tu madre.

—Espero que eso sea un cumplido —le digo a la vez que arqueo una ceja.

—Oh, sí. Por supuesto que sí —se ríe. —Era tan endemoniadamente testaruda... Meliria tenía carácter, sí señor. Era una sirena de armas tomar, como tú. La diferencia es que tú podrías acabar con el mundo tal y como lo conocemos y bueno, —se encoge de hombros, —el mundo fue quien acabó con ella. Una lástima —dice antes de hacer una mueca de tristeza forzada y alejarse nadando de mí.

—Fue Kenai.

—¿Qué has dicho? —pregunta mientras se detiene dándome aún la espalda.

—No fue el mundo el que acabó con mi madre, fue Kenai. Y va a pagar por su muerte y por cada uno de los días que he pasado fuera del que por derecho es mi hogar.

—No hay nada dulce en tus palabras, pequeña —dice mientras se da la vuelta y me mira desde la distancia.

—Oh, claro que sí. La venganza siempre es dulce.

Me dedica una leve reverencia antes de sonreírme y de entrecerrar los ojos como si se tratase del mismísimo diablo. En realidad, creo que es él quien piensa exactamente eso de mí ahora que, mientras hablaba, esa onda expansiva de furia que habita dentro de mí ha hecho que dos rocas enormes comiencen a levitar justo a nuestro lado.

—Que así sea.

Y antes de que yo pueda sonreír como si ya hubiese ganado la guerra, una voz lejana pero tan hipnótica como un péndulo balanceándose lentamente delante de mis ojos, acaricia mis oídos y toda la rabia se desvanece.

Mi concentración se esfuma y las piedras vuelven a caer sobre la arena. Mi boca se entreabre e intento agudizar al máximo mis oídos.

Nemsis se mueve deprisa y nada por encima de la barrera de coral que nos separa del resto del mar. Yo no puedo ni moverme y, si pudiera, no sabría en qué dirección hacerlo.

Algo tira de mí tan fuerte que mi cuerpo se dividiría en mil pedazos sin esfuerzo, sin dolor. Tan solo con esta sensación de paz interna que es capaz de apagar hasta las brasas que arden continuamente dentro de mi piel.

—Aura —me dice Nemsis acercándose a mí a toda velocidad. —No hagas absolutamente ningún ruido. No uses tus dones. No hagas absolutamente nada ¿me oyes?

Yo sigo mirando en todas direcciones intentando averiguar qué es esa voz y porqué me aturde.

—¿Qué es eso? —pregunto en un fino hilo de voz sin mirar en concreto a ningún lugar.

—¿El qué?

—Esa voz... —sonríó ligeramente.

Nemsis me coge por los hombros y me zarandea hasta que mi mirada no tiene más remedio que fijarse en la suya.

—Esas voces son problemas. No te muevas y se irán ¿de acuerdo?

—¿Voces? Yo solo escucho una —digo mientras el corazón se me acelera y la cara de Nemsis torna en asombro.

Ni siquiera cuando pude levantar la barrera de coral blanco se mostró tan sorprendido.

—No es posible. De todos los malditos rincones que tiene el maldito océano...

Otra vez esa voz que saca a mi espíritu del cuerpo, dejándolo inerte.

Nemsis se va en busca de algo que no tengo ni la más remota idea de qué puede ser o dónde puede estar.

—Shh... —es lo único que consigo escucharle decir al brujo que ahora se aleja de mí y se acerca todo lo posible hasta la barrera.

Yo nado también, pero justo hasta el otro extremo, a unos cuarenta metros de Nemsis.

Miro a través de los corales, pero no veo nada más que la inmensidad azul del mar.

Ni siquiera hay fauna por aquí. No hay peces, no hay algas, no hay nada más que arena, rocas y construcciones de coral. Todo de un blanco dolorosamente luminoso.

De repente escucho su voz más cerca. Es tan ronca y suave. Tan atrayente y seductora.

Agudizo ahora la vista mientras miro a través de un hueco mayor entre los corales. Mis manos se aferran sin poder evitarlo a ellos y noto cómo la piel se me desgarrar por el contacto. Ni siquiera siento el dolor. Ni siquiera me importa que ahora varias gotas de mi sangre floten a mi alrededor.

El corazón me palpita tan fuerte que creo que en algún momento va a atravesarme el pecho. La respiración se me acelera y cada una de mis escamas se erizan al igual que lo hace la piel de mis brazos.

Un escalofrío recorre mi espalda y se agarra a mi cuello, como si me hubiesen atado con una cuerda gruesa y la hubiesen tensado al máximo. Me cuesta respirar ahora.

—Merk, por aquí no hay nada ¿qué tienes tú?

—Esto está desierto.

Un suspiro sale de mis labios sin que pueda evitarlo. Es tan profundo y sincero como si hubiese visto algo maravilloso y mi cuerpo necesitase expresarlo. La diferencia es que no he visto nada aún y mi cuerpo lucha contra las palabras de Nemsis de no moverme.

Yo necesito llegar hasta esa voz.

Antes de que pueda articular palabra alguna, Nemsis agarra de repente mi brazo y me obliga a retroceder, así como también me obliga a salir de mi ensoñación.

Se pone un dedo en la boca, gesto que significa que yo debo seguir en silencio.

Los ojos se me abren de par en par al ver a un sirénido con la cola de escamas amarillas justo encima de nosotros.

Nemsis y yo lo miramos fijamente mientras él me tapa la boca con la mano y me agarra más fuertemente el brazo con la otra.

—Desierto —dice él.

Tiemblo sin poder remediarlo y Nemsis lo nota.

Mis ojos están clavados en él. En sus fuertes brazos esculpidos a martillo y cincel. En su pelo largo y rubio que flota mientras él nos observa. En la aleta transparente con brillos anaranjados que se agita suavemente y se acopla a la perfección con las corrientes.

No alcanzo a ver el color de sus ojos, pero sí su expresión. Es triste y tensa a la vez. Como si no quisiera estar en este lugar y, a la vez, afligido por no haber encontrado lo que venía buscando.

Lo curioso es que parece que él no nos ve, pero nosotros estamos completamente a la vista.

No dice nada mientras nos mira y yo, sin pensarlo, agarro el brazo de Nemsis con toda la fuerza que dispongo. El calor que irradian sus tatuajes me abrasa la piel, pero, aun así, no puedo dejar de agarrarlo.

Él no se inmuta. Sigue totalmente inmóvil mientras me sostiene para que yo no pueda salir nadando ni articular una sola palabra.

—Ha sido una pérdida de tiempo venir aquí —dice otra voz masculina.

Nemsis y yo miramos instintivamente hacia la derecha, pero nuestros ojos solo alcanzan a ver la barrera de coral.

—Sí. Una pérdida de tiempo —dice el sirénido que está unos metros encima de nosotros mientras suspira y se pasa las manos por el cabello.

Es increíblemente guapo. Tanto, que cuesta apartar la mirada de su cuerpo. De ese rostro bello y calculadamente dibujado.

Ni siquiera pensé que pudiera decir algo así de alguien que es mitad pez mitad humano, pero es tan increíblemente atrayente que no puedo parar de observarlo.

Las escamas de su cola son tan brillantes que atraen toda mi atención. Robusta y extensa, pero increíblemente bonita, como la sonrisa que ahora tiene en el rostro.

—Aquí fue donde lo vi por última vez ¿sabes? —dice a media voz.

La otra voz tarda un poco más en pronunciarse.

—Lo sé, yo estaba aquí cuando sucedió. Lo siento muchísimo Merk —Merk suspira profundamente y se restriega la cara con las manos. —Deberíamos marcharnos. Ya no hacemos nada en este lugar.

Merk asiente y mi instinto me dice que debo nadar hacia él. Mi mente sigue sin entender cómo es posible que no nos vea. Que no se haya dado cuenta de que estamos aquí, justo debajo de él. Observándole tan directamente como parecía que él nos observaba a nosotros.

Necesito llegar hasta esa voz, escucharla de cerca, entender qué significa esto que me pasa, pero Nemsis me detiene cuando me impulso hacia arriba.

Su cola de escamas tan brillantes como la piel del sol se pone en movimiento y avanza hacia donde parecía estar la otra voz.

Mi curiosidad necesita ser saciada y este tirón profundo que siente mi alma me obliga a escapar de los brazos de Nemsis y acercarme rápidamente a la barrera de coral.

Al otro lado puedo ver dos figuras. Una cola que ya conozco y otra que me resulta tremendamente aterradora e hipnótica a la vez.

Es negra. Como el cielo en una noche sin luna. Su aleta es del mismo color oscuro, brillante y majestuosa.

Alcanzo a ver cómo se estrecha su cintura en un ángulo perfecto, cómo se ensancha su espalda y lo poderosos que parecen ser sus brazos.

Observo las cintas de lo que parece ser cuero negro atravesándole la espalda y cómo dos espadas gemelas se cruzan en ella. Sus largas hojas curvadas brillan tanto que casi me ciegan y las empuñaduras doradas le sobresalen por arriba de los hombros.

Su pelo corto, negro azabache, fluye con el agua como si fuera parte de ella.

Miro atrás en busca de Nemsis para darme cuenta de que él está a mi lado observándolos también. No sé cuánto tiempo lleva aquí porque mi mente ya no lo está. Nada con ellos mientras se alejan hacia la inmensidad que hay más allá de esta cárcel en la que llevo demasiado tiempo recluida.

—¿Por qué no nos ha visto? —susurro sin apartar la mirada de ellos.

—Turmáperls. Son las caracolas negras que coloqué a nuestro alrededor cuando llegamos aquí. Si se disponen con la destreza suficiente y con las maniobras apropiadas, crean una barrera que da la sensación de...

—Invisibilidad.

—Yo no diría tanto, pero sí. Algo así.

—¿Quiénes eran ellos?

Mi mente aún da vueltas y algo dentro de mí tira para que mi cuerpo salga nadando lo más rápido posible hasta encontrarlos, aún así, no me muevo un milímetro de mi posición.

—Merklon es un soldado de la guardia real. Si han venido al Arrecife Blanco en tu busca es que ya ha sonado la alarma en todo el reino submarino de que has vuelto. Esto solo va a ir a peor, Aura. Necesito que comprendas que... ¿me estás oyendo?

Y la respuesta es no, claro.

Mi mirada está fija en otro lugar, mi corazón sigue bombeando sangre a una velocidad de vértigo y mi aleta se empeña en salir en su busca cuanto antes.

—¿Se puede saber a dónde vas? —escucho decir a Merk.

—He sentido algo, iré a...

—¡Detente! Iré yo, tú espera aquí —escucho decir a la voz de Merk.

—¿No lo sientes? Es como si el agua estuviera más caliente ahora —Nemsis y yo nos miramos. —Hay una tensión extraña aquí, Merk.

—Puedo ver cómo te bombea el corazón en el pecho ¿te ocurre algo?

—No lo sé, es algo difícil de explicar.

Se escucha un suspiro sonoro.

—Echaré otro vistazo, espérame aquí

—Yo miraré por el otro lado.

Intento verle la cara, pero están demasiado lejos.

Nemsis quita su atención de mí un instante y yo, sin poder evitarlo, sin ser consciente de ello siquiera, nado con toda la rapidez de la que dispongo hacia lo más alto de la barrera coralina. Apoyo las manos en ella y miro hacia donde Merk viene nadando tan rápido como si su vida dependiera de ello.

—Merk... —susurro y él se detiene instintivamente.

Lo miro a los ojos mientras él mira a su alrededor. No puede verme. Ni siquiera aquí arriba.

No puedo negar que Nemsis es muy bueno en su trabajo.

—¿Has oído eso? —pregunta él.

Yo sonrío antes de notar que una mano rodea el punto en el que mis escamas se convierten en una aleta casi transparente que se adorna con el brillo del arco iris y tira de mí hacia abajo con una fuerza sobrehumana.

Nemsis me tapa la boca con una mano y me agarra las dos manos con la otra. Me inmoviliza por completo y la furia me recorre justo cuando vuelvo a escucharlos hablar.

Necesito acercarme a ellos. No sé por qué, pero mi cuerpo me lo grita. Es algo mucho más fuerte que Nemsis, es algo incluso más fuerte que mis poderes.

Necesidad primaria.

Esa que nace de la ausencia de algo que ni siquiera sabías que te faltaba, pero que, cuando lo encuentras, necesitas que se adhiera a tu vida para siempre. Que se adhiera a tu piel, a tu ser.

Merk aparece otra vez nadando por encima nuestra y Nemsis y yo lo seguimos con la mirada hasta que desaparece.

—Absolutamente nada —dice Merk.

—Estoy seguro de que hay algo, pero no podemos verlo.

Nemsis se crispa entonces y yo fijo mi vista en todas direcciones intentando volver a verlos.

—Vayámonos de aquí —dice la voz de Merk.

Solo hay silencio y soledad después.

## 19



La sensación de vacío y desbordamiento que siento en el pecho aún me dura cuando ya nos alejamos varios kilómetros del Arrecife Blanco.

Quizá sea porque aún no estaba preparado para volver ahí. Aunque hayan pasado años desde la última vez que pisamos ese lugar, sigo sintiendo cómo el corazón se me desboca al ver esas malditas barreras blancas en las que tuvimos que matar para sobrevivir.

—He oído mi nombre.

Son las primeras palabras de Merk desde que salimos del Arrecife.

—¿Cómo?

—Alguien. Una voz suave ha dicho mi nombre. Sé que es una maldita locura, por Neptuno ¡allí no había nadie! Pero sé lo que me digo. He oído cómo...

—Merk... —me detengo y suspiro antes de frotarme las sienes con una mano.

—Sé lo que vas a decirme y no. No era la voz de Thaison. Era una voz de mujer, Az. Me lo ha dicho al oído. Sabía cómo me llamaba.

—Yo también me he sentido raro, pero ese maldito lugar estaba desierto. Tú lo has visto con tus propios ojos.

—Creo... creo que deberíamos volver.

—Quizá aún no estábamos preparados para volver allí otra vez, Merk. Quizá...

—Voy a volver allí contigo o sin ti —dice firmemente mientras se cruza de brazos.

Yo me echo las manos a la cara y asiento después.

Él asiente con una sonrisa triunfal y comienza a nadar de vuelta al Arrecife. Yo lo sigo muy de cerca justo antes de escuchar una voz lejana.

Me detengo en seguida y Merk hace exactamente lo mismo.

—¿Perrick?

—¡Señor! ¡Señor! —grita mientras no es más que un punto blanco en la lejanía.

—¿Qué demonios hará Perrick aquí? —le pregunto a Merk.

—Nada bueno.

Es el emisario Real o, como a mí me gusta llamarlo, el sirénido de los recados.

Mi padre lo usa para todo tipo de cosas, ya sea para llevar un mensaje urgente o para sacarle



brillo a su corona.

Perrick y su pequeña cola de escamas de un color blanco turbio es la persona más desquiciante que conozco. Su voz de pito me taladra los oídos y la manera que tiene de lamerle las escamas traseras a mi padre me da asco.

Yo me cruzo de brazos hasta que llega hasta nosotros. Merklon tampoco le tiene mucha estima así que tengo que decirle que se calme antes de que lo eche de aquí a aletadas.

—Nos está haciendo perder un tiempo precioso, Az. Que mande una postal en caballito de mar, debemos irnos.

Yo me echo a reír justo antes de que las reverencias del recadero me hagan hacer una mueca nada agradable.

—Detente de una vez. ¿Qué pasa?

Respira entrecortadamente, supongo que no ha nadado a más de dos kilómetros hora, pero eso ya es un grandísimo esfuerzo para él y su paso de cangrejo ciego.

—Disculpe, señor, majestad... —pongo los ojos en blanco. —Me envía el rey Kenai. Desea que se reúna con él a toda prisa. Es urgente que regrese a Atlenia en este mismo momento.

Su pecho se mueve arriba y abajo tan rápido que casi consigue marearme.

—¿A qué es debido esa petición?

—Oh, lo siento, señor, pero no dispongo de esa información.

—Por supuesto... Vuelve a la ciudad, Perrick. Yo iré en cuanto pueda.

—Señor, debo insistir. El rey fue muy claro en su petición, debe volver conmigo a Atlenia y no voy a irme sin usted.

Yo le dedico una sonrisa aterradora mientras me yergo y él se empequeñece por momentos.

—¿Disculpa? He creído, por un mísero segundo, que pretendes darle órdenes al comandante de la guardia ¿es así, Perrick? —escupo mientras me acerco a él con aire amenazador.

—¡Por Neptuno, no! Siento, siento muchísimo esta confusión, señor, pero el rey...

—Vuelve a la ciudad, Perrick —repito sin dejar que termine.

Él asiente, se da la vuelta y mientras se va Merklon se echa a reír lo más fuerte que puede.

—¿Le has visto la cara? ¡Creo que se ha meado encima, Az !

—Sí, tú riéte, pero creo que vamos a tener que posponer nuestra segunda visita al Arrecife de los horros.

—Vuelve a la ciudad, averigua qué demonios quiere tu padre. Yo iré hasta el Arrecife.

—No voy a permitir que vayas allí solo ¿qué pasa si realmente hay algo? ¿Qué pasa si ella está allí?

Merk me pone una mano en el hombro y me sonrío tristemente antes de pronunciarse.

—Vuelve a la ciudad, príncipe. Deja que los soldados hagamos el trabajo sucio.

—Yo también soy soldado ¿recuerdas eso? Mejor que tú, ya que tocamos el tema.

Se ríe antes de poner su otra mano en mi otro hombro.

—Atlenia necesita un rey mejor, Azariel. Tú podrías ser ese rey algún día. No voy a permitir que arriesgues tu vida y, por consiguiente, el futuro del reino solo porque tengas el estúpido pensamiento de que no puedo defenderme solo.

—Tú dijiste, y cito textualmente, que al ir allí nadábamos hacia una muerte segura.

—Y también dije que yo no tenía nada que perder ¿has olvidado esa parte? —suspira sonoramente. —Escucha, iré allí, haré una ronda de reconocimiento y volveré meneando la aleta antes de que te des cuenta. Sabes de sobra que no podemos perder más tiempo con este asunto. Debemos encontrarla cueste lo que cueste.

—¿Aunque lo que cueste sea tu vida? No voy a permitir...

—Pues condéname por desobediencia a la corona, pero no vas a conseguir arrastrarme hasta Atlenia antes de que regrese al Arrecife.

—Entonces iré contigo y luego nadaremos a Atlenia.

—Por Neptuno... Azariel vuelve a casa, no me hagas usar mis armas contra ti. Otra vez.

Merklon se cruza de brazos y frunce el ceño mientras me clava su mirada más feroz. Sé que no va a quitarse esa maldita idea suicida de la cabeza, así que desisto.

—Está bien. Nadaré de vuelta y enviaré a alguien a por ti si lo que sea que quiera mi padre no puedo solucionarlo en media hora ¿de acuerdo?

Él asiente y, sin más, se da la vuelta y se aleja nadando tan rápido como si alguien estuviera persiguiéndolo.

Yo fijo mi vista en él hasta que ya no consigo verlo. Después me doy la vuelta y me encamino de regreso a casa.

No pienso en otra cosa que no sea en esa sensación extraña que sentí mientras estábamos allí. Esa sensación de algo que tiraba de mí hacia el fondo, algo oscuro, aterrador y maravilloso a la vez.



Nemsis no ha dejado de nadar de un lado al otro del interior de la barrera desde que esos dos sirénidos se han ido.

No ha parado de decir barbaridades nombrando a dioses que no conozco, de llevarse las manos a la cabeza, ni de mirarme como si yo fuera lo peor que le ha pasado en siglos al mar y a su espectacular y maravillosa existencia.

Yo he apoyado la espalda en una roca y he esperado pacientemente hasta que se decidiera a decirme algo, pero eso no pasa aún. Así que me levanto y me cruzo de brazos. Él ni siquiera me presta atención.

—¿Se puede saber a qué viene tanto nerviosismo? No nos han visto. No ha pasado nada. Todo está bien ¿quieres hacer el favor de tranquilizarte?

Todo está bien en el mundo que nos rodea, o al menos todo lo bien que puede estarlo. Lo que no está bien es mi interior.

Ya me había acostumbrado al ardor de la furia latente y primitiva en mis entrañas. Ahora solo siento vacío. Uno que ni siquiera sabía que estaba ahí. Uno que duele tanto que me asfixia.

No sé qué es. No sé por qué tengo la sensación de que me han arrancado sin anestesia una parte de mi alma y la han lanzado tan lejos que no voy a poder encontrarla. No sé por qué siento dos latidos donde solo debería estar mi corazón.

Nemsis se gira con la cara desencajada y me saca de mis pensamientos al instante.

Nada hacia mí despacio. Tanto que me da tiempo a mirar a nuestro alrededor antes de que llegue hasta donde estoy yo.

—No tienes la más mínima idea de cómo funciona el mar ni los que habitamos aquí. No tienes ni un atisbo de la información necesaria que deberías tener para temer la visita de esos dos sirénidos en particular y, por supuesto, no te haces una maldita idea de lo que significa lo que sientes aquí dentro ahora, —da un golpe seco en mi corazón con su dedo índice —niña estúpida. De todas las malditas catástrofes, de todas las cosas que podrían haber salido mal y, créeme, eran

muchas, ha tenido que pasar esto. Debe haberme mirado un calamar tuerto.

—No, no tengo idea de la mayor parte de las cosas que pasan a mi alrededor y te agradecería que tuvieras un minuto en tu magnífica existencia para explicarme, por ejemplo, ¿qué demonios pasa ahora mismo?!

—Volverá. Él volverá a buscarte. No te ha visto, pero sabe que estás aquí. Sabe que estás cerca. Puede sentirte.

—¿Quién me siente? ¿Cómo es posible eso?

—Lo que es más extraño aún es que tú estés aquí tan... compuesta. Tan impasible.

Lo que él no sabe es que mi interior explota sin remedio y sin una razón aparente, pero que mi exterior se esfuerza todo lo que puede por no sucumbir a todo lo que siente mi pecho.

—Tengo un autocontrol fuera de lo común, ya deberías saberlo.

Arquea una ceja durante unos segundos, luego agita la cabeza de un lado al otro y vuelve a mirarme.

—A ver, centrémonos —dice antes de echarse las manos a la cabeza, cerrar los ojos y respirar profundamente. —Lo primero será ocultar lo evidente.

—¿Es necesario que hables todo el maldito tiempo en clave?

—Tus escamas, pequeña ignorante. Si alguien te ve a ti y a ese conjunto de escamas que ocupan más historias en el mundo submarino que el mismísimo Neptuno, te entregarán al rey viva o muerta. Debemos ocultarlas.

—¡Estupendo! ¿Tienes otro par de escamas de mi talla por ahí? ¿Una manta tal vez? ¡No! ¡Mejor aún! Un calcetín gigante.

—Eres exasperante.

—Oh, gracias. Tú eres la mar de agradable —ironizo.

Me dedica un gesto indecoroso antes de nadar por encima de la barra coralina y dejarme aquí sola.

No me da ninguna explicación cuando vuelve con una caracola verde llena de barro del mismo color.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso? —pregunto mientras nado alejándome de él y de ese mejunje.

—Es *traksas*, un tipo de alga verde.

—No has contestado a mi pregunta.

—El otro día fui a buscar algunas cosas que pudieran hacernos falta. Traje varios utensilios, entre ellos esto. Es un alga que tiene propiedades colorantes. En el lugar de donde tu vienes se llama tinte. Lo usaremos para camuflar tus escamas, así no serás visible en kilómetros a la redonda y no cundirá el pánico si alguien te ve.

—Es una buena idea —digo acercándome a él.

—Qué poca confianza tienes en mí, pequeña destructora —sonríe mientras me cede la caracola para que yo misma me aplique el unguento.

—La suficiente como para aceptar ponerme esta masa verdosa encima y no tanta como para confiarte mi vida. No te ofendas, pero, tal y como están las cosas, mi vida solo me la confío a mí misma.

—Oh, querida. Es el nivel perfecto de confianza que has de tenerme. No sería muy locuaz por tu parte confiar ni una mínima parte más en mí. Al fin y al cabo, mi cometido es entrenarte. Afilar el arma que ya eres. No necesitas mi protección. Tú eres muy capaz de salvarte las escamas sola y así ha de ser.

Me quedo mirándolo unos segundos más de la cuenta mientras él me sonríe de la manera más

tétrica hasta la fecha.

—O sea que me echarías a los tiburones sin pensarlo demasiado ¿no es así?

Una carcajada áspera sale de lo más profundo de su garganta.

—No sería muy ingenioso por mi parte desperdiciar algo tan valioso como tú en esos animales salvajes. Mucho menos cuando sé que podrías con ellos y luego vendrías a matarme a mí sin piedad.

Metó la mano en la caracola y siento lo frío que está el mejunje de *traksas*. Comienzo a untarlo en mis escamas mientras siento un escalofrío demasiado intenso como para ocultarlo. Nemsis sonrío mientras yo pienso en cada una de sus frases. Las divido en palabras mientras él habla y sopeso el abanico de significados que puedan tener. Las desmonto una y otra vez y creo frases nuevas en el interior de mi cabeza. No sé si tiene un plan. No sé si debería confiar en él. No sé si no debería hacerlo.

Supongo que lo que realmente importa es que gracias a él puedo controlar, aunque solo sea una ínfima parte, mis dones. Gracias a él sigo viva. Gracias a él voy a poder ocultarme. Si me quisiera muerta ya lo estaría. Me habría entregado al rey para que me matase o lo habría hecho él mismo con alguno de sus mejunjes, pero sigo aquí, bajo su protección. Aunque él lo niegue, me ha cuidado desde que puse mi aleta en la inmensidad de este océano.

—No te mataría sin piedad, Nemsis.

—Oh, claro que sí, pequeña. Sientes la rabia ahora ¿verdad? La genuina, la primaria. La más salvaje que has experimentado nunca. La sientes en los huesos, en las venas. Fluye por tu interior como si fuera veneno. Uno oscuro y peligroso que se expande por todo tu interior masacrando todo atisbo de paz que encuentra a su paso. Sientes la furia y la necesidad de desatlarla. Sientes la sed ¿no es así? Insaciable. Como si toda el agua de este mar no fuera suficiente para satisfacerte.

—Sí... —digo mirándolo a los ojos directamente.

Algo parece arder en ellos también o quizá es el reflejo dorado de los míos.

—Es la sed de venganza lo que te corroe y no parará hasta que bebas de ella.

«Matar al rey».

—¿Se irá el dolor después? —pregunto con el ceño fruncido.

—El dolor será tu alimento. Tu motor. No necesitas que se vaya. Necesitas dominarlo. Necesitas aprender a convivir con él y usarlo en tu beneficio. El dolor bien administrado es poder.

—Es lo más sensato que te he escuchado decir desde que te conozco.

—Perdona, bonita, pero este pozo de sabiduría que tienes delante no hace más que decir verdades como puños. Puedes desoír mis consejos si quieres, pero créeme cuando te digo que soy la mejor opción que tienes para lograr tus objetivos.

—Tienes razón. Siento ser tan borde, pero es que...

—Eh, eh, eh —me hace una seña con su dedo índice para que me calle. —Si no fueras así me decepcionarías, muchacha. Tienes espíritu guerrero, un alma furiosa y llameante y un corazón tan dorado como tus ojos. Meliria... —traga saliva y una sensación que no soy capaz de adivinar —estaría orgullosa.

Le sonrío abierta y sinceramente por primera vez desde que nos conocemos. Él me imita y luego me hace una seña para que me dé prisa y termine de teñirme las escamas.

Yo me apuro todo lo posible y, cuando me doy cuenta, Nemsis se va alejando de mí poco a poco.

—¿A dónde vas? —pregunto dejando la concha vacía a un lado.

—Tengo que asegurarme de un par de cosas, espera aquí. Ni se te ocurra pasearte por ahí sola ¿entendido?

—¿Puedo ir contigo? Esto de seguir aquí día tras día... es como una cárcel.

—Pues la cárcel es lo que te mantiene viva ahora mismo, así que obedece. Regresaré enseguida.

—¿Sabes? Parecemos parientes —digo meneando mi aleta y riéndome.

Mis escamas son exactamente como las tuyas ahora.

Él me mira y pone una mueca de asco antes de girarse y nadar hacia lo alto de la barrera.

—¿Que Neptuno me libre de tener que aguantarte el resto de mi maravillosa existencia!

Yo me echo a reír mientras él desaparece.

—Tranquilo, —susurro —que Neptuno me libre a mí de llevar estas escamas verdes tan espantosamente ordinarias teniendo unas increíblemente preciosas debajo.

—¿Te he oído! —grita desde el otro lado.

Me echo a reír hasta que me doy cuenta de que ha desaparecido sin más.

Nado hasta la parte superior de la barrera y miro a mi alrededor.

No se ha alejado, no se ha ido nadando. Ha desaparecido.

«Magnetirismo».

Me encantaría saber en cuántas partes de este océano y de la tierra tiene colocadas conchas con esa sustancia que le permite, gracias a sus tatuajes hechos con la pulpa de esa alga, transportarse sin esfuerzo.

Yo me pongo boca arriba, con los ojos intentando ver la superficie, y nado de un lado al otro.

No sé cuánto tiempo estará fuera, lo que sí sé es que voy a aburrirme muchísimo. No me permite usar mis dones si él está ausente.

Sería peligroso, dice. No creo que sea consciente aún de que el único peligro real soy yo.

—Thaison, si tu espíritu sigue vagando por aquí, necesito decirte que no ha pasado un día desde que te hicieron marchar en el que no te haya echado de menos —dice una voz lejana y triste.

Yo me giro y veo que alguien nada en mi dirección.

Automáticamente bajo hasta el fondo del mar, me adhiero a la arena como si fuera yo una concha marina y miro disimuladamente hacia arriba.

Merklon no tarda en nadar por encima de la barrera y luego introducirse en ella.

Nada casi rozando el borde con la mano, recorriendo en círculos cada rincón de la que ha sido mi cárcel y mi refugio la última semana y media.

—¿Dónde estás?

—Aquí —respondo y él se detiene automáticamente.

Mira en todas direcciones sin poder verme y yo me adhiero aún más a la arena. Ni siquiera sé por qué he hablado. No debería haberlo hecho, esto solo me traerá problemas y ¡por Neptuno, si Nemsis se entera me matará! O lo intentará al menos y no será agradable.

—Vamos, sal. No voy a hacerte daño. Solo quiero verte.

—No me fío de ti —le contesto.

Él se sobresalta y pestañea muy rápido mientras sigue mirando en todas las direcciones posibles.

—Oh, joder. Dime que no me estoy volviendo loco. Estoy hablando con un espíritu o qué sé yo, esto es acojonante. Me llamo Merk, por cierto. Merklon. ¿Tú tienes nombre?

Se ríe nervioso mientras no se detiene ni un segundo. Sus ojos y sus manos me buscan, pero sé que no puede encontrarme a menos que yo quiera que lo haga.

—Jade —digo sin pensar.

Me echo la mano a la cara un instante después.

—Está bien, está bien. Jade es un nombre muy bonito.

—¿Gracias?

Mis manos están posadas en la arena. Él comienza a avanzar y yo retrocedo a la vez.

—Esto es totalmente surrealista ¿sabes? No es la primera vez que hablo solo, pero sí es la primera vez que la soledad me contesta.

Me rio sin poder evitarlo y él lo hace después.

Me llevo la mano a la boca y discuto conmigo misma por haber interactuado con él cuando debería haber pasado totalmente desapercibida.

—Tienes una risa preciosa ¿tu rostro es igual de bonito? ¿Podría verte?

—No sería adecuado que eso pasara.

—Entiendo, entiendo —se da un leve golpe en la frente con la palma de la mano. —Voy un poco deprisa, lo siento. Supongo que has de tener un motivo para esconderte tan bien que ni siquiera yo logro saber dónde estás.

—Lo tengo.

De repente se da un sonoro, y supongo doloroso, golpe contra una de las rocas enormes que hay a unos pocos metros de mí. Él no puede verla, claro, pero sentir el dolor de su cara chocando con la roca sí.

—¿Pero qué demonios...?!

Yo me rio y me tapo la boca al instante mientras él se frota la cara.

Su rostro es joven, su sonrisa es delicada, tierna y blanca como el coral que nos rodea. Su nariz es respingona y la curva de su mandíbula es prominente. Sus pómulos son angulosos, pero es en sus ojos donde reside su verdadera naturaleza. Son del color de la miel o del color del brillo de sus escamas cuando se mueve. Tremendamente tristes, tremendamente afligidos y cansados. Demasiado para la edad que supongo puede tener.

Su cuerpo es tan torneado como ya había visto, pero ahora está más tenso. En guardia. Como el soldado que es.

A la cadera lleva una cinta del mismo color amarillento de su cola en la que ni siquiera había reparado antes porque se camufla perfectamente con sus escamas. A cada lado del cinturón caen unas dagas largas con la empuñadura tan plateada como sus hojas.

No pensé que diría esto jamás, pero le dan un aire más sensual y atrevido.

—Oye, siento inmiscuirme en tus asuntos, pero ¿qué haces aquí tan sola? Este no es un buen lugar para estarlo.

—Yo no he dicho que esté sola. Tú, sin embargo...

Una expresión fugaz de duda cruza su cara para luego tornarse en una sonrisa estudiada.

—Ando buscando a alguien. Una sirena.

—Yo soy una sirena.

—Y eso es tremendamente tranquilizador, créeme —se ríe y se pasa las manos por el pelo en señal de nerviosismo. —Ella es una sirena un tanto... especial ¿entiendes?

—Bueno, depende de lo que quieras decir con eso de ser especial.

—Tiene las escamas iridiscentes. Necesito encontrarla lo antes posible. Tengo que hablar con ella.

Mis escamas, ahora tintadas de verde, se erizan y todo el resto de mi cuerpo se contrae por una oleada de pánico que me deja totalmente inmóvil.

«Me busca a mí».

—¿Sigues ahí?

—Mis escamas son verdes —es lo único que acierto a decir antes de que él se acerque más hasta donde yo estoy.

Sin planearlo siquiera nado lo más aprisa que puedo para alejarme de él hacia el otro lado de la barrera.

Él siente el movimiento del mar que acompaña mi huida.

—Espera ¡no te vayas!

Lo que él no sabe es que no puedo irme a ningún otro lugar sin ser vista.

Aunque pensándolo bien, mis escamas no son como las que él busca. Ya no. No corro ningún peligro. Al menos de momento.

—Eres tú el que debes irte, yo vivo aquí.

—¿Vives en el Arrecife Blanco?

No debí decir eso.

—Estoy de paso, en realidad. No me quedará mucho tiempo.

—¿Eres de algún lugar en concreto o vagas por el océano sola y transparente?

—Soy de un lugar húmedo y lejano y no soy transparente. Soy tan visible como tú.

Él se echa a reír.

—Todos somos de un lugar húmedo y lejano, pero yo sigo sin poder verte.

—Permíteme que desconfíe de alguien que se presenta en mi residencia actual y pasajera con una daga a cada lado de la cadera.

Él se las señala y luego mira al lugar donde cree que estoy yo.

—¿Estas? Son solo por protección. No voy a usarlas en algo que no va a atacarme.

—Tampoco he dicho que no vaya a atacarte. Estás en mi casa ahora, yo que tú me iría tan deprisa como pudiera nadar mi aleta, si no quieres perderla.

—Oh, vaya. Así que amenazas ¿eh? Creo haber sido simpático contigo pese a que no puedo ver siquiera dónde estás ahora.

Yo, que he nadado despacio para que el agua fluyera conmigo sin ninguna alteración más que la corriente que nos rodea, me pongo a su espalda con cuidado de no rozarlo y me acerco a su oído.

—Justo aquí.

Él da un sonoro grito y nada unos metros lejos de mí con la suerte de no chocarse con ninguna otra roca. Yo me echo a reír todo lo alto que puedo mientras él recobra la compostura.

—Así que esas tenemos.

—Lo siento, pero es que era una oportunidad que no podía dejar pasar. No recibo muchas visitas ¿sabes? Solo quería... jugar un poco.

Pone los brazos en jarras y mira directamente hacia donde estoy yo. Como si, de repente, pudiese verme.

—Jade, preciosa y juguetona, Jade. Mi corazón está mayor para recibir estos sustos. No quiero infartarme en donde Neptuno perdió el tridente y que nadie me haga un bonito funeral. Evitemos eso de los sustos ¿de acuerdo?

Yo me echo a reír y él me sigue poco después.

—Me caes bien. Creo.

—Pues entonces muéstrate. Prometo no desenvainar mis dagas contra ti en ningún momento.

—¿Eso es una promesa real?

—Juro por el poder de Neptuno que jamás te atacaré, —dice con una voz firme para luego susurrar —siempre y cuando no me ataques tú antes.

Yo, sin pensarlo un segundo más y desoyendo cualquier consejo que Nemsis me haya dado, nado hacia lo más alto de la barrera y unos metros más allá hasta que dejo atrás las conchas negras que rodean ahora a Merk.

Por muy peligroso que pueda llegar a ser, necesito interactuar con alguien más que ese viejo gruñón. Necesito hablar con otras personas. Necesito no sentirme tan sola.

—¡Estoy aquí fuera!

Merk no tarda en nadar hacia arriba y observar en todas las direcciones posibles antes de mirar hacia donde estoy yo.

Cuando lo hace su cara de asombro es tan evidente que me hace sonrojar.

Tengo las manos a la espalda y aprieto tan fuerte los dedos unos con otros que me hago daño.

Los nervios me inundan el estómago.

—Vaya... —consigue decir a la vez que sonrío inesperadamente.

—Encantada de conocerte.

—¡I...i...igualmente! Perdona, parezco idiota —se echa la mano a la cara y luego nada hacia mí —No pensé encontrarme a una sirena tan bonita en este lugar.

—Ni yo a un soldado solitario que habla con espíritus.

Cuando su sonrisa hace juego con la mía y nuestros ojos se devoran mutuamente, se expande una voz por todo el océano.

—Esto es algo del todo inesperado.

Merk y yo nos giramos para ver a Nemsis de brazos cruzados debatiéndose entre explotar de rabia contra mí o disimular en presencia del sirénido que ahora me acompaña.





Tardo menos de lo que esperaba en regresar a Atlenia. Saludo a Terrance en el arco central y sigo mi camino lo más rápido que puedo. No quiero dejar a Merk demasiado tiempo solo en aquel lugar. Si la sirena lo encuentra y usa sus supuestos dones contra él no me lo perdonaré en la vida, así como tampoco podría perdonarme que su cordura se viera afectada por volver a estar en el lugar que le arrebató lo más importante de su existencia.

Aún pienso en Thaison a veces, aún recuerdo la cara de asombro, pánico y rabia que puso cuando le atravesaron el pecho. Aún recuerdo aquellas palabras de amor susurrado que le lanzó a Merk mientras se derrumbaba. Jamás podré olvidar el grito gutural que salió del alma de mi amigo. Jamás podré perdonarle a mi padre consentir que tal atrocidad ocurriera.

Las calles de Atlenia están más desiertas que de costumbre. No se ve a nadie más que a los soldados ahora.

Todos se inclinan a mi paso, todos firmes, con lanzas en las manos y con una banda azul con el borde dorado atravesando su pecho con el símbolo de mi familia a la cabeza y, justo debajo, el símbolo de la ciudad de la que provienen.

No conozco a ninguno. Todos son jóvenes, más que yo incluso, o demasiado mayores.

Cuando llego al castillo siento el mismo escalofrío incómodo de siempre. La construcción cada vez me parece más espantosa y brillante. Más amenazadora y artificial.

Los cuatro guardias que flanquean la puerta se echan a un lado para que yo pueda pasar sin aminorar la marcha.

Tienen la banda de Atlenia, con la insignia reluciendo en el pecho, cosa que solo ha ocurrido en momentos de celebración o en señal de que se aproxima una guerra.

La cuestión es que no creo que haya nada que celebrar.

—Comandante de la guardia, se le ha hecho llamar para encabezar la búsqueda y posterior destrucción de la principal enemiga de la corona y, por consiguiente, de todo el reino submarino. Su misión será llevar a tantos hombres como sea preciso y no volver hasta que ya no exista peligro alguno.

Supongo que lo más lógico hubiese sido que esta parrafada la hubiese dicho el emisario real. Por ejemplo, leyendo un decreto que haya firmado antes mi padre, quizá, pero no.

El que habla es el mismísimo rey de Atlenia. Es mi padre quien se refiere a mí como su comandante y nada más. No príncipe, ni siquiera hijo. Solamente comandante de la guardia.

Algún día deberé aceptar que eso es lo único que soy para él. Que eso fue para lo que me crio.

—¿Se me permite contestar a tal petición?

—Disculpa si he dado a entender que esto era una petición. Es una orden y tú debes acatarla o sufrir las consecuencias —dice con una voz fría, fuerte, firme y tremendamente calculada.

Noto las miradas sorprendidas de todos los presentes clavándose en mi cuerpo. Noto la frialdad de la persona que tengo delante. Noto el peso de la corona de caracolas blancas y perlas que se acomoda encima de su ya canoso cabello. Noto la rabia. Pero lo que más detecto es el

miedo.

Está aterrado. Tanto que ha hecho llamar incluso a más hombres de los que yo había solicitado a las otras ciudades. Ha aumentado las guardias, ha separado a familias enteras solo para protegerse del arma que él mismo cargó.

Porque, al fin y al cabo, ¿qué podía hacer una ballesta sin flechas o una pistola sin balas? Él había sido el culpable de todo esto y merecía pagar por sus pecados.

—Solicito saber cuáles son esas consecuencias.

Una inhalación de asombro hace un eco sonoro en toda la sala. Hay emisarios de otras ciudades, consejeros reales, familias de Atenia incluso y soldados, demasiados soldados.

Yo no aparto la vista de mi padre ni un segundo. Él, en cambio, sí que observa a todos los aquí presentes mientras intenta silenciarlos con su mirada.

Después su vista se posa en mí. Iracunda y amenazante.

—La condena por desacato al rey es la muerte.

Ni siquiera titubea.

Eleva aún más el mentón mientras el susurro de todos los sirénidos se vuelven conversaciones a tono normal. Enseguida llegan los gritos hacia mi padre.

Yo sigo atravesándolo con la misma mirada calculada y rabiosa con la que él me mira a mí.

Sus ojos, tan grises y turbios como un mar embravecido. Los míos, tan negros como un cielo sin luna ni estrellas.

—¡Silencio! —grita de repente sin apartar la vista de mí.

Los gritos de los presentes se esfuman por completo.

No vuelven a sonar frases del tipo “eso es una barbarie”, “debe haber otra forma”, “debemos matarla antes de que nos mate a nosotros”.

La muchedumbre enfurecida pasa a ser un remanso de caballitos de mar que inclinan sus cabezas por pánico o respeto al tiburón azul que ahora se sienta en el trono de coral.

—Y bien, comandante, —dice saboreando bien cada letra de mi título —¿será reverencia o rebeldía?

Por primera vez miro a mi alrededor desde que entré en la sala del trono y lo que veo no me tranquiliza en absoluto.

Rostros de gente a la que conozco o creía conocer, esos tan humildes, pacíficos y amables sirénidos, llevan ahora tatuados con tinta invisible en la frente la palabra matanza. La quieren muerta y yo moriré si no la mato. El agitar de escamas de todos los colores que hay a mi alrededor casi llega a marearme. Rojas, azules, verdes, violetas, rosas, naranjas...

Escucho el rechinar de los dientes de todos. Nerviosismo, angustia, rabia, ira, miedo. Toda esta vorágine de caos dejaría de existir si ella lo hacía también.

Era la paz de todo aquello que componía el reino submarino lo que estaba en juego. No era solo la vida de mi padre. No era solo Atenia la que estaba en peligro. Todos los que me observan ahora ansiosos de conocer mi respuesta, también podrían morir. Quizá ella no lo querría, quién sabe, pero podrían ser daños colaterales. Podrían morir cientos de ellos. Cientos de nosotros.

¿Qué era la vida de una sirena si se comparaba con la paz de todo un reino, con la vida de miles de sirénidos?

Si lo que se cuenta de ella es cierto, si realmente es la leyenda que tanto terror ha infundado bajo el mar, ¿de verdad se limitaría a culpar a mi padre por lo sucedido y hacerlo el blanco de su venganza? Todos estamos en peligro si ella sigue ahí fuera.

Vuelvo a fijar la vista en el rey del mar. Me fijo en cómo se agarra a los brazos del trono. Veo lo blancos que están sus nudillos por la fuerza que emplea. La ansiedad en sus ojos. Veo el

nerviosismo por primera vez desde que entré hoy en esta sala.

Su aleta, tan azul como lo son las escamas que pueblan su cola, ya no se agita plácidamente. Está tenso y furioso.

Yo vuelvo a mirar a la sala y todos parecen ser un calco viviente de las expresiones de mi padre.

Todos esperan a que yo me pronuncie y pienso si de verdad alguien saldría en mi defensa si decidiera decir que no seré yo quien asuma el mando de un batallón de soldados que buscan a una sirena inocente en la inmensidad del océano.

Una imagen se me clava en la mente de repente y la piel de mis brazos se me eriza. Las corrientes se mueven con fuerza ahí. Todo es caos, destrucción, muerte y ella... ella es un arma letal que arrasa sin piedad todo lo que conocemos.

Inclino mi cabeza ligeramente en forma de asentimiento y mi padre sonrío sin esconderse. Se eleva del trono y nada hacia mí mientras todos los demás aplauden y vitorean. Yo siento que un tornado acuático va a tragarme y a escupirme en algún lugar oscuro y tenebroso.

La palma de mi padre en uno de mis hombros me saca de mi ensoñación. Su largo cabello blanco fluye alrededor de su cabeza y la corona brilla tanto que me duele mirarla.

—Una cosa más, hijo. —Sus palabras son tan firmes y tan calculadamente duras que hace que todos mis sentidos se pongan alerta. —Ha de morir por el acero de tus espadas, no por ninguna otra. Tú has de ser quien ejecute a la sirena iridiscente.



—Y dínos, Myrtel, ¿cómo, con lo inmenso que es el océano, has decidido pasear tus escamas por este oscuro lugar? —le pregunta Nemsis cruzado aún de brazos.

—Merklon. Me llamo Merklon.

—Lo que sea ¿qué demonios haces aquí? —dice con un tono de voz siniestro.

Merk se endereza, su cola se tensa. Su aleta, que antes se balanceaba ágil y suavemente con la corriente del mar para mantener su cuerpo en el mismo lugar, ahora lo hace de una manera rígida y mecánica.

—Patrullo. Soy un soldado de la guardia real y me han encomendado...

—Ya, ya, ya. —Nemsis agita su mano en gesto condescendiente y me mira directamente a mí ahora. —Y tú, señorita, creí haberte dicho que no debías hablar con extraños.

—¿De qué se conocen ustedes dos?

—Es mi... —miro a los alrededores, como si eso fuera a darme una respuesta, —¿mi tío!

—¿Tu tío? —preguntan Nemsis y Merk al mismo tiempo.

Luego se quedan mirando el uno al otro y, al cabo de unos segundos, sus ojos se concentran solamente en mí.

—Sí ¿por qué no? Quiero decir... no es mi tío de sangre, pero, pero... —ni siquiera se me ocurre una mentira plausible para contar.

Mi mente no está trabajando rápido como me había dicho Nemsis que debía hacer si me metía en problemas. «Siempre rápida, nunca dudes. No pienses, actúa».

Un sonoro suspiro de exasperación nos hace a Merk y a mí mirar hacia Nemsis. Éste se echa una mano a la cara y se frota las sienes despacio.

—La madre de Au...

—¡Jade! —Merk se sobresalta con mi grito y me mira desconcertado.

—¡Au! cómo me duele la aleta... —disimula Nemsis y yo me tapo la cara con una mano. —  
¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! La madre de Jade murió cuando era pequeña y yo, alma caritativa donde  
las haya, me he hecho cargo de ella desde entonces. Me llama tío desde que era una sirenita.  
Bueno, basta de explicaciones ¿tienes una orden real para interrogarnos o registrar formalmente  
este lugar, Meryl?

—He dicho que me llamo Merk —dice este con el ceño fruncido y mirándonos a ambos.

Desconfía.

No veo cómo podría no hacerlo si todo lo que hemos dicho desde que Nemsis llegó ha estado  
iluminado con un neón de “te estamos mintiendo descaradamente” y lo hemos subrayado con tinta  
fluorescente.

—¡Lo que sea! Meryl te quedaría bien ¿has pensado en prescindir de ese nombre tan mecánico  
que tienes y probar con Meryl?

Nemsis se acerca a Merk todo lo posible, tanto, que juraría que sus frentes podrían chocarse si  
la distancia entre ellos se acorta un milímetro más.

Merklon comienza a toser de repente y Nemsis se aleja de él con una mueca de asco en el  
rostro.

—No traigo una orden formal, pero si no les molesta... —dice mirándome a mí.

—Nos molesta —sentencia Nemsis.

—Eres un maldito cascarrabias —susurro.

—¿Perdona?

—Oh, ¿eso me costará otro par de azotes, tío? —digo cruzándome de brazos.

—¿Le pega? —pregunta Merk escandalizado.

—¡Por supuesto que no! Pero no te haces una idea de las cosas oscuras y tremendamente  
dolorosas que se me pasan ahora mismo por la mente —contesta Nemsis entrecerrando los ojos y  
mirándome de forma aterradora.

Claro que en vez de asustarme comienzo a reírme. No sé si es porque Merk anda más perdido  
que un pulpo en un garaje o porque, de tanto nerviosismo, me ha salido la risa floja.

—¿Te hace gracia? —me pregunta Merk.

—Lo siento, lo siento. Solo bromeábamos. Llevamos una eternidad estando solos y no estamos  
acostumbrados a recibir visitas. Disculpa el comportamiento de mi tío, Merk. Es una persona la  
mar de amable ¿verdad? —digo insistiendo en esta última palabra.

Nemsis aprieta los dientes hasta tal punto que creo que va a rompérselos y a lanzármelos uno a  
uno con la intención de apuñalarme con ellos.

Merk, sin embargo, relaja su expresión y vuelve a mirarme con esos ojos color miel, tan  
dulces y tristes a la vez.

—¿Te gustaría nadar un poco por ahí? Tengo que volver al reino, pero antes me gustaría...

—¡Claro que...!

—No. Definitivamente no. Puedes aletear todo lo que quieras, pero no voy a dejar que te  
vayas con Myrsella a nadar por ahí.

Merk gruñe sin intentar disimularlo y yo frunzo el ceño.

Sé que debo obedecer a Nemsis. Es la única garantía que tengo ahora mismo de poder usar  
mis dones al cien por cien. Es el único salvavidas que poseo y lo más sensato sería acatar sus  
normas, por muchas ganas que tenga de seguir charlando o nadar por ahí con Merklon.

—Está bien.

—Vaya, pensé que sería más difícil convencerte. Estaba pensando en dónde había guardado la cuerda para atarte la aleta al primer coral que encuentre.

Noto que a Merk lo invade un escalofrío, pero se recompone tan rápido que no sé si lo he imaginado o ha ocurrido de verdad.

—Eres su tío, no su carcelero.

—Cuestión de semántica. Jade, querida... —me mira con furia.

—¿Puedo despedirme al menos? Prometo no escabullirme, no sufras. Nos queda otra eternidad para estar juntos, no voy a privarte de mi compañía tan rápido.

Le guiño un ojo y él me enseña los dientes en forma de advertencia antes de nadar hacia la barrera coralina que hemos dejado atrás mientras nos dejábamos llevar por la corriente.

—Tu tío es un poco raro.

—No le suele caer bien a la gente. Ni siquiera creo que me caiga bien a mí.

Merk se ríe y se echa la mano a la cabeza.

—Me alegra haberte conocido, espero que podamos... no sé.

—Yo también lo espero —sonrío y él abre ligeramente la boca en señal de sorpresa.

—Tienes una sonrisa preciosa, Jade. Y unos ojos... vaya. Creo que son los ojos más bonitos que he visto nunca en una sirena.

Yo intento averiguar de qué color son ahora. Deben ser del color del ámbar, pero siempre hay un brillo dorado en ellos. Un brillo que define mi verdadera naturaleza. Uno que no se puede teñir ni ocultar.

—Los tuyos son preciosos también.

—¡Oh, vamos! ¡Voy a vomitar! —grita Nemsis desde el otro lado.

Merk pone los ojos en blanco y yo lo imito. Los dos reímos después.

—Debo irme. Se pone insoportable si no hago lo que dice.

—Ah ¿ésta era su versión amable?

—Ya lo creo.

Me rio y Merk se acerca a mí despacio.

Me da un beso en la mejilla que sabe a la miel a la que se parecen sus ojos. Me llevo una mano a ella sin pensarlo siquiera y sonrío.

Ha sido suave y demasiado efímero.

—¿Espero que ese silencio que me taladra los oídos no sea porque tienen las bocas ocupadas en otros asuntos más húmedos! —grita de nuevo mi tío al que planeo asesinar cruelmente si no se calla de una vez.

—¡Tranquilo! Ya me voy.

—¡Bon voyage, Meryl!

Merk vuelve a poner los ojos en blanco y yo me tapo la boca con la mano para evitar reírme.

—¿Te hace gracia?

—Lo siento, pero tienes que admitir que Meryl es un nombre precioso.

Comienzo a carcajearme y él no consigue aguantar la seriedad mucho más.

—Me caes bien, no hagas que cambie eso ¿de acuerdo?

—Oh, ¿no tienes sentido del humor?

—Sí, pero...

Mi mano se pone encima de la suya y noto que pierde toda la capacidad de hablar.

Me mira con esos ojos que no se clavan en mí, sino que me acarician. Lo hacen despacio. Primero se centran en mis ojos y luego bajan por mi mejilla. Resbala por mi clavícula y es entonces cuando sus labios se entreabren ligeramente.

—Espero sinceramente que volvamos a vernos en circunstancias más adecuadas.

—¿Dónde podré encontrarte?

—En cualquier lugar húmedo, aunque espero que esta vez no sea muy lejano.

Sonríe y vuelve a acercarse a mí sin separar su mano de la mía.

Por un momento creo que va a besarme, por un momento creo que voy a besarlo yo, pero eso no sucede.

No con Nemsis observándonos siniestramente mientras se sostiene tras la barrera blanca a la que ahora no quiero regresar.

—Volveremos a vernos —me afirma.

—Puedes estar seguro de eso —susurra Nemsis.

Merk se gira y lo ve mientras él se mira las uñas de las manos como si eso tuviera más importancia que lo que pasa delante de sus ojos.

—Debes irte.

Merk asiente y, después de mirarme unos segundos más, de sonreírme como si hubiese grabado en su cerebro una imagen mía, se suelta de mi mano y se aleja nadando de nosotros. Yo lo observo mientras desaparece en la inmensidad del océano.

—Espero que sepas, —dice la voz firme de Nemsis inesperadamente cerca —que esto que acaba de pasar, van a pagarlo muy caro.

Me giro hacia él, me cruzo de brazos en señal de altanería y alzo las cejas exageradamente.

—Oh, te ha gustado la idea de los azotes ¿es eso?

—Oh, querida, no seré yo quien los castigue. Le han ordenado encontrarte y probablemente matarte y tendrá que elegir entre el vínculo o la muerte por desobediencia al rey.

Mis brazos caen laxos a ambos lados de mi cuerpo y toda la energía positiva que sentía tamborileando dentro de mí se esfuma para dar paso a un vacío ajeno y aterrador.

—¿Vínculo o muerte?

—Disculpa, ¿has escuchado alguna vez el termino muerte? Es que no sé qué grado de pequeñez mental posees, querida.

—Me refería al...

—¡Al vínculo! Por supuesto —sonríe de una manera triunfal y oscura.

Como si le encantara hacerme sufrir, como si su último cometido fuera ese. Atormentarme.

—¿Qué vínculo? —pregunto a media voz temiendo la respuesta.

Él empieza a descender y se oculta tras la barrera que esconde, refugia y encarcela mi existencia real.

Lo hace sonriendo con maldad y yo lo sigo hasta que me introduzco en mi nuevo hogar. Él se deleita mirándome durante unos segundos solo para ver mi expresión inconclusa. Luego me da la espalda y sigue nadando.

Yo no me muevo hasta que vuelve a pronunciarse.

—¿Has escuchado alguna vez el término *Yua*?

## 21



El caos y la sensación de victoria antes siquiera de que organicemos las patrullas se respira en el ambiente. Yo, sin embargo, no siento la alegría de una posible victoria. Todo lo contrario.

Siento el frío vacío de la lealtad hacia mí mismo y el calor abrasador e insoportable de la obediencia y la sumisión hacia mi padre. Hacia el rey.

Me siento en deuda con mi pueblo. Con todos los pueblos que existen bajo el mar. Con toda la gente que podría morir si me niego. Con todos los que moriremos, igualmente, aunque haya accedido a poner fin a esta batalla que ni siquiera ha comenzado aún.

Aunque haya vendido mi alma para salvar vidas ajenas.

Ni siquiera sé en qué momento he salido a través de Los Arcos hacia la inmensidad del mar que tengo delante. No he hablado con nadie desde la reunión. No he saludado a nadie, ni siquiera me he detenido a contarle a Terrance lo que ha pasado. Él no tardará en enterarse y a mí me faltan las palabras para decirle que he accedido a asesinar a una sirena que es inocente de cualquier delito del que se le acusa. Al menos hasta que desate su ira contra nosotros. Tampoco me dan las fuerzas para decirle que sinceramente espero que ella me mate antes a mí y poder sentirme libre de todo cargo, de todo mal, de toda pesadilla interna, por primera vez desde que era un niño.

Después de horas nadando sin rumbo fijo, la imagen de Merklon nace en mi cabeza. Recuerdo que lo dejé solo en el lugar donde terminó su vida tal y como la conocía y comenzó otra nueva mucho menos agradable y mucho más llena de sangre y amargura.

Sacudo la cabeza para sacar de mí todos los problemas y pongo rumbo al Arrecife Blanco. Lugar del que quizá nunca debí salir.

Después de nadar kilómetros y kilómetros, las fuerzas comienzan a abandonarme, pero escucho una voz familiar en la lejanía y mi pecho se descoloca.

Una mancha casi diminuta y de color amarillo anaranjado nada en mi dirección lo más rápido que sabe y yo, como un idiota y olvidando todo por lo que debería volverme loco, sonrío y nado hacia él.

El alivio del que se empapa mi interior es de lo más agradable y reconfortante. Ojalá pudiera enfrascar esta sensación y reservarla para momentos más duros.

—¡Azariel! —grita mientras yo me río y avanzo hacia él.

Parece emocionado, también se ríe, como si no hubiera todo un mundo desmoronándose a nuestro alrededor.

—¡Viejo rufián! ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Y tú? ¿Estabas tomando el té con las señoritas?

Nos carcajearnos y, cuando llegamos el uno al lado del otro chocamos los puños y nos abrazamos.

Como si hubiesen pasado semanas desde que nos vimos por última vez.

Lo cierto es que él es la única persona en el mundo en la que puedo confiar y contarle mis

sentimientos más ocultos.

A pesar de las risas y de la emoción de ver a Merklon con todas las escamas en su sitio, todo es oscuridad y caos en mi interior.

—Cuéntame ¿has encontrado algo?

—Oh, ya lo creo que sí.

Me sobresalto y Merk me pone la mano en el hombro para tranquilizarme.

—Sus escamas son verdes, por favor, deja tus espadas en su sitio.

Una punzada me atraviesa el pecho y las palabras de mi padre resuenan como un eco profundo e incansable en el fondo de mis oídos.

«Ha de morir por el acero de tus espadas».

—Explícate —consigo decir.

—Volví al Arrecife, como te dije que haría. Encontré una sirena, como te dije que pretendía hacer. La cuestión es que esa sirena no es en absoluto una amenaza. Bueno, quizá para mi corazón sí que lo sea, pero para el resto del mar es inofensiva.

—¿Una sirena? ¿Tu corazón? Merk...

—Lo sé, lo sé. Sé que he estado con muchas sirenas desde que Thaison... bueno, desde que lo obligaron a dejarme. Pero esta es diferente. Es preciosa, Az. Preciosa, astuta y tremendamente ingeniosa.

Frunzo el ceño y me llevo las manos a la cara. Me froto el rostro para intentar disipar cualquier pensamiento negativo e intento centrar todas mis energías y el poco espacio que queda en mi mente en entender de qué demonios me habla.

—¿Y qué pasa con...?

—Ella y yo... bueno, no se decide del todo a estar conmigo, sigue creyendo que me tiro a todo lo que menea la aleta y no confía en mí.

—Y con razón. A ver, intenta sonreír menos y explicarme un poco mejor lo de la sirena del Arrecife ¿de acuerdo?

—¿Recuerdas que te dije que escuché que alguien decía mi nombre? —asiento. —Fue ella.

—No había nadie cuando...

—Ella estaba. No sé qué clase de espejismo hay en una de las barreras, pero ella estaba allí y no pudimos verla. Charlamos un rato y luego decidió que confiaba lo suficiente en mí como para dejar que la viera y Az, es increíblemente bella. Su voz es tan bonita, tan suave. ¡Sus ojos! Sus ojos son algo que no sabría ni describir. Tiene una lengua afilada y sabe usarla.

—Dios... dime que no te has pegado el lote con una sirena desconocida mientras yo estaba preocupado por ti.

—¡Joder, no! Su forma de hablar es a lo que me refiero.

—Y ¿se puede saber qué demonios hacía en el Arrecife esa sirena?

—Estaba con su tío. Lo usan como lugar de asentamiento pasajero. Se irán pronto.

—Bien, has visto a una sirena guapa y misteriosa y a su tío. Genial. ¿Podemos volver a la siniestra realidad un segundo?

—Claro, claro, perdona. Aunque es graciosísima. Te caería bien ¿sabes? Tiene ese humor irónico que tanto te gusta usar a ti.

Pongo los ojos en blanco mientras él se ríe. Sé que está emocionado con ella. Sé que probablemente debería alegrarme de que haya ido a la tumba de su pareja y no se haya vuelto loco o haya arrasado con lo que queda de ese lugar, pero con todo lo que tengo encima no logro imitar siquiera un atisbo de su felicidad.

—Ya... Oye, volvamos. Necesito contarte algo y necesito que sea en un lugar menos abierto al



mundo. Vayamos a tu casa, nadie se atreverá a espiarnos allí.

—Por supuesto.

Merk se pone rígido y la sonrisa se le borra del rostro. Levanta el mentón, separa los brazos del cuerpo y adopta posición de soldado.

Yo asiento ligeramente y nadamos hombro con hombro de vuelta a nuestra ciudad.

Todo va bien durante unos cientos de metros. El silencio, por extraño que pueda parecer, me calma. Se traslada a mi interior y lo deja todo en blanco. Nada está turbio si no hay ningún sonido que revuelva el mar bravío que se desata en mi mente.

Si hay silencio todo es paz.

Hasta que a Merk se le escapa una risotada incontrolable y tonta. Muy tonta.

—Húmedo y lejano, qué ocurrencias —vuelve a reírse.

Yo me paro en seco y todas mis escamas se tensan. Mi mente viaja sin que pueda evitarlo y a toda velocidad hasta aquella playa. Hasta aquella humana. Hasta aquellos labios que me devoraron mientras la arena se adhería a mi espalda.

Regreso a sus brazos. Al sonido de su voz cerca de mi oído. A su sonrisa de suficiencia mientras estaba sentada en lo alto de aquella roca que la separaba metros del suelo. Vuelvo al momento justo en el que la vi semidesnuda. Al momento en el que ella intentó después desnudarme a mí. Revivo todas y cada una de las sensaciones extrañas que sentí estando con ella. Al maldito impulso de regalarle el brazalete con el lema y el escudo real de mi casa, de Atenia.

—¿Qué has dicho? —susurro mientras todo mi cuerpo, tenso aún, comienza a temblar.

—Te he dicho que era ingeniosa. Le he preguntado que de donde era y me ha dicho que de un lugar...

—Húmedo y lejano.

—¡Eso es! ¡Vamos! Vivimos en el mar, todo es húmedo y lejano —vuelve a reírse.

Yo no me muevo ni un milímetro mientras sus ojos, ambarinos con ese brillo dorado que se escapaba, antes y ahora, a mi comprensión bailan en mi mente.

Vuelvo a escuchar esas palabras salir de su boca. De esa tan suave y atrayente. De esa de la que me despedí a los pies del acantilado gris.

«A un lugar húmedo y lejano».

Pero no es posible. No lo es.

Ella era humana. Es del todo irreal que Merk haya visto a la misma chica en la frontera o que esa frase sea una coincidencia sin la mayor importancia. Es aún más imposible que esa chica tenga escamas.

¡Era una humana! ¡Una maldita humana corriente!

«Demasiado ágil para ser una simple humana» recuerdo que pensé una vez.

La cabeza me da vueltas a una velocidad de vértigo. Veo su rostro mientras gira y se desdibuja a la vez que repite las mismas palabras una y otra vez.

«Me queda un día para disfrutar de esta playa tal y como la conozco».

—¿Cómo... cómo se llama?

Merk, que ha seguido nadando mientras yo sigo clavado en el mismo sitio, se gira y vuelve a mi lado mientras me mira con una expresión indescifrable.

Yo tengo la mirada perdida y, por Neptuno, que me libren de fijarla en algún lugar donde pueda verla a ella.

—Jade. Precioso nombre ¿verdad? Original, sí. Creo que en la tierra hay un mineral que se llama jade. Es de color verde, como sus escamas. Qué coincidencia.

—Demasiada coincidencia como para ser un nombre real, Merklon —digo con la voz tan

áspera que hasta a mí me sorprende.

Ni siquiera tenía la intención de decir eso en voz alta.

No puedo dejar que él se entere de mis escauceos en tierra firme, mucho menos con la persona de la que él se acaba de prender.

—¿Cómo dices? Az, ¿estás bien?

—No, nada está bien. Absolutamente nada está bien, Merk.

Él me pone la mano en el hombro y yo me separo lo más rápido que puedo. Intento pensar en ella. Visualizar si había alguna señal de que no fuera realmente humana. Alguna señal de que su naturaleza pudiera parecerse en algo a la mía.

A parte de su habilidad para descender el acantilado gris como si flotara, cosa que no era propia exclusivamente de los sirénidos, pues he conocido a algunos más torpes que ciertos humanos, no había nada que la delatara. El brillo de sus ojos quizá, pero ¿dónde estaban sus escamas cuando la encontré inconsciente cerca de la orilla? ¿estaba vestida? ¿cómo se le adhieren sus escamas a la piel mientras usa su forma humana? Y ¿qué demonios hacía viviendo en ese pueblucho si pertenece al mismo océano al que pertenezco yo?

Quizá mentía. Quizá estaba allí de paso, buscando algo o divirtiéndose con humanos como suelo hacer yo. Quizá no mentía siquiera. Tal vez solo me ocultaba información del mismo modo astuto en el que yo se la ocultaba a ella.

Por Neptuno, todo se vuelve borroso en mi mente. No logro distinguir entre la realidad y la que posiblemente sea una invención de mi imaginación bien desarrollada.

Quizá solo fuera una coincidencia. Húmedo y lejano pueden usarse perfectamente en una misma frase sin que sea algo trascendental ¿verdad?

¡¿Verdad?!

—Az, me estás preocupando, hermano.

—Vuelve a la ciudad. Yo debo ir al Arrecife. Tengo que comprobar algo.

—Entonces iré contigo —dice sin poder reprimir una sonrisa.

—¡Oh por favor! Deja de sonreír así de una maldita vez y lárgate.

Merklon me mira sorprendido. Yo no puedo evitar cabrearme porque le atraiga algo que a mí me atrajo o que aún me atrae, no lo sé, pero él se ríe.

—Vamos, tío.

—No quiero hacer esto, pero lo haré. Es una...

—Si dices “orden” te mataré.

—Orden, Merklon.

Se yergue, asiente y, después de hacerme un gesto indecoroso con ambas manos, se gira y nada de vuelta a casa.

Yo, sin pensar un segundo más en las consecuencias que pueda traer esto a mi vida, sin pensar en que sería más lógico y sensato dejarlo pasar hasta que todo el asunto de la sirena iridiscente se arregle, nado en dirección al Arrecife Blanco con su nombre varado en mis labios.

—Aura...

Una sonrisa del todo inesperada nace de mí cuando susurro su nombre.



No he podido dejar de pensar en las palabras de Nemsis desde que Merk se fue. Mi mente viaja a mil por hora y hace paradas estratégicas para agobiarme aún más.

Se enfoca en Nael por unos segundos, en lo que habrá pensado cuando Patricia le contó que tuve que irme antes de tiempo y que ni siquiera pude darle un beso de despedida, aunque fuera en la mejilla. En Eva, en la cara que pondría si me dejase ver por esa orilla en la que ella nada sin cesar esperando ver, quizá, alguien como yo. Pienso en mi madre, en la de la tierra. En cómo se sentirá estando tan sola. En si me echará de menos, en si mirará el mar intentando divisar mi aleta. En si visitará la orilla deseando verme por allí.

Y, al pensar en la orilla, pienso también en Azariel y miro el brazalete que él me regaló y que aún decora mi muñeca derecha. Sonríe al hacerlo. Pienso en su pelo negro, en sus ojos plateados que intentan ocultarse con esa capa oscura. Pienso en su forma de besarme y en la forma en que lo besé yo a él.

Sacudo la cabeza intentando sacar de mi mente todos los pensamientos posibles. Intentando dejar la mente en blanco.

Eso no sucede, por supuesto. Justo cuando creo que voy a conseguirlo, mi cabeza se ilumina con unas escamas amarillas con un brillo anaranjado. Ese cabello que fluye con la corriente y que es tan rubio y hermoso como lo es su rostro.

«Vínculo o muerte».

Quién me iba a decir a mí que iba a encontrar a mi Yua tan pronto. Quién me iba a decir a mí que a él le hubieran encomendado matarme.

—Nemsis —digo con firmeza mientras aún miro la arena.

Noto que sus ojos cristalinos se clavan en mí tan fuerte que casi pueden atravesarme.

Es la primera vez que hablo desde que Merklon se fue y ni siquiera estoy segura de qué decir ahora, pero tal vez si hablo mi mente se detenga y me deje respirar un instante.

—¿Qué?

—¿Encontraste tú a tu Yua? —me sorprende preguntando.

Es entonces cuando lo miro y veo que su expresión de sorpresa no puede disimularse, es más, creo que ni siquiera lo intenta.

Parpadea deprisa, como si quisiera despejarse o como si intentara averiguar si yo había preguntado eso realmente.

—¿Qué importancia tiene eso? —responde cortante.

—Responde.

Él arquea una ceja y luego sonrío a medio lado. Como si no se esperase que yo le exigiera una respuesta.

—Sí. La encontré hace mucho tiempo.

—¿Dónde está? —pregunto sin darle tiempo a masticar la respuesta.

—Murió.

Yo asiento sin esbozar ninguna emoción.

—¿Qué sentiste?

—Como si me arrancaran el alma pedazo a pedazo.

—No cuando murió. Quiero saber lo que sentiste cuando la encontraste.

Él sonrío melancólico. Agacha la cabeza un segundo y luego vuelve a mirarme más serio y sombrío de lo que lo había visto nunca.

Claro que su sótano de oscuridad siempre tiene una planta más.

—Justamente eso.

Frunzo el ceño mientras él me sonrío tristemente justo antes de darme la espalda.

Mi vista vuelve a fijarse en la arena mientras juego a darle vueltas al brazaletes en mi muñeca.

Esbozo una sonrisa sarcástica cuando comienzo a contabilizar las veces que he sentido esa sensación en las últimas semanas.

Cuando supe que mi madre no era realmente mi madre. Cuando vi las escamas en mis piernas. Cuando no sentí nada al besar a Nael. Cuando abandoné mi hogar. Cuando vi lo que era capaz de crear con las manos...

Mi alma se ha roto ya en tantos pedazos que dudo que puedan hacerlo una vez más.

—¿Cómo murió?

Noto que él se crispa. Veo cómo las escamas se le erizan y sus ojos son más oscuros y profundos ahora.

No le gusta que toque este tema, lo sé sin que él me lo diga.

—El vínculo es una cosa curiosa ¿sabes? Es algo que ningún sirénido es capaz de evitar o romper. Sigue latente en ti día tras día, segundo tras segundo, aunque la otra parte ya no esté. Aunque se haya ido lejos, incluso aunque haya muerto, el vínculo sigue activo. Te corroe por dentro. Es como un gusano que cava túneles sin piedad en tu alma. Te destroza, te hace débil, te hace temerario, insensato, imbécil... Todo lo que un día creíste que era la lógica desaparece cuando el vínculo despierta. Si solo pudiera sacarme de dentro esta sensación de que me arrancan y trituran cada hueso, cada fibra, cada maldito músculo... solo un segundo de paz y quizá... pero no. Nunca se va este vacío. Es como si me hubiesen dividido el alma sin anestesia y hubiesen puesto cada pedazo justo donde yo no puedo alcanzarlos.

Noto la rabia de sus palabras, de cada una de ellas. Noto la fragilidad de su alma y la intensidad de sus deseos.

—Si estuviera en tu mano... ¿la traerías de vuelta?

—Si estuviera en mi mano hubiera hecho todo lo posible para no encontrarla nunca —dice antes de darme la espalda e irse como si se lo hubiera llevado un vendaval.

No puedo entender cómo podría desear no haber encontrado a su alma gemela. Por poco que hubieran compartido, si el vínculo es tan fuerte, debería sentirse honrado por haberla conocido en la inmensidad de este océano, pero no. Él no.

No me había llegado a plantear que eso de encontrar a mi Yua fuese algo malo, algo que evitar a toda costa, algo de lo que huir. Pero ahora, con la confesión más íntima de Nemsis hasta la fecha, ya no sé qué creer.

Una sensación de frío me invade y me abrazo a mí misma.

Por primera vez desde que llegué a este lugar me siento realmente sola.

Apoyo la frente en lo que un día fueron mis rodillas y cierro los ojos. La imagen de Merk acude rápidamente a mi mente y sus palabras resuenan muy dentro de mí.

«Jamás te atacaré, siempre y cuando no me ataques tú antes».

Cuando Nemsis vuelve, lo hace con una tela del mismo tono esmeralda que el de sus escamas

anudada a la cintura.

—Deja de actuar como una niña pequeña que está sola y desamparada. Eres la persona más poderosa que ha existido desde tiempos inmemoriales. No dejes que una historia desagradable te nuble la visión. Debes tener claro tus objetivos, pequeña destructora. Nada ni nadie puede distraerte. Estás aquí por una razón, no la pierdas de vista.

—Y ¿qué pasa si se despierta en mí el vínculo y me obliga a seguirlo, a olvidarme de todo lo demás? ¿Qué pasa si él me traiciona después?

—El mar es el conductor del vínculo, que a su vez se activa cuando escuchas la voz de tu Yua por primera vez. Ya está despierto, querida. Lo normal hubiese sido que hubieses nadado tras él, pero sigues aquí. Claro que tú no eres una sirena normal ¿verdad?

—A él tampoco lo veo por aquí.

—Eso es solamente culpa mía —sonríe.

—¿Qué le has hecho, Nemsis? —pregunto en un gruñido gutural mientras nado despacio hacia él.

—Vivirá, si es eso lo que te preocupa.

—Más te vale o si no...

—¿Qué? ¿Me matarás a mí? —se deleita con una carcajada maligna.

—Si le tocas una escama acabaré contigo y no va a ser agradable. Y tampoco será rápido.

—¡Sí señor! Por fin está despertando en ti ese lado sádico y malvado tan propio de tu ascendencia.

—Podemos empezar a practicar con eso ahora mismo si lo deseas tanto.

—No te canses, pequeña.

—Te exijo que me digas qué le has hecho, Nemsis.

—Por Neptuno... —se frota la cara con las manos mientras yo aprieto los puños. —Lo he drogado ¿contenta?

—¿Cómo demonios has hecho eso? Si ni siquiera... Oh, espera...

Pienso en cuando Nemsis se acercó a Merk y él tosió. Quizá en ese momento...

—Cuando me acerqué a él hice que inhalara un tipo de arena que contiene una bacteria alucinógena. Es curioso porque no es una bacteria que sea fácil de encontrar. Normalmente solo se encuentra en la arena de la que nace un alga llamada...

—¿Quieres saltarte el proceso creativo y decirme de una vez por cuánto tiempo estará drogado?

—Ya no se aprecia la creatividad de los artistas ¿verdad? En fin... —se encoge de hombros. —La *ársena* lo entretendrá unas veinticuatro horas.

—¿Va a estar flipando un día entero? —pregunto sorprendida y aterrada.

Si le pasase algo yo... yo...

—Se lo va a pasar de miedo —se ríe Nemsis.

—Eres un... —la rabia me consume desde dentro y no me permite articular ni una palabra más.

Concentro mi mirada en Nemsis mientras él no para de reírse tan fuerte que no puede tener los ojos abiertos y ver cómo mis ojos se vuelven dorados enseguida.

El ardor de mi pecho se intensifica y solo puedo pensar en el fuego, en el calor que desprende, el mismo que irradió yo ahora.

Enfoco mi mente en cómo se mecen las llamas. En cómo bailan al son de una canción que tan solo yo puedo escuchar.

Todo dentro de mi cabeza se tiñe de un rojo brillante y amenazador.

—Detente, Aura.

Gruño y enseño los dientes. Aprieto tanto los unos contra los otros, que creo que van a romperse dentro de mi boca de un momento a otro.

El fuego sigue latiendo en mí.

—Aura, escúchame.

Su voz es tan firme y calmada que me desconcentra un segundo. Tan solo un segundo y todo se evapora.

Juraría que yo lo hago también.

—Estamos en el mar, pequeña. Aquí no puedes usar ese poder.

—Unos segundos más, tan solo unos segundos más —digo sin aliento.

El cansancio me da una patada en el fondo del estómago y me siento desfallecer de repente. Como si todo el peso del océano me hubiese caído encima.

—Respira, intenta relajarte. Ven, quiero enseñarte algo.

Lo único que siento después es el brazo de Nemsis encima de mis hombros, el calor que desprende su piel, la manera en la que él nada a mi lado y en la que mi cuerpo se deja llevar por el suyo.



Llego al Arrecife con el corazón a punto de salirse del pecho. Noto cómo tamborilea y lucha por romperme las costillas. No puede ser posible que esté aquí. No puede ser posible que sea una sirena.

Sacudo la cabeza un instante para eliminar cualquier rastro de nerviosismo de mi mente. Ella lo ocupa todo ahora. Ella y su sonrisa, sus ojos, sus labios, sus manos...

Gruño, porque nunca me había obcecado tanto una simple humana, a no ser que ella sea algo más que eso.

Pienso en Merk mientras busco por cada rincón sin éxito. En lo ilusionado que se le veía hablando de ella y luego, automáticamente, mi mente vuela a ese momento en el que mis manos viajaron por su piel. Ese instante en el que sentí cómo la electricidad viajaba de su cuerpo al mío y viceversa.

Las escamas se me erizan y un escalofrío me abraza la espalda.

Hay un total de diez construcciones de corales aquí. Cada una forma un círculo perfecto y ya he buscado en cinco de ellos sin éxito.

Agudizo el oído intentando escuchar su voz o cualquier otra, pero eso no sucede.

La ansiedad empieza a reconcomerme por dentro. Es como un vacío en el fondo del estómago. Como un cosquilleo interno que sacude por completo la sangre de mis venas.

Me introduzco por encima de la sexta construcción y tampoco hay nada aquí. Nada a la vista y absolutamente ningún lugar dónde esconderse.

Gruño antes de salir nadando y me encamino a la siguiente barrera coralina cuando advierto que hay unas conchas negras a medio enterrar que no había visto antes. Forman un círculo perfecto en su interior.

Me acerco a ellas sin tocarlas y nado casi rozando el coral mientras me doy cuenta de que todas las conchas son exactamente iguales y parecen estar separadas unas de otras por la misma

distancia. La naturaleza no es simétrica. La naturaleza no hace algo así.

Recuerdo las palabras de Merk diciéndome que había algo aquí donde ella se escondía.

—Las conchas, tiene que ser eso.

La brujería no es nada extraño en el mar. Hay pocos brujos, pero son bastante hábiles y sería bastante plausible que algo se escondiera aquí dentro gracias a esas conchas negruzcas.

Nado hacia una de ellas, la cojo con cuidado y la lanzo lejos. Hago lo mismo con otras once.

La sorpresa me revienta el pecho cuando descubro que ahora puedo ver grandes rocas esparcidas por la superficie que esconde el coral.

La arena está removida, como si hubiesen estado moviendo las rocas de un lado al otro, pero, aparte de eso, no hay nada más.

Ni rastro de la sirena de las escamas verdes. Ni rastro de Aura o de Jade.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes?

Compruebo que no hay más conchas en las barreras antes de ahogar un grito de impotencia que amenaza con desgarrarme la garganta.

—Maldita sea, Aura.

—¿Quién es Aura?

Me sobresalto con su voz y saco las espadas antes de darme la vuelta tan rápido que hasta él se sorprende.

—¡Ey, ey, ey! Me gusta mi cuello tal y como está, gracias.

—Joder, Merk, ¿qué demonios haces aquí?

—Nadaba. Nadaba, nadaba, nadaba —se ríe.

—¿Estás bien?

Él comienza a dar vueltas sobre sí mismo y a reírse sin motivo. Yo frunzo el ceño antes de envainar mis espadas y agarrarlo por los hombros.

—¿Merklon qué demonios te pasa?

—¿Ves los colores, Az? ¿Los ves? Son preciosos, tío.

Arqueo una ceja antes de mirar a donde él fija la mirada. Es obvio que no hay ningún color nuevo, lo que no es obvio es qué mareas le pasa.

—¿Qué te has tomado, imbécil?

—¿Yo? Nada. Felicidad en cápsula. Algas de la vida. Plancton luminoso. ¿Has visto alguna vez un pez luminoso, Az? Por Neptuno, si te comes uno... si te lo comes ¿te brilla el estómago?

—Vale, vale, vale. Stop, Merklon. Respira. Nada de lo que dices tiene sentido.

—Tienes razón, tienes razón —me palmea el hombro y asiente con la cabeza. —Con un pez no basta. Tenemos que cazar media docena cada uno. Sí, media docena estará bien. ¡Peces luminosos para todos! —grita, se da la vuelta y comienza a nadar en zigzag.

—¡Merk! ¡Merklon! ¿A dónde vas? ¡Vuelve aquí!

Salgo en su busca sin mirar atrás. No sé qué se habrá tomado o si es que la poca cordura que le quedaba se ha ido con las corrientes, pero no puedo dejarlo solo.

Por mucho que se me encoja el estómago al pensar que ella podría estar aquí cerca, tengo que atrapar a Merk.



Por un momento no hay nada más que vacío. Oscuridad, agoniosa y penetrante. Solo un leve balanceo antes de que nuestros cuerpos vuelvan a formarse en quién sabe dónde.

Nemsis me suelta enseguida. Como si no quisiera estar ni un segundo de más cerca de mí. Yo, si no fuera porque aún estamos dentro del mar y flotamos, me habría caído de bruces al suelo.

—Intenta no vomitar esta vez.

—¿Dónde estamos?

Intento enfocar mi vista en él, pero todo da vueltas. Absolutamente todo se mueve a mi alrededor.

—En un lugar seguro.

—¿Por qué? ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque no podía arriesgarme a que él volviera a buscarte. Porque no me apetece en absoluto que la guerra empiece mañana y porque gracias a ti y a la absurdez que te caracteriza nos has puesto en peligro a los dos.

—Merklon no va a hacerme daño.

—Quizá él no, pero la caballería que lo siga sí y tú no estás preparada para combatirlos.

Flexiono el brazo derecho y elevo la palma de mi mano hasta la altura de mi pecho. Sin que Nemsis aparte la mirada de mí, creo una corriente que se interpone entre nuestros cuerpos en forma de pared de unos dos metros de altura.

Nemsis lo atraviesa sin esperar un segundo más. Sin esperar a que yo dé el siguiente paso.

—Ah ¿sí? ¿Estás preparada? —una risa irónica sale del fondo de su garganta. —¿Estás preparada para usar tus dones? —asiento. —¿Estás preparada para luchar? —vuelvo a asentir. —¿Estás preparada para arrebatarme una vida? ¿Diez? ¿Cien?

Me quedo helada y él lo nota. Sonríe ahora y la barrera de agua que había creado se desvanece.

No niego que arrasaría a Kenai con todo lo que poseo y no habría en mí ni un atisbo de remordimiento. Solamente paz. Solamente placer.

Pero no había pensado hasta ahora en todos los demás. En los sirénidos que vendrían a por mí bajo sus órdenes. En los que intentarían matarme sin siquiera conocerme. En los que yo tendría que matar para sobrevivir.

El estómago se me contrae varias veces, no sé si por la visión de una ciudad entera arrasada, destruida hasta los cimientos o por el teletransporte hasta este lugar.

Nemsis se aleja lo más deprisa que puede después de decir algo que no alcanzo a escuchar mientras yo echo hasta la primera papilla por la boca.

Minutos después de que yo luche con todas mis fuerzas para controlar a mi estómago o a lo poco que queda de él escucho la voz de Nemsis acertadamente alejada de mí y del estropicio que tengo flotando alrededor.



—¿Vas a seguir así mucho tiempo? Dios... no he visto nada igual en toda mi vida.

Yo vomito dos veces más antes de poder apoyar lo que un día fue mi culo en el suelo arenoso.

—¿Dónde estamos?

Otra arcada. Me llevo la mano a la boca, pero esta vez parece que mi estómago ya no tiene nada más que vomitar.

—No en nuestro lugar de destino, por supuesto. Cerca, pero no es aquí.

—¿Quieres dejar de irte por las algas y decirme de una vez a dónde demonios vamos?!

La cabeza me da vueltas a una velocidad de vértigo, pero aun así puedo gritarle.

—No das mucho miedo ahora, pequeña destructora.

—Deja que me libre de este maldito mareo y te juro por Dios...

—Ni tú ni tu dios pueden juzgarme y mucho menos herirme.

—Él no, pero yo sí —me levanto mirándolo fijamente.

Sigo mareada, claro, pero lo disimulo bastante bien. Estoy harta de que me trate como un saco de ropa sucia que tiene que llevar a cuevas de un lado al otro.

—Ahorra fuerzas, las vas a necesitar.

—Dime a dónde me has traído.

—Al lugar más recóndito e inexplorado del mundo. A la Cala del Tiburón Martillo.

—Oh, señor. El Arrecife Blanco, Atenia, Las cuevas y ahora La cala de no sé qué tiburón ¿es que no tienen nombres normales?

—Tú sí que no eres ni medio normal... —dice por lo bajo antes de echarse a nadar.

—¿Te he oído! —le grito antes de seguirlo.

—Al menos el oído no te falla.

Le doy un golpe en su hombro con el mío y lo adelanto.

—Si crees que sabes a dónde vas estaré encantado de seguirte —dice después de detenerse.

Yo me cruzo de brazos después de hacerle un gesto indecoroso con uno de mis dedos.

—¿Qué demonios es La Cala del tiburón martillo?

—Una cala dejada del tridente de Neptuno. Un tubo volcánico penetra en el mar y forma un perfecto círculo de rocas y océano. Nadie nos buscará allí.

—Creo recordar que justamente eso dijiste del Arrecife Blanco.

—Sí, eso dije.

—Entonces no sé por qué será diferente esta vez.

—Porque absolutamente nadie de este mar ni de cualquier otro se atreve a acercarse a mi casa.

Nadamos más rato del que soy capaz de contabilizar. Nemsis, en el tiempo que llevo en el mar, me ha enseñado a orientarme, a saber hacia dónde nado. Se me da más bien regular, pero diría casi con toda certeza que nos dirigimos hacia el oeste.

Nadamos lejos del fondo, pero también lejos de la superficie.

No se lo he planteado aún, pero me encantaría subir ahí arriba y mirar a mi alrededor. Volver a ver el cielo al amanecer. El manto de estrellas. La luna... Echo muchísimo de menos la luna.

—¿Queda mucho para llegar?

—No.

—¿No sería más lógico que tuvieras esa cosa verde que nos teletransporta en algún rincón de tu casa?

—La tengo, pero parte de tu entrenamiento es la orientación ¿recuerdas? Ahora dime, ¿en qué dirección nos movemos?

—Hacia el oeste.

—Por el tridente de Neptuno... —dice mientras se echa la mano a la cara.

Nemsis intensifica la velocidad y yo bufo antes de nadar lo más aprisa que mi cuerpo consigue hacerlo.

Su aleta amenaza con golpearme la cara en cualquier momento, así que me pongo a su lado mientras él me mira con una máscara de irónica satisfacción.

Yo arqueo una ceja y, después de reírse, agita más rápido su cola de escamas verdes.

—¡Oye! Esto no es una carrera ¿o sí?

—Digamos que si no eres capaz de seguirme el ritmo te quedarás más sola que la una. Así que aprieta esa aleta, bonita, y ¡nada más rápido!

Yo gruño antes de hacer lo que me ordena. Me sorprende averiguar que soy casi tan rápida como él.

Claro que también podría crear un torbellino de agua justo en la base de mi aleta que me impulsara aún más rápido.

Sonrío antes de frenar en seco. Quizá sí que pueda hacerlo.

Nemsis sigue nadando sin que le importe lo más mínimo que yo me haya detenido.

Concentro la energía en mis manos y las muevo lentamente, como si amasara la corriente. Como si en vez de ser un líquido fluido que se te escapa entre los dedos, fuese algo maleable.

Comienzo a mover las manos en círculos hasta que un tornado de no más de medio metro se crea delante de mí.

Yo me doy la vuelta y pongo mi aleta justo en medio de la corriente que ahora obedece mis órdenes.

Mi cuerpo da una vuelta completa sobre sí mismo y luego otra y otra más, hasta que, con toda la fuerza de la que ahora mismo dispongo, soy capaz de mantenerlo firme.

Miro al frente, donde Nemsis ya no está, y sonrío.

—Voy a alcanzarte, maldito viejo insoportable.

Mis manos están estiradas a cada lado de mi cuerpo. Las palmas abiertas concentradas en la corriente que ahora atrapa mi aleta y, después de respirar profundamente y de cerrar los ojos, recreo la imagen en mi cabeza.

El mar volviéndose contra su naturaleza y obedeciéndome a mí. El conjunto de anillos acuáticos que he creado girando sobre sí mismos. El tornado que forman empujándome a través del mar como si yo no pesase más que una pluma.

Y sucede.

Noto cómo mi cuerpo comienza a desplazarse más y más deprisa con la fuerza de la mar mezclada con la mía propia.

Noto el impulso inicial y abro los ojos de par en par. Miro a mis espaldas veo cómo los anillos giran, pero mi cuerpo no. Miro hacia delante con el ceño fruncido y una sonrisa victoriosa adornándome el rostro.

Intensifico la fuerza y recreo en mi mente la imagen de mí misma atravesando el océano a una velocidad incalculable. El agua fluye a mi alrededor y no intenta detenerme, todo lo contrario, parece que se aparta para que yo pueda seguir adelante sin impedimento alguno.

Entonces es cuando noto de verdad toda la fuerza del océano concentrada en mí. Noto cómo me engulle la aleta y parte de las escamas. Noto el movimiento cada vez más rápido de las aguas que atravieso y veo a Nemsis a lo lejos. Una aleta verde que se agita tranquilamente sin mirar atrás.

Es cuando paso por su lado que se sobresalta y blasfema en nombre de todos los dioses.

Yo rio mientras sigo avanzando. Después retrocedo hasta donde está él y luego me elevo hacia

la superficie sin pensarlo siquiera.

Me impulso tan rápido que casi no me doy cuenta de que mi cuerpo está a punto de elevarse por encima del mar.

Es entonces cuando noto que lo que me golpea el rostro no es la corriente, sino el viento. Cuando soy consciente de que el azul que veo no es el del océano, sino el del cielo.

La brisa acaricia cada milímetro de mi piel y cada una de mis escamas cuando mi cuerpo salta completamente por encima de la superficie del mar y, con una pirueta, vuelve a introducirse dentro más rápido de lo que me hubiese gustado.

—¡Pero qué demonios ha sido eso?! —grita Nemsis entre la furia más arrolladora y la emoción más absoluta.

—¡¡Algo increíble!! —digo mientras giro sobre mí misma.

Después dejo que la hélice de agua que he construido con mi don se desvanezca.

—¡No sé si gritarte porque alguien ha podido verte hacer esa maldita locura o abrazarte porque ha sido soberanamente increíble!

Me rio y Nemsis, por muy extraño que me parezca, lo hace conmigo.

Esta vez ríe de verdad. No es irónico, no es sarcástico, no intenta intimidarme. Simplemente ríe emocionado conmigo como si de verdad estuviera tan orgulloso de mí como lo estoy yo.

—No tenía ni idea de que pudiera hacer eso.

—¿Cómo lo has hecho? Cuéntame —me dice mientras nadamos codo con codo hacia su hogar.

—Pues no tengo ni la más mínima idea. He pensado en ello. He recreado la imagen en mi mente de mí misma atravesando el océano como una flecha impulsada por la corriente y lo he hecho.

Su mano se posa en mi hombro y se detiene obligándome a hacer lo mismo a mí.

Me mira con una sonrisa jamás vista en su rostro. Es tan tierna que tengo que entrecerrar los ojos y volver a abrirlos del todo para asegurarme de que es real.

—Puedes hacer absolutamente todo lo que estés dispuesta a creer que puedes hacer. Absolutamente todo. Solo créalo en tu mente, siente que de verdad puedes llevarlo a cabo y hazlo —dice esta última palabra a la vez que sus dos manos aprietan mis hombros.

Yo asiento. Quiero retener esta imagen, esta sensación de que él está conmigo ahora, de que puedo confiar en él. De que no estoy tan sola como creía.

—Cierra los ojos. —Yo arqueo una ceja y me dispongo a protestar. —Confía en mí.

Yo obedezco y vuelvo a sentir, casi sin haberlos cerrado del todo, ese vaivén que precede a la desaparición de nuestros cuerpos y su recreación en otro lugar.

Dura solo unos segundos, pero es capaz de revolverme hasta el lugar más oscuro y profundo de mi cuerpo.

El contacto de Nemsis desaparece y yo abro los ojos de par en par. Parpadeo antes de que un dolor tan intenso, como el que solo se siente cuando se te parten todos los huesos a la vez y se convierten en polvo, me recorra la parte inferior del cuerpo.

Grito como si con eso fuese a callarse el dolor. Como si así consiguiera que se disipara, como si así pudiera asustarlo.

La única que está asustada ahora soy yo.

Aprieto tan fuerte los ojos que creo que no voy a poder abrirlos de nuevo jamás. Me encojo sobre mí misma mientras un alarido sobrenatural sigue saliendo de lo más hondo de mi garganta hasta que la boca se me llena de ese sabor metálico que solo tiene la sangre.

El dolor es tal que pierdo hasta la voz pasado unos minutos. Siento que el aire y el agua se me escapan sin remedio de los pulmones y que nada los llena. Absolutamente nada.

Las costillas se contraen, como si intentasen agarrar ese corazón que me bombea en el pecho intentando escaparse.

Y, de repente, cuando siento que voy a perder la consciencia, el dolor se desvanece.

Desaparece como si nunca hubiese estado. Como si hubiese sido una pesadilla de la que he conseguido despertar.

Pienso en abrir los ojos. En hacerlo despacio, como si lo que quiera que hubiese al otro lado fuese a atacarme, como si no quisiera realmente ver qué hay a mi alrededor. Qué ha provocado ese dolor.

Las palmas de mis manos van a tientas y se agarran a una superficie rugosa y rígida. Dura como la de una roca.

Lo primero que alcanzo a ver son un par de piernas a unos centímetros de mí. Alzo la vista y recorro cada centímetro de esa piel hasta que veo una tela verde esmeralda atada a una cintura estrecha que da paso a un torso musculado lleno de espirales verdes. Unos brazos cruzados encima del pecho, también tatuados. Una sonrisa maquiavélica se abre paso en su rostro mientras sus ojos azules, más cristalinos ahora, se clavan en lo que queda de mí.

—Bienvenida a casa.

Frunzo el ceño antes de poder pronunciar siquiera una palabra.

Intento hablar, pero ni siquiera soy capaz de mantener la cabeza erguida.

La oscuridad me traga sin piedad segundos después.



Sigo sin entender qué le ha pasado a Merklon para que esté así. Desvaría, no es capaz de pensar con claridad, habla de colores, de formas extrañas que parece que solo existen en su imaginación y de Jade. Habla mucho de Jade.

Yo bufo cada vez que tengo que volver atrás para cogerlo del brazo y dirigirlo en la dirección correcta hasta Atlenia.

Necesito que un sanador lo vea. Que me diga qué o quién le ha hecho esto, porque no voy a negar que pienso que ella es la culpable.

¿Con qué clase de brujería lo ha hechizado para que esté así? ¿Qué le ha hecho? Y, sobre todo, ¿por qué?

Las imágenes de la chica dulce, perdida y ágil de la playa se intercalan con escamas de color verde y una risa malévolamente que solo existe en mi imaginación.

—Az, Az, Az. Para.

Yo obedezco automáticamente mientras él se lleva las manos a la cara y se queda unos instantes así.

—¿Qué pasa, Merk?

—Mis manos... son tan suaves.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a agarrar su brazo y a tirar de él.

—Menea la aleta más rápido, colega, porque si no llegamos ya a Atlenia no me hago responsable de lo que te haga aquí, en medio de la nada.

—Oye, Az, sé que hace tiempo que no... bueno, que no le tocas las escamas a ninguna sirena, pero tío, contigo no...

—Te mataré, Merklon.

—¿Vas a aprovecharte de mí y luego vas a matarme? Pero ¡tú qué clase de amigo eres! —me grita mientras forcejea intentando huir de mí.

Yo lo agarro más fuerte, pero él me da un golpe con la aleta en la cara y me obliga a retroceder.

—¡Merklon, vuelve aquí, maldita sea!

—Ni de coña tío. Mantén tus manos lejos de mis escamas ¿me oyes?

—¡Por Neptuno, Merklon, no voy a meterte mano!

—¡Ya, ya! Eso dicen todos los perversos antes de manosearte la aleta, colega. ¡No vas a engañarme para que me acueste contigo!

—La madre que me parió —susurro mientras me echo las manos a la cara.

—Con lo santa que era la pobre y le ha salido un hijo acosador ¡si levantara la cabeza!

—Oye, Merk, vamos a tranquilizarnos. Estás bajo la influencia de algo que te hace ver cosas que no están y malentender la situación. Por favor, volvamos a Atlenia. Un sanador te verá y podrás volver a ser tú. Te llevaré a casa.

Mientras yo nado despacio en su dirección, él se aleja de mí sin darme la espalda.

—Oh, no, no, no. Yo estoy perfectamente. Eres tú el que desvaría si crees que voy a acercarme a ese par de brazos y a esas escamas negras imponentes para que me pongas de cara a las rocas y...

—¡¡Maldita sea, Merklon!! ¡Que no quiero sexo contigo!

—Oh, claro que sí. Soy un bomboncito y tú quieres quitarme el envoltorio.

—¡Que lo único que quiero es llevarte a casa para que te curen, imbécil!

—Excusas, excusas.

Gruño antes de lanzarme a por él más rápido de lo que se esperaba y agarrarlo por los dos brazos.

Él se defiende, o intenta hacerlo. Al menos lo que quiera que haya consumido lo ha dejado también sin la mayor parte de sus fuerzas y puedo mantenerlo inmovilizado mientras lo arrastro a través del mar hacia la ciudad.

—¡Esto es acoso, Azariel! ¡Me estás tocando contra mi voluntad! ¡Socorro! ¡Que alguien detenga a este violador!

No puedo evitar reírme mientras él se retuerce entre mis brazos.

Intensifico la velocidad porque, a pesar de que hay todo un día de camino desde donde estamos hasta Atlenia, necesito que se maree y se desmaye. Así, por lo menos, me evita el tener que coger un alga y taponarle la boca.

—Nadie puede oírte aquí, Merk.

—Oh, por Neptuno, lo sabía. Hazlo con cariño, tío. Estoy sensible ¿te enteras?

Vuelvo a reírme tan alto que creo que podrían escucharme hasta los pececillos de la otra punta del océano.

—No me gustas, Merklon. No voy a tocarte más de lo que lo estoy haciendo ahora.

—Tu piel es suave —susurra mientras frota su mejilla contra mi pecho.

—Oh, joder, lo que me faltaba...

Tal como supuse, Merk se ha desmayado por la velocidad de mi nado y de las chorradas que se le pasaban por la mente.

Al menos ahora no grita ni me toca de forma indecente. Él no lo sabe ahora, pero esto será algo que le recordará el resto de su vida. Dudo que yo pueda olvidarlo.

El océano hace horas que se volvió más sombrío que de costumbre, lo que significa que la luna tomó la posesión del cielo y el manto de estrellas que me encantaría ahora ver desde la arena de cualquier playa estará decorando la oscuridad.

Ahora, con el silencio que se extiende a mi alrededor, puedo pensar con claridad. La voz de mi padre vuelve a mis oídos con la frase de que debo asesinar a la sirena cuya furia él mismo forjó. Escucho la voz de Aura acariciando mis oídos como si lo hiciera a posta, como el maldito canto de una sirena que intenta seducir a un humano indefenso.

La diferencia es que yo de indefenso tengo poco y de humano menos, sin embargo, que ella siga tan dentro de mí me aterra.

Luego pienso en la voz que me sacó el alma del pecho y la destrozó en mil pedazos llevándoselos todos con ella. Dejándome incompleto, vacío.

¿Dónde estará? Me pregunto sin perder velocidad. ¿Cómo se esfumó tan rápido?

Debería haber dicho algo, cualquier cosa para que ella pudiera escucharme y conectarse conmigo al mismo nivel al que me conecté yo con ella.

Y, sin embargo, la dejé escapar. Pero si algo tengo claro ahora, es que voy a encontrarla cueste lo que cueste.

—Te encontraré, sí.

—Y yo a ti, cariño —susurra Merk y me besa el pecho, otra vez.



Despierto en la misma superficie en la que perdí el conocimiento. Dura, rugosa y tremendamente fría.

Mis palmas intentan aferrarse a la roca para elevar el resto de mi cuerpo, pero eso no es posible. Al menos, aún no.

Abro los ojos despacio mientras trago saliva y sangre.

Siento un dolor punzante y tremendamente intenso encima del ojo derecho, justo donde mi cara está apoyada en la piedra.

Al tocarme la ceja, siento el conocido tacto de una brecha abierta y la viscosidad de la sangre que emana de ella.

Cierro los ojos e intento sacar fuerzas de donde está claro que no las tengo para levantarme.

Lo consigo a duras penas mientras mis oídos se adaptan al medio.

Gaviotas graznan lejos de aquí. Las olas rompen en las rocas y vuelven intactas al mar. El olor a sal es más intenso en este lugar. Brisa marina y sal.

—Brisa... —susurro antes de abrir por fin los ojos y mirar a mi alrededor mientras intento reincorporarme, aún con la mano encima de mi ceja.

Noto la sangre resbalar por mi cara y veo cómo se estrella en las rocas que me sostienen.

Miro a mi alrededor y el ojo que aún tengo intacto se abre al máximo por la sorpresa.

—Tierra, estoy en tierra.

Observo detenidamente mi cuerpo, que ahora está cubierto por un delicado camisón verde, y luego fijo la vista en mis piernas. El tono de mi piel es más claro que cuando las cambié por un conjunto poderoso y brillante de escamas, pero siguen siendo las mismas. Las acaricio lentamente con la yema de mis dedos y cierro los ojos a la vez que sonrío.

«Vuelven a estar aquí, como si nunca se hubieran ido».

Intento levantarme, pero me resulta imposible.

Observo la planicie en la que me encuentro. Una roca gigante que se alza unos doce metros desde el océano y en la que rompen olas que no llegan a mojarme.

Lejos de mí, demasiado como para saltar al otro lado, aunque estuviese en mi mejor forma física, hay una barrera rocosa que me rodea y que lo mantiene a él en pie.

Un círculo infernal de roca y mar. Un tubo volcánico.

La Cala del Tiburón martillo.

—¡Muy bien! Ya era hora de que nos honrases con tu presencia.

—Te maldigo a ti —digo mientras apoyo la mano ensangrentada, que antes presionaba la grieta que ha de atravesar mi ceja y extenderse por mi frente, en la roca. —Al dios que te dio la vida — me yergo con dificultad y lentitud y fijo mi ojo intacto en él, que está al otro lado, en la barrera rocosa. Bastante alejado de mí como para que pueda ponerle una mano encima. —Y a mí por confiar en ti.

Limpio la sangre que me inunda el ojo con el antebrazo sin apartar la vista de Nemsis.

Él está de brazos cruzados. Sus pies descalzos se aferran a la roca y la tela, que le cubre de medio muslo hasta debajo del ombligo, resplandece del mismo modo que lo hace su sonrisa de

sucesor de Satán.

—Vamos, pequeña, eso que tienes en la cara te lo has hecho tú sola. Jamás te haría daño.

—Porque eso de curarme o de evitar que me rompa la cabeza contra las rocas es algo que escapa a tu sentido de la humanidad ¿verdad?

—Tienes que aprender a sobrevivir. Mi cometido es afilarte, no contenerte entre paredes de algodón ¿recuerdas?

Me río mientras visualizo en mi mente cómo podría elevar una cantidad considerable de agua y lanzársela a él. Derribarlo con toda mi fuerza, con toda mi rabia.

—¡Estoy harta de que me trates como si no fuera más que un saco al que puedes golpear cada vez que te venga en gana! ¡Estoy harta de que me desprecies, de que me trates como una niña idiota e indefensa! —le grito mientras lo señalo con mi mano cubierta llena de sangre.

—Eso es solo lo que tú crees que eres.

—Oh, no. Eso es lo único que no soy.

Lo miro fijamente mientras moldeo la imagen que sigue en mi mente y alzo mi mano, que aún chorrea sangre. Intento hacer esa imagen realidad.

No me quedan fuerzas, pero quizá pueda servirme de la impetuosidad del mar, hacer esa naturaleza indomable mía, y usarla contra él. Usarla contra quien sea que intente hacerme daño.

Estoy exhausta y siento que mi cuerpo va a desvanecerse como lo hace un puñado de agua entre los dedos de un niño, pero siento la energía que emana del mar. Siento la electricidad desde la punta de los dedos de mis pies, corriendo hacia arriba por mis tobillos, viajando por mis piernas y rodeando mi cintura. Enlazándose por mi pecho y concentrándose en mis brazos. Quemando las palmas de mis manos igual que el colgante de cristal de mi madre quema mi pecho.

Frunzo el ceño y me concentro en hacer realidad lo que veo solo en mi mente.

Ignoro la risa de Nemsis. Ignoro su postura de superioridad. Ignoro hasta su presencia y me concentro en el movimiento de las aguas. En cómo se mecen a mi alrededor. En cómo rugen cuando se estrellan contra las rocas.

Siento y comparto su rabia. Siento y comparto su poder.

Elevo la otra mano y la risa de Nemsis desaparece. No sé si porque ha parado de reírse o porque yo ahora solo oigo la furia del mar intentando canalizarse hacia mi interior.

Cierro los ojos un instante y siento que me lleno por completo de una energía que sería capaz de destruirme, que quizá ya lo esté haciendo.

Noto cómo tiembla todo mi cuerpo, cómo se sacude y vuelve a su sitio una y otra vez.

Mis brazos se colocan, aún alzados, a cada lado de mi cuerpo y forman una línea recta con mis hombros.

—Elévate —susurra alguien en el fondo de mi cabeza y luego lo hace inevitablemente mi boca.

Noto de repente cómo mis pies dejan de tocar la superficie rocosa. La espuma de un mar que me obedece me acaricia las plantas y me envuelve hasta las rodillas.

No noto el dolor de la transformación ahora. No noto cómo mis piernas dejan de existir para volverse escamas y aleta.

Mis piernas siguen aquí porque el mar no me ha tocado en realidad, porque el mar no me envuelve. Es la energía del aire la que lo hace.

Abro los ojos de par en par para ver a Nemsis en el mismo sitio, pero más sobrecogido y muy, muy por debajo de mí.

Sonríó como si el mismísimo demonio me hubiese poseído.

Siento cómo me quema el brillo dorado en las cuencas y siento la sangre llenando mis labios.



Noto su sabor amargo, salino y metálico. Siento cómo sigue su camino descendiendo por mi clavícula.

Me elevo varios metros por encima de donde desperté y el mar se alza conmigo. Esperando órdenes. Esperando obedecerme.

—¡¡Aura!! —grita Nemsis desesperado mientras retrocede atónito.

Yo ladeo la cabeza, como si mi nombre ya no fuera comprensible para mí, como si sus palabras no significaran nada.

Elevo el mentón, huelo la brisa que me envuelve, huelo la espuma, el mar y el terror.

—¿Es miedo eso que huelo? —sonrío y enseño todos los dientes al hacerlo.

—¡¡Detente, Aura!! ¡¡No estás en condiciones de hacer esta barbaridad!!

Su voz es un leve rumor en la lejanía, aunque supongo que grita desesperado.

Él comienza a hacer formas en el aire con las manos, pero antes de que consiga averiguar qué es lo que pretende, lanzo mi brazo hacia delante y una ola se estrella contra el muro que lo sostiene a él.

Me mira atónito. No lo ha rozado, pero no porque yo haya fallado, claro.

Inspiro profundamente otra vez.

—Sí, es miedo.

Lanzo el otro brazo y otra ola gigante se estrella justo al otro lado de donde está él.

—¡¡Voy a hacerte pagar por esto, maldita niña endemoniada!!

Mis manos, que aún señalan en su dirección, se cierran en puños. Una sonrisa maquiavélica me nace desde lo más hondo justo cuando mis palmas se abren de golpe y toda el agua que soy capaz de controlar se estrella en las rocas un segundo después de que Nemsis salte de cabeza al mar.

Algo que debería haber sabido es que el océano es mucho más fuerte que yo. Tiene demasiado poder para contenerlo solo con mi cuerpo. Al menos con la energía que me quedaba antes de elevarme.

Ahora el poder del océano me desborda de tal manera que caigo con fuerza contra la misma roca en la que me desperté y el agua me cae encima, presionándome contra la superficie agrietada que me hiere la piel.

Me agarro como puedo al saliente de la roca, pero el torrente de agua y el cansancio que me destroza el cuerpo en pedazos, hacen que el mar me arrastre al fondo mientras la oscuridad vuelve a apoderarse de mí.



Un sanador por fin ha visto a Merklon y ha diagnosticado que lo que tiene es que ha consumido por voluntad propia o por accidente algún tipo de alucinógeno y que, por suerte, ya ha pasado el efecto. Aunque se encuentre un poco mareado y confuso, no corre ningún peligro.

Yo miro a Merk con los brazos cruzados mientras él nada de un lado al otro del salón de su casa y blasfema sin parar.

—¿Te queda mucho? —le pregunto mientras me muerdo la uña del pulgar.

—¡¿Cómo es posible?!

—¿Qué te hayan drogado, que me hayas acusado de pretender abusar sexualmente de ti o de que me hayas toqueteado más de la cuenta de vuelta a casa?

Me rio mientras él se echa las manos a la cabeza.

—¡Por Neptuno! ¿No hemos...?

—¡Por los siete mares, Merklon! ¡Por supuesto que no!

—Bien, bien...

Yo me froto las sienes e intento mantener la calma.

—¿Recuerdas cómo pasó? ¿Comiste algo que...?

—Como peces, Azariel. Peces de todas clases, pero no voy por ahí drogándome por voluntad propia, maldita sea.

—Tenía que preguntar —me encojo de hombros.

—Pues intenta preguntar algo más inteligente la próxima vez.

—¿Ha sido ella?

Merk se detiene y me mira atónito, como si acabase de decir la cosa más absurda del mundo.

—¿Cómo se te ocurre? Ella es inofensiva, ella no... —se calla de repente.

Ahora su mirada se pierde más allá de mí y yo frunzo el ceño esperando a que él me diga qué acaba de recordar.

—Merk...

—Su tío. No le caí demasiado bien y hubo un momento, un instante ínfimo, en el que se acercó a mí y luego yo tosí como si hubiese tragado algo, como si...

—¿Como si te hubiese hecho tomar algo sin que te dieras cuenta? ¿Cómo es eso posible?

—¡Y yo que sé, Azariel! Te digo lo que recuerdo. Eso fue lo único que me parece más plausible. Ella no...

—No la conoces, Merklon. Por lo que a mí respecta podría haber sido una hechicera o algo peor. Pudo haberte drogado sin que te dieras cuenta, quizá...

—¡No! —grita. —He dicho que ella no ha tenido nada que ver en esto. Lo sé.

Bufo y me doy la vuelta para marcharme.

Está claro que, aunque la sirena a la que él llama Jade sea la culpable, no va a admitirlo. No va a creerlo.

—Descansa, Merk. Nos vemos mañana.

—Azariel. —Dice con la voz firme y yo me giro hasta mirarlo frente a frente. —No ha sido ella, pero su tío no me dio buena espina.

Asiento antes de salir de su casa y respirar de verdad por primera vez desde que el sanador se fue.

Cuando llego a La Perla del Mar saludo a las soldados que ahora presiden la entrada. A penas puedo mantener los ojos abiertos. Nadar tirando de un sirénido, que a ratos intenta huir de ti con todas sus fuerzas y a ratos tocarte en lugares demasiado íntimos, es agotador.

Todo empeora cuando la voz aguda y tremendamente molesta de Perrick llega a mis oídos.

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Qué pasa, Perrick? No tengo tiempo ahora de...

—Y menos que va a tener —alzo una ceja y me cruzo de brazos. —Perdone, señor, no debí...

—Acaba de una vez, Perrick.

Él asiente y, después de inspirar profundo como si lo que fuera a decir necesitase de una dosis extra de oxígeno y mar, se pronuncia.

—Ha habido movimientos perturbadores. Han hallado cuatro ballenas y decenas de peces muertos. Se desconoce la causa, pero...

Yo nado hacia dentro del castillo lo más rápido que puedo dejando a Perrick con la palabra en la boca.

En menos de dos minutos llego hasta donde mi padre nada de un lado a otro con el semblante serio y abatido a la vez.

—¿Padre?

Me mira de súbito, como si no esperase encontrarme aquí ahora. Como si no deseara ver a nadie.

Una sonrisa irónica se abre paso en su rostro.

—¿Perrick te ha informado? Ya ha empezado, Azariel. Ella ha regresado y busca venganza.

—Nadie ha confirmado que se trate de esa sirena, puede que...

—¿Es que no lo ves?! Estás tan ciego pensando en que ella no es más que una sirena pacífica que ha olvidado lo que le arrebaté, que no te das cuenta de que se acerca. Al noreste de Atlenia, Azariel. Han encontrado a las ballenas allí. Muertas, como si algo o alguien les hubiese sacado todo el oxígeno y el mar de dentro y las hubiesen lanzado contra las rocas sin piedad. ¿De verdad crees que existe otra fuerza capaz de hacer algo así?

Me quedo callado. No creo que exista una respuesta que rebata su teoría. Ella ha vuelto. Después de quince años acumulando rabia, esperando el momento oportuno para atacar, por fin ha vuelto. Pero, ¿por qué ahora?

—Así que no tienes nada agudo que decir ¿eh?

—Lo único que quiero que tengas claro, padre, es que todos los sirénidos que mueran en esta batalla, habrán muerto por tu culpa.

Me doy la vuelta y nado lo más rápido que me permite el caos que ahora se acumula en mi cabeza antes de verle la cara a la persona que ha condenado a toda nuestra ciudad.

—¡Azariel! —me grita antes de que cruce las puertas de la sala del trono.

Yo sigo nadando sin detenerme ni ofrecerle una respuesta.

Al llegar a Los Arcos, Terrance sigue de guardia, se le ve cansado y harto de toda esta situación. El resto de los sirénidos y sirenas que defienden la entrada de Atlenia temen lo que pueda venir. No lo admitirán nunca, pero su mirada los delata. Más aún lo hace cuando le digo a Ter que necesito que reorganice las fuerzas de la ciudad porque, lo que pensamos que jamás

llegaría, está más cerca de lo que creíamos.

—¿Estás seguro?

—No, pero no puedo quedarme aquí y esperar que sea una simple coincidencia. Necesito que reúnas a veinte soldados, salimos en una hora.

Él asiente y comienza a nadar hacia sus subordinados.

—¡Terrance! —grito y él se da la vuelta inmediatamente. —Que no tengan descendencia. Si de verdad es ella, es probable que no volvamos con vida.

Asiente y luego desaparece de mi vista.

—Marina, —ella se yergue aún más y asiente —estás a cargo de Los Arcos hasta nueva orden.

—Sí, señor.

Yo asiento en señal de agradecimiento y nado lo más rápido que puedo hasta la casa de Merk.

Él y yo seremos las cabezas de una batalla que podrá sumirnos en la paz o en el caos más absoluto.



Noto una suavidad envolvente cuando mi cabeza vuelve a ser consciente de todo lo que me rodea.

Hundo la cara en lo que parecen ser plumas o nubes envueltas en la tela más fina y delicada que jamás haya rozado mi piel.

Una sábana, del mismo tacto que la almohada, me cubre hasta el ombligo. Noto la calidez y la comodidad de un lugar que no conozco.

Abro los ojos despacio. La claridad que se expande por el dormitorio me ciega por un instante, pero luego es el oro el que se encarga de eso.

Oro por todas partes.

La cama en la que me encuentro tiene un dosel dorado, las sábanas son tan blancas que casi proyectan la luz del sol que las baña.

Hay una gran alfombra beige que cubre parte del suelo. Una cajonera dorada, debajo de un espejo del mismo color que me devuelve el reflejo de una chica cansada, herida y desorientada.

Mi piel se ha vuelto blanquecina por lo que resaltan más las ojeras que me tiznan la cara y la brecha, suturada ya, que atraviesa mi ceja. Mis labios están amoratados, como si alguien me hubiese sacado todo el oxígeno de dentro, o como si me hubieran metido en un ataúd de hielo. Quizá ambas cosas.

El dolor, que atraviesa mi cabeza, como un rayo lanzado por el mismísimo Zeus, recorre cada milímetro de mi cuerpo, por dentro y por fuera.

Froto mis piernas la una con la otra. Ya casi se me había olvidado el tacto que tenían, la movilidad, el caminar con ellas.

Polvo. Esa es la sensación exacta. Como si todos los huesos de mi cuerpo se hubiesen machacado hasta hacerse polvo. Una ligera brisa bastaría para deshacerse de mí.

Yo solo deseo que alguien sople en este momento.

Me quito la sábana de encima. Primero veo el camisón verde esmeralda que cubre mi piel y luego miro mis piernas. Tienen el mismo tono pálido que el resto de mi cuerpo y no sé por qué esperé otra cosa.

Un flash me viene a la mente. Uno en el que me pongo de pie, afianzo ambas piernas en la roca y elevo el mar y luego a mí misma. Uno en el que hay gritos y sonidos que no identifico. Uno en el que la energía me estalla en el pecho como una bomba nuclear en un páramo helado.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

Pongo los pies en el frío suelo de mármol blanco y un escalofrío me recorre. El recuerdo de mí misma caminando por el filo del Acantilado Gris me inunda la mente y una lágrima me recorre la mejilla, pero el colgante de cristal que descansa encima de mi pecho me quema de repente y un quejido sale de mi boca sin que pueda evitarlo a la vez que la lágrima desaparece de mi rostro. No se desliza. Se evapora. Como lo haría un balde de agua al lado de una hoguera.

Me impulso con las manos para levantarme de la cama. Los primeros pasos son difíciles y los últimos, antes de acercarme al ventanal por el que chorros de luz iluminan todo a su paso, también.

Lo único que se ve en el horizonte es el mar. Azul, calmado, expectante.

No huelo la brisa, pero sé que está ahí. Que choca con el cristal deseando que la inhale, que me alimente de ella ahora que puedo.

Miro hacia abajo y las olas impactan con las rocas que nos elevan del océano.

Nemsis tiene un curioso gusto sobre donde erigir su hogar. Jamás lo hubiese buscado en tierra firme y, sin embargo, aquí estamos. Supongo que no es extraño. Su complejo de superioridad llega hasta el límite de construir un castillo por encima del nivel del mar y, a su vez, justo en medio de él. Muy adecuado.

—Veo que ya estás despierta.

Me giro y lo veo apoyado en el marco dorado de la puerta. Todo a su alrededor brilla y, ¿para qué engañarnos? Él también lo hace.

—Sí. Supongo que sí.

—Estás entera y caminas, es mucho más de lo que esperaba cuando te traje aquí.

—¿Cómo he llegado aquí? No recuerdo...

Una risa irónica y ahogada sale de su garganta mientras, con un par de pasos, se mete en el dormitorio que ha hecho mío.

—Pues a ver, enumeremos los acontecimientos. Primero te traje a mi humilde y precioso hogar. Después, como ya viene siendo más habitual de lo que al público le gustaría, te desmayaste porque ni siquiera eres capaz de aguantar el pellizco que supone la transformación de la parte inferior de tu cuerpo, y te abriste una brecha feísima contra la roca. Que, por cierto, he tenido que coser yo mismo. Me debes unas sábanas nuevas, jovencita. Las manchas de sangre no salen tan fácilmente como dicen —me señala la cama. —Luego no sé si Ares, el dios de la guerra, se te metió en el cuerpo o si esa es tu verdadera naturaleza, si es lo segundo tienes todo mi respeto — hace una reverencia. —Pusiste tu don de las corrientes y del agua a prueba. Levantaste un cuarto de océano contra mí, cosa que estaba totalmente fuera de lugar, por cierto. Y, después de intentar ahogarme o aplastarme contra las rocas con el mismo mar que nos parió a ambos, te desmayaste y el agua te arrastró al fondo. A ti y a las cuatro ballenas que alzaste contigo. Qué muerte más terrible ¿te lo imaginas? Aplastadas por tu fuerza y la del mar en el que vivían —niega con la cabeza. —He tenido que alejarlas de aquí para evitar llamar la atención más de lo que lo has hecho ya. ¿Te haces una idea de lo duro que es trasladar a cuatro malditas ballenas? Claro que, antes de eso, esta alma cándida que tienes delante te rescató, te curó y te acostó en una camita calentita y mullidita. Como un angelito del cielo te he tratado y ¡¿qué has hecho tú conmigo?! — grita con todas sus fuerzas. —¡¡Intentar matarme!! ¡A mí! ¡A la jodida persona que te ha enseñado todo lo que sabes! ¡Al maldito hombre que te ha dado todo lo que tenía! ¡¡Al maldito sirénido

equivocado!!

Los ojos están a punto de salirse de las cuencas. Lo que antes era una sonrisa calmada, estudiada y serena, se ha convertido en un gruñido feroz con instintos homicidas.

Yo retrocedo hasta que mi espalda choca con el ventanal, pero él sigue gritando y avanzando.

—¿Qué te has creído?! ¡¡Responde!! Podría haberte dejado en aquella casucha para que te partieran en trocitos. Podría haberte abandonado en medio del océano a tu suerte ¡¡podría haber hecho cualquier otra maldita cosa!! Pero no, claro que no. Yo te acogí. Te ayudé. Te entrené y ¿con qué me pagas? ¡¡Responde!!

Sus alaridos chocan con esta furia interna que esperaba agazapada en lo más hondo de mi interior.

Una y otra vez Nemsis me grita y avanza a pasos lentos pero certeros hacia mí. Yo no puedo retroceder más, pero desearía hacerlo. Desearía romper el cristal de un codazo y saltar al mar que me espera abajo.

La rabia que germina dentro de mí se abalanza hacia la superficie mientras yo lucho para empujarla hacia abajo, para que no salga, para que no se manifieste.

«Respira, se calmará. Él tiene razón, intentaste matarlo. Tiene derecho a gritarte». Me repito una y otra vez.

—Deberías haber corrido la misma suerte que tu madre.

Los ojos se me abren del todo y aprieto tan fuerte los puños que las uñas desgarran la piel y la sangre me resbala entre los dedos.

Eso me distrae el tiempo suficiente para que deje de luchar un segundo contra la rabia descontrolada que vive dentro de mí y que ésta salga disparada hacia el exterior.

Noto el calor abrasador en mis ojos, ese que solo siento cuando dejan de ser ambarinos y pasan a ser intensamente dorados.

Algo que no sabía es que cuando estoy en tierra, ese dorado no me deja ver con claridad. Bajo el mar todo es cristalino, pero en la tierra todo se vuelve borroso si mis ojos se inundan de poder.

No puedo ver la expresión de Nemsis ahora. Sé que habla, pero ya no puedo escucharlo. En mi mente se repite una y otra vez la frase culpable de que un don en especial haya detonado dentro de mí y esté a punto de hacerlo hacia afuera.

El cristal que cuelga de mi cuello es como una llama incandescente que me abrasa el pecho. Noto cómo el camisón que llevo puesto se adhiere a mi piel. No sé si debido al sudor o al calor que desprendo.

—Repite eso —digo con una calma aplastante.

—Deberías. Haber. Corrido. Con. La. Misma. Suerte. Que. Tu. Madre.

Una sonrisa ladeada y hueca me nace desde lo más hondo y luego un leve aroma a quemado me inunda la nariz.

Siento que mi piel se queja a la altura de mi muslo, pero lo ignoro. En realidad, el dolor del fuego contra mi piel es casi un éxtasis.

—Otra vez.

El fulgor de mis ojos me quema las cuencas, alrededor de mis hombros me estallan calambres una y otra vez sin descanso. El pecho se me hincha despacio y luego se deshinchas de igual manera. Respiro tranquila y acompasadamente, pero por mis venas ya no corre sangre. Es algo más poderoso e intenso. Más rápido y furioso.

—Te he salvado la vida, no deberías olvidar eso.

Elevo mi mano y fijo mi vista en ella. Algo que me molesta sobremanera es que no puedo ver con claridad, pero la llama que danza encima de mi palma es, como poco, hipnótica.

Me la acerco y soplo, pero no se apaga. Sonríó mientras mi vista vuelve a fijarse en Nemsis.

—Tampoco voy a olvidar lo que has dicho de mi madre y de mí.

—¿Vas a quemarme vivo? ¿A tu única oportunidad de sobrevivir allí abajo? No es muy coherente por tu parte.

—El ansia quema a la coherencia. La coherencia ya no es sino ceniza que se escapa entre tus dedos —ladeo la cabeza —¿o son tus dedos los que se escapan convertidos en ceniza?

—No me obligues a detenerte, Aura.

Una risa hueca sale de mi garganta.

—¿Tú a mí? Sería buena idea que lo hicieras ahora.

Muevo los dedos mientras las llamas los envuelven. La caricia del fuego es como una inyección de adrenalina directamente en el torrente sanguíneo.

—No quiero hacerte daño. Aun no, pero si me obligas lo haré.

Las llamas bailan mientras recorren mi brazo hasta llegar al codo. Inhalo el poder, la energía, y sonrío como jamás lo había hecho antes.

—Me encantaría ver alguno de tus trucos ¿tienes algo con lo que apagar este fuego? Como puedes ver, estoy que ardo.

—Te recuerdo que el agua le puede al fuego.

—No aquí.

Veo cómo Nemsis se mueve, cómo sus brazos se elevan y hace algo con ellos. Yo no puedo verlo, no puedo saber qué está haciendo exactamente y eso me pone más furiosa aún.

—Es tu última oportunidad.

De repente siento una oleada de aire fresco recorrerme el cuerpo entero desde dentro hacia fuera. Como una brisa gélida capaz de apagar todo mi fuego.

Parpadeo deprisa y, mientras lo hago, puedo ver claramente que Nemsis tiene las manos con las palmas abiertas y los dedos curvados apuntando hacia mí.

Mis ojos se debaten entre el dorado de la furia y el ámbar pacífico, así como mi cuerpo se debate entre el frío sobrecogedor y el calor ardiente del fuego.

—Nemsis... —susurro.

Como si me viera desde fuera, como si fuera consciente por un momento de que algo en mí no está bien. Que algo en mí falla.

Esa parte, oscura y tenebrosa, que ha habitado siempre dentro de mi alma, se vuelve tan intensa que no puedo evitar empapararme de ella. Esa que ansiaba mantener a Eva bajo el agua hasta que dejaran de salir burbujas a la superficie, solo porque ella podía nadar y yo no. Esa que odiaba a Nael porque no me besaba a mí, porque quizá besara a otra a mis espaldas. Esa parte malévola que quiso usar a Azariel en aquella playa para satisfacer estos instintos primarios y salvajes que han corrompido siempre una parte de mi alma. Estos que ahora mismo torturarían y matarían a Nemsis sin remordimiento alguno.

—Decide, pequeña destructora. Es hora de que elijas qué quieres hacer con ese fuego.

Sus manos se mueven en mi dirección formando círculos en el aire. El fuego sigue consumiendo mi brazo, pero se extingue poco a poco en mi interior.

—Para. Haz que pare —consigo susurrar.

Mientras la brisa gélida toma forma de un millar de agujas que se clavan en mi piel desde dentro, que atraviesan el hueso y lo destrozan.

—Respira.

—No puedo... no puedo respirar.

Me llevo las manos a la garganta al sentir que el fuego consume todo el oxígeno del que se

vale mi cuerpo para seguir viviendo. Todo se nubla por unos instantes mientras las llamas que envuelven mi brazo comienzan a desaparecer.

—Eres demasiado poderosa hasta para ti misma. Acabarás destruyéndote si no consigues canalizar tus dones.

—Nemesis, no puedo... respirar.

—Lo sé. Cúlrame a mí de eso.

Se me doblan las piernas y caigo al suelo de bruces. Mi mano, que aún está en llamas, quema la alfombra mientras se agarra a ella con la poca fuerza que le queda.

—Por favor...

—Tienes, a mi entender, cinco dones. Eres capaz de controlar el agua, el fuego, la tierra, el aire y, además, eres estúpida. Ese es tu don más recalable.

Alzo la mano en su dirección en señal de súplica, pero él retrocede.

—Por... por fa...

—Deja de suplicar. El arma más poderosa que ha dado a luz el mar suplicando... eso no es lo que cuentan las leyendas, niña. Las leyendas hablan de una mujer que dio a luz a una sirena capaz de conquistar el mundo o arrasarlo. Hablan de su poder, de su invencibilidad, de la gloria o la destrucción que podría alcanzar el día que regrese. El día en el que se muestre al mundo de nuevo y mírate, ¿a ti es a lo que temen? ¿A una niña engreída que cree que puede destruir al sirénido que la...?

Mi cabeza choca con el suelo antes de que pueda escuchar el resto de la frase.

Noto que la brecha vuelve a abrirse y que, acto seguido, mis pulmones empiezan a bombear aire de nuevo.

Una bocanada amplia y reconstituyente me devuelve a la vida un segundo después.

Todo es silencio de repente. Ausencia total de sonido. Hasta la ira ha bajado el volumen. La rabia, la furia, todo se apaga de repente, incluido mi fuego.

—Levántate.

Yo obedezco, despacio, pero lo hago.

La sangre que resbala por mi ceja me inunda el ojo y luego corre por mi mejilla para morir en mis labios.

—La próxima vez que intentes atentar contra mi vida será la tuya la que vea su fin ¿entendido? Es tu última oportunidad. Te ofrezco en bandeja lo que siempre has deseado, lo que tu corazón más ansía. La venganza. Págalo como se merece. Empezando por respetar a tu maestro.

Asiento a regañadientes.

—Ah... y límpiate la cara, estás horrible. Y luego mi alfombra. Es carísima.

Antes de que pueda articular una palabra más se da la vuelta y, con un portazo, sale de la habitación.

Me desplomo, pero esta vez con la consciencia en su sitio.

La impotencia me desborda instantes después y, esta vez, las lágrimas se unen a la sangre que ahora decora la alfombra.





Tácticas. Las batallas no son más que eso. El plan que urde el comandante de la guardia y los soldados que lo llevan a cabo. En eso se basa la guerra. En estrategias, en ser más inteligente que el adversario, en conseguir la ventaja y atacar primero o, en el caso contrario, en conseguir que el oponente use todas sus armas, se agote y atacar después con toda nuestra fuerza.

Claro que eso no va a salir bien esta vez. Esta vez podríamos ser un millar de sirénidos contra una sola y seguiríamos muriendo todos antes siquiera de rozarla con nuestras espadas.

Nado con cuarenta sirénidos a mi espalda y uno al lado y siento que nado solo hacia la más absurda de las muertes. Otro escuadrón tiene orden de venir a nuestro encuentro en un par de días, y juro que desearía que no hicieran falta.

Nos dirigimos hacia el foco del conflicto donde han aparecido cuatro ballenas y decenas de peces muertos.

A nadie le hubiesen importado los peces, claro. Al fin y al cabo, son comida, hubiésemos hecho un festín quizá, pero las ballenas son otro asunto. Como todas las discordancias de la vida, los más grandes importan más que los pequeños. Supongo que ahora mismo, nosotros nos parecemos a una bacteria perdida en medio de la marea y ella se asemeja bastante a la diosa de la muerte submarina.

Noto que Merk me mira de vez en cuando, pero yo sigo nadando con la vista al frente.

Normalmente el viaje sería de cuatro días de ida y otros cuatro de vuelta, pero doy por sentado que todos los compañeros que tengo a la espalda se han despedido de los suyos como si solo fuéramos a hacer la primera parte del viaje.

—Estaría bien mandar una patrulla por delante para que inspeccione el terreno antes de meter a la caballería allí, Az. —dice mientras echa un vistazo a su espalda.

La mueca con la que vuelve a mirarme sé interpretarla a la perfección. Lo que llevamos con nosotros no es una caballería, es más bien un chiste malo si nos comparamos con ella, pero ¿qué iba a hacer? ¿Mandar en tropel a todas las fuerzas de las que dispongo para atacarla si ella está allí? Y ¿si no está? Dejar a Atenia sin la verdadera caballería sí que sería un error.

Yo miro a Merk y asiento.

—Tú, yo y otros diez nos adelantaremos. Pon al frente de los demás a Nerea.

Merklon asiente y va hacia ella a explicarle lo que tiene que hacer a continuación mientras yo escojo a los sirénidos que nos acompañarán en el primer grupo a explorar la zona.

—¡Atención! —todos se detienen. —El plan es el siguiente. Estamos a día y medio de camino. Mauren, Tauros, Melisán, Berto, Liz, Selene, Yurios, Vicram, Heros y Nimeria vendrán con Merklon y conmigo. Nos adelantaremos para inspeccionar la zona en busca de la posible amenaza. El resto será capitaneado por Nerea hasta el destino, llegarán después en forma de refuerzos.

Todos asienten profundamente y se golpean la parte izquierda del pecho con el puño derecho.

—Pase lo que pase, el objetivo sigue siendo capturar a la sirena viva ¿¿entendido?!

Todos se golpean el pecho dos veces y yo asiento después.

Merk vuelve a mi lado y se yergue todo lo posible.

—Grupo uno ¡conmigo! —grita él.

Los cinco sirénidos elegidos nadan rápidamente hacia nosotros y Nerea se pone al frente de los demás.

Nos separamos inmediatamente después y nadamos todo lo aprisa que nos permiten nuestras aletas hacia el noreste. El resto del grupo se queda atrás.

Al llegar a la zona donde yacen las ballenas descubrimos que no hay nada ni nadie que desvele qué o quién ha hecho este desastre.

Las ballenas están flotando boca arriba con medio cuerpo en la superficie.

Inspeccionamos cada animal. Tienen los ojos rojos y casi fuera de las cuencas. Huesos aplastados y carne llena de heridas. Como si les hubiesen lanzado contra las rocas una y otra vez hasta destrozarlos por completo.

Nadamos entre peces muertos, más de los que se pueden contabilizar. No son decenas, sino cientos.

Merklon grita algo desde el otro lado, pero no puedo oírlo con claridad. Intento apartar todos los peces de mi lado para poder abrirme paso.

La escena es demoledora. Cadáveres y más cadáveres chocándose entre sí.

—¡Azariel! —vuelve a gritar.

—¿Qué pasa?

—Mira esto —Merklon toca el costado de una de las ballenas y luego se frota los dedos entre sí. —No sé lo que es, pero lo que sí sé es que no debería estar aquí.

Una sustancia verde se adhiere a sus dedos. Miro la ballena y veo que tiene una larga línea de esa sustancia adherida rodeando todo su cuerpo.

Inspecciono las otras ballenas y lo que quiera que sea esa cosa verde también está en ellas.

—Las otras también lo tienen ¿qué demonios pasa aquí Merk?

—No tengo ni idea, diré a los demás que inspeccionen en un radio de cien metros a ver si encuentran algo.

—Bien, bien.

Me llevo la mano a la cabeza y me froto las sienes. Esto es tan frustrante.

Más preguntas y ninguna respuesta.

—¿De dónde vendrán?

—Quizá las ha matado aquí, no lo sé. Esto no tiene sentido ¿por qué matar a estas ballenas? ¿para demostrar qué?

—¿Su poder? O quizá solo quería alejarnos de la ciudad, quizá solo quería llamar la atención o dejar un mensaje.

—¿Un mensaje? —le pregunto.

—Sí. Algo como... ya estoy aquí, cabrones, voy a por ustedes.

Me llevo las manos a la cara y bufo.

—Si tú fueras una sirena con poderes sobrenaturales ¿de verdad perderías el tiempo en esto? —le pregunto cada vez más frustrado.

—Si fuera una sirena no iría así peinado, eso para empezar. Llevaría las escamas más arregladas y quizá un lazo.

—¿Un lazo?

—Quedan bien ¿vale? Me gustan las sirenas con lazos en el pelo —se encoje de hombros. — Por otra parte, quizá no es un mensaje, quizá solo se estaba probando a sí misma.

—¿Probándose? Se supone que es letal, Merk, no necesita probarse. Puede destruirnos de un soplido si le da la gana.

—Quizá no sea tan letal como nos hacen creer o quizá esté jugando con nosotros. Mira no lo sé. Esto tiene tan poco sentido para ti como para mí. Además, ¿cómo les ha hecho esto? Parece que las hayan lanzado contra las rocas y aquí no hay nada. Solo océano.

—No tengo ni la más mínima idea de qué les ha pasado, pero coge una muestra de esa cosa verde. Quiero llevarla a la ciudad y averiguar qué es.

Merk asiente, nada hasta el fondo, coge una caracola vacía y luego recoge una muestra con ella.

Yo nado lejos de las ballenas y luego en círculos alrededor de ellas.

Tiene que haber algo, algo que nos dé una pista de qué ha pasado aquí.

Registro la planicie y descubro algo raro en un pequeño sector.

—¡Merklon, ven!

Merk se acerca a mí enseguida y observa lo mismo que yo.

—Vale, esto es más extraño aún. Si es que eso es posible.

Un pequeño sector de arena está removida y teñida de verde. Exactamente del mismo color que la sustancia que tienen adherida las ballenas.

Yo extiendo la mano y cojo un puñado de arena.

La examino y no hay nada extraño en ella. A parte de su evidente color verde, solo un tacto más polvoriento la distingue del resto de arena que nos rodea.

—Señor, no hemos encontrado nada —dice Mauren.

—Sigue buscando, más lejos esta vez. Algo se nos escapa.

Ella se va después de decir algo a lo que no le presto atención. Estoy demasiado concentrado en buscar respuestas a preguntas que parecen multiplicarse por cada segundo que pasamos en este lugar.

¿Quién vendría hasta aquí para hacer esto? ¿Cómo lo ha hecho? ¿Por qué? ¿Dónde está ahora?

Sacudo la cabeza, necesito pensar con claridad y no lo estoy consiguiendo.

Cierro los ojos e intento visualizar la nada, normalmente eso me tranquiliza, pero un rumor lejano casi inaudible hace que abra los ojos por completo.

Un susurro, no, un quejido. Un quejido lejano me inunda los oídos como si estuviera gritando a mi lado.

Las escamas se me erizan y vuelvo a sentir ese escalofrío que me recorre desde la punta de la aleta hasta la cintura, se me enrosca alrededor del torso y muere agarrándome el cuello, casi dejándome sin respiración.

Agudizo el oído intentando averiguar desde qué dirección viene esa voz que me volvió loco para luego desaparecer.

Giro mi cabeza en todas las direcciones posibles hasta que siento su voz llegar con más fuerza a mi alma.

El pecho se me desboca, la sangre se vuelve más líquida y rápida en mis venas y una melodía insaciable me obliga a nadar en su busca.

—¡Azariel! ¡¿Azariel, dónde vas?! —me grita Merk.

—¡Quédate con los demás! —le grito casi en un gruñido.

Nado cada vez más deprisa desafiando todos los límites. Ignorando la fuerza con la que atravieso el océano y que me presiona la cabeza y el cuerpo queriendo aplastarme.

Ese quejido llega a mí con más fuerza, aún es lejano, pero el cosquilleo que se ha transformado en un huracán dentro de mi estómago se vuelve indomable.

«Di algo, lo que sea. Ella te escuchará» pienso, pero no me sale la voz.

El éxtasis del momento, la emoción, la insaciable necesidad de llegar hasta ella, de verla por primera vez, enmudece todo lo demás.

Esquivo rocas, corales, peces, algas y tiburones mientras sigo el camino por el que me guía esa voz que cada vez es más cercana. Esa voz que deja de ser un susurro en la lejanía para volverse música que acaricia mis oídos.

Sonríó mientras sigo desafiando la fortaleza de mi cuerpo nadando tan deprisa. Creo que jamás había sonreído así y eso me hace reír sin motivo.

Por fin. Por fin voy a encontrarte.



Después de pasar varios días enteros encerrada en esa habitación bañada en oro decidí inspeccionar el resto de la casa.

Las demás estancias eran igual de pomposas. Todo era absurdamente brillante y parecía demasiado caro como para tocarlo siquiera.

La primera habitación tenía exactamente los mismos muebles que mi dormitorio, pero con la diferencia de que las sábanas, la alfombra y todos los demás detalles como velas, cortinas, figuras extrañas de peces globo y gatitos, eran verdes. Tan verdes como las escamas de Nemsis, por lo que intuí que era su dormitorio.

Salí tan rápido como me vino ese pensamiento y el recuerdo de que todo el oxígeno que me mantenía con vida salía de mis pulmones.

Mi siguiente meta era seguir respirando el tiempo suficiente como para que me salieran canas de forma natural y tuviera que usar bastón o la ayuda de un caballito de mar para desplazarme.

Atravesé los largos pasillos sobre una alfombra roja que, sin duda, parecía recién comprada y tejida con hilo de dioses.

Todo aquí tenía aspecto teatral, romántico y tremendamente ostentoso.

Había lámparas de cristal que caían del techo como lágrimas. Cuadros con pinturas del mar y la tierra intercaladas, como si uno pudiera pertenecer por igual a ambos lugares, como si ninguno se llevara más alma que el otro.

Abrí habitaciones completamente vacías y otras llenas a reventar de cosas a las que no les veía la más mínima utilidad. Supongo que estaba acostumbrada a vivir modestamente y esta cantidad ingente de decoración me parecía inservible.

El baño, que descubrí cuatro puertas más allá de la mía, era gigantesco. Una gran bañera redonda de mármol blanco presidía la sala, tenía forma de concha y, muy a mi pesar, tuve que admitir que era lo más bonito que había visto en mi vida. El lavamanos era como una columna griega de mármol blanco que encajaba perfectamente con el resto de la casa y el espejo, que estaba rodeado de caracolas naturales, se hallaba colgado unos centímetros por encima del grifo dorado del que salía agua caliente.

Hoy vuelvo a meterme en él y a disfrutar por un segundo del agua para mí sola. Pongo el tapón del lavamanos que evita que el agua se vaya por el sumidero y meto la cara dentro. Froto la costra de sangre que tengo alrededor del ojo mientras me acuerdo de todos los dioses difuntos que pueda adorar Nemsis mientras me limpio la brecha de la cara.

Quito el tapón y grito debajo del agua mientras esta se escapa sumidero abajo. Me detengo justo a tiempo de que mi grito se profese en la superficie y Nemsis pueda oírme.

Al inclinarme un poco más para coger una toalla que está colgada de la cola de lo que parece ser un caballito de mar de cobre, me suenan todos y cada uno de los huesos de la columna.

Estoy demasiado cansada, demasiado como para articular siquiera un movimiento más.

Miro la bañera con todas las ideas puestas en sumergirme dentro hasta quedarme dormida, pero algo dentro de mí tira con fuerza para que salga del cuarto de baño.

Atravieso dos pasillos más hasta llegar a una puerta de hierro forjado. Esta es negra, simple y sin ninguna decoración dorada, por lo que me llama la atención más que las demás.

La empujo con todas mis fuerzas y la puerta chirría mientras se abre.

Unos peldaños de piedra descienden hacia lo que parece ser una cueva.

Bajo un peldaño, y luego otro y otro hasta que me veo inmersa en la oscuridad. Las gotas que se filtran por el techo me mojan la piel mientras sigo bajando sin tener nada a lo que agarrarme.

El olor a humedad me embriaga. El olor a sal viene justo después, como un golpe en lo más profundo del ansia. El mar está cerca. Tremendamente cerca y me llama.

Apuro el paso mientras las plantas de mis pies saborean la gélida roca de cada escalón. Puedo visualizar el mar mientras aparto los helechos que crecen en alguna parte del techo y cuelgan hasta obstaculizarme el paso.

Al llegar tengo que detenerme por inercia. Me encuentro en una cueva sombría y agreste. La piedra es más oscura y resbaladiza en el suelo, las paredes rugosas me raspan la piel mientras mis manos se deslizan por ellas. Justo enfrente un lago azul turquesa, cristalino y brillante.

La visión más perfecta que he tenido el lujo de visualizar.

Hay algo en esa agua, algo que me llama a gritos, que me implora que me meta dentro. Que me deje llevar por sus aguas.

Sin pensarlo, sin ordenar a mi cuerpo que se mueva, doy un paso. Luego otro y otro, y otro más hasta que introduzco un pie dentro de esta agua que brilla casi cegándome. Meto el otro pie y enseguida empiezo a sentir el dolor que precede a la transformación, pero esta vez no grito, aunque duele hasta casi desfallecer.

Cierro los ojos todo lo fuerte que puedo y aprieto los puños con la misma intensidad. Mis piernas se unen, los huesos se restauran en mi interior y la piel se me desgarrá hasta que las escamas iridiscentes nacen de nuevo. Después llega el dolor de sentir cómo se doblan los tobillos en un ángulo imposible y se despedazan los pies hasta convertirse en una aleta enorme, plana y preciosa, si es que ese adjetivo se le puede dar a la aleta de un pez.

Me hundo por completo mientras termina de formarse mi cola de escamas y no puedo evitar soltar un quejido que el mar ahoga como puede.

Todo es calma después. Calma, naturalidad y paz envolvente.

Me dejo mecer por la corriente que hay en el lago secreto de Nemsis. Es poca y débil, pero el mar parece cantarme una nana y me mece a su ritmo. Sin prisa, sin pausa.

He perdido la noción del tiempo y el hilo de mis pensamientos. Habrán pasado horas desde que me metí aquí.

Un rumor lejano, un susurro que desboca mi corazón y casi lo saca del pecho sin permiso me obliga a ascender a la superficie. La tos falsa de Nemsis y su postura de brazos cruzados sobre el pecho y mentón erguido borran todo atisbo de tranquilidad.

—Me has asustado.

—Y tú has profanado mi lago. Nadie te ha dado permiso para bajar aquí.

—Lo encontré por casualidad y...

—Empujaste una puerta tras otra hasta encontrar al otro lado algo que te gustase lo suficiente como para quedarte dentro. Eso es lo que hiciste.

—Bueno, pues sí. Saldré si te molesta que esté aquí dentro.

—No, no. Me alegra que haya terminado tu tiempo de reclusión.

—Siento lo del fuego. A veces...

—No puedes evitarlo. Tu naturaleza es salvaje, Aura. Me sorprende que seas capaz de dominarla siquiera.

Sus brazos se descruzan y caen a ambos lados de su cuerpo. Se agacha hasta quedar de cuclillas y acaricia el agua con los dedos. Yo me acerco, no sé por qué, pero lo hago despacio. Como si pudiera asustarlo si lo hago demasiado deprisa o como si fuera yo la que tuviese miedo. Mi aleta sale a la superficie y vuelve a meterse segundos después.

Él sonríe al verla y luego niega con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Aún me asombra el color de tus escamas, eso es todo.

—¿Tan raras son? Quiero decir...

—Sí, lo son. Pocas personas en este océano han nacido con un color de escamas como ese y ninguna con el poder que tienes tú.

—Pero ¿ha habido más? ¿Más personas con las escamas iridiscentes? pensé que yo...

—¿Qué eras la única? —se ríe mientras juega con el agua. —No, querida. Tu padre tenía las escamas del mismo color que las tuyas ¿es que nadie te lo ha contado?

Mis ojos se abren más de lo que hubiera esperado, el corazón me late con más fuerza dentro del pecho y un nudo de repente me cierra la garganta.

—Patricia me dijo que sus escamas eran azules.

—Patricia es una mentirosa. Al fin y al cabo, todos lo somos un poco ¿no estás de acuerdo?

Escuchar su nombre me provoca más ansiedad de la que ya tengo.

—¿Tú lo conociste?

—Sí, lo conocí. Era un buen hombre. Las circunstancias... bueno, lo que siempre pasa con ellas ¿verdad? Nos cambian, nos deforman hasta convertirnos en otra cosa muy distinta a lo que éramos —abro la boca para preguntar, pero él se adelanta. —Murió, Aura.

Agacho la cabeza, pero él pone el dedo índice y el pulgar en mi barbilla y me la eleva hasta que sus ojos, tan azules como la unión entre el cielo y el mar, me inundan por completo.

—¿Cómo murió? —susurro.

Nemesis se levanta de súbito y me mira como si hubiese hecho la pregunta más terrible del universo.

—El pasado está enterrado ya, no pretendas desenterrarlo o no te gustará lo que encuentres cuando termines de cavar.

Se aleja hacia la escalera y sube un par de peldaños.

—¿Sufrió?

Bufa antes de responder.

—Su muerte fue trágica y dolorosa igual que lo será tu entrenamiento mañana. Te sugiero que te prepares mental y físicamente. Si vuelves a desmayarte no despertarás en una cama esta vez. Será un sitio más oscuro y, con total seguridad, tremendamente incómodo.

Siento el corazón como si lo hubiesen atravesado con una lanza de hierro.

«Trágica y dolorosa» ¿qué haría para merecer una muerte así? Y ¿por qué nadie me habla de él?



La he buscado por todas partes. Detrás de cada una de las rocas, entre todas las algas que he encontrado y hasta en la superficie y ni siquiera he hallado un rastro que seguir.

La voz se ha desvanecido de mi cabeza, pero las riendas que el vínculo ha atado a mi corazón siguen tirando en todas direcciones, aunque no sé cuál de ellas seguir.

El corazón sigue laténdome tan deprisa que creo que se me va a salir de dentro, pero ya no por éxtasis, sino por la impotencia, por la rabia de no poder conocerla.

—¡Maldita sea! —gruño a la vez que me llevo las manos a la cara.

Como si eso fuera a arreglar algo, como si así Neptuno fuese a ayudarme, a decirme qué camino he de tomar.

De súbito recuerdo que he dejado a la patrulla y a Merk sin decirles siquiera a dónde iba, sin decirles qué debían hacer.

He descabezado a nuestro batallón por culpa de esta insaciable necesidad de reunirme con ella y los he puesto en peligro a todos.

Nado tan deprisa como puedo mientras me flagelo mentalmente por ser tan idiota, por sucumbir tan fácilmente a algo que ni siquiera está completo, a algo que ni siquiera debería ser mi prioridad.

Supongo que la naturaleza de los sirénidos y del mismo vínculo es más complicada de lo que jamás pensé. No era consciente de hasta qué punto te gobernaba, hasta qué punto te ponía a prueba.

Merk está de espaldas a mí mientras da órdenes a todos los demás. La zona ya ha de estar registrada hasta el último grano de arena.

—Nerea, vuelve a revisar todo el perímetro con tu grupo.

—Perdone, señor, pero ya hemos revisado la zona cuatro veces. No hay nada ni nadie en un perímetro de cinco kilómetros a la redonda.

—Pues entonces empieza por el sexto —gruñe Merk.

Ella asiente y su escuadrón la sigue cuando se va.

Yo me acerco lentamente a mi segundo al mando sin saber bien qué decir. Cómo excusarme.

—¿Cómo va?

Él se gira y alza los brazos. Luego me hace una reverencia más pronunciada de lo que la gracia requiere.

—Príncipe Azariel, qué honor nos brinda con su presencia.

—Lo siento ¿de acuerdo? Es que...

—¿Sentirlo? No sé a qué se refiere, alteza.

—Vamos, Merk, no me obligues a comportarme como tu superior. Me he disculpado, creo que es suficiente.

—¿Suficiente? Vamos a ver, te vas solo nadando como alma que lleva el diablo hacia Neptuno

sabe dónde. ¿Te haces una idea del peligro que has corrido?

—Ya has oído a Nerea, aquí no hay nadie.

Se acerca a mí para no alzar la voz. Sabe que no puede subir el tono delante del resto del escuadrón. Yo sé que si estuviéramos solos ya me hubiese partido la cara.

—La he oído, pero eso tú no lo sabías cuando te has ido, maldita sea Az —se frota la cara y luego me mira. —Cuando estamos tú y yo no me importa nadar al filo de la espada, pero no cuando somos las cabezas de grupo de todos estos sirénidos. No he podido seguirte, no sabía si estabas en peligro o si tenías todas las escamas en su sitio ¿qué demonios te ha pasado?

—Creo que he vuelto a oírla. No lo sé, no estoy seguro. Voy a volverme loco, Merk. Su voz suena una y otra vez dentro de mi cabeza y siento que tiran de mí en todas las direcciones. No he... no he podido evitarlo.

Él suspira y me pone la mano en el hombro.

—¿La has encontrado? —niego con la cabeza. —Sé lo que se siente, Az. Es muy difícil luchar contra el vínculo y hasta que la encuentres, e incluso cuando lo hagas, vas a estar desconcentrado, inquieto y serás tremendamente temerario, pero no puedes dejar que te gobiernen esas sensaciones. No vuelvas a ponerte en peligro ¿me oyes? No me obligues a ponerte una correa.

—Ya me he disculpado.

—Sí, pero la angustia que he sentido no me la quitan tus disculpas, jovencito.

—Vale, abuelo. ¿Podemos continuar ya con el trabajo?

—¡Oh, ahora te entran las prisas! —alza los brazos y yo me echo a reír.

—Volvamos, no voy a mantener a mis soldados aquí, son más necesarios en Atlenia. Quizá esto solo ha sido una distracción para dispersar nuestras fuerzas.

—Eso tiene sentido y no me gusta lo más mínimo.

—Llevemos las muestras de la sustancia verdosa que tenían las ballenas a la ciudad, quiero saber qué demonios les ha pasado. Reúnelos a todos y da la orden de regresar. Encabézalos con Nerea, yo cerraré el grupo.

Merk arquea una ceja y se cruza de brazos.

—¿Voy a tener que ponerme los ojos en la nuca por si vuelves a escaparte?

—Por supuesto que no.

—Bien.

—Al menos eso creo.

—¡Maldita sea, Az!

Yo me echo a reír, él disimula la risa mientras se va a reunir a todos los soldados.

Es hora de volver.

Estamos en casa del mejor sanador que posee Atlenia. Merk y yo le trajimos las muestras de lo que encontramos en la zona noreste cuando llegamos a la ciudad.

Por suerte, no ha habido ningún altercado en los días que hemos estado fuera, así que las sospechas de que las muertes de las ballenas hayan sido para despistarnos y sacar a soldados de la ciudad han caído en saco roto.

Lo cual nos deja igual de perdidos que al principio. No tenemos ninguna respuesta y, sin embargo, las preguntas no hacen más que multiplicarse.

—Ajá... —susurra Myrten.

Merk y yo nos acercamos a la vez mientras él, después de horas observando la sustancia y trabajándola, por fin dice algo.

—¿Sabes lo que es? —le pregunto.

—Mmm... es interesante.



Merk y yo nos acercamos aún más, tanto, que ya casi no queda espacio entre sus escamas y las nuestras.

—Myrten, necesito respuestas —le digo.

—Di algo de una vez, viejo chiflado —le recrimina Merk.

Yo le doy un golpe en el brazo, pero Myrten parece que ni siquiera lo ha escuchado. Está demasiado ocupado comparando nuestra muestra con otra sustancia parecida.

—Brujería.

Merk y yo nos separamos de él a la vez.

Myrten alza las manos, en cada una tiene una concha con ambas sustancias. Las dos son idénticas.

—¿Brujería? ¿Qué clase de brujería?

—Santa madre de Neptuno... —susurra Merk mientras se aleja aún más.

—Una muy interesante.

—¡Oh, por el tridente de Neptuno! Dinos qué es y para qué sirve de una vez, maldito viejo decrepito —vuelve a increparle Merk.

Sería un buen detalle apuntar que nunca le han caído muy bien los sanadores. En el Arrecife Blanco, en vez de curarnos, nos ponían ungüentos en las heridas para que tardasen más en curar, para que el dolor fuera más intenso, para que lo domináramos, decían. De ahí que Merk intente evitarlos a toda costa.

—Siempre tan simpático, Merklon... —él le gruñe y le hace un gesto más bien indecoroso con la mano. Myrten bufa antes de explicarse —Es un alga tremendamente difícil de encontrar. Aún lo es más llegar a realizar este compuesto en concreto. Solo unos pocos son capaces de tal atrocidad.

—¿Es lo que ha matado a las ballenas?

—No, por supuesto que no. Eso es lo interesante.

Merk vuelve a bufar y yo me dirijo de nuevo a Myrten.

—¿Por qué es interesante?

—Verás, Azariel. La base de este compuesto es el alga *ictus trasporis*, es tremendamente difícil de encontrar, casi imposible, a decir verdad. Se usa en el arte del Magnetirismo. Ningún sanador ha podido nunca dar con la clave para preparar el compuesto y mucho menos usarlo. Solo un brujo mayor, un hechicero del mar, es capaz de hacer esto.

—Y ¿cómo funciona? ¿para qué sirve?

—Si yo coloco esta sustancia en una persona, animal u objeto, por ejemplo, una ballena que esté en la zona este del mar...

—Estaba en la noroeste —recalca Merk.

El sanador le lanza una mirada que sería capaz de asesinarlo y él alza los brazos a modo de disculpa.

—Como iba diciendo, si yo coloco la sustancia en una ballena que está en la zona este del mar y pongo el mismo preparado en la zona noroeste, con alguna clase de técnica o hechizo, repito que ningún sanador ha podido descubrir jamás cómo funciona realmente el magnetirismo, la ballena desaparece de su lugar de origen y aparece misteriosamente donde he colocado la otra parte del compuesto.

—¿Se transporta de un lugar a otro sin más?

—Mediante una técnica, un hechizo o...

—Desaparece y aparece en otro lugar a kilómetros de distancia por arte de magia ¿es eso lo que intentas decirnos? —le pregunto mientras intento asimilar cómo puede ser eso posible.

—En un océano donde hay sirenas que controlan los cuatro elementos, Azariel, el

magnetirismo no debería sorprenderte tanto.

—La arena... —susurra Merk.

—Había arena verde en ese lugar.

—Alguien con bastante poder ha tenido que transportar esas ballenas —dice Myrten.

—No tiene sentido, nada lo tiene —dice Merk.

—Claro que lo tiene. Piensa. Cuatro ballenas no pasan desapercibidas fácilmente, estamos patrullando el océano entero, quien las haya transportado lo sabe, así que las ha enviado lejos para que no encontremos su escondite. Myrten, ¿qué más sabes acerca de esto? ¿Quién trabaja el magnetirismo?

—Según tengo entendido, la que inventó el magnetirismo fue La Madre del Mar.

—La Madre está muerta —dice Merk.

—Los Tres Hermanos. Los cuatro habitaban la Quinta Cueva, o eso es lo que dicen las historias, si La Madre lo inventó ellos habrán aprendido a usarlo —le digo.

—Eso está muy bien, es un descubrimiento fascinante, pero eso no nos ayuda con el pequeño problemita de la sirena iridiscente —me contesta.

—Quizá hayan sido los Hermanos, quizá ella no tenga nada que ver con esto.

Myrten tose artificialmente y llama nuestra atención. Merk y yo lo miramos de súbito y él se encoje de hombros.

—No es por entrometerme, pero no conozco ningún hechizo capaz de molerle todos los huesos a una ballena.

Abro la boca para contestar, pero Merk se me adelanta.

—Oh, no. Ya sé lo que vas a decir y la respuesta es un rotundo no. Ni soñarlo. Olvídate, Azariel.

—Entonces iré yo. Gracias, Myrten, nos has sido de gran ayuda.

Él asiente antes de que yo me dirija a la puerta.

—Disculpe, pero ya que a usted no le es de utilidad esto... ¿puedo quedarme con la muestra? Con fines científicos, por supuesto.

—Claro.

—Va a obligarme a ir tras él ¿verdad? —dice Merk mirando a Myrten.

El sanador asiente y esboza una pequeña sonrisa.

Merk bufó y se lleva las manos a la cabeza antes de que yo salga de la casa.

Él me sigue, claro.



La imagen del Acantilado Gris se crea en mi mente. Mis pies se deslizan descalzos por la arena de la playa. Está caliente, mi interior ya no.

Inspiro el aire que me rodea y que me acaricia la piel mientras camino en dirección al mar, pero sin fijar mi vista todavía en él.

Los granos de arena se adhieren a mis pies mientras avanzo y el olor salino del océano me alimenta hasta tal punto de hacerme cerrar los ojos para deleitarme.

Siento el sabor del mar en la boca y sonrío.

Me agacho y cojo un puñado de arena, lo sostengo unos segundos y luego abro la mano. La brisa se encarga de llevársela lejos de mí.

Por primera vez desde hace más tiempo del que me gustaría me siento ligera y en paz. Todo es calma dentro, todo el caos queda lejos ya.

Inspiro pausadamente hasta llenar por completo mis pulmones y luego suelto el aire mientras me levanto y miro fijamente el mar.

Está tranquilo, casi tanto como lo estoy yo.

Siento la llamada del océano. Siento las súplicas mudas acariciar mis oídos. Siento que la cuerda irrompible que me ata a él tira de mí para que vaya, para que me sumerja otra vez. Para que no me aleje nunca más del mar.

Las imágenes se suceden en mi mente y me hacen sentir que las estoy viviendo en realidad.

Lo curioso es que, aun estando en tierra sigo eligiendo, hasta en los ejercicios de meditación que ahora hago con Nemsis, el océano. Mi hogar.

—Tierra —dice su voz firme justo después de que yo sonrío plácidamente.

Sin abrir los ojos elevo la mano con la palma hacia arriba y me concentro en lo sólidas que son las rocas. En lo pesadas que le resultaban a mi yo terrestre. En lo imposible que era moverlas y en lo fácil que es ahora.

—Agua.

Yo sonrío aún más imaginando el fluir de la corriente, dejándome llevar por el mecer de las aguas mientras levanto la otra mano. En mi imaginación ahora piso la arena húmeda de la playa y una ola muere a mis pies. La sensación es brutal, tanto, que corro para lanzarme de cabeza al agua y, con ese recuerdo en mi mente, doy forma a la corriente que ahora nos rodea para que gire a nuestro alrededor más y más rápido.

—Detente.

Bajo las manos y dejo que los recuerdos se disuelvan igual que ahora lo hace la corriente. Igual de despacio que la roca cae al fondo del mar como lo haría una ligera pluma en ese otro mundo al que creí pertenecer.

—Muy bien, pequeña. Lo estás haciendo muy bien. Ahora quiero que uses solo el aire ¿de acuerdo? Quiero algo sencillo y a la vez tremendamente complicado —yo asiento. —Quiero que

crees una burbuja.

—¿Una burbuja? —me río.

—Sí, una maldita burbuja. Vamos, hazlo.

Yo recreo la imagen en mi cabeza una y otra vez. Veo en mi imaginación burbujas alzándose del fondo del mar hacia la superficie. Veo pompas de jabón incluso. Mis manos se ponen a trabajar enseguida.

Necesito ahora tener los ojos totalmente abiertos, concentrarme en la forma simple y redondeada que tienen. Concentrarme en su ligereza, en cómo danzarían en medio del mar.

Intento hacerlo, creo tres y las tres estallan de golpe, Nemsis se ríe. Yo lo miro con el ceño fruncido y vuelvo a hacerlo.

Otras dos y vuelven a estallar.

—Concéntrate. Tiene que fluir el oxígeno dentro de ellas, si lo sacas, si no dejas nada de aire dentro de la burbuja, estallará.

Yo asiento y vuelvo a concentrarme.

Esta vez cierro los ojos y muevo las manos despacio mientras dibujo un pequeño círculo que pronto se hace burbuja, lo inquietante es que el aire de mis pulmones empieza a ser más pesado, menos fluido.

Cuando engrandezco más la burbuja es cuando entiendo que el oxígeno que ahora me falta dentro es el que he metido para que fluya dentro de la burbuja. Dejo que se estalle e inmediatamente abro la boca de par en par para recuperar el aliento.

—¿Qué demonios...?

—Un pequeño e ínfimo detalle, querida. Cuando creas una pequeña ola o incluso un tornado gigantesco, estás usando el agua que tienes alrededor. Cuando usas la corriente, cuando controlas el aire mismo, asegúrate de dejar un poco para tus pulmones. Si usas el aire de tu alrededor como te plazca, recuerda que también controlarás el que fluye dentro de ti y de los que te rodean. Si olvidas eso, puedes asfixiarte a ti misma y a todo el que tengas cerca. Debes distinguir, sentir y casi palpar el aire que pertenece a cada ser que te rodee y luego elegir cuál quieres usar.

—Pero entonces ¿cómo es posible que no te haya asfixiado a ti antes?

—Yo soy especial —se cruza de brazos y me deleita con una sonrisa ladeada y malévola.

—¿Eso fue lo que les pasó a las ballenas? —pregunto mientras trago varios nudos que se han atravesado en mi garganta.

Su muerte sigue atormentándome.

—Eso y que las aplastaste con el mismo mar con el que las alzaste.

Una amarga punzada hace que se me encoja el estómago y la conciencia.

—Quitando ese pequeño detalle, ¿cómo te sientes?

—Tranquila... me siento tranquila. Creo que es el término más exacto.

Él sonrío ampliamente y se cruza de brazos.

—La meditación funciona, te ayuda a canalizar la energía, a controlar tus dones y a usarlos con calma. Con fría y calculada calma. Quiero que sigas practicando con el aire. Empieza por burbujas pequeñas, usa el aire de las corrientes e intenta no morir asfixiada. Cuando vuelva quiero que hagas para mí una donde pueda meterme dentro y respirar ¿entendido?

—Pero ¿cómo demonios piensas que voy a ser capaz de hacer eso? —pregunto escandalizada.

—Con un poco de imaginación todo es posible, además, creas tornados submarinos de la nada ¿de verdad no vas a ser capaz de hacer una simple burbuja?

Me da la espalda.

—Pero yo...

—Eres una leyenda sin haber hecho absolutamente nada, gánate tu nombre.

Comienza a nadar alejándose de mí y yo bufo a la vez que me cruzo de brazos.

—¿Qué clase de profesor enseña a su pupila largándose a nadar por ahí? —susurro.

—¡Uno muy ocupado! ¡Procura que cuando vuelva sigas con vida y no tenga que celebrar un funeral, no tengo tiempo para eso!

Horas después de que Nemsis me haya dejado sola en medio del mar que rodea a la Cala del Tiburón Martillo yo sigo estancada. Empecé con burbujas pequeñas y logré dominarlas después de casi asfixiarme tres veces. Luego intenté ensancharlas, pero estallaban antes de que pudiera lograrlo.

Cuando por fin pude hacer una burbuja de casi medio metro, intenté meter la cabeza dentro para comprobar si se podía respirar en su interior, pero no fui capaz de traspasarla.

La impotencia hace que gruña tantas veces que la garganta empieza a picarme.

Dejo de intentarlo, bajo los brazos, me relajo, estiro cada una de mis extremidades y respiro con tranquilidad. Cierro los ojos y me imagino de vuelta en el acantilado. Vuelvo a recrear la paz de estar allí en mi mente y, cuando ya siento que estoy lo suficientemente tranquila, imagino que una burbuja se crea a mi alrededor como si fuera una escafandra.

Empiezo a mover las manos a ambos lados de mi cabeza y abro los ojos para ver cómo la burbuja empieza a formarse.

Me rodea la cabeza mientras yo aguanto la respiración. La alargo todo lo posible mientras encojo al máximo mi cuerpo. La tarea se dificulta un poco teniendo en cuenta que mi cola es bastante larga y mi aleta demasiado ancha. Aun así, cuando logro parecer más un ovillo que una sirena, consigo que la burbuja me rodee por completo y respiro.

Toco la barrera que me separa del mar, pero la burbuja no estalla. Es rígida y fuerte, muy fuerte.

Lo más increíble de todo es que puedo respirar con normalidad, así que comienzo a reírme justo antes de sentir un dolor tremendamente agudo en donde antes estaban mis rodillas.

—Vaya, vaya... —dice mientras aplaude.

Su voz me desconcentra así que la burbuja estalla y el mar vuelve a envolverme.

—¡Lo he conseguido! ¿Lo has visto? ¿Has visto eso? —digo eufórica mientras señalo a mi alrededor a una burbuja que ya no está.

Él se echa a reír.

—Lo he visto. ¿Cuántos intentos te ha costado?

Yo miro hacia arriba, queriendo mentir sin que se note, pero de nada serviría hacerlo.

—Demasiados. Esta era la primera vez que conseguía hacer una a mi alrededor y quedarme dentro.

Él asiente mientras se cruza de brazos.

—¿Te has desmayado alguna vez?

—No. Bueno... no que yo recuerde. Han sido muchas burbujas y me he asfixiado unas cuantas veces, pero creo que no he perdido la conciencia.

—Aprendes muy deprisa, demasiado deprisa... —repite pensativo.

—¿Eso es malo?

—Tremendamente malo —sonríe. —Ahora concéntrate, quiero que hagas una burbuja donde yo pueda respirar.

Yo asiento aun estando al borde del colapso creo que puedo hacer una burbuja más.

—Estate quieto, necesito crearla alrededor de ti, si la hago aparte no podrás entrar.

—Y si estoy dentro y la toco ¿estallará?

—No, al menos eso creo. Puedo hacer que sea tan fuerte como una pared de cemento, por eso no hay manera de traspasarla si la hago independiente y luego alguien o algo intenta entrar. Tampoco puedes salir una vez que estás atrapado dentro, aunque creo que podría debilitarla lo suficiente como para que pudieras escapar sin que se rompa del todo. Necesito practicar más.

—Oh, veo que has contemplado todas las posibilidades, me gusta.

Se cruza de brazos y se mantiene firme mientras yo vuelvo a recrear el proceso en mi mente y empiezo a mover mis manos en su dirección.

La burbuja tarda un poco más de lo que me hubiera gustado en empezar a formarse, pero al final lo hace.

Se crea a su alrededor hasta aislarlo por completo del mar. Estoy casi segura de que el oxígeno fluye en el interior, si no, ya habría estallado o Nemsis hubiera empezado a asfixiarse.

Ahora él observa la burbuja con atención sin descruzarse de brazos siquiera. Su pecho sube y baja con normalidad, está respirando, pero esta vez solo es aire, no el mar que nos rodea.

Yo sonrío sin poder evitarlo, orgullosa por mi creación hasta que él mueve la aleta y me hace una seña para que deje que la burbuja se desvanezca.

—Muy bien hecho... —susurra.

—Gracias —digo sonriente a la vez que hago una reverencia.

Él se carcajea ahora.

—Bueno, es hora de dejar a un lado los juegos de niños. Vamos a subir la intensidad ¿de acuerdo? Vamos a divertirnos un poco.

—Estoy exhausta, Nemsis ¿no podemos descansar un poco?

—Me gustaría ver cómo le pides un tiempo muerto al rey de Atenia y a sus soldados cuando empiecen a atacarte —dice mientras arquea una ceja.

—Si seguimos así conseguirás matarme antes de que llegue siquiera a esa maldita ciudad.

Él se ríe a carcajadas mientras yo inspiro y expiro todo lo pausadamente que puedo, intentando recobrar algo de energía.

—¿Lista?

Asiento y muevo los brazos, extendiendo la cola y ladeo la cabeza para relajar todos los músculos.

—¿Crees que algún día lograré usar el fuego dentro del mar? Quizá pueda crear una llama, una pequeña, si me esfuerzo lo suficiente, si consigo concentrarme sin perder el control.

—Bueno, teniendo en cuenta que el fuego tiende a apagarse al entrar en contacto con el agua... no. No podemos hacer nada para arreglar eso.

—Tú eres hechicero, ¿no existe algún conjuro, hechizo o mejunje que haga...?

—¿Arder el mar? Claro que no. Además, ¿cuáles son tus intenciones, niña? ¿Reducir el océano a cenizas? ¿o a espuma? No sé cuál sería el término exacto... —dice mientras se coloca el pulgar y el índice en la barbilla y mira hacia arriba.

—No. Claro que no. Solo preguntaba. Simple curiosidad...

Él arquea una ceja antes de dar una sonora palmada.

—Bien, continuemos —yo asiento. —¿Sabes? Se me ocurre algo. Para recompensar tus cuatro días de retiro espiritual, tus progresos y tus cero intentos de asesinarme, si consigues pasar las siguientes pruebas podrás elegir un premio.

Los ojos se me abren todo lo posible y él nota mi sorpresa. Se ríe mientras mi cabeza empieza a contabilizar qué podría pedir.

—¿Cualquier cosa?

—Mi cabeza no está en esa lista.

—No estaba pensando en eso precisamente.

—Mi cola tampoco.

Bufo y me cruzo de brazos mientras pongo los ojos en blanco.

—Sí, cualquier cosa. Ahora concéntrate, porque igual que puedo premiar tu actitud también puedo castigarla.

Yo vuelvo a estirar todos y cada uno de mis músculos. Asiento con determinación y cierro los ojos para centrar mi mente de vuelta al Acantilado Gris, de vuelta a la calma de tener el mar enfrente y la sensación de volver a introducirme de nuevo en él.

Es como un cosquilleo suave al principio. Mi mente es capaz de transportarse sin esfuerzo hasta casi perder la noción del tiempo y del espacio. Luego la corriente de energía que recorre mi cuerpo aumenta, pero no descontroladamente, ya no.

Ahora lo hace de manera ordenada y fluye a mi antojo. Ya no se desboca, ya no me desborda. Ahora la controlo.

Es cuando en mi imaginación vuelvo a introducir los pies en el mar, cuando éste me roza los tobillos, que estoy lista para hacer lo que quiera que me pida Nemsis.

La tranquilidad que me inunda cada vez que recuerdo lo llena y completa que me sentí al recuperar mi identidad es el detonante perfecto para que mi rabia se vuelva espuma y la paz se abra paso. Para que ella sea quien controle todo lo demás.

«No quieres la paz, odias la paz. Quieres el caos, quieres que te llene, que se expanda, quieres controlarlo y lo harás. Pero primero has de ser imperturbable. Después serás invencible» dice alguien en el fondo de mi cabeza.

La voz neutra se repite una y otra vez y yo sonrío cuando me dejo mecer por el mar, cuando esa voz que antes me atormentaba ahora parece cantarme una nana y calmarme.

La primera vez que medité bajo las instrucciones de Nemsis descubrí algo curioso sobre mí misma.

La paz también es un arma y el caos se alimenta de ella para atacar.

Nemsis ya habrá visto la señal. No es una que hayamos pactado, es algo natural que aflora de mí en ese instante justo en el que el caos más ensordecedor se alimenta de toda la paz que mi mente es capaz de crear y dispara. Entonces sonrío y él ordena.

—Tornado.

Visualizo la imagen en mi mente y, mientras comienza a materializarse, noto la energía correr a través de mis huesos queriendo romperlos en pedazos, deseando hacerlos añicos.

La corriente que se forma a nuestro alrededor amenaza con arrastrarnos a ambos, pero, contra todo pronóstico, la fuerza bruta del mar alimenta mis dones y a ellos les gusta el peligro. Les gusta estar en el ojo del huracán marino que ahora gira en torno a nosotros aislándonos del resto del océano. Del resto del mundo.

—¡Álzalo! —grita la voz apagada de Nemsis.

Yo abro los ojos para admirar mi creación. Aún me asombra lo que soy capaz de hacer si dejo bailar a mi imaginación. Si dejo que marque el ritmo. Si me dejo llevar por ella igual que me dejo llevar por el latir del mar.

Alzo los brazos a cada lado de mi cuerpo y muevo mi aleta para ascender a la vez que lo hace el tornado.

—¡Tú no! ¡Alza solo el tornado! ¡Sácalo del mar! —grita Nemsis.

Yo sonrío mientras imagino que eso es posible. Que puedo atravesar el océano de abajo arriba, como si de una espada se tratase.

Concentro la fuerza en mis brazos y comienzo a alzarlos más mientras yo intento quedarme

enfrente de Nemsis.

No sé cómo él se mantiene en su sitio si todo lo que tenemos cerca se lo ha tragado ya la fuerza bruta del océano que se mueve como anillas mortales en torno a nosotros.

En mi imaginación el tornado es ligero, liviano, como una mota de polvo que viaja por el aire, pero la realidad es que las toneladas de agua que he conseguido hacer girar son demasiado pesadas para que, por mucha fuerza que tenga, consiga elevarlas. Ni siquiera soy capaz de moverlas medio metro por encima de mí.

—¡Vamos! ¡Esfúrzate! —me grita Nemsis.

Sus gritos de ánimo se mezclan en mis oídos y se pierden entre el rugido del mar.

—¡Demuestra lo que vales, maldita sea!

Gruño mientras sigo volcando toda mi fuerza en los brazos y concentrando mi mente en el tornado que comienza a tragarme a mí y, sin que yo pueda entender por qué, deja a Nemsis intacto.

Sigo intentando alzar los brazos para obligar a que el tornado se eleve, pero es como si intentase mover una casa en mi forma humana. Totalmente imposible.

—¡Contrólalo! ¡La fuerza es tuya, no del mar! ¡Todo el peso que no puedes mover no es del océano! ¡Es tu lastre! ¡Toda tu vida se desmorona y no eres capaz de mantenerla a flote!

Sin poder evitarlo mi mente viaja a aquella playa, a aquellos ojos negros con el brillo plateado que me miraban tan intensamente que me atravesaba la piel. A aquella sonrisa ladeada. A aquellas espirales negras de sus piernas.

«¡Pues deja que se desmorone! Si se está cayendo a pedazos es que no tenía buenos cimientos, así que mejor que se caiga todo y que construyas algo nuevo ¿no crees?».

Sin pensarlo ni un segundo más y desobedeciendo los gritos de Nemsis que me obligan a seguir intentando elevar la masa de agua giratoria que he creado de la nada, dejo caer los brazos y el tornado toma forma de corriente y vuelve a fluir con el resto del mar.

Lo que creé no estaba hecho para moverse sin mí, lo que necesito es una fuerza independiente, algo nuevo, algo creado para moverse con mis órdenes, pero no al son de mi cuerpo. Ladeo la cabeza a ambos lados para estirar el cuello y me concentro de nuevo.

Desoigo las blasfemias de Nemsis y vuelvo a levantar los brazos poco a poco. Mezclando la idea de Az con la de mi maestro.

Coger todo el peso que cargo, toda la culpa, la rabia, la furia y convertirla en unos buenos cimientos.

El tornado gira en torno a mí de nuevo. Esta vez no ruge, sino que baila. Se mece a mi alrededor con fuerza, con arte, como si me invitase a bailar a mí también.

Escucho el rugir del mar, pero esta vez no es incómodo, no es atronador, es un cántico dulce y salvaje.

El agua gira y gira meciéndome y elevándose conforme alzo las manos. Mi aleta se mueve al ritmo de una banda musical que solo yo puedo escuchar. Mientras, el nuevo tornado asciende y sobrepasa el límite de mi cabeza. Miro hacia arriba y, cuando veo que ya su fuerza no gira en torno a mí, sino más alto, elevo los brazos en un movimiento rápido y certero. El tornado ruge cálidamente para mí antes de perderse de camino a la superficie.

El aplauso de Nemsis es lo único que me saca de mi ensoñación.

—Bravo —dice con una voz dura y ronca.

Yo hago una reverencia, intentando que no se note que el esfuerzo ha machacado toda la energía que le quedaba a mi cuerpo y que podría vomitar hasta desmayarme.

—¿Hablamos ahora de mi premio? —pregunto casi sin aliento.

Él sonríe y asiente.



—A ver, pequeña destructora, ¿qué es lo que más deseas?

Su sonrisa se vuelve maligna, despiadada incluso. Como si cada cosa que yo fuera a pedirle tuviera una consecuencia terrible escondida detrás.

—Quiero salir a nadar.

Arquea una ceja y se cruza de brazos.

—¿Salir a nadar? ¿Eso es todo? Te creía más inteligente.

—Quiero salir sola de los límites de esta cala. Unas horas al menos.

Asiente y sonrío, como si ahora lo entendiera.

—Ya veo... ¿Tanto te aburre mi presencia?

—Me exaspera, pero ese es otro asunto. Quiero volver a sentirme normal, libre. Aquí siento que soy una prisionera, que soy un monstruo al que tener encerrado. No voy a implantar el caos, no voy a usar mis dones, solo quiero nadar. Sentirme... normal.

—Nunca debes olvidar lo que eres. Tus actos dan forma a tu persona. No eres un monstruo a menos que hagas algo que te haga sentirte como tal. Eres un ser extraordinario, superior a todo lo que te rodea, no quieras cambiar eso por la idiotez de ser normal. Nadie en su sano juicio querría ser normal.

—Si asesino a Kenai... ¿entonces seré un monstruo?

Todos sus dientes son visibles ahora en una gran y demoníaca sonrisa. Nada de espacio hacia mí y solo se detiene cuando un ínfimo espacio separa nuestras caras.

—Entonces serás justa. Deja que seamos los monstruos quienes te ayudemos a ajustar la balanza.

Se da la vuelta y se aleja nadando, dejándome envuelta en un mar de preguntas.

—¿Eres tú un monstruo? ¿Mi padre lo era?

Nemesis se detiene y me mira antes de que sus labios se conviertan en una línea fina antes de sonreír, esta vez sin que ninguno de sus dientes salga a la luz.

—Libertad o respuestas, querida.

## 29



Nadie sabe exactamente qué aspecto tienen Los Tres Hermanos. Los que han salido vivos de La Quinta Cueva los describen de forma diferente y ninguno se asemeja a la anterior.

Unos dicen que son mitad tiburón. Otros que su parte inferior no es de escamas, sino de hueso. Otros han declarado que tienen tentáculos de calamar y otros que son más parecidos a las medusas.

Claro que ninguno de ellos volvió del todo cuerdo.

Cuentan las leyendas que hablan sobre esta cueva que nadie podía acercarse a ella sin perder algo suyo en el intento. Y no es a algo material a lo que se refieren, sino a algo interno. Profundo. Algo de lo que no querrías prescindir.

Dicen las historias más lúgubres y oscuras sobre Los Tres Hermanos, que actúan robándote un sentimiento, una emoción o un recuerdo que les satisfaga porque a ti te haría terriblemente desdichado perderlo y, después, permiten que les hagas una petición. Tan solo una.

Nadie en su sano juicio accedería a tal locura y, sin embargo, Merk y yo observamos ahora la

guardada de los tres hechiceros más conocidos y peligrosos que ha dado a luz el mar.

—Esto no me gusta nada, Az. Nada de nada.

La cueva es oscura y tenebrosa. Como un agujero negro que amenaza con devorarte hasta el alma sin que puedas hacer nada para evitarlo.

La rodea un fulgor rojo que no consigo saber de dónde proviene hasta que recuerdo los cuentos que nos narraban de niños para asustarnos.

*La magia siempre deja rastro.*

*Azul para la bondad.*

*Amarillo para la curiosidad.*

*Naranja para ayudar a los demás.*

*Morado para la mezquindad.*

*Rojo para torturar.*

*Y del negro huirás.*

Las señales están claras. El rojo y negro brillan tanto que serían capaces de hipnotizarme hasta la locura.

Debíamos huir, pero yo no puedo hacerlo. No debo hacerlo.

—Az, esto no es buena idea. Ni siquiera es mínimamente buena. Todo lo contrario, tío. Ya sé que dije que no tenía nada que perder, pero ahora que estamos aquí... no quiero morir a manos de un brujo ¿sabes? No quiero que jueguen con mi mente y ya no te digo con mi cuerpo.

—Este es el plan, Merk —me giro hacia él y le pongo las manos en los hombros. —Yo voy a entrar ahí y tú vas a esperar aquí ¿entendido?

—¡De ninguna manera! —le tapo la boca para que se calle y luego la retiro. Él pone los ojos en blanco. —No voy a dejar que entres ahí solo. Entraré contigo o te juro que te clavaré la aleta al fondo del mar con una de mis dagas —susurra.

—Merk, no podemos estar discutiendo sobre quién entra y quién se queda. Casi con total seguridad ellos nos están oyendo, así que deja de actuar como un crío asustado y compórtate.

—Entonces entraremos juntos y saldremos juntos. No hay más que hablar.

Suspiro antes decir algo que no quiero.

—Merk, ya sabes lo que cuentan las historias. Ellos te roban algo antes siquiera de dejarte hablar. Estás condenando tus recuerdos, tus sentimientos y tu cordura con el simple hecho de poner la aleta en esa cueva. ¿Cuántas veces me has dicho que lo único que te mantiene cuerdo aún es el recuerdo del tiempo que pasaste junto a Thaison? —él agacha la cabeza a la vez que se queda sin respiración. —No estoy dispuesto a que borren eso. Mereces recordar cómo era él y lo feliz que fuiste a su lado.

—No puedo perderte a ti también, Az. No puedo dejar que entres ahí solo.

—Pero lo harás, porque es una orden.

Frunce el ceño y gruñe antes de que yo le quite las manos de los hombros.

—¿Qué pasa contigo? ¿Qué pasa si te quitan el lazo?

—Es imposible romper algo así —le digo sin que se note la duda en mi voz.

—Espero que tengas razón.

Yo asiento antes de nadar hacia la entrada de la cueva.

—¡Azariel! —me giro para ver la furia en su rostro. —Si mueres ahí dentro te juro que te mato.

Sonrío.

—Volveré sano y salvo.

—Más te vale.

Después atravieso la oscuridad sin pensarlo un segundo más.

Dentro huele a cobre y el agua se vuelve más turbia y caliente con cada metro que avanzo.

La pesadez del mar se vuelve más intensa y me cuesta seguir nadando a la misma velocidad con la que entré.

La oscuridad es tan abrumadora que ni siquiera sé por dónde voy o qué hay a mi alrededor. Es el rumor lejano de una voz el que me guía.

Por sorprendente que pueda parecer, es una voz calmada y suave. No parece pertenecer a los demonios que cuentan que habitan dentro. Claro que dudo que, si tuvieran unas voces aterradoras, alguien en su sano juicio se atreviera siquiera a poner la aleta dentro de sus dominios.

Claro que tampoco es que yo esté muy cuerdo teniendo en cuenta que me he aventurado completamente solo dentro de una cueva de la que es probable que no vuelva a salir. Al menos no del mismo modo en el que entré.

—Cerca. Muy cerca —susurra la voz.

No sabría distinguir si solo existe dentro de mi cabeza o es tan real como la siento, pero ahora la escucho más claramente. Como si estuviera llegando al cuerpo del que procede.

—Mm... —escucho cómo inspira. —Bienvenido, príncipe heredero. Qué grata sorpresa y qué honor recibirle en mi humilde hogar.

La luz se hace de repente. Es como un fogonazo que me ciega al principio y que me hace cerrar los ojos y parpadear muy rápido después para que la vista se acostumbre de nuevo a la luz.

Lo que veo es francamente decepcionante. Pensé encontrar una cueva sacada de la peor pesadilla que pudiera imaginar y, sin embargo, es de lo más monótona y austera.

La roca rojiza lo envuelve todo y el suelo es de arena del mismo color

### *Rojo para torturar.*

No hay rastro de nada que entorpezca el paso. Ni una roca en el suelo, tan solo arena mezclada con ese rojo que asegura que la magia está presente en este lugar.

Entender que lo que causa terror no es el lugar sino quien lo habita es solo posible cuando miras al ser que se sienta cómodamente en lo que parece ser un trono formado por huesos y calaveras. Quizá de los sirénidos que nunca volvieron a ver la luz fuera de este lugar.

Él es difícil de describir. El halo de oscuridad que lo envuelve es tan intenso que podría palparlo si me acercara un poco más. Si él se acercara de súbito a mí.

Su cuerpo ni siquiera parece real. Es como una sombra que ha cobrado vida. Como si la oscuridad más absoluta hubiese intentado tomar forma humana y él hubiese sido el resultado.

*Y del negro huirás.*

Oscuridad y terror entrelazados hasta crear una especie de ser que cambia de forma cada vez que se mueve. Cada vez que le apetece.

Tentáculos forman su parte inferior, negros y morados. Escabrosos y deformes. Es imposible saber a qué animal pertenecen. Es como si los hubiera creado y deformado a su gusto.

Su pelo es blanquecino, tanto como su torso, aunque este está cubierto por una cantidad incontable de líneas negras que se entrelazan y lo atraviesan todo hasta morir en su rostro. Como si la piel se hubiera adherido directamente al hueso y las venas, por las que no fluye sangre, sino algo podrido, lo recorrieran por encima.

Sus ojos azules son lo único que lo hacen parecer un poco humano.

—No debes temerme, aún no.

La voz tarda en acudir a mí y yo hago acopio de toda mi fuerza para parecer lo menos impresionado posible.

—He venido en busca de respuestas.

Sonríe y me enseña todos y cada uno de sus afilados dientes. La visión es tremendamente repulsiva.

—Todos los que se atreven a entrar en mis dominios acuden a mí por la misma razón. Respuestas... Los sirénidos comunes son tremendamente aburridos.

—Creí que había tres hermanos, he venido para hablar con los tres.

La risa que sale de su garganta es tan atronadora como espeluznante y hace que cada fibra de mi cuerpo se ponga alerta.

—No creo que estés dispuesto a perder tanto. Si has venido aquí sabrás que debes darnos algo a cambio de tu petición.

—Lo sé.

—Solo tienes una pregunta, príncipe, no te hacen falta mis hermanos para encontrar la respuesta.

—En realidad, tengo más de una pregunta.

Sus tentáculos se retuercen y se entrelazan entre sí una y otra vez. El sonido que desprenden al deslizarse los unos con los otros es repugnante hasta tal punto en el que deseo taparme los oídos para no volver a escucharlo.

—Tan solo tienes una pregunta que importe. Elígela bien porque mis hermanos no están aquí y no podrás hacer ninguna petición más.

Lo escucho, pero mi mente se centra en las venas latentes que atraviesan su piel. Como un laberinto de serpientes que devoran todo a su paso.

—Te distrae mi apariencia, muchacho y eso no te conviene.

Yo fijo la mirada en su rostro y descubro que sonríe, pero que esta vez sus dientes no son afiladas cuchillas que sobresalen de su boca, ni su rostro tiene el color pálido y enfermizo del resto de su torso. Un rostro bello sostiene ahora sus ojos azules y éstos brillan tanto que no puedo mirar a otro lugar.

—Los sirénidos como tú no están acostumbrados a ver más allá de sus insignificantes y comunes escamas. Te aterra lo desconocido, aquello que no puedes catalogar, aquello que escapa a la normalidad a la que con tanto ahínco te aferras. No concibes que existen criaturas hermosas y extrañas en el océano. Seres con tanto poder que serían capaces de devastarlo todo y, sin embargo, todo sigue en su lugar ¿no es curioso?

Sus palabras son como música en mis oídos. Suaves, pero firmes. Se cuelan dentro de mi

cabeza con tanta facilidad que no soy capaz siquiera de darme cuenta de que todos sus tentáculos han desaparecido y que ahora es una cola de escamas rojas la que lo cubre.

*Rojo para torturar.*

Su piel ha dejado de ser mortecina y sus venas ya no son visibles. Sus brazos son fuertes y musculados, al igual que su torso.

Un sirénido, en apariencia común y corriente, se haya ahora delante de mí, mirándome tan fijamente que ni siquiera puedo moverme.

—¿Cómo?

Inspira profundamente y sonrío. Sus dientes ya no son dos filas de cuchillos listos para desgarrar la piel, pero su sonrisa sigue siendo aterradora.

—Hoy me siento generoso. Voy a darte un consejo totalmente gratis que te será útil el resto de tu insignificante vida, si es que sabes usarlo. Nunca es el *cómo*, la pregunta que de verdad importa es *con qué fin*. Ahora volvamos al trabajo.

Sus manos, tan simples hace tan solo un segundo, se convierten en garras negras y afiladas delante de mi cara. El horror me invade, pero antes de que pueda retroceder, él me presiona la cabeza con una garra y el pecho con la otra. La sensación de que alguien hurga dentro de mi alma es agónica.

—Oh, esto es fantástico... te has enlazado. Qué dulce manjar sería este sentimiento. Qué curioso y poderoso es el vínculo ¿verdad? Ojalá pudieras probar la sensación de arrancarlo de cuajo y tragártelo aún latente —paladea y yo me tensó, pero antes de que pueda negarme, él continúa. —Oh, no, no, no. Espera... ¿qué tenemos aquí? Oh, sí, esto es infinitamente mejor. Mm... es delicioso. Sí, creo que ya he decidido con qué voy a quedarme.

—¿Qué es?

—Esto no va así, pequeño e insignificante pececillo. Yo acepto tu petición antes siquiera de saber cuál es, así que lo justo es que yo me quede con algo tuyo como pago de la misma forma. Ahora decide. ¿Estás dispuesto a entregármelo?

—Solo si tú me dices lo que quiero saber.

Se pasa la lengua por los labios mientras sus dientes, en forma de afiladas cuchillas, la rasgan sin que él se inmude siquiera. La sangre le resbala por la barbilla antes de sonreír como un depredador.

—Trato. Hecho.

Es entonces cuando siento cómo una garra despedaza piel, músculo y hueso hasta llegar al fondo. Escarba en la superficie de mi alma y luego se interna en lo más profundo. Siento cada una de sus afiladas uñas abriéndose paso dentro de mí.

Se aferra a algo que parece estar arraigado con fuerza en el fondo, y siento como si tirara de mi corazón a través del pecho para arrancármelo de cuajo. Yo intento aguantar el dolor, pero es imposible hasta el punto en el que cierro los ojos y grito desesperadamente. Es entonces cuando siento sus garras enroscarse dentro de mi cuerpo y su risa dentro de mi cabeza ensordece todo lo demás.

Instantes después el dolor desaparece y yo vuelvo a mirar a mi alrededor.

Él ya está sentado en su trono de hueso y me observa con una sonrisa demoníaca mientras entrelaza los dedos de ambas manos.

—Tienes un alma feroz, hijo del mar. De incalculable valor. Me gustará hacer tratos contigo en el futuro.

—No habrá una próxima vez —le digo con la voz tan firme que hasta a mí me sorprende.

—Claro que sí. Tú, pequeño guerrero, vas a necesitarme en el futuro. Asegúrate de tener a cambio otro sentimiento tan succulento para mí como el de esta vez.

—¿Qué me has quitado? No noto... no noto nada.

—Oh, tranquilo —deja salir una risa hueca y aterradora —lo notarás.

Antes de que pueda darme cuenta su cola de escamas rojas se transforma en la cola de una serpiente de anillas bicolor. Mientras él se carcajea yo comienzo a sentirme tremendamente mareado y todo se vuelve difuso a mi alrededor.

*Rojo para torturar.*

*Y del negro huirás.*

No sé cómo he salido de la cueva, no sé qué ha pasado después de ver aquella cola de serpiente retorciéndose entre los huesos del trono, ni siquiera escucho nada más allá de esa risa hueca y terrorífica que me heló hasta los huesos.

Ahora es Merk quien me sacude el cuerpo. Sus manos aprietan mis hombros y sus uñas se hunden en mi piel para que recobre la consciencia.

—Vamos, Az. Mírame, colega. Mírame.

Su voz es un leve eco lejano que se mezcla con el ruido suave y aterciopelado y a la vez tenebroso y oscuro del Hermano que me robó algo que aún no echo en falta.

—Deja de zarandearme, vas a conseguir que te vomite encima —susurro y su suspiro de alivio suena tan alto que hace que me encoja.

—¡Gracias a Neptuno! —me abraza tan fuerte que siento cada hueso por el que se abrió paso la garra de ese ser hacerse añicos de nuevo.

—Para, Merk. Vas a matarme, si es que no estoy muerto ya.

Él se separa de mí súbitamente.

—Lo siento, lo siento. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado ahí dentro? Escuché gritos, pero no pude entrar. Algo me lo impidió, como un escudo invisible. Luego solo silencio y, después, apareciste aquí de repente. De la nada...

Mi cabeza da vueltas y las imágenes se suceden tan rápido que creo que voy a desmayarme de nuevo.

Él y sus tentáculos de ningún animal que yo haya visto antes. Él y esos cuchillos afilados que tenía por dientes. Esos ojos azules tan humanos que casi parecían una alucinación más. La cola de serpiente. Sus garras. Él atravesando mi pecho. Su risa. Su voz. El tacto de sus uñas contra mi cabeza. Su aliento en mi cara. Demasiado cerca. Demasiado denso.

Cierro los ojos con fuerza para intentar que todo se disipe, que todo vuelva a ser silencio en mi cabeza. Silencio o mi propia voz. Cualquier cosa me vale para acallar esto que se enreda en mi mente y se propaga como el veneno por la sangre. Como la suya. Oscura, podrida.

—Az... —escucho en un susurro lejano.

«Tienes un alma feroz, príncipe heredero» «Vas a necesitarme en el futuro»

«Delicioso» «Te has enlazado» «Solo tienes una pregunta que importe» «No es el cómo, lo que importa, es con qué fin»

—Az ¿qué te pasa?

Y de repente, como si la luz hubiese iluminado toda la oscuridad con la que él infectó mi interior, todo el ruido se desvanece.

Todo menos el eco de su respuesta a la única pregunta que realmente importaba.  
—Sé dónde está.



—Bhasylis ¿qué has hecho? —pregunta una susurrante y agoniosa voz que resuena en toda la cueva.

—Mi trabajo, Etheris.

—No, no, no... El futuro ha cambiado, tú has hecho que cambie.

El sirénido con la cola de escamas blancas y opacas nada hacia el trono de hueso mientras su cabello largo y gris se balancea al ritmo de su cabeza al negar. Es cuando tiene en frente al ser que ahora es mitad humano, mitad otra cosa más podrida, más cruel, cuando se detiene.

Sus ojos blancos, sin rastro de pupila alguna, observan al ser cambiante mientras se frota los dedos y se debate entre esbozar una sonrisa o generar un gruñido de desaprobación.

—Ah, sí. Ese pequeño detalle.

—Una pequeña acción en un momento determinado puede cambiar el curso de la historia y tú has provocado un cambio devastador, Bhasylis.

—No me digas que además de la vista en el presente has perdido también tu sentido común, hermano. Solo he hecho lo que debía hacer—esboza una sonrisa maligna y cruel.

—Él se pondrá en camino pronto. Volverá a casa.

—No sabes cuánto he esperado este momento...

—No lo suficiente como para que estés preparado cuando llegue.



El mar es algo curioso. O más bien lo que se siente estando bajo él lo es.

Que te envuelva el océano nada tiene que ver con que lo haga la brisa mientras caminas. La brisa es algo suave, etéreo, delicado. El mar es poderoso, energizante, hipnótico.

Quizá sea por mis dones o porque mi conexión con el océano traspasa las leyes de la normalidad entre los sirénidos, pero escucho cómo me llama. Cómo me pide, cómo desea, que fluya con él. Que me meza en sus aguas, que lo atraviere rápido y luego lento. Muy lento. Como si no hubiera prisa por ir a ningún otro lugar. Como si mi único fin fuera este. Nadar. Fluir. Flotar.

Cierro los ojos después de ver una vez más el color verde de mis escamas. Hay algo en este tinte que me hace sentir extraña. Algo que me hace sentir normal.

Nadar sin la supervisión de Nemsis también hace que me sienta bien. Como si no necesitase a alguien que me protegiera. Como si nada en mí fuese diferente al resto. Como si nada en mí estuviese mal.

La voz que me anima a dejarme influir por el caos, que me hace sentir tremendamente viva y malvada ha cesado por fin y mi sonrisa ya no se debe a nada más que no sea a esta sensación de tranquilidad y paz.

Cuando mis escamas dejan de ser iridiscentes soy una sirena más que nada a lo largo y ancho del océano. Que disfruta de hacerlo. Que se alimenta como el resto. Que vive como el resto.

No necesito escondites, con estas escamas ya no. Y deseo, por un instante ínfimo, quedarme así para siempre.

No tener que huir o esconderme. No tener que mirar a mis espaldas por si alguien me ve e intenta atraparme o, lo que con seguridad intentarían todos, matarme.

Pero luego me devora el pensamiento de mi madre muerta a manos de ese ser y la rabia me inunda de nuevo, me sobrepasa, me obliga a dejarme cegar por el odio y la sed de venganza comienza a aflorar.

No sé cuántos kilómetros me he alejado de La Cala del Tiburón Martillo, pero sé exactamente cómo volver. Gracias a las indicaciones que me dio Nemsis antes deirme he encontrado todas las señales que indican el camino exacto, por si me despisto y me pierdo.

He pasado la estatua con forma de pez espada, la roca de las anémonas, el banco de medusas amarillas y ahora nado en círculos en la última señal del camino. El barco de hierro infestado de tiburones peregrinos. Según sus órdenes, no debo traspasar los límites de este barco hundido.

—Así que aquí se acaba mi libertad ¿eh?

No estoy lista para volver. Todavía no.

Miro hacia arriba y solo veo el azul del mar y el brillo de los rayos del sol atravesándolo, haciéndolo más hermoso todavía. Me impulso hacia arriba para verlos más de cerca, para sentir el calor del sol en mi piel.



Asciendo unos metros hasta que un suspiro lejano, pero el más intenso que he sentido dentro de mi pecho, me inunda los oídos y luego el resto de mi interior.

Me pongo alerta y miro en todas las direcciones posibles. No hay nadie a la vista. Nadie que haya podido verme o que yo pueda ver ahora.

Habrà sido mi imaginación. Me encojo de hombros y comienzo a nadar hacia La Cala en busca, primero, de ese banco de medusas que me advierte de que voy en la dirección correcta.

—Espera... —escucho decir a una voz lejana que ya despertó huracanes en mí una vez.

El corazón me late tan deprisa que apenas soy capaz de sostenerlo dentro de mi cuerpo. Golpea tan fuerte mis costillas que acabarán rompiéndose de un momento a otro.

Una electricidad que nada tiene que ver con mis dones me atraviesa las puntas de la aleta, rodeando cada espacio que inundan mis escamas, ascendiendo hasta mi cintura, abrazando mi espalda y anclándose en mi garganta.

Pierdo la capacidad del habla al instante mientras siento la energía corriendo por dentro de mis venas.

No me muevo y, aunque lo intentara, sería incapaz de hacerlo. Algo me ata aquí, algo tira de mí hacia esa voz.

—¿Quién eres? ¿Dónde... dónde estás? —susurro más para mí que para nadie.

La voz sale de mí como si alguien me la hubiese arrancado de la garganta, como si alguien la hubiese atrapado con sus manos y se la hubiese guardado en su interior.

Algo se vacía en mí y se desborda a la vez. El ansia crece. Y los nervios, las dudas, la intensidad de la energía que recorre mi cuerpo también.

Es algo que traspasa todo límite de lógica. Esto es mil veces más fuerte que todo lo que yo creía entender del poder. Me envuelve, me destroza y me reconstruye mil veces por segundo y cada vez que lo hace se lleva algo de mí y me da algo nuevo.

—Por favor, no te vayas. Esta vez no te vayas.

Su voz es dulce, melódica y tira de mi alma como si quisiera arrancármela de dentro. Como si quisiera robármela.

Yo comienzo a nadar por fin hacia donde mis oídos creen que debo ir. Hacia donde algo profundo y poderoso me empuja a ir.

Ni siquiera me doy cuenta cuando traspaso el límite del barco hundido. Solo puedo centrar mi consciencia en la persona que genera ese sonido que me ata las entrañas, las costillas, los órganos y la vida misma y tira de mí hacia él.

—¿Qué me pasa? ¿Por qué...? No... no te encuentro, por favor dime dónde estás —le ruego, esta vez en un tono de voz más alto.

Oigo el batir de una aleta contra la corriente y me giro para ver y entender por fin porqué siento como si hubiese muerto e ido al cielo por petición ajena y voluntad propia.

Mirarlo es como ver a un dios hecho carne. Como encarar todos esos cuentos, esas fantasías irreales de mi infancia. De la infancia de todos. Es como si la vida me hubiese dado la oportunidad de crear un sueño a placer donde puedo moldearlo a la perfección. Donde puedo observar cada detalle con total nitidez.

La diferencia es que él no es un sueño. Yo no estoy creando nada. Él ya existe y está enfrente de mí. Mirándome tan sorprendido como lo estoy yo. ¡Como si yo tuviese algo sorprendente a lo que mirar tan boquiabierto como está ahora!

Había que verlo a él. Ojalá el resto del universo tuviera un segundo para observar la majestuosidad de su rostro. De sus ojos plateados y brillantes. De su pelo negro azabache que fluye con el agua como si fuera parte de ella. Ojalá el mundo pudiera ver su sonrisa. Esa pícara y

atrayente. Hipnótica sin lugar a duda. Ojalá pudieran ver su cuerpo. Torneado, definido y musculoso atravesado por esas dos cintas de cuero negro que se unen a su espalda para sujetar unas espadas que ya había visto antes.

Ojalá hasta los dioses del cielo y del mismísimo infierno pudieran ver su cola de escamas oscuras. Es tan grandiosa que duele hasta mirarla. Tan impactante como si hubiese sido sacada de la fantasía más interna de una niña que sueña con sirenas. Como si esa mente se hubiese mezclado y ensuciado con la mía. Porque juro que no he visto en mi vida nada más extrañamente atractivo. Tan desgarradoramente sensual como el sirénido que ahora me atraviesa con su mirada y estira su brazo hacia mí.

—Tú...

—No puede ser —susurra.

Y su voz vuelve a hacerme cerrar los ojos de placer. Como cuando la melodía de un violín se te enreda en el alma y la libera a la vez. Su voz hace lo mismo conmigo.

Sin que yo pueda controlar los impulsos de mi cuerpo, mi mano va en busca de la suya y, mientras nos miramos fijamente a los ojos y flotamos en la inmensidad del océano, sus dedos se entrelazan con los míos, así como mi corazón lo hace con el suyo.

Nos separaba una vida entera, siete mares y la tierra misma y, sin embargo, acabábamos de encontrarnos.



El tacto de su piel con la mía me hace ver que es real, que ella lo es, que lo que está pasando con su alma y la mía sucede de verdad.

Jamás pensé que encontrar a mi Yua fuese algo tan sumamente intenso. Siento cada fibra de mi cuerpo vibrar. Mi corazón late tan fuerte que parece querer explotar dentro de mi pecho y arrasarlo todo.

Sus dedos se entrelazan con los míos ahora y yo no puedo dejar de mirar esos ojos ambarinos que tanto he echado de menos sin saberlo.

—Aura... —consigo decir en un suspiro apenas audible.

Ella sonríe tan bonito que hace que yo lo haga también mientras la sangre recorre mis venas a mil por hora.

Quiero observarla, quiero ver cada detalle de su piel, cada escama, cada milímetro suyo, pero por alguna razón no puedo apartar la vista de sus ojos.

Hasta el agua que fluye entre nosotros me molesta. Solo quiero que seamos ella y yo, que no haya nada más entre nuestros cuerpos, que nunca más haya distancia entre nosotros.

—Azariel... pero no... no puede ser. Tú no...

Yo quiero decirle tantas cosas, tantísimas preguntas me atraviesan la mente y sin embargo no soy capaz de decir nada más que su nombre. Este que ahora se cuele entre mis labios y hace que sonría como si nada en el mundo importase ya.

Tiro de ella hacia mí. Se deja llevar, aunque sé que está tan en shock como lo estoy yo.

¿Qué probabilidades había?

Mi mano se desliza por su brazo mientras lo sigo con mi mirada. Su piel sigue siendo tan suave que cuesta separarse de ella, que cuesta parar.

Acaricio su hombro, su cuello y luego poso mi mano en su mejilla mientras ella cierra los ojos y sonríe.

Me gustaría confesarle que si sigue sonriendo así va a matarme, pero no me atrevo a pedirle que pare.

Mi otra mano se coloca en su cintura, sin rozar aún sus escamas verdes, pero las observo. El tono esmeralda es tan brillante que hipnotiza.

Es la sirena más hermosa que he visto en mi vida.

—Eres tú —susurro mientras coloco mi otra mano en su rostro y nos miramos fijamente.

—Y tú... eres tú.

Me río y ella lo hace también hasta que mi aleta roza la suya. Como si un rayo me hubiese atravesado de arriba abajo cierro los ojos y aguanto el dolor y el placer que me embriaga hasta casi perder el sentido.

Siento cómo muero y renazco cada segundo que paso junto a ella y parece que siente lo mismo, porque separa su aleta tan rápido como puede.

Algo se estremece dentro de mí, frunzo el ceño y abro ligeramente la boca. No puede asustarse, no puede querer huir de mí. Sería devastador, me volvería loco si no quisiese tocarme, si no quisiera...

Pierdo cualquier hilo de pensamiento que estuviera rondando mi cabeza y todo el temor se esfuma cuando veo que ella mira hacia abajo, hacia mis escamas y acaricia mi aleta con la suya.

Otro rayo, esta vez más intenso más demoledor, me atraviesa.

Así que es esto lo que se siente cuando te enlazas, así que es verdad que te destroza y te reconstruye a la vez.

Veo cómo observa la manera en la que nuestras aletas se acarician.

Sonríe. Y lo hace tan bonito que mi corazón se parte en mil pedazos y, absolutamente todos, se los lleva ella.

Extiende una de sus manos y con la yema de sus dedos acaricia mis escamas. Yo tengo que usar toda la fuerza que poseo para no perder la consciencia.

Es algo íntimo que un sirénido toque las escamas de otro, pero que lo haga tu Yua es algo que te desgarrar el alma, la vida y todo atisbo de control desaparece.

El placer se abre paso por cada fibra de mi ser y me descontrola sin que pueda hacer nada para evitarlo.

La verdad es que tampoco quiero hacer nada para retenerme. Para retener esto.

Mis manos viajan rápidamente hasta su rostro y la acerco a mí tan deprisa que hasta ella se sorprende cuando mis labios entran en contacto con los suyos.

Su tacto es cálido y mi cabeza viaja a aquella playa donde sus piernas se enredaron con las mías. Ahora, en este instante en que la vida me late dentro y fuera del pecho, su cola me acaricia como aquel día hicieron sus piernas y juro por mi vida y por todo lo que algún día me importó que, si muriese ahora, lo haría feliz.

Ella se agarra a mis brazos primero y luego desliza sus manos hasta rodear mi cintura.

La energía que genero penetra en ella y luego regresa otra vez a mí con más fuerza.

Hasta el rumor del mar desaparece. La corriente se frena en seco. El tiempo se detiene y ella y yo dejamos de ser dos para convertirnos de verdad en un solo ser.

Su lengua juega ahora con la mía y noto que la pasión que siente me supera.

Me aprieta contra sí tan fuerte que creo que va a destrozarme y con gusto le dejaría que lo hiciera.

Giramos sobre nosotros mismos con los ojos cerrados. Sintiendo el fervor que nos invade,

sintiendo el vínculo abrirse paso. Une cada uno de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestros huesos y de nuestra fuerza interior.

La suya es increíble. Me golpea como una oleada de fuego y con toda la fuerza que posee un tsunami.

Me remueve las entrañas sentirla tan ligada a mí, tanto que tengo que sujetarme a ella para no desfallecer.

Se separa de repente, como si ella también hubiese sentido ese relámpago en lo más profundo del alma, como si también la hubiese dejado sin respiración.

Veo cómo sube y baja su pecho, cómo su corazón desbocado late al mismo ritmo que el mío.

—¿Qué me pasa? Me siento...

—¿Viva?

—Como si me hubiesen roto en mil pedazos y luego construido desde los cimientos.

Sonríe ampliamente y esta vez vuelvo a besarla como si me fuese la vida en ello y, ciertamente, siento que se me va.

Ascendemos hacia la superficie mientras giramos sobre nosotros mismos. El agua fluye entre nuestros cuerpos y yo necesito que ni eso se interponga entre su piel y la mía.

Su aleta se mueve tan deprisa que casi es ella la que nos empuja a los dos hacia lo más alto del mar. Me sorprende la fuerza y la agilidad que tiene.

La brisa nos acaricia el rostro, el cuello y los hombros y ella se separa de mí y mira hacia los lados. Sonríe como si la felicidad fuera completa ahora.

—¿Esto es real? ¿Está pasando o he vuelto a desmayarme? Necesito saber que tú estás aquí, conmigo. Que lo que siento es real, que es por ti, que tú... —me pone las manos en el pecho.

Su voz tiembla y la manera en la que se agarra a mí es desesperada, yo no consigo hacer otra cosa que estrecharla entre mis brazos.

—Mi corazón y el tuyo ahora laten al unísono. Es tan real como me sientes ahora —hunde su rostro en mi pecho y me abraza tan fuerte que duele. —Tranquila, no voy a dejarte nunca. Tú eres mi...

Se separa de mí y me mira con desolación.

—¿Somos... nos hemos...?

—Somos Yua, Aura. Estamos enlazados de por vida y no te haces una idea de lo feliz que me hace eso.

—Me siento... extraña. Como si hubiese perdido cosas y ganado otras nuevas. Como si... no sé, pero no quiero que esta sensación desaparezca nunca.

—Te prometo que nunca va a desaparecer, ni yo tampoco.

—Lo que no entiendo es cómo no lo supimos antes.

—El mar es el conductor del vínculo, nuestras voces suenan diferente bajo el mar.

—Con lo enorme que es el mundo, coincidimos en aquella playa y nos besamos sin que ningún vínculo nos obligara a hacerlo.

Cojo su mano derecha y sonrío al ver mi brazalete decorando su muñeca.

—Creo que te elegí mucho antes de que lo hiciera el vínculo.

Su mano se coloca después en mi mejilla y la acaricia. Yo no puedo evitar cerrar los ojos un instante. Sentir su caricia en mi piel es éxtasis puro, como si un millón de estrellas me explotasen dentro.

—¿Tengo tantas preguntas! ¿Por qué no me dijiste que eras una sirena cuando nos conocimos? —le pregunto.

—Bueno... ¿qué esperabas? Quizá un “Hola, me llamo Aura y en mis ratos libres soy una

sirena, encantada”.

Me carcajeo mientras ella sonrío.

Su mirada se desvía de mis ojos y su ceño se frunce de repente.

—¿Por qué llevas espadas?

—Bueno... —me echo la mano a la cabeza. —Soy el comandante de la guardia real de Atlenia.

—No es posible...

Noto la crispación en su rostro y no tengo ni la menor idea de por qué.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras mis dedos juegan con los suyos.

—Sirves a Kenai.

—Kenai es mi padre, Aura.

Sus ojos, a la vez que su boca, se abren en un gesto de sorpresa mezclada con recelo.

Lo último que veo después de que su mano se escape de la mía es su aleta saliendo a la superficie mientras ella se introduce de nuevo en el mar.



La sangre corre por mis venas tan rápido como nado yo. Mi alma se siente tan completa que a punto ha estado de desbordármeme, pero mi consciencia me obliga a huir de él. De mi Yua.

Esa palabra resuena tantas veces en mi cabeza que, por inercia, me tapo los oídos. Como si así fuese a dejar de escucharla. Como si así fuese a desaparecer su voz de mi mente.

Lo escucho gritar y también siento la corriente fluyendo a través de él mientras intenta alcanzarme. Siento la necesidad de usar mis dones para alejarlo, pero me retengo.

Mis entrañas se contorsionan de tal forma que siento mi cuerpo plegarse sobre sí mismo. Sé que el vínculo me une a él, sé que debería no querer soltarlo, pero es el hijo de Kenai. Es el hijo del hombre que me arrebató a mi madre, que me arrebató la vida que merecía haber vivido. ¿Cómo estar al lado de una persona por la que corre la misma sangre que la suya? ¿Cómo decirle quién soy realmente? ¿Cómo estar a su lado y no confesárselo? ¿Cómo explicarle que mi sed de venganza solo podrá saciarse cuando asesine a su padre?

Me detengo y lo siento chocar con mi espalda.

—¡La madre que te...! —grito por el dolor del golpe.

—¡Por Neptuno! ¡Lo siento, lo siento! —dice mientras se agarra a mis brazos y me los acaricia.

—Tienes que dejar de seguirme, Azariel.

Aún me resulta increíble que sea él. Que sus piernas no estén donde deberían estar, tatuadas con esas espirales...

Escamas. No eran tatuajes, eran escamas. Me llevo la mano a la cara mientras intento recordar cada detalle suyo en la tierra, pero su voz dentro de mi cabeza no deja que me concentre.

—¿Por qué huyes de mí, Aura? Yo solo quiero... necesito...

—Yo también siento la necesidad, el ansia y el deseo ardiente recorriendo cada uno de mis huesos, pero hay muchas cosas que... que no puedo...

Sus manos se colocan a cada lado de mi rostro. Me obliga a mirarlo mientras él sonríe.

—Ahora todo lo demás carece de importancia ¿no lo entiendes? Lo único que importa ya somos tú y yo. Solo tú y yo.

Quisiera creer que lo que dice es cierto tanto como me urge huir a cualquier lugar donde no pueda encontrarme jamás.

—Tú no lo entiendes, Azariel. Es mucho más complicado que eso. Yo...

—Tú eres todo lo que me faltaba. Mi vida ha sido una auténtica pesadilla y tú eres un sueño del que no quiero despertarme nunca. No necesito nada más, Aura. Solo te necesito a ti.

Me besa y yo vuelvo a perder todo atisbo de razón. Todo se esfuma dentro de mi mente por su culpa.

Sus labios son tan suaves como recordaba y sus manos tan delicadas y firmes como las sentí aquel día en la playa.

Todo lo malo se disuelve, todos los porqués dejan de importar, la oscuridad, hasta la más profunda de mi interior se pierde entre su cuerpo y el mío para desvanecerse por completo después.

Una tos artificial nos saca a los dos de súbito de la vorágine más dulce que había tenido el gusto de devorarme.

—Siento interrumpir, pero quedarme mirando esto me resulta un poco incómodo.

Me doy la vuelta y veo sus escamas naranjas, con ese brillo amarillo como si el sol les diera directamente cada segundo del día. Veo sus ojos del color de la miel, siguen tristes y cansados. Su sonrisa es comedida. Como cualquier persona que se debate entre sentirse feliz o afligida.

—Merklon... —susurro.

—Encantado de volver a verte, Jade.

—Esto... —comienzo a decir para excusarme.

—O quizá debería llamarte Aura.

Me separo de Azariel y nado hacia él, pero retrocede.

—Lo siento, mi tío es demasiado protector, ¿estás bien?

—¿Bien? Tú me mentiste y él me drogó, supongo que sigo vivo, que es más de lo que cabría esperar teniendo en cuenta cómo está el océano en los tiempos que corren.

—Oye, Merk, lo siento. Lo siento muchísimo. Yo no sabía lo que te había hecho, él me lo dijo después de que te marcharas. Yo... yo no te haría daño.

Y las últimas palabras son tan sinceras que duele pronunciar cada letra.

—Sabía que eras tú cuando Merk me habló de ti.

—¿Lo sabías? —preguntamos Merk y yo al unísono.

—Un lugar húmedo y lejano... fue lo que me dijiste cuando te marchabas de aquella playa ¿recuerdas?

—¿Playa? ¿Qué playa? —pregunta su amigo.

—Nos conocimos en una playa hace un tiempo... —Azariel sonrío. —Sigue pareciéndome increíble que estés aquí —me coge la mano con tanta delicadeza que sonrío yo también.

—Nos ha jodido... a mí sí que me parece increíble.

—Oye, Merk, lo... lo siento —le dice Az.

Él levanta la mano y cierra los ojos un segundo, luego suspira y vuelve a abrirlos.

—No tienes por qué sentirlo. El vínculo es el vínculo. Es algo que nace contigo y no muere cuando te vas, sé de lo que hablo. Además, eres mi amigo y esa sonrisa que tienes pegada en la cara es más importante que un bonito conjunto de escamas cualquiera.

—¿Oye! ¿Me acabas de llamar cualquiera? —me cruzo de brazos indignada, pero él se ríe.

Se acerca a mí y me coge la mano que me queda libre.

—Ahora él forma parte de ti y tú de él. Espero que lo cuides tanto como él va a cuidarte y que lo ames de igual forma. Que nada nunca se interponga entre ustedes, solo te pido eso.

La voz de Merk es suave y delicada, tanto, que cada palabra se me clava en el pecho y me desgarrar el interior hasta dejarlo hecho girones.

Si él supiera que todo lo que nos une ahora no es sino una ínfima parte de todo lo que nos separa...

Yo asiento, porque no me veo capaz de articular ni una sola palabra, porque no podría mentirle.

—Tienes una energía increíblemente poderosa ¿sabes? Puedo sentirla dentro de mí —me dice Azariel mientras sonrío casi riendo.

Yo me tensó, pero intento que no lo note.

—La tuya es cálida, como una fogata en pleno invierno.

—¿Por qué estabas en tierra, Aura? —me pregunta.

—¿Por qué estabas tú?

El corazón se me agarrota y los nervios empiezan a invadirme. No puedo decírselo. No debo hacerlo.

—Me reunía con una de mis soldados para saber si tenían noticias de la sirena iridiscente.

Y todas las escamas se me erizan a la vez.

—¿Sirena iridiscente?

—¿No conoces la historia? Se ha dado la voz de alarma en todas las ciudades.

Me muerdo el labio inferior tan fuerte que enseguida noto el sabor metálico de la sangre en mi boca.

«Respuestas imprecisas y cortas» la voz oscura resuena en mi cabeza.

—Ah, esa sirena.

—Tenemos tantas cosas de las que hablar... —Az me coge las dos manos y me sonrío mientras Merk nos observa con el ceño ligeramente fruncido. —No quiero perder el tiempo hablando de esa sirena.

«Esa sirena soy yo, Azariel» pero esas palabras mueren en mi mente sin poder llegar a mi boca después de escuchar a la voz oscura decirme que me calle.

—Pues siento decirte que van a tener que aplazar las citas románticas hasta que demos con ella, te recuerdo que tenemos una misión, Azariel.

—¿Qué misión? —pregunto mientras miro a Merk.

—Acabar con la sirena iridiscente—me contesta.

El miedo se apodera de mí y yo me separo automáticamente de Az.

—¿Acabar con ella? ¿Estás loco? Es una sirena inocente, no vamos a hacerle daño.

—Pero, Az, tu padre te ordenó matarla ¿recuerdas? Tú no querías, pero aceptaste.

—Yo nunca he hecho tal cosa —dice demasiado serio como para admitir ninguna rectificación al respecto.

—Azariel...

—Soy el comandante de la guardia real de Atenia y mis órdenes son encontrarla e intentar parlamentar con ella, no acabar con su vida. Me niego a asesinar a una inocente.

Yo sonrío sin poder evitarlo.

—Por Neptuno... eso es lo que te ha robado.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz.

—Uno de Los Tres Hermanos, le ha robado el recuerdo de que debe matar a la sirena iridiscente.

—¿Cómo? ¿Quiénes son? —le pregunto aterrada mientras retrocedo.

—Los hechiceros más poderosos de todo el océano. Ellos se quedan con algo tuyo, con un sentimiento, un recuerdo, una sensación a cambio de una petición

Azariel mira a Merklon y luego a mí con una expresión difusa, como si no comprendiera nada de lo que él dice.

Yo me acerco a Merk, dejando a un confuso Azariel detrás.

—Pero no es nada malo que haya olvidado que le han ordenado asesinar a esa sirena ¿verdad? Es algo bueno. Muy bueno... —susurro para intentar que Az no me escuche.

Aunque eso sea una soberana estupidez. Él podría escucharme a kilómetros de distancia si fuera necesario.

—Sí, es maravilloso, —ironiza Merk haciendo aspavientos con los brazos —el único



problema es que si no lo hace quien morirá será él.

—La sirena iridiscente no tiene motivos para matarlo ¿verdad?

—No hablo de ella. El rey ha dado una orden, Aura. Si se niega a matar a la sirena iridiscente estará entregando su cabeza a la corona y, por desgracia, sé muy bien que su padre se la cortaría con gusto.

—Por Neptuno... Pero ¿para qué fue a ver a esos hechiceros? ¿Qué demonios les pidió? —pregunto en un hilo de voz apenas audible.

—Encontrarte.



La sensación de tenerla cerca, de que se haya enlazado conmigo también, es devastadora. Tan brutal que casi no consigo recordar cómo era antes mi interior. Cómo era antes de ella. Cómo era cuando estaba vacío, solo conmigo mismo, cómo me sentía cuando ella no lo llenaba todo.

La energía que transportan mis venas, la fuerza que siento que rodea cada uno de mis huesos, es feroz. Casi tanto como estas ganas locas de besarla hasta perder la consciencia.

—Oye, ahora mismo solo me importa que estás aquí ¿de acuerdo? Solo quiero estar contigo, sentirte conmigo. El resto del mundo me importa una soberana mierda ¿entiendes? Al diablo esa sirena, la única que realmente importa eres tú.

Ella sonríe, pero no como lo hago yo. Su sonrisa no es tan amplia y sincera como la mía y no consigo entender por qué.

Quizá es la presencia de Merk la que la cohibe, quizá aún esté en shock.

—Az, tenemos que hablar —me dice Merk.

—Sí, pero eso puede esperar ¿de acuerdo? Solo pido unas horas con ella, tan solo eso. Regresa a Atlenia, me reuniré contigo allí.

—Pero, Azariel...

—Merklon no me obligues a...

—¿Está bien! —alza los brazos y pone los ojos en blanco. —Dios, maldito sea el vínculo y toda la estupidez que viene con él. Jade... digo, Aura, por favor, cuídalo. El océano no es seguro, no dejes que cometa ninguna locura.

Ella duda, sus músculos se tensan aún más, pero termina por asentir.

—No va a pasarme nada, Merk, tranquilo.

—Incontables tragedias han ocurrido justo después de esa frase.

—Tranquila, es un exagerado —le digo a Aura mientras le acaricio el brazo.

Ella sonríe a medias.

—No me obligues a volver a buscarte ¿de acuerdo?

—Tranquilo, no tardaremos en volver a la ciudad.

—¿Tardaremos? Yo vivo... aquí cerca, no voy a ir a Atlenia —me contesta Aura mientras frunce el ceño.

—¿No vas a venir conmigo? Pero debemos estar juntos, Aura. Ahora que nos hemos encontrado no voy a dejarte escapar, aunque quisiera no podría.

Le cojo ambas manos y ella entrelaza sus dedos con los míos. Me sonríe y esta vez lo hace de verdad.

—Pero yo no puedo...

—Oye, tortolitos, que me voy. Mínimo un hasta luego, vamos, digo yo. Por cortesía, más que nada.

—Nos vemos pronto, Merk —le digo sin siquiera mirarlo.

—Me ha alegrado verte, Merk. De verdad.

—A mí también, Aura —dice en un susurro.

Luego se da la vuelta y se marcha nadando más rápido de lo que lo había visto hacerlo en mucho tiempo.

Ni siquiera puedo centrarme en la punzada en el corazón que ha debido atravesarlo, ahora solo puedo mirarla y concentrar todo lo que siento en ella.

—Bésame —le pido.

—Creo que deberíamos hablar, Az. Esto es surrealista como poco. Necesitamos...

—Bésame, por favor, es lo único que necesito. Ya habrá tiempo para todo lo demás.

Ella se acerca a mí, despacio. Como si tuviera que pensar en cada movimiento para llevarlo a cabo y llegar hasta a mí.

Yo dejo que se tome su tiempo mientras miro cómo sus ojos, ambarinos y con ese espectacular brillo dorado, se clavan en los míos.

Sus manos ascienden por mis brazos hasta rodear mi cuello y la temperatura parece subir a nuestro alrededor, mientras su aleta acaricia suave y delicadamente la mía. Lo que genera en mí su contacto poco tiene que ver con la suavidad y la delicadeza.

—Azariel, —susurra y yo siento que mi nombre no ha sonado tan musical jamás —tengo que hablarte de algo importante.

Dice mientras mi torso vuelve a sentir el contacto del suyo. De su piel cálida y suave. Siento hasta el latir de su corazón bombeando con tanta fuerza como lo hace el mío.

—¡Aura! —grita una voz lejana, pero potente.

Se separa de súbito de mí y mira en todas las direcciones esperando verlo por alguna parte, pero no está.

—Tienes que irte. Ahora.

—¿Cómo? No voy a irme, Aura, no voy...

—Debes irte. Mi tío viene y no puede vernos juntos. No puede saber que...

—Aura, tranquila. Tu tío entiende el vínculo, no le molestará que...

Ella está tensa y asustada. Tanto que yo siento ese temor también. Sigue mirando en todas direcciones y yo la sujeto por los brazos para que me mire, para intentar tranquilizarla.

—Tú no lo conoces. No sabes cómo es. Por favor, vete. Hazlo... hazlo por mí, por nosotros. Márchate.

—¿Te hace daño? Aura si te ha hecho algo debes decírmelo, yo puedo...

—No. No es eso. Por favor, debes irte ahora —me suplica mientras me abraza fuerte, como si no fuera a verme nunca más.

—No puedo dejarte ¿entiendes eso?

—¡Aura! —vuelve a gritar esa voz seca y profunda.

—Mañana. En la playa del Acantilado Gris —me besa rápido, pero con tanta intensidad que podría romperme.

—Si no apareces allí mañana vendré a buscarte y no me marcharé a no ser que tú vengas conmigo.

Ella asiente y, después de mirarme a los ojos como si quisiera grabarlos para siempre en su memoria, después de suspirar profundamente y luego mantener la respiración, se da la vuelta y

nada más rápido de lo que he visto nunca nadar a nadie. Más rápido incluso de lo que podría hacerlo yo.

Algo dentro de mí se agrieta cuando la pierdo de vista.

Lo único que me tranquiliza es que siento su corazón latir justo al lado del mío.



Nemsis está quieto, mirándome mientras yo lo observo también. Está callado, demasiado callado.

Su estado natural es tener los brazos cruzados, el ceño fruncido y blasfemar a todo volumen, cosa a la que ya estaba acostumbrada, pero esta vez no y eso me inquieta.

Desde que me encontró más allá del límite del barco hundido no ha dicho nada. Absolutamente nada.

Nadamos juntos de vuelta a su casa y, desde entonces, estamos sumergidos en esta lucha de miradas sin sentido.

—¿Vas a decir algo ya?

Él ni siquiera se inmuta. No sonrío de forma maligna, ni siquiera se molesta en bufar.

—Me has desobedecido.

Yo intento acercarme a él, pero levanta una mano para que me detenga y yo lo hago.

—He intentado matarte en varias ocasiones y ni siquiera entonces te has enfadado tanto. Siento haber salido de la zona segura ¿de acuerdo? Pero estoy aquí, estoy de vuelta, sana y salva. No ha pasado nada.

Ahora se ríe, pero de forma ahogada y casi sin aliento. Como si la nada a la que yo me refiero fuera algo terrible.

—Nada... así que no ha pasado nada ¿verdad?

Yo no le aparto la vista, ni siquiera pestañeo más de la cuenta. No me muerdo el labio, no me muevo más de lo necesario y casi parece real el hecho de que no oculto absolutamente nada.

—No. He nadado y me he despistado con los límites, eso es todo.

—Pequeña y maldita embustera. Al menos deberías tener la decencia de no mentirme. Deberías saber que es imposible engañarme.

Él tampoco se mueve y si no fuera por sus palabras nadie diría que está tremendamente furioso.

—No te he mentido.

—¡Já! Está bien, está bien. No me has mentido.

—No.

«No te acerques, no te acerques, no te acerques».

—Entonces, cuéntame. ¿Por qué me crucé con Merklon mientras te buscaba?

Los ojos se me abren por la sorpresa sin que pueda evitarlo y un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—¿Qué le has hecho? —pregunto en un hilo de voz y él sonrío. —Él no es responsable de nada, me lo encontré de casualidad, esa es la verdad. Hablamos y se fue. Te lo juro.

Y era verdad, pero no del todo.

—Ajá...

—Lo que quieras hacer, házmelo a mí, no a él.

—Eso suena tremendamente tentador ¿sabes? Y creo que te tomaré la palabra.

Se acerca a mí lentamente y yo procuro no moverme, no retroceder.

—¿Dónde está? —pregunto con un tono de voz más fuerte.

—Iba de camino a Atenia ¿no es así? No veo por qué ha tenido que cambiar eso. La cuestión es... —se mira las uñas y deja de prestarme atención a mí —que me has mentido. Que ese sirénido ha estado muy cerca de mi casa, de mi hogar y que no entiendo por qué me lo has ocultado. ¿Es que no te he dado suficiente confianza? ¿Es que no me he portado bien contigo? Te he recordado cómo usar tus poderes y ¡mejor que eso! Te he enseñado a dominarlos ¿Es que no me merezco un mínimo de respeto? —dice con una voz tremendamente calmada y perturbadora.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

—¡Por supuesto que no! —grita y luego cierra los ojos. Intentando calmarse.

—Escucha, Nemsis, yo...

—No entiendes que nuestra posición es delicada. Cada mísero acto que hagas tiene consecuencias mucho más grandes de las que puedas imaginar, pero tú no lo ves. ¿Cómo vas a verlo? Ni siquiera te dabas cuenta de lo que sucedía a tu alrededor cuando estabas en tierra. Ni siquiera prestabas atención a los que pisaban la tierra a tu lado mientras escondían unas bonitas escamas debajo de la piel. Te sucede lo mismo ahora, niña. No ves nada que vaya más allá de tu maldita nariz.

—Ya sé que el chico que conocí en la playa, el que me regalo esto —levanto la mano para que vea el brazalete, —es un sirénido. No vas a sorprenderme con eso.

Sonríe y puedo ver ahora todos sus dientes.

—Oh, querida —finge un mohín —no es a él a quien me refiero.

Mis ojos se abren sin poder evitar la sorpresa mientras mi mente viaja a la playa, a mi pueblo, a mis amigos, a Patricia.

—¿Quién? ¿Quién de ellos es como yo?

—Ni siquiera importa eso. La cuestión es que aún no lo has entendido ¿verdad? Nadie. Absolutamente nadie es como tú. Eres única en tu especie y tu estupidez parece conjugarse perfectamente contigo. No he conocido jamás a nadie tan... —gruñe y se da la vuelta, pero antes de salir de mi habitación se gira y vuelve a mirarme con los ojos casi fuera del casco.

Inspira profundamente mientras los cierra y yo no puedo evitar retroceder aún más.

—Huelo el vínculo en ti —abre los ojos, ahora más oscuros y brillantes.

—Me he enlazado, ya lo sabías, lo sabíamos.

—Sí, pero no con Merklon. Es alguien... —inspira de nuevo —más fuerte, más decidido, más feroz.

—¿Cómo puedes saber eso?

—¿Quién es él? Dímelo.

—No.

—Bien. Ya que te empeñas en que así sea, lo encontraré yo mismo y le preguntaré personalmente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te empeñas en mantenerme aquí encerrada? ¿Por qué te asusta tanto que conozca a gente? ¿Por qué tanto secretismo, tanto miedo?

—Sin lugar a duda no tienes ni la más mínima idea de lo que es el miedo, pero lo sabrás.

—¡No puedes hacerle daño! —le grito.

—Sí. Sí que puedo.

Lo último que veo de él es una sonrisa amplia y sórdida justo antes de que cierre de un

portazo.

Yo corro hasta la puerta, pero no abre.

—Tengo que salir, no me esperes despierta, querida.

Yo me lanzo contra la puerta una y otra y otra vez. La bestia que llevo dentro se desata y grita furiosa mientras choco con la madera bañada en oro.

—No te canses, pequeña, es posible que te quedes... —me llevo las manos a la garganta mientras intento en vano respirar —sin aliento.

Su risa es lo último que oigo antes de que mis pulmones se queden vacíos del todo y la vista se me nuble hasta quedarse negra por completo.



La playa del Acantilado Gris no queda lejos. En unas horas estaré allí y, mientras espero a que amanezca, podré recoger los informes de mi soldado.

Dudo que tenga nada nuevo que contarme, ya me habría buscado si así fuera, pero al menos mataré el tiempo mientras espero a reencontrarme con Aura.

Aún no me creo que sea ella, con la cantidad ingente de sirénidos que hay en el océano, con tantos años vagando por él y nos encontramos en tierra.

Supongo que nuestro vínculo es más fuerte de lo que imaginaba o quizá lo que le dije es cierto y mi interior la eligió mucho antes de que el lazo actuara por mí.

Estoy escondiendo mis espadas detrás de la misma roca de siempre cuando una tos artificial hace que agarre una de las empuñaduras, pero antes de que me dé la vuelta ella se pronuncia.

—Señor —dice con esa sonrisa infantil que esconde a toda una guerrera detrás.

—Intenta no darme esos sustos la próxima vez ¿de acuerdo? He podido cortarte la cabeza.

—Lo siento, señor. No sabía que se asustaba tan fácilmente...

Yo arqueo una ceja mientras me cruzo de brazos, ella agacha la mirada antes de soltar todo el aire que lleva acumulado en el pecho.

—No debí decir eso...

—Desde luego que no.

—Lo siento, señor.

Su pelo largo y rubio esconde la mayor parte de su rostro cuando agacha la cabeza en señal de disculpa y subordinación. Sus ojos, azules como la mar misma, se clavan en el suelo y yo me descruzo de brazos. No tengo ganas de discutir, ni siquiera de hacer mi papel de comandante, ni siquiera de aguantar las inclinaciones por ser el príncipe y futuro rey.

Me acerco a ella, le pongo el pulgar y el índice en la barbilla y le elevo el rostro.

Ella me mira confusa, yo no puedo evitar sonreír.

—Tranquila.

Ella se pone el pelo detrás de las orejas y sonríe también.

Me siento en la arena para descansar del viaje, pero ella sigue con los pies juntos, la espalda erguida y la cabeza tan alta como yo se la dejé. Posición de soldado.

—¿Novedades? —le pregunto.

—No, señor.

—Deja de llamarme señor y siéntate.

Intento que no suene como una orden, pero, al fin y al cabo, todo lo que sale de mi boca cuando hay soldados presentes lo parece, aunque solo los salude. Están entrenados para obedecer, para acatar lo que su comandante les diga y eso es tan exasperante...

Ella duda, pero al final se sienta y suspira después.

—No ha habido ninguna actividad fuera de lo normal en Menzis. Ni siquiera por los alrededores de la playa. He patrullado esta zona día y noche y no ha sido fácil con ese chico todo el día rondando por aquí.

Yo bufo antes de frotarme las sienes con la mano.

—Has hecho amistad con él ¿no? Dile que ella no va a volver. Al menos no por mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Aura es una sirena, no tiene especial interés en él, debería saber que no va a volver.

Noto que ella se tensa, su cuerpo se pone visiblemente rígido mientras se muerde el labio inferior. Agacha la cabeza y maldice algo que no llego a oír.

—Debí saberlo. Debí darme cuenta de que ella era algo más de lo que aparentaba. Siento...

—Tranquila, —le pongo una mano en el hombro y ella se tensa aún más —ni siquiera yo me di cuenta hasta que la vi en el mar.

—Es que no me daba buena espina. Al principio no parecía más que una simple humana. Ni siquiera se acercaba al mar, maldita sea.

Le da un puñetazo a la arena y yo arqueo una ceja mientras me río.

—Tranquila, Eva. Es tremendamente escurridiza, si no le hubiera visto las escamas con mis propios ojos tampoco lo creería. Apuesto a que ella tampoco sabe que tú también perteneces al mar.

—Pero yo soy una soldado, estoy entrenada para observar más allá de lo visible, para estar alerta cada segundo y ella... ¿quién es ella? ¿Por qué estaba aquí?

Yo busco la respuesta en mi mente, pero me doy cuenta de que no respondió cuando se lo pregunté.

—Podremos preguntárselo cuando amanezca.

Sonríe mientras me mira confundida, sabiendo que le oculto más de lo que le cuento.

—¿Vendrá sola? Quiero decir... ¿alguien la está custodiando?

Yo alzo una ceja y me río a la vez que ella se avergüenza.

—Nadie tiene porqué custodiarla, es una sirena corriente —me desgarran por dentro decir eso de ella cuando lo que realmente pienso es que es lo más increíble con lo que me he topado en la vida. —Pero si lo que quieres preguntar es si vendrá Merklon, la respuesta es no —le sonrío.

—No... yo no...

Ella mira hacia otro lado para intentar que no vea lo roja que se ha puesto.

—¿Por qué no se lo dices? Apuesto a que le darías una alegría.

—Señor, yo no...

—Eva, amas a Merklon desde hace tanto tiempo que no sé cómo ese idiota no se ha dado cuenta todavía. Debes decírselo, él no sería capaz de ver a una ballena en un charco. Además, él también te ama, pero piensa que tú no quieres nada serio, que piensas que él, cito textualmente, se tira a todo lo que menea la aleta.

—Y ¿no es así?

No puedo evitar carcajearme y ella lo hace conmigo.

—Díselo de una vez y sean felices. La felicidad es algo que, por desgracia, no abunda en el mar últimamente.

—¿De verdad cree que él...?

Me mira con la sonrisa enorme y avergonzada a la vez y esos ojos azules brillantes como el mar cuando el sol lo ilumina.

—Te doy mi palabra —le guiño un ojo.

Ella inspira profundamente y luego suelta el aire poco a poco mientras sonrío mirando al océano.

Qué bien sienta tener una conversación normal con alguien. Una conversación donde no importan las sirenas devastadoras, ni el trono, ni la corona, ni nada más que dos personas que se ríen en medio de una playa desierta.

Y, sin embargo, no entiendo por qué siento que ahora me falta el aire.



«Una pequeña acción en un momento determinado puede cambiar el curso de la historia». Etheris lo sabe bien.

Él ve el futuro tan nítidamente como el resto de los que habitan el océano y la tierra ven el presente.

El futuro, es cambiante, como su hermano Bhasylis. Nunca se mantiene igual por un largo período de tiempo. Todo lo que lo rodea cambia. Solo basta una pequeña acción y todo lo que estaba escrito puede desdibujarse para crear otra cosa más prometedora o, como sucede en este instante, capaz de destruir el mundo tal y como lo conoce.

—Sigues observando —le pregunta el ser que ahora es mitad tiburón, mitad el sirénido que un día fue.

—Nunca dejo de observar.

Sus ojos no le permiten ver ya lo que lo rodea, pero sus demás sentidos se han agudizado hasta tal punto que sabe perfectamente quién se acerca. Quién regresa.

Inspira profundamente mientras el futuro sigue cambiando, mientras eso que destruirá parte del océano, sin embargo, sigue intacto.

Él no puede verlo, pero sabe que su hermano está justo delante y que ahora su cola de tiburón blanco se transforma en algo tan oscuro como él.

—El futuro era sencillo. Simple. Equilibrado.

Su voz cansada, casi afónica se expande por toda la cueva, llenándolo todo.

—Todo es volátil, Etheris. Nada debería permanecer igual por mucho tiempo.

Los tentáculos negros y morados del ser que ahora se sienta de nuevo en el trono de hueso se enredan entre sí mientras su hermano se gira y lo observa, como si de verdad pudiera verlo.

—Veo muchas posibilidades de futuro, Bhasylis. Nunca hay solo una. Todos cometemos actos impuros que hacen que cambie, que se transforme, que se pudra... La cuestión es que ahora, en todas esas opciones, siempre hay algo que se repite. Alguien que es el principio del fin.

—Eso es interesante. Cuéntame, ¿quién es ese ser? —sonríe mientras todos sus dientes se afilan visiblemente dentro de su boca.

—Él —señala hacia un rincón de la cueva donde no llega la luz, donde él no podría verlo, aunque la hubiera.

—No puedo decir que sea un placer volver a verte Bhasylis —dice una voz grave y profunda.

—Hermano...



Los tentáculos del ser cambiante se ponen rígidos y los colmillos afilados desaparecen cuando él sale de entre las sombras.

—Etheris. —Dice a modo de saludo y éste inclina la cabeza para responder.

—Ha pasado mucho tiempo, hermano, demasiado tiempo. —La voz susurrante del sirénido que puede ver lo que pasará, pero no lo que sucede frente a él, sigue resonando alrededor de los otros dos que habitan ahora la cueva.

Que la habitaron juntos hace mucho tiempo.

Las manos que pertenecen a la cola de escamas rojas que ahora no encuentra ninguna forma concreta a la que cambiar, se aferran con tanta fuerza a los huesos engastados en su trono, que los nudillos se vuelven blancos. Que el mismo hueso comienza a agrietarse.

—El suficiente.

—¿A qué has venido?

—No a verte a ti, Bhasylis. Etheris, hablemos —dice antes de girarse para salir de la sala donde su hermano gruñe mientras su cola vuelve a cambiarse por la de una serpiente bicolor.

Etheris sabe por qué ha vuelto a casa después de tantos años. Sabe lo que viene a continuación. Sabe también que sus manos estarán manchadas de sangre muy pronto.

Pero antes de que el que ha regresado abandone la sala del trono que un día le perteneció, mira a su hermano.

—Oh, Bhasylis, —dice con una voz dulce y calmada —levántate de mi trono.

Su hermano, después de gruñir lo obedece, sabe que debe obedecerlo, recuerda lo que pasó la última vez que lo desafió.

Lo que Etheris sabe también es que ese enfrentamiento volverá a ocurrir muy pronto.

—Tus gruñidos siguen siendo tan inofensivos como entonces, Bhasylis. Sonríe un poco, al fin y al cabo, que Los Tres Hermanos estén juntos de nuevo es motivo de júbilo y celebración ¿no crees, Etheris?

—Por supuesto, Nemsis. Por supuesto.

Su sonrisa malévola es lo último que le dedica al ser cambiante antes de darle la espalda.



Cuando consigo abrir los ojos lo primero que hago es tragar todo el aire que me faltó cuando él me encerró aquí.

Me llevo las manos a la garganta mientras me incorporo. Luego intento abrir la puerta, pero sigue cerrada.

—Nemsis... —intento gritar, pero aún no puedo.

Me arde la garganta tanto como si alguien me hubiese asfixiado con sus propias manos hasta casi matarme.

—¡Nemsis! —consigo decir más alto.

Doy golpes a la puerta con el puño mientras mi cuerpo se mantiene totalmente apoyado en ella.

—¡¡Nemsis!! —grito ahora más fuerte, pero nadie contesta.

Me separo de la puerta tan acertadamente como puedo mientras algo en el fondo de mi ser se

enfurece. La sangre comienza a hervirme en las venas.

—Maldito seas tú y toda tu progenie, hijo de la gran...

Noto el sabor metálico y cobrizo de la sangre en mi boca. Intento recuperar el aliento mientras la rabia aumenta.

Mi corazón deja de bombear sangre y comienza a correr el fuego por mis venas. Un fuego descontrolado o, más bien, controlado por toda la ira que se acumula dentro de mí.

En mi mente imagino cómo será ese fuego, cómo será su color exacto, a qué temperatura estará, si será capaz de traspasar las paredes de la cárcel de oro y seda en la que él me encerró antes de irse. Pienso en cómo se moverán sobre mí las llamas. En si su arrullo conseguirá calmar toda la cólera que se abre paso dentro de mí, como si mi cuerpo se hubiera convertido en un volcán en erupción. La rabia, en forma de lava, comienza a danzar por encima de mi piel. La siento. Siento su cosquilleo primero y luego toda una fuerza devastadora parece tragarme por completo a mí y al resto de la cordura que me queda.

La furia me alimenta, me ciega, me embriaga.

Una llama se crea de la nada sobre mi palma. No me quema, no quiere hacerme daño, solo quiere jugar.

La alzo mientras la observo.

Sonríe cuando siento que mi otra mano, aunque no está alzada, aunque ni siquiera le he ordenado que se prenda, se envuelve en llamas que se alimentan de toda la furia que se multiplica por momentos en mi interior cuando mis pensamientos se mezclan entre sí.

Mi vida pasada destruida, mi madre muerta, la mujer que me crio mintiéndome, mi verdadera forma, el rey intentando ponerme fin, Nemsis atrapándome aquí.

Las llamas devoran por completo mis brazos y el fulgor dorado de mis ojos me impide ver con claridad. Ahora ya ni siquiera importa eso, ahora lo único en lo que mi mente puede centrarse es en el caos que habita en mi interior.

La imagen del fuego devorándolo todo a su paso se apodera de mi mente y otra imagen, mucho menos agradable para el sirénido que me ha encerrado aquí, cobra vida en mi imaginación.

Lanzo la mano hacia delante y un cañonazo de fuego nace de mi palma e impacta contra la puerta que me separa del mundo exterior.

Grito con todas mis fuerzas para sacar de mí todo rastro de cólera mientras la puerta arde en llamas para después reducirse a un simple montón de ceniza.

Bajo la mano mientras mi pecho sube y baja a una velocidad de vértigo. Mientras la adrenalina se expande por mi interior.

Cuando bajo el brazo, el fuego deja una línea recta desde donde antes estaba la puerta hasta donde me encuentro yo ahora.

Nada se interpone en mi camino, nadie puede hacerlo ya.

La voz oscura y tétrica que resuena como un eco en el fondo de mi cabeza me hace sonreír mientras recorro, hacia la libertad, el camino oscuro, ardiente y marcado por las llamas.

Supongo que, al fin y al cabo, Nemsis estaría orgulloso.

**TERCERA PARTE**

**CUANDO LA LEYENDA RENACE**

**EL MAR EN LLAMAS ARDE**



Mirar desde lejos el lugar al que un día creí pertenecer no es fácil. Los sentimientos se me agolpan en la garganta mientras observo desde la superficie cómo el Acantilado Gris sigue intacto. Como si mi marcha no hubiera hecho mella en él. Como si yo no hubiese hecho mella en absolutamente nada.

«No eres un monstruo a menos que hagas algo que te haga sentirte como tal». Las palabras de Nemsis siguen resonando en mí mientras observo que el tinte sigue cubriendo las escamas iridiscentes a las que tantas personas temen.

Pienso en Patricia. En si debería ir a verla. En si me echará de menos. En si alguna vez bajará a la playa esperando que un día quizá regrese a su casa sin pensar en que, cuando me contó la verdad, cuando me dejó marchar, yo me fui a mi verdadero hogar.

Inspiro profundamente mientras la brisa acaricia mis mejillas. Sé que Azariel estará esperándome a unos kilómetros de donde estoy ahora, puedo sentirlo cerca, pero no sé si estoy preparada para revelarle quién soy.

Suelto el aire poco a poco mientras me sumerjo de nuevo. El mar vuelve a acogerme mientras cierro los ojos e intento tranquilizarme.

Al abrirlos hago una mueca de asco al mirar mis escamas verdes, por suerte o por desgracia no estarán ahí por mucho tiempo.

«No va a hacerme daño, no va a hacerme daño» llevo repitiéndome una y otra vez desde que salí de aquella habitación.

Lo repetía mientras comprobaba que mis dones seguían intactos, como si pudieran irse a cualquier otra parte.

Lo he repetido todo el camino mientras nadaba hacia aquí.

Y todas las veces, esa voz oscura me contestaba «Y si él se interpone entre tú y Kenai. Y si intenta atacarte ¿serás tú capaz de hacerle daño?».

Lo peor de todo es que yo no tenía respuesta para esa pregunta.

No sé si es por todo lo que me ha hecho pasar Nemsis. Ni si es porque mi mente ya se ocupa de hacerme el suficiente daño que, esta vez, la transformación dura apenas unos pocos minutos y el dolor es como un torrente de éxtasis que me embriaga por completo.

Doy gracias a la parte previsor de mi mente que decidió coger un camisón verde y atármelo a la cintura antes de llegar hasta aquí. Me lo desato y me lo pongo. Está empapado y se pega demasiado a mi piel como para dejar algo a la imaginación, pero al menos no voy con las carnes al viento.

Mis piernas vuelven a afianzarse en la arena blanca y fresca de la playa y a punto estoy de pensar que es otra sesión de meditación, que nada de lo que va a ocurrir a continuación tendrá importancia porque no es real. Porque luego podré abrir los ojos y hacer que desaparezca todo lo demás.

Inspiro la brisa antes de ponerme en camino hacia donde un día, que hoy parece demasiado lejano, él y yo nos conocimos.

Un día en el que nada estaba mal, en el que las llamas aún no me corroían el interior.

Después de tomarme un momento para relajar los músculos, para probar que mis piernas son capaces de caminar como si nunca hubiesen estado escondidas detrás de cientos de escamas, me pongo en marcha.

Camino mientras la humedad de la arena intenta aplacar todo el fuego que vive en mí.

Yo pienso que antes de que eso suceda sería capaz de reducir todo a cenizas con tan solo el calor que irradia mi piel.

El corazón me bombea tan deprisa que podría salir corriendo en su busca sin mí y tal vez no fuera mala idea que lo hiciera. Tal vez lo que pasa es que ni siquiera quiero hacerlo, que ni siquiera quiero contarle nada sobre quién soy y lo que debo hacer.

Su risa me llena los oídos y me hace sonreír sin querer, lástima que ese sonido no vaya a durar mucho más. Lástima que yo vaya a destrozar esa felicidad que tanto le hace reír.

Me detengo detrás de las rocas para observarlo un instante antes de aparecer en su campo visual.

Está sentado en la arena, sus piernas están flexionadas y sus codos reposan tranquilamente en sus rodillas.

Lo que un día creí que eran tatuajes siguen recorriendo su piel en forma de espirales negras y, automáticamente, miro mis pies. Las mías ni siquiera se ven. Están ahí, claro, aferradas a mis tobillos, recordándome que ya no soy humana, al menos no del todo. Que soy esa leyenda que resuena a diario en el fondo del mar. Que soy esa cosa que todos temen. Esa cosa oscura y podrida que un día regresará para arrasarlo todo a su paso.

Quizá no estén equivocados del todo. Quizá sea mi cometido, quizá las circunstancias han conseguido convertirme en un monstruo, como a mi padre.

—Vendrá, ya lo verás —le dice a la chica con la melena rubia que está sentada a su lado.

No logro verle la cara, pero su piel es blanquecina y el tono de su voz demasiado familiar como para que yo no lo conozca.

Eva.

—¿Estás seguro? Yo no me fiaría de ella. Al fin y al cabo, consiguió engañarnos a los dos. Me sigue pareciendo increíble que...

—¿Qué? ¿Qué sea una sirena? Pues vaya, siento haberte chafado la misión. Supongo que deberías replantearte si haces bien tu trabajo, soldado —le digo mientras me cruzo de brazos y la miro fijamente.

Ella se queda boquiabierta un segundo y al siguiente ya está de pie y en posición de ataque con una daga en la mano derecha que ni siquiera sé de dónde se ha sacado.

—Aura...

—Reconozco que tú también conseguiste engañarme. Noche y día en el mar... —me encojo de hombros —supongo que debí saberlo y ah, no te molestes, soy más rápida de lo que crees. Estarías masticando arena antes de que te dieras cuenta.

Mi voz es seca y mi tono desafiante.

—Veámoslo —da un paso hacia a mí y yo sonrío antes de que Az le ponga una mano en el hombro y la haga detenerse.

—Es suficiente.

—Pero... —replica Eva.

—He dicho que es suficiente —dice mirándome a mí.

—Eres su superior, no el mío.

Me sonrío sin que yo sepa muy bien por qué. Retira su mano del hombro de Eva y ésta adopta una posición erguida, aún sin soltar la daga. Yo le sonrío para provocarla. Me cabrea que me haya engañado durante tanto tiempo. Que se haya hecho pasar por mi amiga y que, en realidad, estuviera aquí para capturarme. Aunque, claro, eso ella no lo sabe. En realidad, no tiene ni idea de quién soy. Ni él tampoco.

—No te estoy dando órdenes a ti, se las doy a ella —me dice con una voz suave y melosa mientras se acerca a mí.

—No era eso lo que parecía.

—Has tardado mucho, ¿estás bien?

Sus manos se colocan en mis brazos y ascienden con caricias que serían capaces de derretir el polo norte en segundos. Cuando llega a mi cuello sonrío y me besa delicadamente mientras la cabeza me da más vueltas de las que mis piernas pueden soportar. Un bufido hace que me desconcentre y que me aparte de Az.

—Yo que tú me largaría, esto va a empezar a caldearse. A menos, claro, que te guste mirar... —le digo sonriendo malévolamente por encima del hombro de Az.

Ella me enseña los dientes a modo de advertencia y yo me rio antes de que Azariel se dé la vuelta.

—Eva, puedes volver a la ciudad.

—Pero, señor, deberíamos hablar con su madre. Averiguar por qué se esconden en tierra. Todavía me queda trabajo aquí. Debería quedarme.

—Comprueba que Merk ha regresado —Eva se sorprende, se tensa de repente y Az me mira de súbito —Tranquilo, estará bien, solo quiero asegurarme de que ya ha llegado.

Él asiente y yo me trago el sabor amargo de la mentira.

Azariel se vuelve hacia Eva, pero ella fija más los ojos en mí que en él.

—Eva, vuelve a Atlenia. Ya me encargo yo de los interrogatorios en tierra —dice él antes de dejar de mirarla y volver a besarme como si se fuera a acabar el mundo mañana.

Yo me dejo envolver por la sensación de paz que me transmite. Por el calor que desprende su cuerpo. Por esta sensación de mareo y éxtasis que me produce tenerlo tan cerca.

Eva desaparece de nuestra vista, ni siquiera la observo cuando se mete en el agua y se marcha. Estoy demasiado ocupada en otro lugar mucho más placentero, en un lugar diferente. Uno donde me quedaría a vivir el resto de mi vida.

En él.

—Oye, Az, espera. Tenemos que hablar.

Sus labios siguen rozando los míos mientras sonrío y a mí me resulta tremendamente difícil seguir hablando.

—Dime ¿qué pasa? —susurra.

Me muerde el labio inferior mientras sus manos se deslizan por mi espalda. La sensación es indescriptible. Es como si yo fuera un baúl cerrado a cal y canto con cientos de candados y sus caricias consiguieran abrirlos todos a la vez.

Su cuerpo contra el mío es la descripción gráfica de la libertad.

—Si sigues tocándome así no voy a lograr concentrarme.

Él sonrío y luego vuelve a besarme tan intensamente que pierdo el hilo que ata mi cuerpo a la mente.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar ¿no crees? —me pregunta mientras deja una hilera de besos a lo largo de mi cuello. —Vamos a celebrar que nos hemos encontrado. Vamos a...

Yo cojo su cara entre mis manos y lo obligo a mirarme antes de besarle sin contenerme. Él me responde de la misma manera. Sus manos viajan hasta mi cadera, me eleva y yo enrosco mis piernas alrededor de su cintura. Sentirlo es como si un sinfín de rayos me atravesaran una y otra y otra vez.

—Esto va a matarnos a ambos ¿lo sabes? —me pregunta mientras mi cuerpo queda extendido en la arena y el suyo se adhiere al mío como si fuésemos a convertirnos en un solo ser.

—Sí, eso me temo.

Lo que no le explico es que yo me refiero al hecho de la muerte y no del placer por el que él sonrío abiertamente antes de volver a besarme.

Es cuando su bermuda negra y mi camión verde desaparecen, cuando él y yo nos unimos en una sola piel y dejo de pensar en nada más que no seamos nosotros.

Ni siquiera estar en medio de una playa me incomoda. Ni siquiera lo hace mi verdadera identidad, ni la suya, ni lo que pasará cuando volvamos a convertirnos en lo que realmente somos.

Su boca y la mía se devoran mutuamente. Sus manos se deslizan libres y certeras por cada rincón de mi piel mientras se introduce en mí una y otra y otra vez.

Yo no puedo evitar expresar el placer de sentirlo por fin.

Me aferro a su espalda tan fuerte que mis uñas se clavan sin remedio en su piel hasta dejar marca. Él no deja de acariciarme ni un instante, como si intentase grabar en la memoria de su piel cada centímetro de la mía.

La sensación es indescriptible, el placer extremo.

Nuestros gemidos se acompañan en una melodía perfecta. El latido de su corazón late más rápido justo al lado del mío. Tan dentro como lo está él de mí ahora.

Ahora es el placer quien manda, el amor que envuelve dos almas que estaban destinadas a encontrarse entre cientos de miles de seres más. De dos sirénidos que seguirán enlazados de por vida. Dos personas que ahora se entregan la una a la otra mientras la arena de la misma playa que fue testigo de su encuentro, ahora lo es también de cómo sellan el lazo que nació con su primer aliento y no morirá con el último.

Aunque eso signifique que uno de los dos tendrá que ceder a la marca oscura que el destino dibujó junto al vínculo que ahora late aún más fuerte en nosotros.

El debe acatar las órdenes de su padre. Yo, vengar a mi madre. El vínculo es lo único que podría salvarnos a ambos.

Claro que la realidad es que no existe, ni en este mundo ni en ningún otro, un vínculo capaz de soportar el peso de la muerte.



Estar con ella es lo más sobrenatural que he sentido en mi vida. El placer de que se retuerza debajo de mí, de que giremos una y otra vez sobre esta arena mientras nuestros cuerpos dejan de pertenecernos por completo para crear otra cosa más hermosa, es descabelladamente excitante.

Disfruto de sus intentos de acallar sus gemidos contra mi boca.

El calor que desprende me quema la piel, pero por nada del mundo, aunque consiguiera reducirme a cenizas con un solo beso, me separaría de ella.

Ya no concibo una vida sin que me haga sentir tan extremadamente vivo. No concibo una vida sin sus bucles castaños, sin sus ojos llameantes, sin su piel suave a la que ahora se adhiere esta arena que un día intentó unirnos antes de que lo hiciera el lazo de Yua que ahora nos acaricia el alma.

Si pudiese elegir tan solo un momento de toda mi vida para vivirlo en bucle, sería sin duda este en el que ella me mira directamente a los ojos mientras su mano me acaricia la mejilla. Sonríe, como si una burbuja nos alejase de todo lo demás. Como si la felicidad plena y absoluta también la devorara a ella.

—Eres preciosa —le susurro sin dejar de mirarla a los ojos.

Yo le acaricio también la mejilla y ella cierra los ojos un instante, disfrutando del contacto.

—¿Es posible que sienta que todo dentro de mí explota cada vez que te miro?

—Es posible, porque yo siento exactamente lo mismo cada vez que me miras, pero debemos tener cuidado...

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Porque siento que seríamos capaces de arrasar el mundo con un beso.

Sonríe, vuelve a besarme y me obliga a girar hasta que ella queda encima de mí.

—Debo contarte algo y creo que si no lo hago ahora no voy a ser capaz de hacerlo nunca.

Yo asiento mientras le retiro los bucles que le caen encima de la cara.

—Puedes contarme cualquier cosa, tranquila.

—Antes tienes que prometerme algo... —dice a la vez que deja de respirar.

—Lo que sea.

—Prométeme que no vas a contárselo a nadie, ni siquiera a Merk.

—Hecho.

Suspira sonoramente, esquiva mis ojos y, después de unos segundos, vuelve a clavar su vista en mí.

—Prométeme que no vas a intentar hacerme daño.

Yo no puedo evitar la expresión de sorpresa y confusión que ahora siento. Ella sigue sin respirar, noto que sus pulmones no bombean oxígeno. Siento sus nervios y la tensión de sus manos sobre mi pecho. Agarrándome, como si no quisiera que me fuera.



—Aura, yo no sería capaz de hacerte daño nunca. Nunca ¿me oyes? —coloco mis manos a cada lado de su rostro para que nuestras miradas se claven la una en la otra.

Ella suelta el aire retenido y cierra los ojos mientras vuelve a inspirar.

—Prométemelo, por favor.

—Pero ¿por qué? ¿qué pasa, Aura?

—Por favor...

—Te prometo que pase lo que pase no voy a hacerte daño jamás.

Por primera vez veo más allá de sus ojos dorados. Veo todo el universo que esconde en realidad, veo la belleza. No la carnal, sino la pura, la genuina, la verdadera y, a pesar del vínculo, de todo lo que implica que nos hayamos enlazado, siento que la amo y que no hay absolutamente nada que no haría por estar junto a ella.

—Yo soy... —dice a media voz.

—¡¡Aura!! ¡¡Aura!! ¡¿Eres tú?! —grita una voz lejana y ella se levanta de súbito.

Busca por la arena su camión tan rápido como puede antes de que se acerque más. Se lo pone y me tira a mí la bermuda para que me vista.

—Vaya don de la oportunidad tiene... —dice antes de ponerse en pie.

—¡¡Aura!! —vuelve a gritar antes de llegar hasta ella y abrazarla tan fuerte como yo lo hice hace un momento.

—Si sigues apretándome así vas a asfixiarme —susurra Aura.

—No me lo puedo creer. ¡Eres tú! Estás aquí, estás bien... estás bien —solloza.

—Estoy bien, mamá, tranquila.

Las dos se abrazan mientras yo observo que la cara de Aura no parece transmitir la misma felicidad que la de su madre.

Cuando se separan, la mujer que nos ha interrumpido me mira de arriba abajo, tomándose la medida, parándose demasiado tiempo a mirarme las espirales de las piernas.

—Azariel, encantado —le digo a la vez que le extiendo la mano.

La estrecha, pero sin apartar la vista de mis ojos ni un segundo. Su ceño fruncido habla por ella.

—Es mi... mi madre adoptiva. Mamá, este es Azariel, es del océano, como yo.

—Ya veo —responde ella.

Yo no llego a entender cómo una sirena acaba viviendo con una mujer terrestre. Por lo general ellos no conocen nuestra existencia, evitamos a toda costa que sepan que hay todo un mundo sin explorar bajo el mar. Es mejor así, la confrontación de las especies sería algo insalvable. Lo desconocido siempre asusta y no tenemos ningún interés en proclamarnos reales cuando todo es más seguro si sigue siendo un simple mito.

—¿Dónde está tu madre? —me atrevo a preguntar.

La pregunta tensa a ambas.

—Murió —responde Aura.

—¿Lo sabe?

—No, mamá. Estaba a punto de contárselo cuando has aparecido.

La mujer coge a Aura del brazo y la aleja unos metros de mí. Como si yo no fuera capaz de escucharlas, aunque se alejaran un kilómetro.

—No debe saberlo ¿te has parado a pensar en las consecuencias que eso tendría?

—Es mi Yua, mamá. Tengo que decírselo, debe saber...

—No debe saber nada. Es peligroso. ¿Dónde está...?

—Él sí que es peligroso. Me encerró e intentó asfixiarme ¿sabes? No confío en él, no confío

en nadie. Azariel es la única persona que...

Yo me tenso y me acerco un paso hacia ellas, pero la voz de su madre me detiene.

—Azariel es hijo de Kenai y la sangre le puede al vínculo, Aura.

Ella me conoce. Sabe quién soy y quién es mi padre.

Si Aura no lo sabía cuando nos encontramos en medio del océano ¿cómo es posible que la mujer que la crio conozca nuestra existencia?

—Creía que nada le podía al vínculo.

—Te equivocabas. Y yo me equivocaba con Nemsis también. No debí dejarte ir con él. No debí...

—No debiste mentirme, para empezar y mucho menos lanzarme luego al océano como si fuese un pez que no te interesa para la cena. Llevo una vida entera engañada y ahora lo sigo estando. Nado entre medias verdades y mentiras disfrazadas. No sé qué quieren de mí. No sé...

—Aura, escúchame —la coge por los hombros —lo siento y lo sentiré toda mi vida, pero solo quería que estuvieras a salvo.

—Lo triste es que me habría quedado contigo, aunque me lo hubieras contado todo cuando era pequeña.

—Quédate ahora.

—No. Ahora ya no puedo, ahora soy... diferente a la niña que criaste. Ahora tengo una misión. Debo cumplirla. Ella no descansará en paz hasta que lo haga y yo tampoco.

—Él te ha corrompido ¿no lo ves?

—Sí, sí lo veo. Y gracias a él tengo la fuerza necesaria para sobrevivir a lo que se avecina.

—Aura... ¿qué te ha pasado?

—Que he vuelto a mi hogar y que no voy a permitir que nadie vuelva a arrebatármelo. Nunca.



En un lugar profundo, oscuro y lejano, dos sirénidos hijos de la misma madre, pero con dones completamente diferentes, estudian las probabilidades que existen de que lo que lleva planeando el más poderoso de todos los sirénidos que habitan el océano, se haga realidad.

Él inspira mientras su hermano, con las escamas tan blancas y opacas como sus ojos, observa el futuro que se avecina.

—Ella está lista, necesito que tú lo estés también.

—Oh, Nemsis, todo estaba escrito, tal y como tú querías, pero Bhasylis... —niega con la cabeza —ha arrebatado del alma del príncipe casi toda la oscuridad que tenía y ahora se pudre dentro de nuestro hermano. Ese sirénido que nos visitó será la clave de todo.

—Ella es la clave de todo. Yo soy la clave de todo antes que ella. Ese sirénido no es más que una maldita piedra que se ha puesto en mi camino.

—El presente no está completamente preparado para que el futuro que con tanto ahínco has confeccionado se materialice.

Nemsis, con su cola de escamas verdes, tan verdes como sus tatuajes, se mueve de un lado al otro de la cueva. Su hermano, sin embargo, permanece inmóvil.

—Te pido consejo, hermano.

La expresión de sorpresa de Etheris le inunda el rostro. Jamás, en toda su vida, el más

poderoso de sus hermanos había pedido ayuda o consejo.

—Hay cuatro posibilidades futuras y en tres sales victorioso. Actúa bien, porque la cuarta te destruirá.

Nemsis asiente y se acerca a su hermano.

—Despídete de Bhasylis si es que aún queda en ti algún atisbo de cariño fraternal por él, porque voy a matarlo en cuanto termine con la sirena.

Etheris asiente y coloca una mano en el hombro de Nemsis con total acierto.

—Tus manos están manchadas de la sangre de nuestro hermano mucho antes de que este día llegase y así debe ser.

—Que así sea.

Se separa de su hermano, pero éste levanta una mano para detenerlo.

—Debo recordarte que no hay venganza que resucite a los muertos, Nemsis —susurra su voz hueca y agoniosa.

—Lo sé, pero la venganza me dará paz.

Un segundo después, el cuerpo de Nemsis deja de estar en la cueva que un día fue su hogar y aparece a las orillas de la playa en la que empezó todo.

Las escamas viajan por su cuerpo para formar espirales en sus brazos que se mezclan con las incrustaciones de algas que lleva en la piel y que le permiten desmaterializarse en un lugar y aparecer en otro en un abrir y cerrar de ojos.

Sonríe mientras camina por la arena hacia los otros tres seres que habitan ahora la playa.

Lo gracioso del destino es que, en ocasiones, todo termina justo donde empezó.



La escena se inclina más a acabar en bomba nuclear que en un abrazo de familia feliz.

No dejo de reconocer que eché de menos a Patricia cuando me fui de aquí, cuando ella cedió mi custodia a Nemsis, pero ahora...

Ahora verla intentando obligarme a esconderle a Azariel la verdad sobre mí, sobre lo que soy, hace que quiera irme lejos y no volver nunca.

Ella me mintió durante toda mi vida, yo no voy a hacer lo mismo con mi Yua. Yo no soy como ella.

—Ya no soy una niña, no puedes imponerme tu opinión. Haré lo que yo considere necesario y deberías respetar eso.

—Sé que no eres una niña, Aura. Te he visto crecer, pero tienes que entender que...

—¡No tengo que entender nada! Sé los riesgos que corro, sé lo que pasará, pero no puedo vivir mintiéndole ¿no lo entiendes?

—Bueno, haya paz ¿de acuerdo? Sea lo que sea creo que puede esperar —dice Az mirándome a mí y luego a mi madre.

—Paz es lo que va a faltar cuando... —empieza a decir mi madre antes de abrir los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—Vaya, vaya, vaya... qué reencuentro más curioso ¿verdad? La impostora, el príncipe y la

sirena...

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —le interrumpo antes de que termine la frase.

—Oh ¿ya se te ha olvidado? —se da un toquecito en el pecho mientras mira el mío. Yo miro mi collar y maldigo en silencio. —Puedo encontrarte en cualquier parte del mundo, querida.

—¿Este es tu tío? —pregunta Az mientras se posiciona por delante de mí.

Como si él pudiera protegerme, como si yo no fuera suficiente arma para destrozar la playa entera con un pestaño.

—Vaya... qué romántico. Es curioso, porque, en realidad, ella debería ponerse delante de ti para protegerte —dice mientras se acerca un paso hacia nosotros.

Sonríe, como si todo esto tuviera alguna gracia. Como si el placer de alargar la incertidumbre que ahora transforma el rostro de Az le satisficiera.

Yo pienso en que podría convertirlo en un montón de ceniza que la brisa arrastrara después.

—Si es a mí a quien buscas podemos resolver este asunto tú y yo. Déjalas al margen.

—Azariel, no es...

—¡Vaya! Eso me encantaría. Chicas, por favor, déjenos espacio. Esto va a ser muy divertido.

Se sacude los hombros, como si tuviese restos de arena ahí. Azariel pone una mano en mi vientre sin apartar la vista de Nemsis y me empuja con delicadeza hacia atrás para que me aparte.

—Nemsis esto no es necesario —dice Patricia.

—Oh, querida, echaba de menos tu dulce voz.

—Por favor. Le prometiste a...

—¡Y precisamente por ella estoy aquí! —gruñe.

Yo doy un paso por delante de Az mientras él echa una mano hacia delante para intentar cogerme el brazo, para hacerme retroceder.

—Aura, esto no va contigo, por favor —me suplica Az.

—Te equivocas —le digo antes de fijar mi vista en Nemsis. —¿Qué quieres?

—Que terminemos lo que un día empezamos.

—Promete que ellos estarán a salvo.

—Aura ¿qué es lo que pasa? —me pregunta Azariel mientras coge mi brazo y me obliga a girarme hacia él.

—Confía en mí.

Y juro que son las palabras más desgarradoras que he dicho en toda mi vida, porque él no debería confiar en mí en absoluto.

—Yo no lo haría, príncipe. Al fin y al cabo... ¿qué sabes de ella? —le reta Nemsis.

—Confío en ti —dice Az mirándome directamente a los ojos.

—Oh, por favor... —Nemsis finge una arcada.

—Aura no lo hagas —susurra Patricia un par de pasos por detrás de Az —Nemsis es...

Yo la miro mientras ella se lleva las manos a la garganta. Sus ojos se abren todo lo posible mientras intenta tragar aire. Su piel se va tornando roja y, cuando me acerco corriendo a ella, veo cómo las lágrimas dejan surcos húmedos en su rostro.

Miro a Nemsis mientras las lágrimas empiezan a caer también de mis ojos y Patricia se arrodilla sin fuerzas y sin aire en el suelo.

—¡Detente! ¡Detente ahora mismo!

Nemsis tiene una mano alzada que apunta directamente a mi madre. Una sonrisa demoníaca decora su rostro.

—Eres un brujo —dice Azariel como si necesitara decirlo en voz alta para lograr creérselo.

Se lanza contra él inmediatamente después para intentar pararlo.

Nemsis es más rápido y levanta su otra mano antes de que Az lo alcance. En ese instante Azariel se lleva las manos a la garganta mientras sus pulmones se ven privados de todo el aire que los hacía funcionar.

—Preferimos que nos llamen hechiceros. Brujo suena un tanto malvado... y no queremos que se nos note —sonríe mirando a Azariel con aires de suficiencia mientras él cae de rodillas al suelo. —Es más divertido cuando les toma por sorpresa ¿no estás de acuerdo, querida?

—¡¡Para!!

—En realidad, —dice con una calma absoluta —todo esto es culpa tuya. Si me hubieras obedecido, si no te hubieras escapado, nadie hubiera resultado herido.

—¡¡Déjalos!!

—Oblígame —dice en un susurro gutural mientras su sonrisa se ensancha aún más.

Yo miro a Az y a mi madre. Los dos perdiendo el color natural de su rostro. Az de rodillas y mi madre acostada, casi sin vida. Sus ojos suplicantes me ruegan que no caiga en la trampa del hombre que intenta matarlos a ambos, pero ¿cómo voy a dejarlos morir? No tengo opción.

Me levanto mientras mi madre quita una mano de su garganta y la alarga hacia mí para intentar detenerme, pero mi mirada y todo mi odio ahora se vuelcan en el sirénido que se ha atrevido a meterse con la única familia que me queda. Que se ha atrevido a meterse con la sirena equivocada.

Levanto una mano mientras mi mente llama al fuego que vive y corre por mis venas y, justo cuando una pequeña llama se forma en la palma de mi mano, Nemsis camina decidido hacia mí.

La rabia envenena todo lo bueno que me queda dentro. Todo se vuelve oscuro mientras la voz de mi cabeza y la risa de Nemsis se funden en una sola.

—La voz oscura de mi cabeza... ¿eras tú? —susurro antes de que mi brazo se incendie del todo.

Las llamas se expanden por mi cuerpo y el fulgor dorado de mis ojos comienza a cegarme. La rabia me ciega ya.

—Sorpresa —sonríe.

Con un paso se pone justo enfrente de mí. Baja una mano y con ella me agarra el brazo que tengo en llamas.

No se aleja, no se quema, solo ríe.

—Mm... echaba de menos esta sensación —dice mientras cierra los ojos e inspira.

Su otra mano sigue alzada, por lo que aún debe estar utilizando unos poderes que ya había usado contra mí antes, pero entonces...

Fijo la vista por encima de él y, aunque no logro ver con claridad a Az, sé que aún se mueve, que aún sigue vivo. Su corazón sigue latiendo justo al lado del mío.

Miro hacia atrás, hacia el cuerpo de mi madre que yace tumbado en la arena como un cascarón vacío. Inerte y sin vida.

—Mi más sentido pésame —susurra Nemsis en mi oído.

En un instante siento el mundo girar hasta desdibujarse y al siguiente es el agua del océano la que inunda mis pulmones.



El aire vuelve a correr por mis pulmones de repente, como si alguien me hubiese obligado a tragarlo. Entonces toso hasta que la boca se me inunda del sabor metálico de la sangre. Miro a mi alrededor buscando a Aura, pero no está. Es como si se hubiese esfumado. Como aquella vez que la escuché por primera vez en el océano.

¿Magnetirismo?

Intento incorporarme a duras penas, pero no puedo caminar aún. La cabeza me da vueltas y no consigo enfocar la vista del todo.

Voy a gatas hasta el cuerpo de la madre de Aura. La muevo, pero ella y su mirada perdida más allá de mí y de esta playa, su cuerpo frío e inerte y su expresión de pánico disipan todas mis dudas. Ya no hay nada que hacer por ella.

Cierro sus ojos para que, al menos, allá donde esté ahora, intente descansar en paz.

Me levanto mientras aún mis piernas no consiguen mantenerse del todo erguidas. Aun así, camino como puedo hasta la roca donde escondí mis espadas y, después de ponérmelas a la espalda, me lanzo al mar.

Sé que está viva, noto su latir en mi pecho, pero ¿quién podría tranquilizarse sabiendo que él se la ha llevado? Sabiendo que ese brujo podría matarla, igual que ha hecho con su madre.

Al llegar a Atenia es Merk quien me recibe en Los Arcos. Eva está con él y me mira con el ceño fruncido mientras busca a alguien detrás de mí.

—Se la ha llevado. Ese tío ha matado a su madre, ha intentado hacer lo mismo conmigo y se la ha llevado —digo casi sin aliento.

Merk me pone las manos en los hombros para intentar tranquilizarme.

—Az, ¿de quién hablas?

—Nemsis, su tío. Ni siquiera estoy seguro de que sea su tío. Es un brujo, Merk. Me sacó el aire de los pulmones, sentí cómo me moría y luego ellos... desaparecieron y pude volver a respirar. Su madre... la madre de Aura no sobrevivió.

—¿Cómo es posible que hayan desaparecido? Quizá se lanzaron al mar, quizá...

—Sé lo que digo ¿de acuerdo, Eva? Se esfumaron sin dejar rastro.

—¿Puedes sentirla? ¿Ella está viva? —me pregunta Merk.

Yo cierro un segundo los ojos, aunque no lo necesito para sentir que su corazón bombea tan rápido que sería capaz de destruirme el pecho.

—Sí, lo está. Su corazón late deprisa. Es fuerte, muy fuerte.

—Bien. Nos pondremos en marcha en seguida —Merk me mira fijamente, pero yo no puedo mantener la vista fija en ningún lugar. —Eva, informa a Terrance y que reúna a un grupo de expedición. Azariel y yo iremos a la cabeza.

—Yo puedo ir con ustedes, yo puedo...

—No. Es peligroso y tú eres demasiado joven.

—Soy una soldado experimentada ¿qué más da la edad que tenga? —gruñe.

Merk se separa de mí para acercarse a ella mientras la mira como si quisiera decirle demasiadas cosas.

—No quiero que te ocurra nada. Obedece, es una orden.

—Pero tú...

—Yo volveré y mantendremos esa charla que tenemos pendiente, pero mientras, por favor... mantente a salvo —le dice antes de besarla como si no fuera a verla jamás.

Después se gira hacia mí y me hace una seña para que nos vayamos ya. Yo asiento, pero antes de que consigamos alejarnos de Los Arcos Eva grita su nombre.

—¡Merklon! —él se gira hacia ella —¿A dónde debo decirles que se dirijan?

—A La Quinta Cueva.



—No voy a volver a hacerlo —susurra el sirénido cambiante usando el poco aire que le queda en los pulmones.

—Oh... ¿de veras? Permíteme que lo dude —gruñe el más poderoso.

El que ahora tiene la mano alzada mientras arranca el aire que corre por los pulmones de su hermano.

—Nemsis, quizá deberías usar otros métodos más... delicados —propone el hechicero capaz de ver que, un futuro donde su hermano mayor asesina demasiado pronto al sirénido que ahora lucha por vivir, también muere él.

—Mírame, Etheris. He sido paciente. Durante años he esperado a que esa sirena creciera. He esperado sin hacer absolutamente nada y ya estoy harto. Kenai debe pagar por lo que hizo.

—Má... máta-lo tú —susurra Bhasylis mientras sus manos se aferran con fuerza a su garganta.

Como si eso fuera a ayudarlo a respirar.

Nemsis intensifica su poder y su hermano cae al suelo como un peso muerto, con los ojos tan abiertos que a punto están de salirse de sus cuencas. Que a punto está de morir.

—¿Recuerdas cuando yo era lo más poderoso que había en todo el maldito océano? ¿Lo recuerdas? —dice con unos gruñidos que serían capaces de matar de terror —Ahora solo me queda esto. Controlar el aire que corre en los pulmones de cualquier ser. Qué vulgaridad... Él no se merece una muerte tan delicada. Él merece que lo torturen delante de toda la maldita ciudad hasta que ruegue a Neptuno para que lo mate y ella es la única que puede hacer eso.

—Nemsis, basta —dice Etheris mientras mira más allá de lo que el resto puede ver.

—No.

—Si lo matas ahora, tú serás el siguiente.

Nemsis mira cómo la vida se escapa del cuerpo de su hermano, cómo se vacía el cascarón que puede cambiar a cualquier forma que desee y, sin embargo, ahora es una simple cola de escamas rojas.

Gruñe antes de detenerse. Un instante después, su hermano Bhasylis, intenta recuperar el aliento mientras tose como si la vida estuviera escapándosele por la boca. Mientras la sangre se le acumula en la garganta.

—Te mataré...

—Primero me obedecerás y harás lo que te he pedido, luego puedes intentar matarme las veces que te plazca.

—Hazlo, Bhasylis. Ella es más fuerte de lo que todos nosotros pensamos. Su futuro será tan grandioso como lo fue el de su madre —dice Etheris con una voz firme.

—Y morirá igual que lo hizo ella —gruñe Nemsis. Después nada hasta Bhasylis y coge su brazo para elevarlo hasta que sus ojos están a la misma altura. —Ahora haz tu trabajo.

Bhasylis gira la cara y escupe una mezcla de agua y sangre, aunque en realidad lo que quería era hacerlo en la cara de su hermano.

—Etheris, tráela aquí —le ordena Nemsis.

Éste asiente y sale de la sala del trono en la que sus dos hermanos amenazan con hacerse pedazos el uno al otro y se va en busca de la sirena que yace inconsciente en la celda más oscura que posee la Quinta Cueva.

Cuando llega, ella se mueve, pero no está despierta aún. Etheris entra en la celda y se agacha para cogerla del suelo. Ella tiene las manos atadas y una cinta le tapa los ojos.

Al tocarla, una visión le atraviesa la mente. Es como un fogonazo cegador al principio, pero después lo ve y es tan nítido como si él mismo estuviera allí, presenciándolo.

—Por el tridente de Neptuno...

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¡No me toques!

—Tranquila, pequeña. Confía en mí —dice una voz susurrante mientras Aura intenta alejarse a trompicones de las manos que intentan agarrarla.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Nemsis?

—Mi nombre es Etheris y no es a mí a quien debes temer. Vamos, es necesario que Bhasylis te vea ahora. No podemos esperar ni un segundo más, de lo contrario las consecuencias serán terribles.

—¿Quién es Bhasylis? ¿Dónde estoy?

—Estás en casa, pequeña. Estás en casa.



Después de que unas manos firmes y frías me arrastrasen por una especie de laberinto donde el agua que fluye entre nosotros parece ser mucho más espesa y turbia, nos detenemos justo cuando otras dos voces se silencian.

La cinta que llevo delante de los ojos impide que pueda ver nada, pero sé que Nemsis está justo delante de mí y que me observa.

—¿Qué está pasando? Que alguien me quite esta venda de una vez —digo gruñendo y haciendo acopio de todo el valor que me queda.

Aunque el miedo que se instaura en la boca de mi estómago y alrededor de mi garganta casi me impide hablar.

Siento una presencia cálida acercarse a mí y sus manos, calientes y tan firmes como las otras, me acarician la cara antes de retirarme la venda.

Sus ojos azules, cristalinos como el agua más pura de la playa más hermosa, me miran directamente a los ojos.

Su mirada no tiene ningún trasfondo de rabia sino otra cosa. Algo más profundo, más genuino.



—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Con la fuerza y la motivación suficiente como para matarte con mis propias manos —le digo a la vez que me lanzo hacia él.

—Perfecto —sonríe.

Se aparta mientras alguien me agarra los brazos desde atrás y deja a la vista a otro sirénido con el que comparte un gran parecido. Sus ojos son del mismo color, aunque los suyos sí que reflejan rabia y asombro al mismo tiempo.

—Te presento a mis hermanos. Él es Bhasylis, y el caballero que te ha sacado de ese agujero es Etheris.

Fijo mi vista en el sirénido que deja de agarrarme y se posiciona a mi lado. Tiene los ojos tan blancos y turbios como sus escamas. Su cabeza está erguida y sus ojos no miran a ningún lugar en concreto, al menos no a nada que nos rodee y, sin embargo, sonrío.

—Oh, genial, reunión familiar —gruño mientras intento zafarme de lo que quiera que me ate las manos a la espalda.

—Exactamente. Bhasylis, por favor, sé amable y dale la bienvenida a nuestra invitada.

—Nemsis... —comienza a decir el sirénido al que se le mueven las escamas de una manera extraña y perturbadora.

—Hazlo —le ordena.

Es entonces cuando lo que hasta hace un segundo eran unas escamas rojas se convierten en algo difuso, oscuro y tenebroso.

En una masa deforme que se ondula con el agua que nos separa. El azul de sus ojos desaparece para dejar paso a unas cuencas negras, vacías y aterradoras.

Su torso, que antes era tan musculado y torneado como el de Nemsis, se vuelve esquelético, como si la piel, ahora de un blanco tan lechoso como los ojos del sirénido que aún se mantiene a mi lado, estuviera pegada directamente al hueso.

Las venas, por las que corre una sustancia negra que late tan rápido como lo hace mi corazón ahora, están a la vista. Como si fueran culebras que devoran músculo y órganos a su paso.

Sus manos se vuelven garras, largas, deformes y afiladas. Sus dientes ya no son simples y blancos, ahora son negros y se asemejan más a un centenar de cuchillas que sobresalen y cortan los finos labios que le quedan a esa criatura sacada de la pesadilla más siniestra.

Ahogo un grito, me retuerzo e intento escapar, pero Nemsis se pone a mi espalda y me agarra los brazos con fuerza.

El ser que es todo oscuridad, todo penumbra ondulante, se acerca a mí mientras sus ojos, aunque inexistentes ahora, de alguna manera se clavan en mí.

Cuando lo tengo delante, el agua que fluye entre nosotros se vuelve más pesada, más caliente y opaca.

—¿Qué va a hacerme? Nemsis, por favor, por favor, sácame de aquí —digo sollozando mientras intento llamar a todos mis dones sin resultado alguno.

Quizá sea el terror que ahora me ahoga, o quizá sea este lugar, o este ser pútrido y terrorífico que ahora alza una garra para posarla en mi pecho, arañando la piel. La otra no tarda en agarrar mi cabeza.

Escucho una voz vaga y casi inaudible en el fondo de mi mente. No es esa oscura con la que me hablaba Nemsis, es algo nuevo, más dulce, más tranquilizadora.

«Lo siento, juré que no volvería a hacerte pasar por esto. No te resistas, todo acabará pronto».

Su garra rasga piel, músculo y hueso un instante después. El grito que profeso podría romper en pedazos las rocas que nos rodean, podría escucharse en el fin del mundo tan nítidamente como

lo escucho yo ahora.

Claro que, quizá, el fin del mundo sea este.

Noto cómo sus garras hurgan dentro de mi pecho y luego aún más al fondo. Siento cómo remueve mi cerebro y luego cómo se aferra a algo que no sé identificar y tira de él hasta que lo arranca de raíz.

«Guardaré esto para ti y, cuando todo acabe, me aseguraré de que lo recuperes, aunque eso me cueste la vida» susurra una voz en el fondo de mi mente.

Cuando las garras salen de mi cuerpo, me desplomo sin que a los brazos de Nemsis les dé tiempo a mantenerme erguida.

La oscuridad me traga segundos después mientras siento solo vacío y oscuridad dentro de mí. Mientras no me siento yo misma en absoluto. Mientras algo venenoso se expande por todo mi ser.



Con la sirena desplomada en la arena y los tres sirénidos a su alrededor, la cueva en la que habían pasado la mayor parte de sus vidas parece desierta. Ninguno habla, ninguno se ha pronunciado aún.

El sirénido que puede arrancar recuerdos, sentimientos y emociones, ahora no es más que un conjunto de escamas comunes que mira fijamente a la sirena a la que acaba de arrancarle lo más profundo que posee un ser humano para instaurarle la parte más lóbrega del alma de su hermano mayor.

Nemsis, cuyo corazón lleva un buen rato latiendo demasiado deprisa, mira a Etheris mientras éste ve más allá de este momento, de esta cueva.

—El cambio se ha llevado a cabo con éxito, hermanos.

Nemsis suelta todo el aire que lleva aguantando en los pulmones desde que Aura cayó inconsciente y su corazón se ralentiza cuando la aleta de la sirena iridiscente intenta balancearse.

—Bien, bien... —dice él en un susurro.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacerle? Nemsis, aún estás a tiempo de recapacitar, hermano —le dice Bhasylis mientras se acerca a él.

—Ha de hacerse, Bhasylis.

—Esto no va a devolvete a Meliria, Nemsis. Solo destruirás todo lo bueno que hay en ella —le contesta señalando a Aura.

—Meliria no merecía morir. Podría haber usado sus dones si no fuera porque se los traspasó a esta maldita sirena cuando se quedó embarazada.

—Aura no tiene la culpa, ella no pidió esos dones. Es nuestra naturaleza, Nemsis. Ninguno de nosotros podemos evitar el hecho de traspasar todos nuestros dones o parte de ellos a nuestra descendencia. Es así como nuestra especie sobrevive. Es así como nos aseguramos de que el linaje de los hechiceros no se pierde.

—¡No me vengas otra vez con eso, Bhasylis! —grita, furioso.

Etheris se acerca a Nemsis y le pone una mano en el hombro para tranquilizarlo. Él lo mira desconcertado mientras el rostro del sirénido de ojos blancos frunce el ceño en señal de preocupación.

—Hermano, sé que no ha pasado ni un solo segundo desde su muerte en el que no te hayas culpado por ello, pero no podías hacer nada para salvarla. Su destino estaba escrito mucho antes de ese día y el tuyo también. Aura tampoco es culpable. Meliria la amaba y fue feliz hasta el último de sus días.

—Kenai solo fue el que blandió la espada, pero esta maldita sirena fue la que la condenó a muerte. Merece morir por ello después de que asesine al verdugo que terminó con la vida de la única mujer que he amado en mi vida.

—No puedes decirlo en serio, ¡por Neptuno, Nemsis! —le grita Bhasylis.

—¿Quién mejor que yo para darle una muerte rápida e indolora? —le pregunta él.

—Si intentas matarla, tú morirás también —le contesta Etheris con una expresión indescifrable.

—Y por fin podré descansar en paz.

Sonríe amargamente mientras se inclina para levantar el arma que ha estado afilando durante tanto tiempo, a la responsable de que su amada perdiera el don del fuego y la tierra. La responsable de que él perdiera casi la totalidad de su poder para manejar el agua y el aire.

En cuanto Nemsis la levanta, ella abre, de par en par, unos ojos que ahora son de un dorado tan brillante que podría cegar a cualquier humano corriente.

Ella los fija en las escamas a medio tintar del sirénido que tiene enfrente.

Esas escamas que por partes dejan de ser verdes para dejar al descubierto su verdadero color.

Levanta la vista poco a poco hasta que el brillo de sus ojos inunda el color azul de los del sirénido con las escamas tan iridiscentes como las de ella.

Nemsis sonríe, ahora más ampliamente, antes de pronunciar las primeras palabras que escuchará la sirena a la que ahora sujeta por los hombros. Las primeras palabras que escuchará después de que todo su interior haya sido maleado hasta crear este ser obediente y letal.

—Hola, hija mía.



Hasta ahora, lo único que me tranquilizaba era sentir el corazón de Aura latiendo dentro de mí. Al mismo compás que el mío.

Cuando me detengo, Merk casi tropieza conmigo y me embiste, pero para justo a tiempo para no hacerlo.

—Algo le pasa. Algo le pasa a Aura —digo mientras pongo la mano en mi pecho.

Su corazón, antes fuerte y dulce a la vez, ahora solo es un latir opaco, rítmico, pero salvaje y pesado.

—¿Qué sientes?

—No lo sé. Su latir ha... ha cambiado. Es como si le hubiesen metido el corazón en una caja demasiado apretada y, cada vez que se mueve, se tropezase con las paredes. Debemos darnos prisa, algo malo le pasa.

Merk asiente antes de volver a nadar todo lo aprisa que puede. Yo hago lo mismo, pero sé que ya es demasiado tarde.

Luchar contra ese ser cambiante que me atravesó sin esfuerzo con sus garras y con el que casi consiguió matarme será inútil, pero, aun así, no puedo dejar a Aura en ese lugar. No puedo dejarla con ellos.

—Estará allí ¿verdad? —le pregunto a Merk mientras todo se desdibuja a nuestro alrededor por la rapidez de nuestro nado.

—Los tres únicos hechiceros que quedan en el mar son los Tres Hermanos, Azariel. Él es uno de ellos. Aura tiene que estar allí.

—La pregunta es... ¿qué hace Aura con ellos? Intentó decirme algo en la playa, pero su madre llegó y parecía que no quería que me lo revelara. No llegué a saber qué era, Merk. Si algo le pasara, si yo no logro protegerla...

—Azariel, —se detiene —quítate esa idea de la cabeza. Concentra tu mente en tu aleta y en su

latido, sea como sea ahora. Si empiezas a divagar, el pánico va a empezar a gobernarte y este no es el mejor momento para que eso ocurra ¿entiendes? Intenta mantenerte frío.

—Tienes razón —digo antes de que él me ponga sus dos manos en mis hombros.

—Vamos a encontrarla, te lo prometo.

Yo quiero creerlo. Lo que no tengo tan claro es en qué condiciones vamos a dar con ella.

Al llegar a La Quinta Cueva el agua que fluye a nuestro alrededor se vuelve más pesada, más corrosiva.

El fulgor rojo y la oscuridad sigue reinando en todo el lugar, pero hay algo distinto. Algo que no permite que nos introduzcamos en ella. Como un campo de fuerza que se extiende por toda la entrada y que no deja que sobrepasemos sus límites.

—Maldita magia —gruñe Merk mientras golpea con su hombro una y otra vez el muro invisible que nos impide entrar.

—Él sabía que vendríamos. Ella tiene que estar ahí dentro Merk. ¡Tenemos que entrar como sea!

—¡Y qué crees que intento! —dice antes de volver a lanzarse contra el escudo. —¡No suelo lanzarme contra paredes invisibles por gusto, Az!

Yo lo ignoro mientras vuelvo a coger distancia para lanzarme una vez más justo antes de que una fuerza sobrehumana nos lance a ambos varios metros hacia atrás.

Como si el océano nos gritara que nos alejásemos de este lugar.

Lo peor no es entender que sí es el océano quien nos ha alejado de la entrada de la cueva. Lo peor es ver que es ella quien ha dado la orden.

Sus manos, alzadas hacia nosotros, usan la corriente para atraparnos con una maestría fría y calculada. Su sonrisa hueca y lúgubre hace que el terror se apodere de todo mi cuerpo.

—¡Bienvenidos! ¡Tengo el honor de presentarles a la famosa leyenda mágica del mar! ¡En primicia, para ustedes dos, caballeros! —grita eufórico el sirénido que luce las mismas escamas que Aura. Ambas iridiscentes. —Mátalos, cariño —le susurra.

—Sí, padre —le contesta ella automáticamente con una voz mecánica.

Ella sonríe a medio lado antes de alzar la mano y que la corriente se transforme en dos torbellinos acuáticos que nos atrapan a Merk y a mí hasta la cintura.

—Aura... —susurra Merk mientras yo no salgo de mi asombro.

Mientras todo empieza a encajar en mi cabeza.

Patricia debió ocultarla en la tierra hasta ahora para que nadie la encontrase. Para que tuviera el tiempo suficiente para prepararse para arrasarlo todo.

—¡Aura! —le grita Merk —¡Aura, somos nosotros! ¿recuerdas? ¡Merklon y Azariel! ¡Por Neptuno, Az, dile algo! —me grita desesperado mientras intenta zafarse del remolino que le atrapa de cintura para abajo. —¡Maldita sea, Az! ¡Reacciona!

—Hazlo, pequeña. Son enemigos —le susurra al oído.

«Sí, padre» «Leyenda mágica» «Sí, padre».

Ella levanta la mano derecha y el torbellino que tiene atrapado a Merk empieza a estrecharse hasta que llega a su cuello. Veo cómo él intenta liberarse, pero el océano es mucho más fuerte. Ella es mucho más fuerte que el océano mismo.

—Recuérdame que le dé mi más sincera enhorabuena a tu tío Bhasylis. Esta vez se ha superado.

Ella asiente mientras Merk empieza a perder el color natural de su rostro. Mientras ella sigue asfixiándolo con el mismo mar que la vio nacer.

Yo intento zafarme, pero no lo consigo y desisto cuando mi mirada se clava en sus brillantes

ojos dorados.

¿Cómo pude estar tan ciego? ¿Cómo no me di cuenta antes? Todo en ella era extraño, todo en ella era misterioso y a la vez hermoso.

El tiempo parece detenerse a mi alrededor y a la vez ir demasiado deprisa.

—Az... —susurra Merk en el que parece ser su último aliento —por favor...

—¡Aura! —grito y ella parece despertar de un sueño inducido a la vez que clava sus ojos dorados en los míos hasta casi cegarme.

El nudo de mar que se aferraba hasta hace un instante a la garganta de Merk parece aflojarse y escucho cómo él inspira y tose repetidamente.

—Aura, obedece —gruñe Nemsis.

—Aura, escúchame, por favor. ¿Me recuerdas? Soy Azariel, por favor, háblame —le digo mientras ella sigue mirándome fijamente sin decir nada. —¿Recuerdas cuando nos conocimos en la playa del Acantilado Gris? Tú casi te ahogas ¿recuerdas? Una sirena ahogándose... qué curioso —me rio mientras intento mantener su atención en mí para que Merk recupere el aliento. —Mi brazalete... aún lo llevas puesto ¿lo ves? Lo llevas en la muñeca derecha —lo mira. —Es el brazalete de mi familia. Yo te lo di. Sentí que eras especial mucho antes de que nos convirtiéramos en Yua.

Si ella reacciona, no lo deja ver. Lo único que hace después de unos segundos que parecen infinitos es dejar caer la mano con la que crea el torbellino que me atrapa la mitad del cuerpo.

—Yua... —susurra.

—Aura, te ordeno que... —empieza a decirle Nemsis.

—Él es mi Yua, no puedo hacerle daño —dice con una voz mecánica.

Yo sonrío mientras Nemsis la mira confuso y tremendamente furioso.

Todo rastro de victoria se esfuma cuando me percato de que su otra mano sigue elevada y de que ya no escucho toser a Merk.

Me giro y veo que el torbellino de agua que aún usa contra él lo cubre de nuevo hasta la garganta y lo asfixia sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

Yo intento acercarme a Aura para detenerla, pero ella crea una barrera con la corriente y me impide pasar.

—¡Aura, detente, por favor! Es Merklon. Conoces a Merklon. Te encontró en el Arrecife Blanco ¿recuerdas? Por favor dime que lo recuerdas —digo golpeando la pared sólida que ha creado con el mar para que no pueda llegar hasta ella.

Desisto cuando ella no contesta y nado lo más rápido que puedo hasta llegar a Merk.

Me pongo delante de él e intento meter mis manos dentro del torbellino, mientras intento sacarlo de ahí.

Él me mira con los ojos casi salidos del casco mientras su cara se vuelve roja y amoratada por momentos.

—¡Aura, vas a matarlo! ¡Por favor, para! ¡Para! —le grito desesperadamente.

—Detente —dice Nemsis para sorpresa de todos, menos de Aura, que parece un robot bajo su mando.

Ella deja caer las manos y, tanto la barrera que me impedía llegar hasta ella, como el torbellino de agua que casi acaba con la vida de Merk, se desvanecen.

Merk está a punto de perder la consciencia justo cuando yo lo agarro.

Tose violentamente contra mi pecho mientras yo pierdo por completo la capacidad de respirar. No es porque Nemsis use sus dones contra mí, ni siquiera es Aura quien lo hace.

Es la situación de ver a la sirena que amo convertida en una máquina letal que obedece

órdenes de un sirénido perturbado. Que asesinaría sin pestañear a quien quiera que él le ordene.

¿En qué clase de ser demoníaco la ha convertido?

—Espero que no olvides lo benévolos que hemos sido. Ahora regresa a tu bonito palacio, príncipe. Dile a tu rey que saboree sus últimos instantes en este océano, porque ella ha vuelto y por fin llevará a cabo su venganza.

## 37



Lo más extraño no es el hecho de que mi mente esté vacía de todo pensamiento. Ni siquiera que mi pecho no sea capaz de hacer nada más que subir y bajar al mismo compás sin que nada, ni nadie, lo haga exaltarse. Ni siquiera el hecho de que mi corazón no es capaz de sentir absolutamente nada por nadie.

Ni siquiera por mi Yua.

No es que no haya cumplido la petición de mi padre porque lo haya visto y se me haya derretido la caja en la que siento que está mi corazón. Es que el vínculo no me permite hacerle daño, aunque quisiera. Y en ese momento quería.

Quería porque la única voz a la que mi cuerpo reacciona me lo pidió y yo debo obedecer.

Lo más extraño de todo es que no me siento mal, ni bien. Ni felicidad, ni tristeza, ni congoja, ni satisfacción. En realidad, no siento más que una rabia genuina que no se sacia con absolutamente nada.

La ausencia total de los demás sentimientos me aterraría si no fuera porque tampoco puedo sentir el miedo.

Interceptarlo en otras personas sí. Como cuando Merklon y Azariel me vieron salir de la cueva o como cuando Bhasylis comprobó algo en mí que no pronunció en voz alta después.

«El cambio se ha efectuado con éxito» fueron las primeras palabras que escuché cuando nací.

Porque eso es lo que había hecho según mi padre. Nacer con la misma forma, el mismo poder y una precisión y decisión completamente nuevas, porque no eran mías. Sino suyas.

Todo lo que necesito hacer es lo que él me pide que haga. Yo no tengo deseo alguno. Solo vacío y furia.

—Vamos, querida, terminemos con esto de una vez.

—Sí, padre.

Me pone una mano encima del hombro y, un segundo después, estamos dentro de la cueva en la que sus dos hermanos lo miran con el ceño fruncido. No hay terror en el que viste una cola de escamas tan blancas como sus ojos, pero sí en el que no me quita la vista de encima.

—¿Está todo listo, Etheris?

—Sí, pero debes saber algo, Nemsis. Será mejor que hablemos en un lugar más... privado — dice mientras nada hacia él.

—Lo que tengas que decir, dilo de una vez, Etheris. Todos nosotros somos parte activa de este plan y todos merecemos escucharte.

Él asiente y, después de mirar a Bhasylis, se pronuncia.

—Nunca se ha llevado a cabo una conversión tan radical. Arrebatarle su capacidad de decidir, de sentir, incluso de actuar y dejarla vacía de todo lo que la hace humana es demasiado para que lo soporte por mucho tiempo. Se encuentra en estado salvaje, desprovista de todo raciocinio. Lo único que lleva dentro es tu rabia, Nemsis, y lo único que es capaz de escuchar y entender es tu voz y las órdenes que le des con ella. Si no llevas a cabo la reconversión pronto, no habrá nada que puedas hacer para devolverla a su estado natural.

—Recapacita, hermano. Es sangre de tu sangre y, aunque vuelva a instaurarle todo lo que le arranqué, no volverá a ser la misma. Puedo quitarle los recuerdos de lo que pasará en Atlenia cuando la lleves allí, pero la sensación de destrucción y muerte no se borrará nunca de su cabeza —le dice Bhasylis.

Huelo el miedo y la desesperación en él. Puedo definir todos los sentimientos y sensaciones del mundo tan solo con escuchar su voz, con ver su rostro, pero yo no soy capaz de recrearlas en mi interior.

En mí solo hay oscuridad. Inestable y violenta oscuridad.

—No te preocupes, hermano —dice el que ahora coloca una de sus manos de nuevo en mi hombro. —No vivirá lo suficiente como para que el cambio sea irreversible.

Yo no me inmuta, ni siquiera pestañeo más o menos deprisa. Ni mi pecho se acelera, ni nada dentro de mí cambia.

Es como si una enorme masa de oscuridad golpeara cada fibra de mi ser intentando salir de mí, pero mi cuerpo fuera demasiado fuerte como para sentirlo siquiera.

Me mantengo erguida, alerta y con la vista fija más allá de mis tíos.

—Tu propia maldad te ha corroído por completo, Nemsis. Esto no eres tú en absoluto. Tú eras bueno ¿recuerdas eso? ¿Eres capaz de recordar cuando calmabas las mareas para que los marineros llegasen sanos y salvos a tierra con sus barcos? O cuando salvaste a todos aquellos sirénidos que se quedaron atrapados en un torbellino subacuático. Meliria se estará removiendo en su tumba sabiendo lo que le estás haciendo a su hija —escupe por fin.

—Esta sirena es la única razón por la que yo perdí a Meliria. La razón por la que perdí todo lo que poseía y ¿me dices que la maldad me ha corrompido? No, hermano. Me corrompió el amor y luego la pérdida.

—En alguna parte de ti sabes que Aura no tiene la culpa, en alguna parte de tu interior sigues siendo ese hombre bueno, Nemsis. Por favor, recapacita.

Siento que la mano que antes se posaba suavemente en mi hombro me aprieta hasta que sus uñas rasgan mi piel. Siento la sangre deslizarse por mi brazo, pero no hay atisbo de dolor.

—Acepta, Bhasylis, que ese hombre murió el mismo día en el que asesinaron a Meliria.

Un instante después la cueva se desdibuja y giramos sobre nosotros mismos hasta que aparecemos, como por arte de magia, en un lugar completamente distinto.

La voz calmada y a la vez iracunda de mi padre es lo único que me hace reaccionar.

—¿Recuerdas este lugar?

—No —respondo.

Aunque la realidad es que no soy capaz de identificar ningún lugar. No tengo ningún recuerdo. Todo es nuevo para mí y a la vez, tremendamente anodino.

—En este lugar reina la persona que nos arrebató a tu madre. Está escondido dentro de ese palacio blanco tan brillante.

—Madre —susurro.

—Tu madre era hermosa y buena. Tenía el don de la tierra y el fuego antes de que tú nacieras. Ella ayudó a construir las casas de muchos de los habitantes de esta ciudad y su rey la mató sin



piedad.

—Madre.

—Sí. Tu madre. Mi esposa. Mi Yua. Él nos la arrebató a ambos y debe pagar por ello, hija mía. Tú debes vengarla.

—Él debe pagar —repito.

Se pone detrás de mí y siento sus manos apoyarse en mis hombros y su aliento acariciar mi oído.

—Véngala. Venga a tu madre.

La rabia que habita en mí es insoportable. Demasiado pesada e hiriente. Desgarra cada fibra de mi interior y de las heridas emana más rabia aún.

Ya no soy capaz de sentir cuánta rabia me pertenece a mí y cuánta a él. Las dos se deforman y se mezclan hasta convertirse en algo nuevo, algo peor. Algo imparable.

—Nombre —digo mientras mis dientes chirrían.

Retira delicadamente el pelo que flota delante de mi oído y sus labios casi me rozan la piel cuando él lo pronuncia.

—Kenai.

Lo último que hago antes de nadar con toda la energía que poseo hasta las edificaciones, que se encuentran a unos kilómetros de nosotros, es inspirar profundamente el dolor que emana de las palabras de mi padre.



Llegamos a Atlenia casi sin respiración, casi sin aliento. Merk por la rapidez con la que nada y yo porque en mi mente no dejan de sucederse las imágenes de Aura convertida en esa cosa sumisa y letal.

La tuve delante de mí y, sin embargo, no me di cuenta de quién era, de lo que era capaz de hacer.

Mi incapacidad para ver en ella más allá del vínculo y de mi atracción por ella antes de esto, va a conseguir que destruya toda la ciudad y a una cantidad ingente de sirénidos con ella.

Nos abrimos paso entre Los Arcos mientras todos nos preguntan qué demonios pasa.

—¡Merk! ¡Alerta a Terrance! ¡Unifiquen las fuerzas! ¡No nos queda mucho tiempo!

Él asiente y yo sigo nadando sin mirar a ningún otro sitio que no sea al castillo blanco y ostentoso en el que se esconde mi padre.

Escucho la voz de Perrick sin atender a lo que dice e ignoro sus intentos de seguirme. Aunque su vida dependiera de ello no conseguiría alcanzarme.

Cruzo el luminoso castillo nacarado mientras mi cabeza va aún más rápido que mi aleta al nadar.

Encuentro a mi padre sentado en el trono de coral, pensativo, ajeno a toda catástrofe. Como si no estuviésemos a punto de morir todos de una manera terriblemente dolorosa y cruel.

No conseguí ver nada más en los dorados ojos de Aura en aquella cueva. Nada más allá de la crueldad más absoluta y la furia más atronadora. Dudo que se pare a distinguir entre culpables o inocentes.

—¡Padre! —le grito y él se sobresalta.

El corazón de Aura sigue latiendo en mi interior, pero esta vez lo hace más intensamente, más salvaje, aunque igual de pesado.

—¿Qué ocurre, Azariel? —dice mientras se apoya en su tridente para elevarse.

—¿Ella está de camino! La maneja su padre, uno de los Tres Hermanos. No tardará en llegar y arrasarlo todo bajo sus órdenes.

Él mira más allá de mí, más allá de este castillo incluso más allá de esta ciudad.

—Nemsis... —susurra para mi sorpresa.

—¿Cómo? ¿Lo conoces?

Suspira profundamente antes de llevarse la mano que le queda libre al rostro y dejarse caer en el trono de nuevo.

Se hunde en él como si eso le aportara seguridad, como si pudiera esconderse entre los corales hasta que la tormenta pase.

Lo que él no sabe es que la tormenta que ella lleva en su interior hará que toda la ciudad perezca con un chasquido de dedos si lo desea.

—Sé que has oído historias de ellos, pero ninguna es cierta. Yo conocí la verdad cuando era joven, curioso y bastante idiota. Me aventuré a llegar hasta la Quinta Cueva desobedeciendo las órdenes de mi padre. En ese entonces él era el rey y mantenía una firme tregua con los hechiceros. La Madre del Mar era la que los gobernaba a ellos y habitaba allí con los Tres Hermanos, sus fieles consejeros. Yo no había visto jamás nada ni nadie más hermoso que ella. Sus bucles castaños, sus ojos canelos y brillantes y esa sonrisa capaz de provocar tantos o más incendios que sus manos.

—No tenemos tiempo para historias, padre. Ella llegará de un momento a otro y...

—Me enamoré, Azariel. En el mismo momento en el que la vi, me enamoré perdidamente.

—Tú... ¿y la Madre del Mar?

—Meliria... hasta su nombre me hacía temblar cuando lo escuchaba. Aun me hace temblar cuando me atrevo a pronunciarlo.

—La madre de Aura, pero entonces tú...

La sorpresa me hiela la sangre. Mi padre y una hechicera. Mi padre y la madre de mi Yua. No puede ser, esto no puede estar pasando.

—Yo era un tonto, Azariel. Desobedecí a mi padre en todos los aspectos posibles. Inicé una relación con Meliria y la ocultamos al resto del mundo. Nos veíamos lejos de aquí y aún más lejos de su cueva. La amaba con toda mi alma y hubiese hecho cualquier cosa por estar con ella, pero entonces, poco después de convertirme en rey... desapareció.

El nombre de Aura y lo que es capaz de hacer con sus manos me golpean la mente tan fuerte que apenas puedo oír nada más.

—No entiendo qué tiene que ver esto con que una sirena con dones sobrenaturales amenace con reducirnos a polvo, padre.

—Me volqué en ayudar a los demás para olvidarla. Necesitaba tener la mente ocupada y entonces ella... volvió. Construyó casas a mi lado. Dimos un futuro mejor a las gentes de Atlenia. Ella solía decir que mi alma era tan brillante como el nácar y yo le pedí que hiciera este castillo para mí. Con una simple sonrisa suya consiguió borrar todo el tiempo que no la tuve cerca. Recuperamos el tiempo perdido. Poco después los Tres Hermanos aparecieron de la nada. Nadie sabe realmente de dónde vinieron, pero acabaron habitando con Meliria la Quinta Cueva. Entonces ella... se quedó embarazada.

—No puede ser... —es lo único que consigo decir en un suspiro.

Mi padre ¿también es el padre de Aura? No puedo ni decirlo en voz alta, pensar en ello ya es

bastante doloroso.

Es imposible, el vínculo... Aura y yo nos enlazamos y el vínculo no une a hermanos ¿verdad?

—Yo era feliz y pensé que ella lo era también, aunque nunca quiso vivir conmigo aquí, en Atlenia. Seguía habitando la Quinta Cueva con esos bastardos... Fue el día del alumbramiento de Aura cuando todo cobró sentido. En el momento en el que vi las escamas de la sirena que había dado a luz, supe que ella me había engañado. Había jugado conmigo. Con mis sentimientos, con mis ilusiones de una vida junto a ella. Me dijo que no pudo evitarlo, que había encontrado a su Yua, que intentó mantenerse alejada de él, pero el vínculo era demasiado fuerte. La sirena que creí que era mi hija era de Nemsis. El hechicero capaz de usar el mar y el aire a su antojo. Me lo reveló todo. Me dijo que me había querido, que sus sentimientos eran verdaderos, pero que amaba a Nemsis y que el lugar de su hija y suyo estaban con ese maldito brujo. La furia me nubló por completo. Ella me rompió el corazón y toda la cordura que vivía en mí se esfumó cuando se marchó de la ciudad con esa sirena de escamas iridiscentes.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes?

—Porque no se lo he contado nunca a nadie, Azariel. Porque es algo que nunca logré superar.

—Entonces Aura es hija de La Madre del Mar y de uno de Los Tres Hermanos...

—Las leyendas cuentan que cuando los hechiceros se aparean con otros sirénidos traspasan todo o parte de su poder a su descendencia. Nemsis era muy poderoso y Meliria aún más. Ellos traspasaron sus poderes de aire y agua, fuego y tierra, a esa niña. Lo que hicieron, la barbarie que crearon... no tiene nombre.

El corazón me palpita tan fuerte que a punto está de abandonar mi cuerpo o de estallarme dentro antes de poder salir.

El de Aura ruge furioso dentro de una coraza que impide que se desboque por completo.

Algo oscuro y poderoso late en su interior y, por defecto, en el mío.

—Sí tiene nombre. Se llama Aura y tú, bastardo egoísta, le arrebataste a su familia.

—¡No te consiento que me hables así! ¡Haré que te castiguen por esta insolencia! Por todos los mares ¡sigo siendo tu rey!

—Me temo que no por mucho tiempo. Su padre quiere que te diga que disfrutes de tus últimos instantes en el océano, porque ella ha vuelto para vengarse.

Mi corazón se desboca y a punto está de salirse del pecho.

No es la primera vez que desafío a mi padre. Lo hice cuando destruí el campo de concentración del Arrecife Blanco. Lo hice cuando exigí que los sirénidos jóvenes tenían obligatoriamente que entrenarse hasta casi morir en el intento para ser soldados de Atlenia. Lo hice cuando se recluyó en su castillo de nácar e ignoró por completo al resto de la ciudad y las necesidades de sus habitantes. Lo he hecho innumerables veces y me han castigado todas y cada una. A veces en plena calle, para que el resto de la ciudad lo viera. A veces en privado, pero dejando marcas visibles que dejaran claro que nadie que se atreva a enfrentarse al gran rey Kenai sale indemne. Lo que diferencia esta vez de las otras, es que creo que es la última vez que él y yo vamos a enfrentarnos.

—Tu deber como comandante de la guardia real es proteger a tu rey y, si es necesario, dar tu vida por la causa. Te ordené que debías matar a esa sirena con tus propias espadas ¿olvidas que aceptaste? Hay muchos testigos, comandante, y sabes de sobra que el desacato real se paga con la muerte. Así que sal ahí fuera y obedece o ¿es que tu palabra ya no vale nada?

¿Cuándo prometí yo eso? Mi cabeza gira una y otra y otra vez. Cada vez más deprisa intentando encontrar algo que no está ahí. Intentando evocar un recuerdo del que ya solo queda un hueco en mi interior. Del que ya no queda rastro.

—Eso fue lo que me arrancó el monstruo cambiante —susurro. —¿Cómo fuiste capaz de matar a la mujer que amabas? ¿Cómo eres capaz de enviar a tu propio hijo a una muerte segura? ¿Cómo demonios te atreves a enviarme a matar a una sirena inocente?! —le grito.

La furia crece en mí mientras el rostro de mi padre se puebla a la vez de rabia y confusión.

—¡Responde, maldita sea!

—No ha pasado un solo día en el que no me haya arrepentido de lo que le hice. Veo su cara cuando sueño y sus ojos me atormentan hasta cuando estoy despierto. Podría haberme matado ella a mí tan fácilmente... pero se resignó a morir bajo mi espada. Bajo la furia que aún latía en mí cuando veía las escamas de la sirena que engendró con ese maldito hechicero. La seguí a la playa donde llevaba a su hija. La niña poseía los mismos dones que sus padres. Tierra, fuego, aire y agua. Era tan pequeña y poderosa... Y ella sonreía tanto viendo cómo jugaba haciendo flotar las rocas, o haciendo formas con el agua... Era feliz sin mí y la furia me cegó el tiempo suficiente como para decretar que entregase a esa niña a la corona. Me autoconvencí de que era un peligro latente si seguía viva y libre. No la entregó, claro. En su lugar apareció ella ante mí y mi séquito con la mirada fija en mi rostro. Me dijo que mi alma se había convertido en algo lúgubre y oscuro, luego intentó agredirme. La apresaron y yo no hice nada para evitarlo. Cuando blandí la espada solo pude sentir el odio que emanaba de mí recordando cómo me abandonó y se marchó con otro. Cómo era feliz sin mí. No levantó ni una mota de polvo con sus dones cuando mi espada atravesó su pecho y acabé con su vida.

—Eres un monstruo... —gruño.

—Sí. Lo soy.

—Vas a pagar por tus pecados y vas a hacer caer a toda una ciudad contigo por ellos. Sal ahí y explícale a esa sirena cómo el egoísmo de un sirénido cobarde y perturbado hicieron que perdiera a su madre. Explícale a toda Atlenia la verdadera historia de la amenaza de la sirena iridiscente con la que llevas atormentándonos tantos años. Diles que van a reducir sus hogares a escombros por tu maldita culpa. Explícales a todos los soldados que van a dar sus vidas por el sirénido que comenzó esta guerra. ¡¡Sal ahí y muere como un hombre!!

—Te ordeno que...

—¡Mataste a una mujer que se había enlazado, por el amor de Neptuno!

—¡Yo también me enlacé con tu madre y, sin embargo, la seguía amando a ella!

Siento sus palabras como si una lanza se me hubiera clavado en la garganta.

—Cuando te tuvimos a ti, lo único que hacías era recordarme que la que estaba a mi lado era una sirena a la que el vínculo me obligaba a desear, pero a la que no amaba. Que esa sirena estaba muy lejos de mí. Tú eras un recuerdo constante de eso, lo sigues siendo hoy —escupe con desprecio.

—¿Por eso me enviaste al Arrecife Blanco? ¿Para que no te recordara que mi madre te había dado un hijo que no deseabas tener con ella?

—Eso nunca debió suceder, porque tú nunca tendrías que haber existido. El vínculo nunca debió enlazarme con tu madre. Fue un maldito error. Tú lo fuiste.

—Bastardo —gruño mientras él se levanta de su trono y se acerca a mí. —¡Eres un maldito bastardo! —le grito con todas mis fuerzas.

Los gritos de terror que llegan desde el otro lado de las puertas del castillo son lo único que evitan que me lance contra mi padre.

—Prepara tus hombros, viejo hijo de puta, porque todas las vidas que ella se cobre hoy las vas a llevar a costas el resto de tu vida. Si es que consigues sobrevivir a ella.



Mientras la ciudad donde habita el rey del océano se sume en el caos más absoluto, dos sirénidos con dones muy diferentes se enzarzan en una discusión que amenaza con destruir la cueva que han habitado la mayor parte de su vida.

El ser cambiante no logra definirse y su cuerpo se transforma una y otra vez mientras su hermano, aquel que puede ver más allá de lo que los rodea, intenta retenerlo.

—¡Va a matarla Etheris, por Neptuno, no puedes hablar en serio!

—Bhasylis, cálmate. Él es su padre, tiene todo el derecho a...

—¿¿A manipular y hacer que maten a su propia hija?! ¿Cuándo te has vuelto tan cínico, hermano?

Sus tentáculos negros se convierten en escamas para luego, segundos más tarde, tomar forma de aleta de tiburón. Nada de un lado al otro, casi tropezándose con las paredes, casi queriendo destrozarlas, casi destrozándose a sí mismo mientras su cuerpo se modifica una y otra vez.

—El futuro...

—¡Deja de hablar del futuro por una vez en tu vida y hablemos de lo que estamos viviendo ahora! —le grita y luego se acerca rápidamente a él y lo sujeta con fuerza por los hombros. — Nuestro hermano está utilizando a una chiquilla para una venganza personal, va a destruir una ciudad entera y a toda su gente, Etheris. Niños y niñas, mujeres y hombres, todos perecerán por la ira de un hombre perturbadamente enamorado.

—Resulta poético ¿no crees?

Bhasylis agarra a su hermano por la garganta mientras su mano se convierte en una aterradora garra. Se aferra con fuerza a él mientras nada hasta que la espalda del sirénido al que ahora le falta el aire golpea la pared.

—¿Poético? —gruñe muy cerca de su cara.

—De... detente.

—Dado que era yo el único que faltaba por perder completamente el juicio ¿qué tal si inauguro mi nuevo estado mental aplastándote la garganta, Etheris?

—Bha...Bhasylis, escucha.

La garra negra y afilada afloja contra todo pronóstico y el sirénido, cuyos ojos blancos han empezado a enrojecerse por la presión, se fijan extrañamente en su hermano, como si de verdad pudiera verlo.

—Habla.

—Sé lo que pretendes hacer. Puedo verlo.

—Entonces no te pillaré por sorpresa que te diga que si intentas impedírmelo no me hago responsable de lo que le ocurra a tu cuerpo —dice mientras las afiladas cuchillas que conforman la garra en la que se ha convertido su mano amenazan con cortar piel músculo y hueso.

—Tu vida por la suya.

Los ojos del sirénido cambiante se abren en una expresión de sorpresa y confusión.

—¿Puedes verlo? —pregunta en un susurro.

—Tan nítidamente como tus garras huelen mis miedos, Bhasylis.

Mira hacia otro lado, hacia la cueva que ha habitado demasiado tiempo. Hacia las paredes rojas y la oscuridad latente y poderosa que habita en cada grano de arena que se extiende debajo de ellos.

No es hasta que fija su vista en el trono de huesos por el que un día luchó, por el que un día sintió fascinación y en vez de algo grandioso solo ve lo que realmente es, un montón de huesos apilados que pertenecen a todos sus ancestros.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que, cuando tu vida expire, cuando tus huesos se unan al trono, otro sirénido se sentará encima de tu huesuda cabeza como si no significaras nada? Yo lo he pensado muchas veces, Etheris. Tan solo mi cabeza unida a un montón más sin que mi vida haya significado absolutamente nada... —sonríe amargamente antes de mirar a su hermano a los ojos. —Tú siempre has ido un paso por delante de la muerte. Incluso habrás visto este momento en el que mis cuchillas se aferran a tu garganta hasta casi asfixiarte mucho antes siquiera de que yo haya pensado hacerlo. —Su hermano asiente y sus ojos blancos vuelven a perderse más allá de esta cueva. —Entonces también sabrás lo que voy a hacer ahora.

Las cuchillas acarician la piel de su garganta con tanta delicadeza que ni siquiera dejan marca mientras el ser cambiante, que ahora luce sus escamas rojas y una mirada sombría se aleja de él.

—Bhasylis...

—Mi vida por la suya ¿verdad? —Etheris asiente lentamente y su hermano vuelve a sonreír. —Que así sea.

El futuro vuelve a cambiar ante los ojos blancos del sirénido que ahora está solo en el único hogar que ha conocido.

—Hermano mío... ojalá encuentres en el otro lado toda la paz que te ha faltado en este.



La ciudad entera se sume en el caos más absoluto. Sirénidos huyendo, gritos de terror y llantos de desesperación.

Varios se chocan conmigo cuando salgo del palacio. Yo intento abrirme paso entre la marea humana de los habitantes que huyen de ella y del tornado que ahora rodea la ciudad.

Su corazón palpita pesado dentro de mí, como si estuviera sumida en un sueño profundo, como si no hubiera nada capaz de despertarla. El mío late tan deprisa que no sé cómo no le destrozaba el pecho. Cómo no me lo destroza a mí.

En mi cabeza está emprender el nado hacia Los Arcos, en busca de Merk, de Terrance o de cualquiera que esté intentando que ese tornado que Aura crea solamente con sus manos no nos aplaste a todos, pero el vínculo tira de mí hacia ella.

Me debato entre ir hacia allí e intentar que recobre la consciencia o ir a Los Arcos e intentar que nadie le haga daño, pero ¿cómo impedirselo a mi gente si sus ojos dorados no expresan nada más que furia y sed de venganza?

Grito de rabia e impotencia antes de decidir.

Veo a Merk con sus inseparables dagas largas, una en cada mano, preparado para atacar.

Debatiéndose, supongo, entre hacerle daño a la inofensiva sirena que conoció en el Arrecife Blanco o lanzarse a hundir sus dagas en el corazón de ese conjunto letal de sumisión y dones sobrenaturales.

—¡Merk! ¡Merklon! —le grito todo lo alto que me permiten mis pulmones.

Él se gira hacia mí y baja las dagas, supongo que avergonzado por lo que se le ha pasado por la cabeza hacer. Ni siquiera yo podría juzgarle.

—¡Az! —grita mientras nada hacia mí.

El ruido de los gritos se vuelve ensordecedor mientras el tornado cada vez se estrecha más, aprisionando más a la ciudad si cabe y a los sirénidos que hay aquí ahora.

Algunos intentan huir atravesándolo, pero ella y su monstruo marino son demasiado fuertes como para cruzar al otro lado.

Los más aturdidos siguen lanzándose a través de las aguas que giran con rapidez y sin descanso a nuestro alrededor y mueren en el intento.

—Tenemos que detenerla, mi padre... Merk, mi padre... —digo sin poder pronunciar cualquiera de las atrocidades que acaba de confesarme.

«Tú nunca tendrías que haber existido». «Fue un maldito error».

—Lo protegeremos, Az. Tranquilo —dice mientras pone sus manos en mis hombros y veo el resplandor de sus armas a cada lado de mi cuello.

Como una metáfora. Así es como me siento. Con una espada a cada lado de mi cuello con el nombre de Aura en una hoja y el del resto de la ciudad, grabados a sangre y fuego, en la otra.

—¡¡No!! —grito iracundo.

«Maté a su madre». «Sigo siendo tu rey». «Tu vida por la causa».

Merk abre los ojos, confuso, y yo me llevo las manos a la cara a la vez que él quita sus manos de mis hombros.

—Azariel, se nos acaba el tiempo. Necesitamos órdenes. Sé que es duro verla así, pero... es una amenaza, Az. Nos matará a todos.

—No es... ella no es así. La está manipulando de alguna forma. Él la está...

—Azariel, siento ser yo el que te diga esto, hermano, pero quizá... —lo miro directamente a los ojos mientras él clava los suyos en cualquier otra parte. Cuando los fija en mí suspira antes de volver a hablar. —Nemesis no está aquí. Solo ella y este tornado gigante que amenaza con devorarnos a todos. Quizá no la conoces suficiente. Quizá todo era una farsa y su único objetivo era llegar hasta ti para que la defendieras mientras ella lo destruye todo. Quiere venganza, Az. Y va a tenerla si no actuamos pronto.

La rabia que me causan cada una de sus palabras me ahoga y luego comienza a desbordarse. Merk me mira fijamente mientras yo fijo la vista en sus armas.

Me aclaro la garganta antes de fingir que no estoy completamente aterrado y adopto posición y mentalidad de comandante antes de pronunciarle.

—Bien. Yo iré hacia ella e intentaré pararla. Quiero una barrera de soldados armados hasta los dientes rodeando Los Arcos. Que Eva comande a una cuadrilla para que rodee la ciudad encarando el tornado. Que no permita que nadie más intente atravesarlo, es imposible hacerlo. Que Terrance saque a mi padre de su maldito escondite, el día de pagar por sus pecados ha llegado.

—Azariel, ¿vas a poner al rey de Atlenia a merced de una sirena que está a punto de destrozar la ciudad? —pregunta escandalizado.

—Querías órdenes ¿no? Pues ya las tienes —le digo antes de nadar hacia donde está Aura.

—¡¡Azariel!! ¡¡No puedes enfrentarte a ella solo!! Te hará picadillo para peces, joder...

—¡Obedece, Merklon! —le grito antes de traspasar la frontera de la ciudad.

No lo oigo, pero sé que bufaba y maldice en nombre de Neptuno varias veces antes de ponerse en marcha.

Yo nado tan rápido como mi aleta me lo permite y, de golpe y sin previo aviso, me encuentro cegado por el brillo dorado de sus ojos. De su boca deformada en una mueca de furia. Sus dientes apretados hasta casi romperse. De su ceño fruncido al máximo y de sus manos elevadas que apuntan directamente a la ciudad.

Me quedo helado, como si alguien me hubiera paralizado. Como si alguno de sus poderes pudiera helarme la sangre de las venas.

Lo peor no es descubrir que ella ni siquiera ha reparado en mí. Lo peor es sentir que lo que me paraliza es el miedo. El terror que siento de la sirena que ahora tengo delante.

—Aura... —consigo decir en apenas un susurro.

No se inmuta. Mi voz ya no significa nada para ella y es como si una de las dagas de Merk se hubiese clavado en mi pecho y atravesado sin piedad mi corazón.

Por un momento dejo de escuchar los gritos y el rugido de su fuerza a mi alrededor. Por un momento solo hay silencio. Perturbador e hiriente silencio. Y en el fondo, ahí donde ya no habita nada más que el vacío más absoluto, escucho el eco de la voz de Merk una y otra vez.

«Su único objetivo era llegar hasta ti para que la defendieras mientras ella lo destruye todo».

—Venganza...

La palabra sale de mí sin que pueda amarrarla dentro de mi garganta. Es entonces cuando la descubro a ella mirándome. Cuando noto que sus ojos se clavan en mí sin piedad.

Siento su furia latente y oscura expandirse y rodearme. Su expresión no ha cambiado. Sigue siendo la de alguien que no siente nada más que ira en su interior.

Si no fuera porque estamos rodeados de tanta agua me quemaría con el brillo de sus ojos.

—Kenai —dice ella con un tono de voz mecánico.

Es duro comprender que ahí dentro, dentro de ella, ya no queda nada de la chica que conocí en aquella playa. Que ya no queda nada de su dulzura, de su picardía, de su ironía. Ni siquiera de la calidez de su voz.

Tan solo es un ser desprovisto de todo sentimiento más allá de la rabia. Como si hubiesen dejado su cuerpo vacío de todo lo que nos hace humanos y tan solo se nutriera de esa rabia salvaje que anida en su interior.

—Sé lo que hizo, Aura. Sé que mató a tu madre.

Veo cómo aprieta más sus dientes, cómo su mirada y su odio se concentran en mí ahora.

—Madre.

Su voz es dura, rígida y casi robótica. Lo único real en ella es la sed de venganza que se proyecta desde sus manos hacia la ciudad.

—Aura, escúchame por favor, —digo acercándome un poco más a ella —sé que Kenai debe pagar por lo que hizo, pero esta gente... todos son inocentes, Aura. Escucha sus gritos de terror, ellos no son culpables de lo que pasó. Estás matando a gente inocente. Tiene que quedar algo de ti ahí dentro, tiene que haber algo que traiga de nuevo a la chica que conocí. Por favor, detente... —digo mientras alargó mi mano hacia ella.

—¡¡No!! —grita y yo retrocedo por inercia. —¡¡Él debe morir!! —grita presa del odio más interno de su alma.

Es la primera vez que se exalta, que reacciona. Lo hace como un animal salvaje que está siendo acorralado. Miro hacia atrás y veo cómo el cerco que forma el tornado que rodea la ciudad se va cerrando cada vez más. Los gritos se intensifican y las filas de soldados retroceden al



mismo ritmo que el tornado se acerca a ellos. El único espacio que queda abierto es donde estamos situados nosotros y nadie en su sano juicio se atrevería a acercarse. Supongo que eso deja bastante que desear sobre mí y mi cordura.

—Nos la arrebató. La mató sin piedad. Ella era buena y él un monstruo.

Es ahora cuando comprendo que todos podemos ser el monstruo en la historia de alguien.

—Pero tú no. Tú no eres un monstruo. Tú eres buena, Aura. No quieres matar a nadie, no en realidad. Por favor, detente. Aún estás a tiempo de parar todo esto. Hazlo por ellos —señalo a todos los sirénidos que gritan y nadan en todas direcciones intentando escapar de ella, de lo que es capaz de crear.

Me acerco, despacio, tan despacio que creo que ni siquiera capta mi movimiento. Su vista vuelve a enfocarse en el caos que crea sin que eso le erice ni un solo poro de la piel.

Al llegar a ella, alargó mi brazo y pongo mi mano rodeando su muñeca, justo encima del brazalete que un día le di.

Ella vuelve a cegarme con el brillo de su mirada. Estamos demasiado cerca. Demasiado como para que yo salga ileso, demasiado como para que lo hagamos ninguno de los dos.

—Hazlo por mí.

Su piel está tan caliente que la palma de mi mano arde, pero no pienso soltarla. Aunque quisiera no podría alejarme de ella.

—Por fa...

La garganta se me cierra de repente, como si estuviera agarrándome el cuello con toda su fuerza.

No logro tragar aire ni agua. Nada para que mis pulmones sigan trabajando. Miro a Aura con los ojos casi salidos de las cuencas, rogándole que deje de asfixiarme, hasta que ella mira a su espalda.

Yo no consigo enfocar la vista. Todo se vuelve borroso. Todo menos esas estrellas negras que parpadean delante de mis ojos.

—No quieres... no quieres hacerme daño —consigo decir quedándome sin aliento.

—Oh, claro que quiere, pero el vínculo se lo impide. Por suerte, yo sí que puedo hacerte mucho, mucho daño.

Aura no reacciona. Vuelve a girarse y se concentra de nuevo en el tornado que rodea la ciudad. Su padre, que hace tan solo un segundo no estaba aquí, aparece de la nada con sus dones aferrando mi garganta y yo, que amenazo con desmayarme de un momento a otro, que amenazo con morir sin que mi Yua haga nada por evitarlo, sin que yo mismo pueda defenderme, intento acercarme a ella una última vez.

—A...Aura... detente. De...detente.

—Nadie en su sano juicio intentaría convencer a una bomba con la mecha encendida para que no estallara —dice Nemsis con una voz amortiguada, como un eco lejano que apenas soy capaz de escuchar.

Siento que la presión alrededor de mi garganta es más intensa mientras la consciencia se me escapa entre los dedos.

—A...Aura.

—Deja de rogar, príncipe. No eres más que un obstáculo en nuestro camino. O te apartas o te aparto, así de simple. Deja que mi hija termine lo que empezó tu padre. Querida, continúa ¿quieres? Ya he esperado suficiente.

—Kenai debe morir.

—Eso es, preciosa. Kenai debe morir y todo lo que intente obstaculizar tu paso, también.

Adelante, hija mía, por fin ha llegado la hora. Cerremos el círculo. Vengamos a tu madre.

Yo alzo mi mano en su dirección, pero ella no me escucha, no me mira, no se inmota ante nada que no sea la voz de su padre.

Comienza a nadar y, antes de que pueda siquiera intentar alcanzarla, ella cierra el tornado a su espalda y nos deja a mí y a Nemsis fuera.

—Es curioso lo volátil que es una vida humana ¿verdad? Podría haberte matado hace bastante y, sin embargo, aquí estás. Luchando por seguir respirando, aunque por tu tráquea no circule prácticamente nada de aire y agua. Y, te preguntarás, por qué no he sacado hasta la última brizna de aire de ti...

Yo quisiera decirle que me importa una soberana mierda sus motivos para mantenerme con vida, pero no consigo articular ni una sola palabra.

—Lo que se siente al enlazarse es increíble ¿verdad? Intenso, poderoso, como si de pronto te hubiesen metido en una fuente constante de energía que te mantiene alerta cada segundo mientras la voz de tu Yua suena día y noche en tu cabeza y su corazón late en tu pecho. En los hechiceros esa sensación es el doble de fuerte. Nuestros dones se intensifican, se entrelazan sin mezclarse. Se alimentan mutuamente. Cuando me enlacé me volví loco ¿sabes? Meliria era tan fuerte... tan poderosa, tan... buena. Sentí cómo se rompía el vínculo cuando tu padre decidió asesinarla. Sentí como esa cuerda que me ataba, al mundo y a ella, se soltaba y me dejaba caer a un vacío del que aún no he encontrado el fondo. No te haces una idea, muchacho, de lo aterrador que es sentirte así.

» Tuvimos a Aura ¿sabes? Meliria era feliz, aunque había perdido todos sus dones, lo era. Yo nunca asimilé haberle traspasado todo lo que me hacía ser quien era. Todos menos esta vulgaridad de controlar el aire de los pulmones de los demás, pero cuando miraba a Aura y luego veía cómo Meliria la miraba a ella... Mis dones, los suyos... Todo lo demás dejaba de importar. Tu padre destruyó mi vínculo, mi vida, mi familia. Yo reemplacé el dolor por furia. Y la sed de venganza por paciencia. Fría y calculada paciencia. Y si aún te preguntas porqué sigues vivo, querido príncipe, pues bien, aquí está la respuesta. Quiero que veas cómo se lleva a cabo una dulce y ansiada venganza. Quiero que veas cómo mi pequeña usa con tu padre los dones que Neptuno nos dio a su madre y a mí. Quiero que él te mire antes de que la vida se escape de sus ojos.

—Siento aguarate la fiesta, hermano —dice una voz gutural antes que Nemsis se gire hacia él.

Un ser que es mitad hombre, mitad otra cosa más oscura, más terrorífica, convierte su mitad inferior en tentáculos negros como el agujero más profundo y oscuro. Rodea el cuerpo de Nemsis hasta dejarlo inmóvil y todo el aire regresa de nuevo a mis pulmones.



Los gritos me llenan los oídos y la calma imperturbable de mi corazón sigue sin variar. Solo la furia corre por mis venas como un torrente que acabará desbordándome el interior y se esparcirá fuera de mí, para fluir tan rápido, como lo hace el tornado submarino que rodea la ciudad y ahora también a mí.

Siento otro repiqueteo en mi interior, uno más veloz, más asustado, más vivo, pero apenas es un eco en el fondo de un caos ensordecedor. No sé a quién pertenece el miedo que reverbera en cada latido de ese corazón, pero desde luego, no a mí.

Veó las súplicas en los rostros de los soldados cuando me acerco. Veó cómo levantan sus armas, cómo dudan algunos, cómo me temen otros, cómo a unos pocos se les incendia la mirada con la misma ansia que me corroe a mí.

Venganza.

Supongo que todos tenemos algo por lo que vengarnos. Qué sería del mundo si todos estuviéramos en paz, qué sería de mí y de mi padre y de la tumba prematura de mi madre.

No seríamos nada.

La venganza nos da un objetivo, nos centra, nos vuelve ágiles, decididos. Nos vuelve humanos.

La diferencia es que yo no me siento humana en absoluto. Soy algo más primitivo, más salvaje, más letal.

Los restos de los dones que le quedaban a mi padre en su interior y que ahora se unen a los míos hacen que yo sea aún más fuerte, aún más poderosa.

Una parte de mi mente se centra en mantener activas las aguas que giran a nuestro alrededor con la fuerza suficiente como para que nada ni nadie pueda atravesarlas. Para que nada ni nadie pueda escapar.

«Kenai debe morir» frase que resuena dentro de mi cabeza como una canción pegadiza. Cada acorde, cada nota, hace que la venganza sea más atractiva. Que las mil formas en las que podría acabar con su vida sean como miel en mis labios.

—¡Preparados! —grita alguien.

Me tomo un segundo para observar mi alrededor. Todos los sirénidos que no portan armas han huido lo más lejos posible. Se han escondido en sus casas o en hogares ajenos para esconderse de mí y de lo que soy capaz de hacer.

Ahora solo queda la hilera de soldados que se extienden a lo largo y ancho de la ciudad. Visualizo a todas esas sirenas armadas con espadas, lanzas y dagas. Miro atentamente a todos los sirénidos que aguantan la posición, armados también. Veó sus rostros, siento su temor, su ansia, su agonía, sus ganas. Paladeo cada sentimiento que procesan, cada mueca, cada gesto, cada movimiento lento y casi imperceptible.

Soldados. Todos. Ellos y ellas. Bien entrenados en la lucha cuerpo a cuerpo, pero ¿qué podrían hacer contra mí? Contra mis dones. Contra mi poder para manejar las aguas, las corrientes, contra mi fuerza para manejar la tierra en la que se asientan sus casas.

Quizá pudieran intentar luchar contra mí, morirían algunos, otros quizá me alcanzarían, otros incluso puede que dieran en el blanco, pero antes siquiera de que sean capaces de avanzar unos centímetros hacia mí pienso en eso que ellos exhalan en cada respiración. Eso que te agarrota, que te vuelve torpe, inútil. Que te hace débil. Algo de lo que yo carezco. Algo que me hace aún más peligrosa, más letal.

Miedo. Apestan a miedo.

—¡¡Todos preparados!! —grita de nuevo el sirénido de escamas naranjas con un brillo dorado que aprieta con fuerza una daga larga de acero brillante en cada mano.

Una sola persona que carece de miedo es capaz de enfrentarse a un ejército entero que chorrea temor a raudales y saldría victoriosa.

Una sola persona que lo domina, que ha logrado encarcelar todos sus temores, sus fantasmas, sería capaz de hacer cualquier cosa. Aunque eso significara lanzarse de cabeza al infierno sin armadura.

—Kenai —digo en un tono de voz tranquilo.

Nadie se mueve de su posición y, sin embargo, todos tiemblan.

—¡Aura! No me obligues a hacerlo, por favor, no me obligues —suplica el sirénido agarrando tan fuerte sus dagas que sus nudillos se vuelven blancos.

—Kenai —repito.

La voz de mi padre se repite una y otra y otra vez en el fondo de mi cabeza.

«Venga a tu madre, Aura» «Kenai debe morir».

—No tienes por qué hacer esto, Aura, por favor.

—Kenai debe morir —repito las palabras de mi padre como si fuese él mismo quien las pronuncia.

Veo cómo todos los soldados se aferran más fuerte a sus armas y apuntan hacia mí mientras yo sigo imperturbable.

—¿Dónde está Azariel, Aura? —pregunta mientras se adelanta y rompe la perfecta barrera que había formado con sus tropas.

Yo inspiro profundamente mientras cierro los ojos un segundo, consciente de mi atrevimiento, sin el más mínimo atisbo de preocupación.

Podría haber esperado que una lanza me atravesara el corazón, o tal vez una espada. Yo sin duda, si hubiera estado en su posición, habría aprovechado el momento en el que la amenaza, confiada, cerrase los ojos ante sus enemigos para que mi espada atravesase su pecho.

Sin embargo, nadie se ha movido ni un milímetro cuando vuelvo a abrir los ojos.

—Está vivo.

El sonido tenue de su corazón sigue latiendo a mil por hora justo al lado del latido constante y tranquilo del mío.

—Señor, órdenes —le dice una sirena pelirroja, con las escamas de un tono turquesa brillante.

—Solo quiero a Kenai. Entrégamelo para que pague por lo que le hizo a mi madre.

—¡¡No vamos a entregarte a nuestro rey, monstruo!! —grita la sirena.

Elevo mi mano casi sin que termine de decir la última palabra y ella suelta su lanza para llevarse las manos a la garganta. Puedo sentir cómo el aire abandona sus pulmones, cómo lucha por respirar, por seguir viviendo. Los que están a su lado la socorren sin éxito. Yo cierro mi mano en un puño y la sirena se queda flácida, inmóvil mientras se escapa de entre los brazos de su compañero.

—¡¡Todos quietos!! ¡¡A mi señal!! —grita el sirénido al que mi Yua llamó Merklon intentando poner orden.

Unos gruñen con rabia, en otros aumenta el pánico, pero todos agarran sus armas con fuerza y no dejan de apuntar hacia mí. Como si eso pudiera salvarlos.

El cuerpo sin vida de la sirena desciende sin que nadie haga nada por evitarlo, sin que nadie pueda salvarla ya. No tarda en reunirse con su lanza que ya yace en el fondo del mar.

—Kenai —repito una última vez. —Entrégamelo.

—¡Jamás entregaremos a nuestro rey! —grita uno de los sirénidos más próximos.

—Tu rey mató a la mujer que ayudó a construir la mayor parte de esta ciudad que ahora tú defiendes. Tu rey la mató sin piedad después de que ella ayudara a dar un futuro mejor a las gentes de Atlenia. Mi madre usó los dones, por los que ahora esa sirena que reposa en la arena me llama monstruo, para hacer de Atlenia lo que es hoy. Yo vengo a vengarla. Yo vengo a asesinar a su verdugo y a todo lo que se interponga entre mis dones y su vida.

—Aura no puedo entregarte al rey de Atlenia, no me dejas más opciones. Por favor, está muriendo gente inocente. Tú no eres así. Tú...

—Yo soy venganza.

Varios sirénidos se lanzan a por mí sin que Merklon se los haya ordenado. Es entonces cuando elevo mis manos y uso la corriente para lanzarlos hasta el tornado que sigue girando en torno a nosotros.

Sus cuerpos se contorsionan por la fuerza con la que gira el agua alrededor de la ciudad y sus cuerpos sin vida salen despedidos hacia cualquier otra parte.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco sirénidos sin vida.

Doce que intentan atacarme a la vez.

Corrientes, juegos de manos, furia, sangre, gritos y lágrimas que no me pertenecen se entremezclan en un caos insalvable que solo frena cuando veo a Merklon nadar en mi dirección.

Yo uso la corriente y las aguas para que nos envuelvan a él y a mí en un círculo impenetrable donde él intenta atravesarme con sus dagas una y otra y otra vez sin éxito.

Su expresión de pánico, de angustia, de estar luchando con sentimientos totalmente contradictorios en su interior se funden con la fuerza con la que lanza sus dagas contra mí.

Es rápido, demasiado rápido en realidad. Soy más consciente de ello cuando siento cómo una de sus dagas rasga mi costado.

La sangre emana de mí tan rápido como su expresión de soldado impávido cambia a una de preocupación, culpa y arrepentimiento.

Yo no siento dolor. No siento nada.

Elevo mi mano y él, por inercia, tal como lo hizo la soldado que estaba bajo su mando, se lleva las manos a la garganta mientras lucha por recuperar un poco de todo el aire que le saco sin piedad de los pulmones.

Dejo caer la cortina de agua que nos rodea y nos separa del resto de la batalla y, con ella, también cae el cuerpo inmóvil de Merk.

Todos los soldados se lanzan a por mí a la vez. Yo profeso un grito gutural y agónico y elevo mis manos para mantenerlos alejados con la corriente mientras el tornado submarino que aprisionaba a la ciudad se desmorona.

En mi mente controlo el aire de las corrientes, las aguas y el oxígeno que nos rodea.

Controlo lo incontrolable, lo improbable, lo humanamente posible y entonces lo entiendo.

Hace mucho que dejé de ser humana. Hace mucho que me convertí en algo más y quizá también en algo menos.

Todo parece inmovilizarse mientras el aire con el que ahora juegan mis manos crea una pequeña burbuja al principio, que se expande cada vez más. Ni siquiera reparo en que los

soldados atacan la pared de corriente marina que me separa del resto una y otra vez con todas sus fuerzas.

Concentro todas las mías en expandir esta burbuja. En crear este vacío en medio del océano. Un pequeño espacio donde el agua ya no interfiere, donde no podría hacerlo, aunque quisiera.

Lucho contra la fuerza del océano y ella lucha conmigo. Sabe que es algo antinatural lo que se crea en mi imaginación y lo que, por consiguiente, hacen mis manos. Lo que el océano no sabe, lo que nadie sabe en realidad, es que yo y la fuerza que me motiva es mucho más poderosa que cualquier conjunto de soldados, que cualquier conjunto de mareas.

La burbuja se crea a mi alrededor y, cuando eso sucede, la obligo a llevarme hasta el fondo.

Desciendo junto con el asombro de todos los aquí presentes. Junto al desconcierto y el terror aún más palpable de todos los soldados que intentan alcanzarme con sus armas. La punzada, indolora esta vez, de la transformación llega a mí. Mis escamas se hunden en la piel de lo que un día fueron mis piernas. La aleta majestuosa que me ha impulsado hasta aquí se contorsiona hasta transformarse de nuevo en mis pies.

Sirena o humana. Humana o sirena. Nada importa ya. Yo, en cualquiera de mis formas, soy solo venganza y poder.

Por fin toco la superficie de la burbuja y ésta la arena del fondo del mar.

Luego, como si fuera algo sencillo, el vacío en el que yo respiro con normalidad empieza a engrandecerse desde la base. Crece mientras deja por completo el agua del océano fuera de la cápsula que ahora se traga todo a su paso.

Los Arcos de coral rojo como la sangre misma y, por consiguiente, todos los soldados que los defienden, y todos los que han intentado huir, quedan atrapados dentro.

Los quejidos cuando caen de golpe al suelo me llenan los oídos, pero no me detengo hasta llegar al lugar donde sé que se esconde el culpable de todo esto, de todos mis males, de todo el sufrimiento de mi padre, de la muerte de mi madre. La burbuja en forma de cápsula se traga el palacio de nácar sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. Nadie, excepto yo, claro, pero yo no quiero parar.

Todos nos hallamos ahora en un vacío donde las escamas se introducen en la piel y dejan paso a un par de piernas. Un vacío donde los gritos de pánico se abren paso e intentan partirme la mente en dos, donde el océano lucha con toda su fuerza contra la aberración que acabo de crear.

El esfuerzo es descomunal y el logro totalmente increíble.

Una especie de cúpula que nos separa del mar justo en medio de sus entrañas. Una cúpula donde se respira aire, aunque no brisa. Una cúpula donde mis piernas vuelven a aferrarse a la arena mientras observo un palacio tan blanco y brillante que dolería mirarlo, si no fuera porque el brillo de mis ojos es aún más letal. Un palacio donde se esconde el responsable de la destrucción de mi familia. De la destrucción del alma de mi padre e, irremediabilmente, de la mía.

Dos llamas gemelas se crean de pronto en mis manos mientras el peso titánico del océano amenaza con aplastarme a mí y a todos los soldados que aún miran a su alrededor confusos y aterrados, con las manos muy lejos de sus armas, con la consciencia aún más lejos de sus cuerpos.

El fuego me consume, me alimenta, me engrandece, me aviva.

El fuego es lo único que siento ahora.

Siento como baila al son de una música que solo yo puedo escuchar. Siento cómo me envuelve, cómo calienta lo que una vez fue hielo.

Lanzo el brazo hacia delante y un cañonazo de fuego se expande desde la furia más latente de mi interior e impacta de lleno con el castillo nacarado donde se esconde la escoria que asesinó sin piedad a mi madre.

El mar entero me juzga, el mar entero quiere devorarme, quiere reducirme a la nada, pero yo me resisto con toda la fuerza que hay en mi interior mientras el eco de la venganza y la voz de mi padre se expanden por todas las fibras de mi ser.

Me envuelvo en llamas.

Ardientes y mortíferas llamas.

El palacio que construyó mi madre se destruye con los dones que ella misma me dio. Círculo cerrado.

El blanco se vuelve negro. La paz, furia. La venganza, dulce. El terror, palpable.

Las paredes degeneran en escombros y luego en ceniza mientras la mayor parte de los soldados huyen lo más lejos que les permiten las paredes invisibles que ahora los atrapan dentro de una ciudad que podría arrasarse también si quisiera. Solo unos pocos se quedan petrificados. Ninguno de ellos intenta atacarme.

La cúpula comienza a debilitarse. Demasiado peso, demasiado poder, demasiada carga en todos los sentidos posibles que tenga esa palabra.

—¡¡Por el amor de Neptuno, detente!! —grita una voz presa del pánico.

Yo la busco mientras el aire se hace pesado en el ambiente, mientras la burbuja de aire comienza a resquebrajarse sin que yo pueda hacer absolutamente nada para evitarlo.

—¡¡Soldados!! ¡Ataquen de una vez, maldita sea! ¡¡Va a arrasarse la ciudad entera!! ¡¡El deber de todos ustedes es proteger al rey!! ¡¡Protegerme a mí!!

«Kenai debe morir».

Un sirénido se eleva entre los demás mientras sus piernas tiemblan, mientras su voz lo hace también.

Con una mano aferrada a una corona de caracolas blancas y brillantes trozos de coral camina hacia mí despacio. Mirándome a los pies porque no es capaz de observar el brillo ardiente de mis ojos. El brillo de las llamas que ahora me envuelven por completo.

—Tú.

Mi mano levantada en su dirección hace que la corona que con tanta fuerza agarraba se precipite al suelo y se quede anclada en la arena mientras se lleva las manos a la garganta.

El aire sale poco a poco de sus pulmones mientras yo camino hacia él.

Una oleada de realidad me azota desde lo más profundo de mi interior llevándose con ella la caja en la que mi corazón palpitaba con lentitud. Ahora lo hace fuerte, rápido, tan rápido como mi mente analiza todo lo que ocurre a mi alrededor.

Me miro a mí, a mis llamas, a todo el fuego que recubre mi cuerpo. Los miro a ellos, a todos los sirénidos que observan aterrados cómo ya no fluye el agua entre sus casas, entre sus cuerpos. Miro a la persona que me destruyó la vida. Cómo intenta respirar, tembloroso, asustado. Cobarde.

Siento ira y rabia y pánico y tristeza y alivio. Todo confuso, mezclado. Todo a la vez. Como si mis sentimientos, mis sensaciones, hubiesen estado encerradas en el fondo de un foso profundo, muy profundo, y algo hubiera levantado la tapa. Como si algo los hubiese dejado salir a todos al mismo tiempo.

—La maté, sí, pero la amaba. Amaba a tu madre más de lo que he amado cualquier otra cosa en el mundo. La amaba con mi vida y...

—Mataste a la mujer que construyó casas en esta ciudad y ahora has traído aquí al fruto de sus entrañas para que destruya todo lo que ella hizo por ti. No mereces llamarte rey —gruño con rabia. —No mereces vivir. Esta gente no merece morir por proteger a un cobarde que se esconde detrás de las paredes de la creación de la sirena a la que le atravesaste el pecho sin piedad.

Cuando llego a él es mi mano ardiendo la que se acerca lentamente a su cuello.

—Mataste a su madre... —susurra un soldado.

—Asesino... —susurra otro.

—¡Ella es un monstruo!

—¡Bastardo!

—¡Miente!

—¡No puede ser verdad!

—¡Asesino! —gritan otros.

Nadie se mueve, todos observan. Ninguno me ataca, absolutamente nadie lo protege.

Los ojos del rey miran en todas direcciones mientras yo lo miro directamente a los ojos. Mientras el brillo dorado que desprende mi mirada y el fulgor y el calor abrasador de mi mano lo iluminan a él.

—Confiesa —gruño tan cerca de él que mis llamas deben estar abrasándolo.

—No puedo... no puedo respirar.

—Diles a todos que los has enviado a morir para proteger a un hombre podrido por dentro que mató a una mujer inocente. Cuéntales que ella era feliz con su Yua. Que intentaste que me entregara a ti y esa mujer buena y bondadosa entregó su vida para salvar la mía. Míralos a los ojos y diles a los familiares, a los compañeros de los muertos que yacen ahora en esta ciudad, que dieron su vida para proteger a un asesino.

—Yo...

—¡¡Confiesa!! —grito presa de la ira más poderosa que he sentido jamás.

—Es... es cierto —dice casi con su último aliento.

El sonido de la aspiración profunda que procesa cada sirénido que nos rodea me llena los oídos.

—¡Cobarde! —grita alguien.

—¡Mi mujer ha muerto defendiéndote!

—¡La mató la sirena, no el rey!

—¡¡Por su culpa!!

—¡Asesino! —gritan una y otra vez.

Hago un esfuerzo titánico para que la cúpula deje de tener toda la fortaleza con la que la creé, pero sin dejar que se desmorone del todo. A pesar de las grietas, aún se mantiene en pie. El agua comienza a caer desde lo alto y entra en el espacio que nos separa del resto del océano.

Más gritos, más llantos, más agonía. Ahora no es solo suya ahora yo también siento el temor corriendo por mis venas, entrelazándose con el odio. Mezclándose con la cólera.

—Fuera de aquí, todos —digo con un tono de voz aparentemente tranquilo.

Nadie se mueve y todos lo hacen a la vez. Los movimientos se confunden, el cansancio de sostener todo el peso del mar que lucha por volver a su lugar de origen me aplasta el cráneo y las llamas corriendo libres por mi interior y por encima de mi piel amenazan con arrebatarme el fino hilo que ata mi consciencia a mi cuerpo.

—Fuera ¡¡ahora!! —grito.

Algunos comienzan a moverse y se lanzan a través de la cúpula, otros los siguen y algunos se quedan clavados en sus sitios.

Confusión, incredulidad, miedo, temor, agonía. Todo se mezcla y se transforma en caos.

—¡¡Salgan todos de aquí ya!! —vuelvo a gritar con más fuerza.

Sirenas y sirénidos se lanzan hacia el mar sin mirar atrás. Soldados cogen a sus compañeros heridos por la caída, por mis dones o por el shock y corren hacia el límite entre lo surrealista y el océano.



El sudor me corre por la espalda mientras las llamas se lo tragan. El olor a ceniza que proviene de los escombros del palacio me llena por completo. Mi cuerpo se tambalea. Kenai pierde el aire de sus pulmones poco a poco. Despacio. Agoniosamente despacio.

Cuando ya no hay nadie más en el espacio vacío y antinatural que los dones de mi madre mezclados y acrecentados con los de mi padre, y a su vez con los míos, miro a Kenai directamente a los ojos.

—Mi padre te envía recuerdos —digo antes de agarrar su garganta con mi mano.

Las llamas calcinan piel, músculo y hueso. Los gritos desesperados del sirénido que me lo arrebató todo llenan cada milímetro del espacio que nos rodea mientras yo dejo que todo el océano, que pelea con toda su fuerza para recuperar el lugar que por derecho divino le pertenece, se derrumbe sobre nosotros.



No es la primera vez que dos de Los Tres Hermanos se enfrentan entre ellos.

El ser cambiante, llamado Bhasylis por los que han tenido el gusto o la desgracia de conocerlo, aferra con unos tentáculos tan negros como una noche sin luna, a su hermano mayor que intenta con todas sus fuerzas escaparse de ellos.

Gruñe, grita y rasga la piel viscosa de la parte inferior de su hermano con uñas y dientes hasta que sus manos y su boca se llenan de sangre, pero él no cede. No puede ceder.

Salvarla. Ese es su objetivo, aunque tenga que llevarse consigo al infierno al hermano al que tanto ha amado, al hermano que tanto ha venerado.

—¡¡Suéltame, Bhasylis o te juro por el maldito Neptuno que te mataré lenta y dolorosamente!!

Nemsis siente el sabor metálico y agrio de la sangre en su boca. Siente cómo la sangre de su hermano, cálida y roja como el color de sus escamas, le impregnan las manos. Tal y como Etheris predijo.

Bhasylis tiene un propósito. Salvar a Aura del futuro atroz y feroz que le espera. Salvarla de su padre, del océano mismo si es necesario. Salvarla de la muerte de su cuerpo y del alma que él mismo le arrebató.

La culpa le ha pesado día tras día desde que hundi6 las garras en su pecho y en su mente para arrancarle cada recuerdo y sentimiento que tuviera de su madre. Lo hizo cuando accedió a devolverle el recuerdo de sus dones y de la mujer que la trajo al mundo en aquel arrecife dejado del tridente de Neptuno.

Meliria. Ella no lo habría aprobado. Ella la quería libre. Viva y libre y buena y honrada y poderosa, como lo era ella.

—¡¡Bhasylis haz lo que te ordeno!! ¡¡Vas a arrepentirte de esto, maldita sea!! —grita con toda su fuerza.

—Lo siento hermano, pero la sed de venganza te ha cegado. No puedo permitir que mates a tu propia hija por pecados que no ha cometido.

—Te advierto que es mejor que me mates ahora, hermano, porque si consigo escapar de tus malditos tentáculos seré yo quien acabe con tu vida.

El sirénido con la cola de escamas tan negras como los tentáculos de Bhasylis que aún tose y recupera la consciencia poco a poco mientras vuelve a respirar con normalidad, mira horrorizado la lucha entre los dos hechiceros que están a su lado.

—Recapacita, Nemsis. Esto no tiene por qué acabar así. Nada de esto va a devolvete a Meliria.

—¡¡Suéltame!! —grita furioso mientras se contorsiona y los tentáculos lo aferran más fuerte, casi dejándolo sin respiración.

Es cuando todo el océano se tambalea sobre sí mismo. Cuando las aguas se retrotraen y la corriente los lanza hacia atrás varios metros, que Bhasylis se despista el tiempo suficiente como

para que Nemsis libere un brazo de su agarre.

El sirénido sin dones, pero que conoce todas y cada una de las historias que se cuentan en lo más profundo del mar sobre los hechiceros, observa cómo el tornado que rodeaba la ciudad se deshace.

La sirena iridiscente y todos los soldados que intentan acabar con su vida, quedan a la vista.

Azariel está petrificado. Todos lo están ahora mientras ven cómo ella se introduce en lo que parece ser una burbuja que desciende hasta el mismo fondo del mar.

La burbuja crece y devora todo a su paso mientras sus piernas se aferran a la arena. Los Arcos, los soldados, el palacio y hasta media ciudad quedan atrapados dentro de una especie de cúpula que los aísla del resto del océano.

Azariel se aleja de la lucha de los hechiceros y nada rápidamente hacia la cúpula transparente para ver que toda una ciudad está a los pies de la chica que es más fuego que persona, que es más llama que sirena.

—Fuego... —susurra profundamente asombrado.

Golpea la cúpula, pero es tan poderosa y el flujo de corriente que la rodea tan pesado, tan fuerte, que casi siente su cuerpo desvanecerse.

Ahoga un grito cuando su vista se fija en cómo el palacio en el que un día vivió, y que ahora arde en llamas, se reduce a escombros.

Grita con toda la fuerza que le queda. Le grita a ella, a sus soldados, a su pueblo, a su ciudad, a su padre, que ahora se aferra la garganta tan fuerte como lo hizo él mismo hace un rato. Le grita a todo, a él mismo también. A su cobardía, a sus lealtades, a su amor por ella a pesar de todo, a su vínculo. Le grita a la situación, al mundo entero, a los siete mares y a todo lo que los ha llevado aquí. A este instante en el que todo se desmorona, se destruye, se inmola.

El pánico, salvaje y genuino, se aferra a cada poro de su piel, a cada fibra, a cada escama.

Bhasylis profesa un grito ahogado cuando Nemsis alza la mano en su dirección. Siente cómo el aire se le escapa y sus pulmones se quedan vacíos. Cómo su cuerpo no tardará en hacerlo también. Y, aun así, no deja de envolverlo con sus tentáculos.

No es la primera vez que experimenta esa sensación, ni la segunda, ni siquiera la tercera o la cuarta, pero lo que sí sabe bien es que será la última vez que su hermano usa su don contra él.

La muerte lleva esperándolo mucho tiempo a las puertas de un mundo menos oscuro, de un mundo donde quizá podría tener una forma propia, una sencilla y cálida. Donde quizá encontraría a su Yua, algo que no consiguió nunca en este océano.

—Tú me has obligado, hermano.

Pero ese día no es hoy.

—Y tú a mí, Nemsis —se agarra la garganta con fuerza, intentando guardar su último aliento.  
—Y tú a mí...

La voz de Etheris acude inmediatamente a su mente «Tu vida por la suya».

Un grito feroz, que atraviesa el océano entero, hace que Azariel se gire para ver a Nemsis atravesado por las navajas en las que se han convertido los tentáculos de su hermano.

Nada de prisa hacia ellos, como si eso tuviera alguna lógica, algún sentido.

Al llegar ve cómo la vida del padre de su Yua abandona lentamente sus ojos mientras mira sorprendido las lágrimas que surcan el rostro de su hermano.

—Bha... Bhasylis... —susurra Nemsis casi sin aliento.

—Lo siento, hermano mío —dice ahogado por el llanto.

—Yo...

Mira su propio cuerpo. Ve cómo la sangre fluye a través de sus heridas, siente como la vida lo

abandona, cómo ve, por fin, el fondo de ese pozo infinito al que cayó cuando Meliria abandonó este océano y este mundo.

—Prometo cuidar de ella como lo habrías hecho tú en otra vida —dice Bhasylis.

Intenta aguantar los sollozos, intenta que su voz no tiemble, pero no lo consigue.

Nemsis asiente, despacio. Saboreando cada palabra, cada sonido que lo rodea, cada sensación, hasta la de que su estancia en este universo ha llegado a su fin.

Mira hacia atrás, hacia donde está ella envuelta en llamas.

Sonríe, pero esta vez de verdad. No con un trasfondo oscuro detrás, sino con algo muy parecido al amor.

La mira a ella y a las llamas que bailan sobre su piel y podría jurar que su corazón, ese que a punto está de pararse, ahora late un poco más deprisa por su culpa.

Su hija. Su leyenda. Su pequeña destructora.

—Dile... dile que... —traga aire y agua intentando aferrarse con todas sus fuerzas a ese último hilo que lo ata a la vida. —Dile que lo siento. Que lo siento todo.

Bhasylis se acerca los tentáculos convertidos en afiladas navajas hacia su pecho y, junto a ellas, el cuerpo casi inmóvil de su hermano.

—Ve en paz, hermano.

—¿Crees que... —tose violentamente. Un hilo de sangre sale de su garganta y se pierde en las aguas que nos rodean. —¿Crees que la veré en el... otro lado?

Bhasylis, tragando más nudos de los que puede soportar, intentando frenar las lágrimas sin éxito, abraza a su hermano con delicadeza mientras éste no lucha para alejarse, mientras ya no lucha para sobrevivir.

—Estoy seguro —le susurra al oído justo antes de sacar todas las navajas de su cuerpo con un movimiento ágil y veloz.

Nemsis profesa un sonido hueco, casi insonoro, y su cuerpo cuelga flácido de los brazos de Bhasylis, que reza una oración a Neptuno para que lo perdone a él, a su hermano y a su causa.

Azariel observa cómo el sirénido que ahora no es más que un conjunto de escamas rojas, que ya no tiene nada de aterrador, mece el cadáver de su hermano.

La punzada que lo atraviesa el estómago y el pecho es como si Bhasylis hubiera usado sus navajas para atravesarlo también a él. La compasión aflora en Azariel. La preocupación por lo que le sucederá a Aura ahora que su padre ha muerto lo aterroriza.

Se acerca nadando despacio a Bhasylis, no quiere perturbarlo, pero necesita ayuda para parar el desastre que se abre paso dentro de la cúpula que no es capaz de atravesar.

—Bhasylis... —susurra.

—Te dije que me ibas a necesitar en el futuro, príncipe —dice con un semblante serio y lúgubre. —Pero esta vez no quiero nada de ti a cambio. Ya has perdido demasiado. Todos hemos perdido demasiado.

—Ojalá no hubiese sucedido así, ojalá...

—Ojalá funcione —le responde Bhasylis mientras fija su mirada en la cúpula que los aísla a ellos y al mar de la sirena más poderosa de todos los tiempos.

Azariel no lo entiende, pero no se atreve a preguntar nada más.

Su vista se fija de nuevo en ese campo de fuerza submarino, ese en el que ella arde sin control.

Todo empieza a cobrar sentido cuando, después de lo que le parece toda una eternidad, llegan a sus oídos los gritos de los sirénidos que atraviesan la cápsula de aire que antes era impenetrable.

Nadie repara en el sirénido de escamas tan rojas como la sangre que cubre cada vez más el

cuerpo que ahora agarra con fuerza. El cuerpo de su hermano. Ese al que ahora abraza mientras llora su muerte. Mientras se culpa y se maldice a sí mismo y luego a él y luego otra vez a sí mismo.

Piensa en Etheris, en cómo habrá cambiado el futuro ahora, si será más o menos oscuro después de que él haya puesto fin a la vida del sirénido que lo enseñó a usar sus dones, a no temerse a sí mismo ni a lo que pudiera sentir el mundo al verlo cambiar.

«Tú eres especial, Bhasylis, eres perfecto, en cualquiera de tus formas eres perfecto» había dicho Nemsis cuando él se temía a sí mismo.

Le dio fuerza, amor, lealtad y él le había devuelto cuchillas, le había devuelto muerte.

Es entonces cuando el océano se desdibuja y se derrumba sobre la ciudad de Atlenia y todos los sirénidos se ven arrastrados por la brutal corriente.



El océano es una locura. Cuando las aguas volvieron a su cauce todo lo que quedaba era confusión, todo lo que quedaba era destrucción y muerte y escombros e impotencia.

Todos nadan en busca de sus familias, todos se reencuentran, la mayoría sanos y salvos.

Yo me abro camino entre madres y padres abrazando a sus hijos. Entre soldados abrazándose entre ellos. Algunos lloran, otros están callados, con la mirada perdida.

Miro a los caídos, a los sirénidos a su lado y de pronto un corrillo de más de cien personas me llama la atención.

Nado hacia él esperando encontrar a Aura, esperando que esté viva, que esté bien, que sea ella de nuevo.

No puedo dejar de pensar en que dejó escapar a la ciudad entera antes de que la cúpula de aire se desplomara sobre sí misma. A todos menos a mi padre y una pequeña parte de mí se avergüenza por no sentir preocupación por él. Por no haberlo buscado antes, por no saber dónde está o siquiera si sigue con vida.

«Nadie en su sano juicio intentaría parar a una bomba con la mecha encendida» había dicho Nemsis y, sin embargo, ella no era una bomba. No había arrasado con la ciudad entera y desde luego que podría haberlo hecho con un simple pestañeo. Verla arder en medio del maldito océano es algo que no lograré borrar de mi mente jamás. Ni yo ni todos los que me rodean.

Ella los había sacado de allí, no quería matarlos, no quería hacerles daño, solo quería a mi padre. Al hombre que le arrebató todo. Al hombre que mató a su madre.

Cuando llego al corro de gente, todos se apartan y me miran con expresiones indescifrables.

Todo cobra mayor sentido cuando lo veo en el suelo. Inmóvil, sin vida. Su cola de escamas azules como el mar más profundo sigue intacta. Su torso, sus brazos, todo en su sitio. Todo menos su garganta.

Donde debía estar su tráquea había vacío. Piel, músculo y huesos quemados y la marca de sus dedos en las mejillas del rey de Atlenia.

Venganza.

Ella había equilibrado la balanza, había matado al hombre que le había robado la vida que ella merecía vivir.

—¡Miren! ¡El trono! —grita una voz que reverbera en toda la ciudad.

Todos miramos hacia donde ese niño señala con el dedo. Todos fijamos nuestra vista en el trono de coral que sobresale, completamente ileso y sin tan siquiera una muesca de más, de los escombros de la Perla del mar.

A la vista de todos, en las calles de Atenia, como siempre estuvo, como siempre debió estar.

De pronto todas las miradas se concentran en mí. Siento los ojos de todos y cada uno de los sirénidos clavándose en mi cuerpo, atravesándome sin esfuerzo.

Yo, sin embargo, sigo mirando el cuerpo quemado de mi padre. Aún tumbado sobre la arena teñida de rojo. Con la mirada perdida más allá de la superficie.

«Tú nunca debiste haber existido. Fue un maldito error. Tú lo fuiste» y el resquicio de lástima por el hombre que yace a medio quemar a plena vista de todos, desaparece.

La ciudad entera espera que diga algo, que me pronuncie, pero yo no sé qué decir, no sé qué hacer.

—¡Señor! —grita una voz familiar y yo lo agradezco. —Merklon, señor... —me dice Eva mientras se acerca a mí nadando con prisa.

Sentir el agua fluir mientras ella se acerca me devuelve de repente a la realidad. A la catastrófica realidad.

Mientras nado con ella escucho murmullos de todas clases.

—Fuego... ha quemado el castillo con fuego ¡en el mar!

—La sirena de fuego...

—¡La sirena iridiscente existe!

—Era una leyenda... no es posible lo que ha pasado.

—El rey ha muerto ¡ella lo ha matado!

—¡Es la leyenda de fuego!

«Leyenda de fuego» ese nombre consigue ponerme todas las escamas de punta.

—¡Azariel es el rey ahora!

—¡Azariel! ¡Azariel! ¡Azariel!

—¡Él nos protegerá!

—¡Es el hijo del responsable de este desastre!

—¡Asesino! ¡El rey era un asesino!

—¡Azariel nos protegerá!

Llego hasta donde Merk descansa en la arena, rodeado de soldados fieles. Su espalda está apoyada en una roca y él respira apresuradamente mientras mira a su alrededor.

—Merk, por Neptuno ¡Merk! —me lanzo hacia él y lo abrazo tan fuerte como puedo.

—Vale, vale, al final vas a asfixiarme tú, Az... —me echo a reír mientras le pongo las manos en la cara, retirando su pelo, viendo cómo la vida sigue estando al otro lado de sus ojos.

—Joder, ¿qué demonios ha pasado? ¿Qué te ha pasado a ti?

—Ella... la atacó, Azariel. —mi cara de asombro hace que él intente levantarse. Yo se lo impido. —No quería hacerlo, pero no tenía otra salida, iba... a matarnos a todos.

—Tranquilo, descansa.

—Me sacó el aire de los pulmones. He estado inconsciente hasta ahora.

—Mal momento para echarte una siesta, no vas a tener la oportunidad de ver nada tan asombroso como lo que ha pasado aquí hoy ¿sabes? —dice Eva y Merk sonríe.

Ella también lo hace.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él.

—Hizo una cúpula, una burbuja de aire que aislaba parte de la ciudad del resto del mar, con todos nosotros dentro —la cara de Merk se desdibuja por momentos. —Creí que iba a arrasar

toda la ciudad y a todo ser viviente que hubiera dentro, pero... de repente cambió. No sé qué le pasó, pero su cara... era diferente. Nos obligó a salir de la cúpula y se quedó con... —la voz de Eva se esfuma de repente.

—Mató a mi padre, Merk —le digo yo.

—Azariel, yo... —intenta incorporarse de nuevo —Debí pararla cuando tuve ocasión.

Yo me llevo las manos a la cara y me froto las sienes mientras Eva obliga a Merk a permanecer sentado.

—Tengo que encontrarla...

—Pero, señor, es una amenaza, en cualquier momento puede...

—Es mi Yua, Eva. Y no es una amenaza, ya no. Ha llevado a cabo su venganza, ha matado al hombre que asesinó a su madre. La cuenta está saldada. Atlenia ya no tiene nada que temer.

—Pero...

—Si quisiera habernos matado estaríamos todos sirviendo de comida para peces, pero seguimos aquí —le contesto irritado.

Ella asiente y Merk me mira con el ceño fruncido.

—Eres, por sangre, derecho y deber, el nuevo rey de Atlenia, Azariel —la palabra rey es una realidad que se me clava en el fondo del pecho.

—Entonces, señor comandante de la guardia real, —le guiño un ojo a Merk —empecemos por contarle a la ciudad entera la verdad de lo que ha pasado aquí hoy. Empecemos por contarles a todos el origen de la leyenda de fuego.



El mar vuelve a fluir tranquilo. Sin prisa, sin pausa, rodeándolo todo. Nada lo altera ya.

Mi corazón, sin embargo, late tan deprisa que casi me duele más el pecho que el corte que la daga de Merk dejó en mi costado.

Aún sangra y quizá merezco que sangre. Quizá merezco morir, pero no quiero hacerlo aquí.

No viendo una ciudad aún en shock por lo que acaba de pasar, por lo que acabo de hacer. No viendo en la lejanía una ciudad que ha sido gobernada y maleada hasta casi pudrirse por un rey cobarde, asesino y, ahora, muerto.

Aún siento el calor de las llamas en mi cuerpo. Aun puedo sentir en la palma de mi mano la sensación de cómo la piel se funde. Cómo fluye la sangre, espesa y caliente. Cómo se derrite el músculo, cómo se quema el hueso.

Aún me inunda su olor.

Puedo ver sus ojos, sin siquiera cerrar los míos. Puedo verlos mirándome y perdiendo la vida. Puedo ver el terror, el pánico, el temblor de su interior, el dolor... Puedo sentirlo todo dentro de mí.

Donde solo hubo vacío y furia, ahora hay sentimientos y sensaciones a tropel que ni siquiera puedo controlar, que ni siquiera puedo asimilar.

Me atormentan las miradas de los habitantes de Atenia. Me atormentan los llantos, los sollozos, las súplicas y los gritos.

«Monstruo» la voz de esa sirena aún suena en mi mente. El recuerdo del oxígeno que saqué de sus pulmones hasta verla morir, también.

Sacudo la cabeza buscando, quizá, sacar de mí todos los pensamientos, todos los recuerdos, todo lo que siento.

Doy un último vistazo a la ciudad antes de comenzar a nadar todo lo rápido que me permite mi aleta.

El océano pierde su forma y la recupera mil veces por segundo mientras yo me concentro en el otro latido, que no me pertenece en absoluto, pero que siento como si fuera mío.

Es lo único que me mantiene cuerda mientras la oscuridad, la culpa y el terror más absoluto amenazan con tragarme.

—Aura —dice una voz a mi espalda que hace que me detenga de inmediato.

Al girarme veo unos ojos tan familiares que casi asustan. Azules, como el mar en calma. Como los del sirénido que me trajo aquí y al que le pertenece una voz que ya no escucho en mi interior. Que debería estar ahí donde ahora solo siento vacío. Inmenso y gélido vacío.

—¿Dónde está?

Agacha la cabeza y yo, antes de que pueda decir nada me lanzo hacia él. Le golpeo con fuerza el pecho mientras las lágrimas se escapan de mis ojos sin que pueda evitarlo. Lo golpeo mientras la pérdida me abrasa por dentro y me congela a la vez.

—Lo siento... lo siento tanto... —solloza él mientras yo sigo llorando y golpeándolo.



—¡No! ¡No lo sientes!

Él me sujeta los brazos con fuerza y yo evito mirarlo mientras el dolor me inunda. Mientras deseo que el mar me hubiese tragado y aplastado hasta que mi vida se hubiera esfumado también.

A pesar de todo, era mi padre. Si él ya no está, ¿qué me queda ya?

—Perdóname —dice con una voz gutural que me obliga a abrir los ojos de golpe.

Sus ojos se vuelven negros y seguidamente sus cuencas se vacían hacia dentro dejando unos huecos oscuros y terroríficos.

El miedo me golpea en la cara.

Todo él se vuelve oscuridad, etérea y vaporosa, que se contorsiona en algo sacado de la pesadilla más siniestra.

Las manos que me sujetaban los brazos se vuelven garras. Afiladas, negras y brillantes.

Lo siguiente que siento es cómo una de ellas atraviesa mi pecho sin piedad y la otra rasga el lateral de mi cabeza hasta hundirse profundamente en mí.

El dolor es agónico, casi insoportable. Grito como si eso fuera a calmarlo o a obligar a Bhasylis a parar, pero no se detiene.

Las garras hurgan dentro de mi cuerpo mientras el sufrimiento se hace mayor.

Me desvanezco cuando saca de mi interior a la vez todas las cuchillas en las que se habían convertido sus dedos.

La espesa y cálida oscuridad me recibe con los brazos abiertos.

Si he muerto y he ido al infierno debo decir que con gusto me quedaría aquí, acurrucada sobre la cálida arena. Abrazándome a mí misma, acunando mis miedos.

Una mano delicada y suave me acaricia la mejilla y yo levanto la vista para ver a una mujer sonriente.

Sus bucles castaños fluyen alrededor de su cabeza al mismo ritmo que lo hace el mar. Sus ojos, marrones con un brillo dorado que atraería las miradas del mundo entero, relucen ahora solo para mí. Sus mejillas sonrosadas, su tez morena y la sonrisa más blanca que he visto jamás me reciben. Su cola de escamas naranjas es tan brillante que casi me obliga a cerrar los ojos, pero me obligo a no hacerlo. Necesito verla, grabar cada detalle suyo en mi mente. Grabarlo para siempre, para que no se escape, para no olvidarlo jamás.

—¿Mamá? —me atrevo a preguntar aun a riesgo de despertarme.

—Cariño... —escuchar su voz tan clara y cercana, tan dulce, hace que mis lágrimas bañen mi rostro sin tiempo para poder evitarlo.

—Mamá —me lanzo hacia ella.

Rodeo su cuerpo con mis brazos, sintiendo la calidez de su cuerpo, sintiendo su respiración, el latido de su corazón.

—Tranquila, mi amor, estoy aquí. Siempre estaré aquí.

—Te quiero. Te quiero, mamá.

—Oh, y yo a ti preciosa mía. Te quiero más que a mi vida.

Cierro los ojos mientras sollozo en su regazo. Sus manos me acarician el pelo y yo la agarro, tan fuerte, como si fuera a

esfumarse de un momento a otro, como si fuera a hacerlo yo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que mis brazos a penas consiguen rodearla del todo. Cuando siento mi cuerpo demasiado pequeño, demasiado frágil.

Abro los ojos y me separo un segundo de ella para ver que mis manos son demasiado pequeñas, mis brazos demasiado cortos, mi cola de escamas iridiscentes demasiado diminuta como para pertenecerme.

—¿Qué pasa, cariño? —me pregunta ella.

—Soy pequeña... —susurro.

—Eres más grande de lo que tú crees. Siempre serás más grande de lo que alcances a imaginar, Aura. No habrá nada que no puedas hacer, no habrá nada que no puedas conseguir si te lo propones, pero recuerda... —yo la miro a los ojos y ella me sonrío antes de besarme la frente —persigue aquello que te haga feliz. Aquello que te haga libre.

Yo la abrazo de nuevo, ahora sabiendo que no está de verdad conmigo, pero que siempre lo ha estado.

Huelo el océano en su pelo y me acurruco en el calor que desprenden sus brazos entendiendo que lo que vivo ahora no es real, pero que lo fue hace ya mucho tiempo, casi en otra vida.

Muchos más recuerdos se suceden entonces. Ella y yo en la playa del Acantilado jugando con mis dones. Ella y yo nadando, jugando, riendo, soñando... Todo es nuevo para mí, así que disfruto de cada recuerdo, de cada sentimiento que me hace sentir, de cada lágrima que cae por mi rostro y se esfuma después. Me empapo de la memoria que un día, hace ya demasiado tiempo, me quitaron. Me empapo de ella y, de repente, otro recuerdo más me golpea en lo más profundo del estómago.

—Aura —dice una voz ronca y suave a la vez.

Su rostro es diferente ahora. Su ceño no está fruncido, pero sus ojos siguen siendo del mismo azul que colorea suavemente un mar en calma.

Su sonrisa tan grande y sincera me desgarró el pecho cuando me mira.

—Vamos, Aura —me dice mientras extiende una mano hacia mí.

Yo avanzo hacia él, con miedo de hacerlo demasiado rápido, con miedo de que su figura se desdibuje, como todo lo demás, y desaparezca antes de que pueda tocarlo.

—Vamos, pequeña, tu madre nos espera.

Su mano agarra la mía por fin y me acerca a él hasta que sus brazos, fuertes y rodeados de espirales verdes, me rodean.

Me aprieta con fuerza, como si temiera que fuera a escaparme entre sus brazos.

—Hueles igual que tu madre ¿lo sabías? —su risa es magia para mis oídos.

—¿Cómo... cómo huelo, papá? —consigo decir con la voz ahogada.

El llanto llega a mí enseguida, como un río que se desborda.

—Hueles como olería un ángel. A brisa marina y azahar —dice mientras inhala.

Los brazos de esa niña que ahora vuelvo a ser lo aprietan todo lo fuerte que pueden. Impregnándose de él, de todo lo que pudimos ser y no fuimos.

—Te quiero, te quiero papá. Por favor... por favor no te vayas.

Él me separa de su cuerpo y me eleva hasta que mis ojos se funden con los suyos. Observa cada milímetro de mí mientras yo hago lo mismo con su rostro. Con ese rostro más joven, menos destrozado por la pérdida y el rencor.

—No voy a irme a ningún sitio, Aura. Yo estaré siempre aquí dentro —me señala el pecho y sonrío. —Y aquí, —me coge las manos. —Hazlo para mí...

Y yo, sin saber a qué se refiere y sabiéndolo perfectamente a la vez, pongo mis palmas hacia arriba y concentro mi mente en la corriente que nos rodea. Un remolino, pequeño e inofensivo se crea en cada una de mis manos mientras él sonrío mirándolos, sonrío al ver su poder en mis manos.

—¿Lo ves? Mi alma siempre estará en tu interior. Nunca estarás sola.

La voz de mi madre vuelve a llenar todo el espacio que fluye entre mí y el hombre que un día fue dulce y amable.

—Es hora de irse.

Ambos extienden su mano hacia mí y yo extendiendo las mías sin dudar. Una risa tierna y musical sale de los labios de mi madre mientras mi padre la mira con devoción. Cuando me agarran no solo me sostienen a mí, sino a todo lo que soy, a todo lo que he sido y a todo lo que puedo llegar a ser.

Una luz cegadora me nubla la vista y, cuando consigo enfocar la mirada de nuevo, tan solo veo a Bhasylis con sus escamas rojas delante de mí en medio del océano.

—Los he visto... he visto a mi madre y a Nemsis, juntos, conmigo. Él... él me...

—Él te amaba y amaba a tu madre más que a su propia vida.

—Pero después me dejó sola. No logro entenderlo. Son demasiados recuerdos juntos. Todo es confuso y caótico, todo es...

Sus manos, ahora tan normales como las del resto del mundo, viajan hasta mis mejillas mientras él sonríe intentando esconder todo el dolor que emana de su interior.

—Vamos, tenemos mucho de qué hablar.

La brisa. Cuánto la echaba de menos. Caminar por la arena caliente, sentir los granos adhiriéndose a las plantas de mis pies mientras avanzo despacio, mirando el horizonte. Mirando el cielo fundirse con el mar allá, a lo lejos.

Miro el Acantilado Gris, ese peñasco erguido que nunca cede, que nunca cambia. Quizá intenta decirme que siempre estará aquí, pase lo que pase. Que, mientras el mundo cambia, se desconfigura y se vuelve a formar, él siempre estará aquí para ofrecerme cobijo, igual que la mano que ahora se aferra a la mía.

Lo miro mientras su vista sigue clavada en el horizonte. Mientras su mente viaja muy lejos de aquí.

Verlo así es extraño. Parece tan humano, tan simple, tan mortal y, sin embargo, debajo de toda esa piel, se esconden toda clase de criaturas, hermosas y terroríficas. Toda clase de formas, pero solo un alma. Un alma clara y buena.

—Me gusta este sitio —dice mientras flexiona sus piernas y se sienta en la arena.

Yo me siento a su lado justo a unos centímetros de donde mueren las olas en la orilla.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tenía algo que hacer en el pueblo antes de que tú y yo pongamos nombre a todo lo que no lo tiene.

Veo cómo inspira la brisa del mar y cierra los ojos. Yo me detengo a observar los rasgos gráciles y masculinos de su rostro. El ancho de sus hombros, las pecas que lo adornan. Me pregunto si habrá nacido con ellas o las habrá añadido él mismo.

—Háblame de él —digo mientras los dos miramos al mar.

Un mar que nunca volverá a ser el mismo.

—Era fuerte, decidido y bueno. Se desvivía por ayudarme, por ayudar a todos. Le enseñó a Etheris cada centímetro de la cueva y la recorrió con él miles de veces hasta que se la aprendió de memoria. Gracias a Nemsis, Etheris podía ir y venir sin necesitar a nadie que lo acompañara.

—Como un lazarillo.

—Como un lazarillo —se ríe. —Cuando cambié la primera vez, me aterroricé tanto que estuve sin hablar una semana. Él me ayudó a no temer el cambio. A no temerme a mí mismo. Me decía que yo era perfecto en todas mis formas ¿sabes? Hasta cuando me convertía en esa cosa capaz de arrebatarme el alma a la gente. Él decía que todo tenía un fin, un destino, y que el mío era poder restar dolor al mundo.

Siento su pecho latir más rápido y cierro los ojos para que el resto del mundo se apague. Para solo sentir su voz.

—Cuando conoció a tu madre fue como si mil bombas explotaran a la vez. Se volvió loco. La energía que fluía entre ellos era tan fuerte que arrasaba con toda la oscuridad del océano. Fueron felices mucho tiempo. Se amaron bonito y bien y luego cuando te tuvieron...

—Me culpó por arrebatarme sus dones.

Una exhalación sale de la boca de Bhasylis y siento cómo su pecho se vacía.

—Te quería, Aura. Eras un pedazo de su alma y te quería, pero que Meliria no pudiera defenderse con sus dones de Kenai... lo trastornó.

—Podría haberlo matado él mismo, podría haberlo asfixiado, podría haber hecho cualquier cosa ¿por qué me usó a mí? ¿por qué después de tanto tiempo?

—Era una persona marcada por la pérdida que culpó a quien menos lo merecía. Quería causar el mayor daño posible, quería que tú fueras más fuerte para que tus poderes lo arrasaran todo. Quería que sufrieran como lo hizo él.

—Una vez me dijo que olía como un ángel, no creo que eso pudiera decirlo alguien que no me quería.

El brazo de Bhasylis me acerca más a él y yo me dejo llevar por la calidez de su regazo.

El silencio nos envuelve, y la brisa y la paz que vienen con él.

—¿Crees que alguna vez se borrará de mí el eco del daño que causé, de las vidas que quité? —pregunto mientras fijo mi vista de nuevo en el horizonte.

—Seguirá ahí siempre que tú quieras que esté.

«No eres un monstruo a menos que hagas algo que te haga sentirte como tal» resuena la voz de mi padre que se extiende desde el fondo de mi cabeza hasta la superficie.

—Desperté antes de matar a Kenai.

—¿Cómo?

—Antes de matarlo, era como si estuviera en un sueño. Todo era distante y carecía de importancia. Solo sentía rabia y sed, mucha sed. Nada importaba, nada tenía sentido y yo no quería buscárselo. Solo quería acabar con su vida, obedecer a la voz que me gritaba desde dentro que lo hiciera. Que lo hiciera sufrir.

—Lo único que había dentro de ti era tu odio alimentándose del de tu padre y devorando todo lo demás. No podías hacer nada para evitarlo. Al morir Nemsis, todo su odio salió de ti. Toda la oscuridad se desvaneció y solo quedó espacio para todas las demás emociones humanas. Por eso sentiste ese cambio

—Su voz se apagó cuando Kenai aún seguía respirando. Y aun así lo maté. Lo maté siendo yo. Lo maté cuando mi padre ya no tenía ningún poder sobre mí. Sentí su carne fundirse en mis manos, sentí...

—Aura... —me dice Bhasylis mientras se separa de mí para mirarme a los ojos.

—Soy un monstruo.

—Un monstruo habría arrasado la ciudad entera hasta los cimientos y a todo lo que habitaba en ella y no lo hiciste —dice una voz a nuestra espalda.

Los dos nos giramos para ver a un chico moreno, alto y fuerte. Con el pelo tan negro como la noche más oscura, con las espirales que rodean sus piernas del mismo color.

Mis ojos se clavan en los suyos, esos que son tan negros como el agujero más profundo y donde vive ese brillo plateado que me hipnotiza cada vez que lo veo. Yo me lanzaría por ellos sin paracaídas sin dudarlos.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunta mientras las gotas del agua del mar resbalan por su cuerpo.

Mientras su pecho sube y baja, mientras siento su corazón latiendo junto al mío, ahora más

deprisa, más intenso.

Me pongo en pie y Bhasylis lo hace conmigo.

Tantas palabras luchan por salir de mi boca y, sin embargo, no soy capaz de pronunciar ninguna.

—Tengo trabajo que hacer aquí, luego regresaré. Etheris y yo tenemos que preparar a Nemsis para darle un entierro digno. Te esperaré en casa —luego deja un beso suave en mi cabeza antes de avanzar hacia Azariel.

«En casa».

Le susurra algo que no soy capaz de oír y luego me mira antes de encaminarse a lo largo de la playa para luego ascender por el acantilado.

Mis ojos vuelven a caer por los de Azariel mientras él no se mueve ni un milímetro de su posición. Mientras todo mi cuerpo tiembla sin que pueda hacer nada para controlarlo.

—Lo siento —es lo único que soy capaz de decir.

—¿Qué sientes? —pregunta con el semblante más serio que le he visto hasta ahora.

—Haberte mentido sobre quién soy, haberte atacado, haber destrozado tu hogar y haber...

—El hombre que mataste me entregó al Arrecife Blanco cuando era un niño. Morí y renací en aquel lugar.

«Yo también muero y renazco cada vez que te miro» quisiera decirle.

—Yo... no sé... no era yo. No era...

—Sí lo eras. Eras tú cuando obligaste a todos a salir de esa cosa que creaste para aislar el mar. Eras tú cuando mataste al hombre que te arrebató a tu familia y que estaba destruyendo Atenia. Eras tú cuando no me hiciste daño. Todas esas eras tú.

Un escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo antes de que pueda seguir hablando.

—Azariel, sé que no puedes odiarme porque el vínculo no te lo permite. Sé que me matarías si no fuera porque tú y yo estamos enlazados, pero necesitas saber que la sirena que hizo daño a toda esa gente no era yo en absoluto. Yo solo quería...

—Querías matar a mi padre —yo, después de tragar varios nudos que se han atado a mi garganta, asiento. —Antes de que llegaras a la ciudad me contó porqué mató a tu madre y te juro que, si no hubieras llegado en ese momento, lo habría hecho yo con mis propias manos. Tu dolor es el mío ¿recuerdas? El lazo nos une a nosotros y a todo lo que sentimos.

—Pero tu padre...

—Mi padre no me quería, Aura. Mi padre nunca me quiso. Nunca supo amar a nadie. El hombre al que has borrado de la faz de este mundo solo ha sembrado destrucción y odio. El mundo... —inspira antes de acercarse un paso a mí —el mundo está mejor sin él.

—Eso no hace que la parte oscura de mí desaparezca. He arrebatado vidas con mis manos, Azariel, eso no va a borrarse nunca de mí.

—Estuve encerrado en un campo de concentración para soldados demasiados años, Aura. Sé lo que es arrebatarse una vida. Sé lo que es luchar para sobrevivir. También llevo el peso de la muerte a mis espaldas, pero ahora que te tengo, que nada se interpone en nuestro camino yo...

Él se acerca los mismos pasos que yo retrocedo.

Todo de mí quiere abrazarlo, sentir de nuevo el contacto de su piel acariciando la mía. Todo de mí lo ama, no lo necesita, pero no desea que se vaya nunca.

Todo, menos ese rincón oscuro donde reside, y residirá siempre, el olor a caos y muerte.

—Ojalá pudiera saber qué sientes de verdad sin que el vínculo hable por ti.

Él frunce el ceño.

—Todavía no lo entiendes ¿verdad? No hay nada más sincero que el vínculo. El lazo que nos

une nos permite sentir a ciencia cierta lo que experimenta el otro en lo más profundo. Sus deseos más internos, sus sentimientos más ocultos. Dime, Aura, ¿qué sientes tú de mí ahora?

Yo lo miro sin entender realmente lo que dice, esperando quizá que algo cambie en mi interior, pero nada lo hace. Todo sigue tranquilo, en silencio, en paz.

—No siento nada.

—Escucha mejor.

Cierro los ojos y me concentro en mi respiración. Serena, sosegada. Mi corazón late al compás del suyo.

Y, debajo de eso, hay calor. Dulce y embriagador.

Como si, en una noche fría de invierno, alguien te rodease con una manta y luego con sus brazos. Como si te besara la frente y se quedase contigo en la oscuridad, en el silencio, mirando las estrellas a través de la ventana.

Calidez.

Como cuando sientes que el mundo se desmorona y alguien viene, te coge de la mano y camina contigo encima de los escombros, buscando otro lugar donde construir algo nuevo, algo más fuerte, más duradero. Algo de verdad.

Tan verdadero como las manos que ahora acarician la piel de mis brazos. Tan verdadero como el rayo que me atraviesa el cuerpo entero por su contacto. Tan verdadero como la electricidad que viaja de sus ojos a los míos y viceversa una y otra y otra vez.

—Te siento a ti.

Él sonríe tan ampliamente que todo lo malo del mundo desaparece. Lo hace la sensación de vacío y la de la pérdida. Lo hace todo el dolor y el sufrimiento.

Todo es paz cuando él sonríe.

—Y yo te siento a ti. A la verdadera Aura. La chica dulce e intensa que conocí justo aquí. La chica atrevida y a la vez aterrada que podía con todo, que aún puede con todo. Siento el calor que desprende tu piel y el que se gesta en tu interior y, créeme, nadie sería tan insensato como para dejar escapar eso.

Yo no puedo evitar sonreír. Sus ojos rebosan vida, amor y calma mientras mi cuerpo se deja mecer por sus palabras.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir humana de nuevo.

Me dedica la más amplia de las sonrisas justo antes de besarme como si se fuera a acabar el mundo mañana. O como si, por el contrario, fuese a crearse uno nuevo. Un mundo donde el amor es capaz de romper con todo y, a la vez, de crear algo mejor con cada pedazo que se rompió de las almas que nos pertenecían ayer.

Aquí, donde la niña juró venganza, donde la mujer vino a saborear su amargo sabor. Donde unos chicos inconscientes se besaron por primera vez, donde lo hacen ahora de nuevo unidos por algo aún más fuerte que el vínculo.

Donde murió la niña y renació la leyenda.

—¿Aura?

Su voz me devuelve de súbito a la realidad. Me separo de los labios de Azariel y observo por encima de su hombro el cuerpo de donde proviene esa voz.

—¿Nael?



Su sonrisa sigue siendo igual de blanca, igual de bonita. Sus ojos siguen brillando con la misma intensidad que la última vez que los vi. Su pelo, castigado por el sol, está más largo, pero sigue siendo él.

El mismo chico tierno, pero totalmente diferente a la vez.

Ya no mira con rabia a Azariel. Ya no nos mira con recelo al vernos juntos. Ya no siento que él me mire como a algo más.

—Pensé que ya te habías marchado —pregunta con exactamente la misma voz del niño con el que me crie.

—No... sí... no sé.

Él se echa a reír y le tiende la mano a Azariel.

—Encantado de volver a verte, Azariel.

—¿Igualmente? —dice Az asombrado mientras le estrecha la mano a un Nael demasiado sonriente.

Luego se acerca a mí.

—¿Qué tal en tu nuevo hogar? ¿Te adaptas?

La sangre se me hiela. ¿Es posible que él sepa a dónde me he ido? ¿Es posible que sepa algo de mi verdadera naturaleza? ¿De lo que soy en realidad? ¿Qué demonios le pasa?

—Bastante... bien, sí —contesto sin comprometer mi posición.

Él asiente, sonrío y luego me abraza.

Yo vuelvo a inspirar su olor, bollos de naranja y pan recién sacados del horno mezclado con el hombre que es ahora.

—Me alegra que estés bien. Lo de tu madre fue un mazazo para todo el pueblo.

Sus palabras toman forma de lanza y cada una de ellas me atraviesa sin piedad.

—Sí —consigo decir.

Az me rodea la cintura con su brazo mientras Nael se aleja, pero no del todo.

—Fue un funeral bonito. Todos le han puesto flores en...

—¿Funeral?

Nael frunce el ceño mientras mi ansiedad aumenta. No sé de qué habla, no entiendo absolutamente nada.

Es entonces cuando Bhasylis aparece, se acerca a Nael y le pone una mano en el hombro. Él lo mira como si ya lo conociera mientras mi tío clava sus ojos en mí.

Me guiña un ojo antes de pronunciarse.

—Patricia nos dejó demasiado pronto, pero siempre vivirá en nuestra memoria —dice puntualizando cada letra de la última palabra.

Así que es eso... él ha modificado la memoria de Nael.

—Exacto —asiente Nael. —Y ¿van a quedarse unos días más por aquí?

Az me mira confuso y yo le devuelvo la misma mirada.

—Visitaremos a Patricia una vez más antes de marcharnos ¿verdad, querida? —me pregunta Bhasylis.

Yo asiento enseguida a la vez que aprieto el brazo de Az con tanta fuerza que mis uñas dejan marca en su piel.

Es difícil mirar una losa de mármol y sentirte en paz. Sé que la persona que está bajo ella ya no siente dolor, ni sufrimiento, ni pesar. Que ya no siente nada, pero yo sí que lo siento.

La mujer que yace debajo de esta arena me acogió cuando era una niña. Me cuidó, me mimó y tuvo un papel muy importante en lo que me he convertido.

Ella, que no tenía que hacerlo y lo hizo. Que no debía morir y lo ha hecho. Que tendría que haber seguido viviendo ajena a todo lo que vive debajo del océano, que podría haber tenido una vida placida y tranquila, se hizo cargo de un mito hecho carne. De una sirena aterrada y desterrada en la tierra y la crio como si fuera suya. Como si la misma sangre fluyera por nuestras venas.

Amor, simpatía, ternura y valentía. Eso era ella. La mujer que dejó a un lado una vida pacífica para ayudarme a cargar con el caos que era la mía.

Miro la losa de mármol blanco. El centro está decorado por madera pulida en la que está grabada su nombre. Miro cada una de las letras mientras intento pronunciar alguna palabra, pero no me sale la voz.

Está rodeada de flores de todos los colores, como si eso fuera a servir de algo, como si eso fuera a traerla de vuelta.

Las lágrimas corren libres por mi rostro mientras Azariel me abraza con fuerza. Nael y Bhasylis esperan a una distancia prudencial de nosotros.

Yo, cuando soy capaz de respirar con un poco de normalidad, me zafo lentamente de los brazos de Az y me agacho hasta que mi mano acaricia la piedra lisa y gélida tras la que yace el cuerpo de la que fue mi madre durante quince años. De la que lo seguirá siendo por toda la eternidad.

Elevo la vista un segundo y, aunque las lágrimas me emborronan la vista, encuentro a Bhasylis mirándome con atención.

Yo asiento y formo la palabra «gracias» con los labios. Él asiente y me sonrío.

Luego le da un toquecito en el hombro a Nael y le hace una seña para que nos dejen solos.

Cuando ya no nos ven, Az se agacha y se pone a mi lado.

También mira la losa, también siente mi dolor porque yo ahora mismo puedo sentir, en el fondo de mi garganta, el sabor de su impotencia.

Cierro los ojos y evoco a Patricia. Puedo ver su rostro tan claramente como si estuviera enfrente de mí ahora.

Su sonrisa, su pelo castaño, sus ojos marrones y brillantes, el timbre melódico de su voz. Su olor a canela.

Sonrío antes de dejar que el fuego, que por tantos años me ocultó y que ahora forma parte de mí, igual que lo hace la sangre que corre por mis venas, incendie la palma de mi mano.

Siento cómo se desboca el corazón de Azariel en mi pecho. Siento cómo aguanta la respiración mientras yo abro los ojos y coloco mi mano encima de la madera, justo debajo de su nombre.

La palma de mi mano no tarda más que unos instantes en quedarse grabada en la madera tan nítidamente como Patricia quedará por siempre grabada en mi interior.

Dejo que el fuego se consuma y, antes de levantarme y alejarme de este lugar, leo una vez más el epitafio que Bhasylis se encargó de grabar en su tumba.

«El amor nos hace valientes. El amor nos hace eternos».



Azariel me besa la frente y limpia mi rostro de lágrimas. Toma mi mano y yo entrelazo mis dedos con los suyos.

Caminamos juntos hacia el horizonte mientras pienso en la inscripción una y otra vez. Mientras pienso en Meliria, en Nemsis, en Patricia, en Bhasylis, en Azariel, en Merk, en Etheris, incluso en Nael y Eva. Mientras pienso en todos.

El mar no tarda en aparecer ante nuestros ojos y esa cuerda irrompible que me ata a él vuelve a tirar de mí.

Bajamos juntos el acantilado. Sus pisadas justo al lado de las mías. Nuestros corazones latiendo al mismo son. Nuestras manos apretándose más fuerte.

La arena nos da la bienvenida y nos señala el camino que hemos de seguir. El camino que nos devolverá al hogar.

Lo observo un instante antes de que mis pies sientan el frescor del mar, justo cuando sus tobillos ya están cubiertos por las olas que mueren en la orilla.

Tiene los ojos cerrados y sonrío. Como si no importase en absoluto que todo bajo el océano haya cambiado. Como si no le afectase lo más mínimo que nuestras vidas, tal y como las conocíamos, se hayan destruido por completo. Como si lo único que realmente tuviera importancia fuera esta sensación de que las escamas vuelven a recubrir la piel de nuestras piernas, esta sensación de que el mar nos llama, de que nos da la bienvenida.

Sus ojos vuelven a inundarme justo antes de que yo clave la vista en nuestras manos con la firme convicción de que recorreremos el resto del camino juntos.

La sonrisa me nace desde lo más profundo cuando nos lanzamos al mar.

El momento en el que nuestras aletas salen por primera vez juntas a la superficie me atraviesa el pensamiento de que realmente somos aquello en lo que el amor nos transforma.

## Epílogo

En Atenia reina la tranquilidad, la armonía, la felicidad más plena y absoluta. Así como también lo hace Azariel, el rey de la ciudad más poderosa del océano. El trono en el que ahora se sienta vuelve a sentirse libre, sin paredes que lo oculten, sin techos que lo asfixien. En plena calle, a la vista de todos, como siempre debió estar.

A su lado se encuentra la sirena que ayudó a Atenia a recuperar su vieja gloria. Que, según las historias, liberó a la ciudad del mayor tirano que había conocido el océano. Esa sirena de escamas iridiscentes a los que los habitantes llaman La Leyenda de Fuego.

Merk, comandante de la guardia, y Eva, su segunda al mando y su fiel esposa, ahora se encargan de la seguridad de la ciudad, aunque hace mucho que nadie intenta perturbarla.

Nadie habla de monstruos ya. Nadie habla de muerte.

Las calles vuelven a estar llenas de gente, la música vuelve a sonar, los sirénidos a cantar, los corazones a sanar y las heridas a cicatrizar.

Lejos, pero siempre cerca, está Bhasylis. El sirénido que es capaz de transformarse en cualquier cosa que desee, que es capaz de sacar el dolor más interno de las almas que habitan en el mar y que ahora trabaja, codo con codo, con la sirena a la que le salvó la vida y a la que juró proteger con su vida.

Él ya no se esconde, ya no lo temen.

Junto a él, su hermano Etheris, asegura que el futuro es tan blanco que ciega. Tan pacífico que atormenta. Tan prometedor que asusta y que así debe ser, al menos de momento.

Nemesis descansa en paz junto a Meliria. Su hija ruega cada noche a los dioses para que puedan ser felices allá donde estén sus almas ahora, aunque una pequeña parte de ellos siempre seguirá viva en su interior.

Se respira paz, pero al principio, cuando ésta llega, cuesta asimilarla. Cuesta entender que ya no habrá más guerra, que ya no habrá más muertes prematuras, que ya no habrá más sangre.

Cuesta entender que el mundo ha perdido el significado que tenía antes de ayer. Cuesta entender que la vida es una montaña rusa de emociones que nunca se detiene.

El mundo real es lo que tiene ¿verdad? Que nunca se mantiene igual por mucho tiempo.

Aprendemos a vivir cuando entendemos que el amor es lo único que puede salvarnos y que la verdadera belleza está en el cambio.

Bhasylis sabe bien de lo que hablo.

## Agradecimientos

Esta novela empezó a escribirse en el año 2018, justo después de decirle a una buena amiga la frase “yo puedo hacerlo mejor”.

Yo, que jamás en mi vida había escrito fantasía, pero que siempre había tenido una imaginación fuera de lo normal.

No quiero decir con esto que haya superado aquella historia que leímos, pero sí que nuestra vocación aparece cuándo y dónde menos te lo esperas.

La mía nació de una serie de graciosos sucesos que me llevaron a escapar de la literatura romántica y escribir el mayor despropósito en el que me había embarcado jamás.

Leyenda de fuego nació de la necesidad de crear algo nuevo. Un mundo, una historia, unos personajes chocando entre sí. Amando, odiando, vengándose, buscando paz, mintiendo, rogando, sufriendo... Personajes reales en un mundo de fantasía.

Tengo que decir también que jamás en mi vida me había divertido tanto escribiendo. Jamás me había volcado tanto en una historia. Jamás me había sentido como una niña jugando con las teclas y creando algo de lo que sentirse orgullosa.

Confieso que, después de un año sin echarle un vistazo a sus páginas, hoy vuelvo a releerlo y vuelvo a emocionarme. Vuelvo a sentir la ansiedad, el dolor, la pérdida, el amor, la agonía, la felicidad y la diversión que sentí cuando esto era solamente una idea al aire. Un chiste entre esa buena amiga y yo.

Recuerdo cuánto nos reímos mientras la idea se iba formando en mi cabeza. Recuerdo lo bien que lo pasamos y, oye, gracias. De verdad, gracias. Porque, por fin, después de años escribiendo, creo que he encontrado mi género. Mi refugio. Mi pasión.

Gracias a ti, Miriam, por acompañarme y darme alas en esta maldita locura.

Gracias a Raquel, por sentir cada página en los momentos menos apropiados, aún a riesgo de que la despidiesen del trabajo por estar leyendo este manuscrito.

Gracias a todos y cada uno de los autores de novelas de fantasía que han hecho que me enamore de este género, que han hecho que sueñe, que viva historias increíbles y que yo misma imagine mundos nuevos.

Gracias a los lectores que han dado el salto de mis novelas de romántica a ésta en la que creo que he perdido la poca cordura que me quedaba (y gracias a Dios, porque lo que viene a partir de ahora es una locura maravillosa).

**PD:** siento con todo mi corazón las muertes de esta historia. Aún las sufro y las lloro y quiero resucitarlos, pero Miriam no me deja. Y creo que en el fondo tiene razón.

Descansen en paz, queridos míos. Él sabe que siempre será mi personaje favorito.

Y, por favor, recuerda siempre que, a pesar del dolor de la pérdida, el amor nos hace valientes. **El amor nos hace eternos.**